



MOISES ALCAZAR

PAGINAS DE SANGRE

**EPISODIO TRÁGICO DE LA
HISTORIA DE BOLIVIA**

1962

© Rolando Diez de Medina, 2017
La Paz - Bolivia

INDICE

Prólogo

La Fugaz Presidencia del General Blanco
Guilarte y el Hado Misterioso
Un Presidente Tendido a Balazos
Un Fraile en el Patíbulo
Las Matanzas del Coronel Plácidos Yáñez
De la Gloria a la Tumba
Muerte del Ex –Presidente Melgarejo
Súbita Muerte del Presidente Morales
Daza en la Encrucijada
La Muerte Misteriosa del Ex –Presidente Pando
La Muerte de Germán Busch
La Tragedia de Noviembre
Villarroel el Inmolado
La Feria en la Plaza
La Muerte de Oscar Unzaga

El historiador es un cuentista... La historia participa de la fábula, de la epopeya, de la novela, porque es también obra de narrador. Se distingue de esos géneros porque se apoya exclusivamente en la verdad.

GABRIEL HANOTAUX

PROLOGO

Este es un libro que puede considerarse un balance trágico, resultado de la convulsionada historia de un país sacudido por actos de heroísmo y de dolor. Si en el trasfondo se percibe el chapoteo de la sangre, no debe atribuirse a la intención de magnificar las desgracias nacionales, sino al deseo de extraer de su propio infortunio enseñanzas y propósitos de enmienda, porque sería desfigurar la verdad presentar un cuadro o un panorama distinto de la realidad.

Edición ampliada de "Sangre en la Historia", apareció incompleta en 1956 por razones explicables. Se deslizaron entonces muchos errores, descuidos y trasposiciones, corregidos en la presente. Para entregarla nuevamente a la luz pública, hubo que rehacerse algunos capítulos, ampliar otros e incorporar los que faltaban: los fusilamientos del 27 de septiembre de 1946.

Deseo repetir ahora lo que expresé en esa oportunidad: nunca he presumido de historiador. No soy nada más que un cronista empeñado en narrar episodios culminantes del pasado boliviano, que no salen de la planicie de un intento narrativo ni pretenden subir "a la escarpada cima de la historia pura", como quería René Moreno. Por eso los jueces severos, los críticos eruditos e implacables, no encontrarán en estas páginas una densa interpretación. Son relatos escritos con sencillez y si pretensiones.

Rememoraba también cómo en ciento veinte años de vida republicana, once mandatarios habían muerto trágicamente, como si un fatum implacable les persiguiera sin misericordia. A poco de fundarse el país, un bala tronchó en Berruecos la vida inmaculada del Mariscal Sucre; Blanco fue inicualemente asesinado a los cinco días de haber asumido la primera magistratura; a Guilarte le acribillaron a balazos los mismos soldados que le habían ayudado a conspirar contra Belzu; Belzu cayó por mano de Melgarejo en circunstancias espectaculares; Melgarejo murió con dos balazos que le descerrajó su cuñado y protegido Sánchez; Morales recibió siete disparos de su sobrino Lafaye; Córdova fue cobardemente ultimado en su lecho por orden del feroz Yañez; balas traidoras de quienes estaban encargados de custodiarlo dieron fin con la vida de Daza en Uyuni; Pando fue arrojado a un barranco después de los padecimientos que le hicieron sufrir sus victimadores; Busch se perforó la sien en el escritorio de su casa; Villarroel fue colgado de un farol...

Pero si el arma homicida se escondía hasta en los cortinajes del palacio de gobierno, el veneno de la calumnia aniquiló a otros deparándoles una muerte acaso más atroz, aquella que la atormenta el supremo dolor: la ingratitud de los pueblos y de los hombres, el peso de la injusticia, las angustias de la pobreza, el pan amargo del destierro, la impotencia ante las mil lenguas de la difamación. "Me maltratan —decía con acento apesadumbrado el presidente Adolfo Ballivián— como al más bribón de los administradores: No me prestan el crédito que se concede al último de los mayordomos: la ignorancia y el ultraje se dan la mano para herirme".

Y mientras se desarrolla el drama el combate es perpetuo entre el despotismo y la ley, la tiranía y la libertad, la fuerza y el derecho. El absolutismo imponiéndose en épocas de turbulencia y asonadas donde el hombre insurge en medio de una tempestad de sangre y de violencia, de arrojo y de audacia, caldo de revoluciones propicio a la proliferación de caudillos fuertes como los colores de nuestra bandera y de sabor picante como nuestro ají, según la cabal expresión de Roberto Prudencio.

Los pocos hombres que vinieron en un mundo irreal, anteponiendo la idea al fanatismo avasallador, la fuerza del espíritu al interés egoísta, naufragaron en el torrente impetuoso e incontenible de la relajación y la estulticia colectivas, ahogados por el medio corrompido y corruptor. Es que la Historia no ama mucho a los hombres mesurados, a aquellos que son tocados por la mansedumbre y la benevolencia. Sus favoritos son —ha dicho un escritor— los apasionados, los aventureros del espíritu y de la acción, y aparta la vista, casi despectivamente, de esos callados servidores de la humanidad.

* * *

La muerte de Oscar Unzaga de la Vega, Jefe de Falange Socialista Boliviana, acaecida el 19 de abril de 1959, ha dado tema para el último capítulo de este libro. Sin unimos otro vínculo que el de una cortesía recíproca, desde que lo conocí en la Cámara de Diputados, sentí por él una simpatía respetuosa. Me atraía su contextura espiritual, la austeridad de su vida y su continente apostólico, tan semejante a la del tribuno Salamanca. Pero sobre todo valoré en Oscar Unzaga su culto religioso a la patria y su entereza para sostener sus ideas.

En cuanto al propósito de esta obra, no es otro que el de aportar, con absoluta sinceridad y sin intención preconcebida, algunos elementos de juicio a muchos episodios históricos para la completa dilucidación futura. Es también un homenaje a quienes cayeron en la lucha por un ideal. Por educación y por temperamento, jamás injurié a los caídos ni ensalcé a los poderosos y los muertos a quienes exalto nada me pueden brindar.

M.A.

La Paz, diciembre de 1962.

LA FUGAZ PRESIDENCIA DEL GENERAL BLANCO

Un nuevo sol brilló un día en estas comarcas de América, oscurecidas durante cuatro siglos de sojuzgamiento inmisericorde. Pero no fue sencilla la transición del vasallaje a la libertad. Si en el gran crisol de la guerra emancipadora se quemaron las impurezas y las escorias de esa dominación, surgieron de la llama purificadora las dificultades propias de esas súbitas transformaciones que suponían una nueva concepción de la vida. Esas gentes sencillas, heroicas y atormentadas, habían pasado toda su existencia como sumergidas en un pozo de desdichas, reprimidas sus ímpetus y sofocadas sus ansias, hasta que en sus mentes prendió la idea vaga e imprecisa, primero, nítida y deslumbrante, después. Y despertaron de su letargo. Entonces se rebelaron contra la injusticia y las legiones insurgentes empuñaron las armas vengadoras, con la imaginación exaltada por la fiebre embrujadora de la libertad, y marcharon por las rutas heroicas que le señalaban sus paladines.

Como si una enorme tenaza triturara las cadenas de la esclavitud desaparecieron los último eslabones, y un vivo resplandor de victoria iluminó esos sacrificios cruentos. Pero el ensueño quimérico de la libertad se esfumaba al mismo tiempo que la paz anhelada. Envidias, suspicacias, rivalidades, se confundían en el remolino turbulento de las pasiones desatadas como una tempestad. Desalojados los sojuzgadores iberos, otros, acaso más despóticos, escarnecían al pueblo decepcionado y entristecido. Los desmanes de las tropas extranjeras engreídas y ensoberbecidas, saturadas de gloria, familiarizadas con aquellos a quienes “la espada había transmitido una rigidez homicida”, determinaba una postración semejante a la desterrada en la guerra de los quince años.

Explosión de todo ese estado social fue el motín del 18 de abril de 1828, que tronchó el brazo del creador de la República. Aunque ahogada en sangre la subversión, el poder anarquizador subsistió pertinaz hasta el momento de la firma del Tratado de Piquiza, documento de encadenamiento y sojuzgación impuesto por el general Agustín Gamarra que había invadido la República para protegerla –afirmaba- de los agentes del desorden. Contribuyó al cuadro desolador la renuncia del presidente Sucre, el varón justo, que abandonó la patria que fundara, llevándose en el cuerpo las cicatrices y en el alma un dolor más grande que el de las heridas abiertas por los fusiles de la ingratitud.

Antes de ausentarse para siempre de Bolivia, herido y decepcionado por tantas incomprendiones que anegaban su alma de recuerdos dolorosos, el Gran Mariscal buscó refugio en una hacienda pintoresca de las proximidades de Chuquisaca. Era Ñuccho, un alegre rincón con su campiña verdeante, sus arroyos cantarinos y los huertos jugosos que rodeaban la blanca casita, amparo posterior de presidentes enfermos y amargados. Allí, a la sombra de árboles frondosos y arrullado por el rumor del Cachimayo, límpido riachuelo, vivió horas de sosiego y paz reparadora, mientras recobraba completamente su salud y concluía su Mensaje al Congreso, documento inolvidable, que era a la vez testamento político y despedida. Si en su noble corazón nunca anidó la sierpe del encono, la ingratitud le había herido muy hondo. Las injusticias y la ingratitud de quienes tanto le debían, ensombrecieron su alma empañándola de tristezas y tribulaciones; pero el sedante de ese paisaje ameno, de mañanas luminosas y noches serenas, mitigaba sus heridas físicas y espirituales.

En el soleado corredor de la estancia apacible, solía el héroe pasar algunas horas embelesado en la contemplación del bello panorama circundante, acariciado por la tibia brisa vespéral. Al fondo, en otra propiedad de la ribera opuesta, los grandes ojos de una linda mujer le hacían olvidar el horror de las batallas y la injusticia de los hombres engegucidos por la pasión política. Y las caricias de esa moza eran como un remanso en las agitaciones de su vida, y una luz que disipaba las sombras de amargura del soldado-filósofo.

* * *

En ese clima de rencillas y discordias, “emergencia del proceso de descomposición que venía desarrollándose” por factores internos y externos que conspiraban de consuno, se instaló en Chuquisaca, el 16 de diciembre de ese año, la Asamblea Convencional elegida bajo la presión de la fuerza y compuesta en su mayor parte de personajes que al combatir el gobierno del presidente Sucre como a dominación extranjera, favorecieron la invasión de Gamarra. En dos sectores se dividía la Asamblea deliberante: el “revolucionario” que obedecía a ajenas influencias, y el “legalista” que proclamaba una política nacional. Al día siguiente fue elegido primer magistrado de la República el general Pedro Blanco, por 28 votos de un total de 43 representantes que llevaban a cabo ese acto en cumplimiento del artículo 6º, del Tratado de Piquiza.

Nació el general Pedro Blanco en Cochabamba el 19 de octubre de 1795. Como la mayor parte de los militares que jugaron rol preponderante en los albores de la independencia, perteneció al ejército realista. No permaneció mucho tiempo en esas filas, porque a poco de realizar una de sus más famosas hazañas, combatiendo en duelo singular con un oficial argentino, pasó al bando contrario y allí también descolló por su valor.

Cuentan sus descendientes en una biografía escrita sobre el general, que el resultado de ese combate fue el gran pasaje de su vida de militar heroico. Era entonces capitán y no había cumplido aun los veinticinco años cuando una tarde, en la batalla de Pachia, el oficial argentino Martínez desafió al jefe realista a duelo a muerte. Blanco obtuvo el permiso de sus superiores para aceptar el reto. Suspendidos los fuegos por ambos bando, batiéronse los dos rivales cuerpo a cuerpo, con sables. El combate alcanzaba proporciones inesperadas: delirantes, enajenados, brillantes los ojos de coraje, blandían los aceros mortíferos. En el angustioso paréntesis sólo se oía el jadear de esos hombres enloquecidos, el chocar de sus aceros y el relincho de sus corceles, ¡Qué impresionante la lucha de esos bravos, ebrios de sanguinario furor! Los minutos se hacían interminables por la emoción, la angustia, la anhelante expectativa y el coraje multiplicado de los luchadores en ese campo desolado cuyo silencio aumentaba la ansiedad contenida de sus partidarios. El cansancio parecía rendirles, y sin embargo ninguno cedía en el combate feroz. Pero más fuerte el brazo de Blanco, arremetió impetuoso y su sable se hundió la empuñadura en el cuerpo de antagonista. El caballo sin gobierno galopó relinchando para caer sin vida, a poca distancia, el cuerpo del valeroso Martínez. Los fusiles patriotas volvieron a tronar y medio de ese fuego graneado, Blanco, impertérrito, se apeó de su cabalgadura para tomar “como trofeo la espada y el sombrero de su adversario.”

Alistado ya en los ejércitos patriotas obtuvo otros grados con denuedo. Un deformado nacionalismo le impulsó a enfrentarse al Mariscal Sucre, bajo cuyas órdenes sirvió hasta el grado de coronel en las campañas que culminaron con el triunfo definitivo de la causa de la independencia. Se puso al lado del general Agustín Gamarra, autor exclusivo de su elevación al más alto puesto público del país.

La elección de Blanco produjo franca protesta en la opinión pública. Se le acusaba de connivencia con el invasor, de haberle elegido un cuerpo legislativo no emanado de la voluntad popular, y la exacerbación subía d punto, especialmente en las esferas militares, que, desde ese momento, habrían de constituir foco de anarquía y germen de revuelta.

Pero la irritada protesta y la repulsión colectiva no intimidaron al militar voluntarioso que respondió con la intolerancia de sus enemigos. Una de sus primeras medidas administrativas fue destituir a los coroneles Mariano Armaza y José Ballivián, que se le habían hecho sospechosos, de los puestos influyentes que desempeñaban, sustituyéndolos con jefes ganados a la causa del verdadero instigador de estos tristes sucesos.

Imprudente se mostró el mandatario al encender la animadversión de dos militares de exagerado amor propio y de fuertes pasiones. Sabíanle maniqué de ambiciones foráneas y encontraron el motivo para hacerle pagar cara su osadía. Gozaban ambos jefes de sólido prestigio:

Armaza como militar enérgico, decidido, de actitudes resueltas, condiciones evidenciadas en el desempeño del Ministerio de Guerra; Ballivián por sus merecimientos personales, su genio vivaz, su valor indiscutido y su simpatía, que le valieron justo prestigio en el ejército y en las esferas políticas.

La Asamblea Legislativa desarrollaba sus sesiones entre recelos y desconfianzas, debido a los propósitos ocultos de la mayoría parlamentaria empeñada en coadyuvar al invasor, lo que determinó la franca protesta de catorce diputados “legalistas” que abandonaron altivamente sus curules, dispuestas a las vías de hecho como la única solución para conjurar el peligro. Y se dirigieron a los coroneles José Miguel Velasco, Mariano Armaza y José Ballivián, mostrándoles la urgencia de “salvar la patria”. Según don José María Santivañez, biógrafo de Ballivián, ni Velasco – signatario del Tratado de Piquiza- ni Armaza –desconocido en el Ejército- reunían las condiciones requeridas por las circunstancias. Sólo Ballivián descubierto por el ojo certero del doctor Casimiro Olañeta podía servir de brazo ejecutor. “Si logran ustedes comprometerlo –les dijo- respondo de todo”.

Poco trabajo costó a los instigadores de la rebelión convencer al militar. Al oído le susurraron palabras que inflamaban su orgullo heredo, mostrándole el camino de la reparación. Los decisivos argumentos de Olañeta concluyeron por decidirlo. Preparado el plan con el concurso de Armaza, Ballivián galopó veloz hacia Yamparáez, aldea distante veinticinco kilómetros de la capital, donde acampaba el batallón que comandara hasta el día anterior y arengó a su tropa con palabra cálida. “Sus soldados – escribe el historiador Mariano Guzmán- habían reconocido en su acento de autoridad la voz que siempre obedecieron, y poniéndose bajo sus órdenes arrojaron animosos los azares de un motín militar”.

A la cabeza de la tropa amotinada volvió Ballivián a las pocas horas. La tranquila ciudad fue sacada de su letargo por el inesperado despliegue de fuerzas militares, aunque era evidente que los sucesos de la Asamblea la mantenían en inquieta expectativa. La compañía de “Cazadores” la mandaba Ballivián, la de “Granaderos” el coronel Manuel Vera. “Armaza con las compañías restantes, quedó a retaguardia para obrar según las circunstancias.”

Sin dificultad penetraron las fuerzas victoriosas a la casa de gobierno, arrollando la guardia palaciega. En las escalinatas fue reducido a prisión el vicepresidente Loaiza, “anciano inadecuado para desafiar la embravecida corriente de los sucesos”, y conducido al cuerpo de guardia con centinela de vista.

Esta mañana de San Silvestre, el presidente ataviada con uniforme de gala, se disponía a asistir a una ceremonia religiosa, ajeno a los acontecimientos subversivos. Un tumulto alborotado y el despliegue de fuerzas en la plaza de armas le anunció el peligro inminente. La sorpresa del ataque no le dio mayor tiempo que el necesario para escabullirse por un pasadizo hasta el “local de le letrina”, protegido por la lealtad de su edecán Ramón Gascón que pudo desviar a los amotinados con peligro de su vida, mientras Blanco, en su precipitación, caía por un orificio hasta el fondo del foso, de más de cinco metros de profundidad magullándose lastimosamente.

La noticia de los inesperados acontecimientos voló al Congreso. Los asambleístas recibieron aterrorizados el relato de los hechos producidos. En ese ambiente de pavor designaron atolondradamente una comisión para entrevistar al Presidente de la República, medida condenada al fracaso por ingenua e impracticable. Sin embargo, presentes los delegados en la casa de gobierno, uno de ellos interrogó tímidamente al jefe revolucionario sobre la persona en la cual recaía la jefatura del movimiento, para pedirle, a nombre del alto cuerpo legislativo, autorización de ingreso la morada presidencial.

Miró Armaza con sorna a sus interlocutores, pobres ilusos titubeantes de miedo, e irónico y colérico respondió cortante:

-Señores doctores: suplico a ustedes que no me quiten el tiempo: estoy ocupado en prender al Presidente de la República y en afianzar el orden público. Cuando haya terminado mi obra daré cuenta a la Asamblea de mis actos. Entre tanto, vayan ustedes a ocuparse de sus labores legislativas.

Y se alejó, dejando atónitos y cohibidos a los comisionados.

El presidente fue encontrado al fin después de afanosa requisa. La denuncia de un servil o timorato empleado de la Secretaría puso término a la angustia de los amotinados, pues la huida del prisionero podía cambiar el curso de los acontecimientos. Y la noticia del afortunado hallazgo la dio el coronel Armaza, a viva voz, desde una de las ventanas del palacio con estas palabras y la satisfacción pintada en el semblante: **Ya cayó el pájaro.**

Cuando extrajeron penosamente al malherido Blanco, su estado era lamentable: sucio, ensangrentado, con huellas marcadas por la angustia y el sufrimiento, aunque sin denotar cobardía. Le practicaron las primeras curaciones en la misma habitación que había servido de dormitorio al Mariscal Sucre; “allí lo dejaron custodiado por cuatro granaderos y un oficial. Este recibió de Armaza la siguientes orden: **Si el señor intenta fugarse o hace siquiera una señal, hágale pegar cuatro balazos**”.

Tranquilizado con la caída del pájaro, el jefe victorioso creyó de su deber cumplir la palabra empeñada con los miembros de la comisión parlamentaria que le habían entrevistado pocos minutos antes. Mandó decir a la Asamblea que estaba en condiciones de dar cuenta de sus actos.

Un murmullo anunció la aproximación del coronel Armaza al recinto parlamentario, ostensible el ruido de su sable y el tintineo de sus espuelas. Llegaba sin escolta, seguido de un ayudante, con el rostro contraído por las emociones de la jornada; estaba arrogante, grave y satisfecho a la vez. “Penetró –comenta el escritor José María Santiváñez- por entre la apiñada multitud que obstruía la barra con la cabeza erguida, y sin vacilar trató de entrar en el salón de sesiones. Entonces el diputado Aniceto Padilla, levantándose de su asiento dijo al presidente: **No debe permitírsele que traspase la barra; si quiere que hable desde ahí;** y dirigiéndose al mismo Armaza: **Alto soldado, ese es el lugar que le corresponde; no le es permitido trasponer el santuario de las leyes.**”

Momentáneamente desconcertado se detuvo el militar: miró fija y desdeñosamente a Padilla, “está bien –dijo- desde aquí hablaré”. Y habló de esta manera:

“Honorables representantes: el grito de la nación y el voto del cambio que acaba de verificarse, quitando del poder al general Blanco, a quién una facción parricida, por miras interesadas y siniestras, lo ha colocado en la presidencia de la república, coartando el voto libre de los diputados e intimidándoles con puñales y pistolas...”

Una breve intervención del diputado Hevia para revelar las violencias ejercitadas en la Asamblea, reconfortó a Armaza que prosiguió con más energía su airada perorata: “El general Blanco es un inepto que apenas sabe firmar su nombre...”

Nuevamente fue interrumpido por Padilla: “Modérese soldado; recuerde que habla el presidente de la república, colocado por ley a la cabeza de la nación...”

“Me moderaré –repuso Armaza-, pero el general Blanco es un desertor del ejército nacional, y está manchado con ese crimen, crimen que lo arroja del primer puesto de la república. Si en el seno de la representación nacional hay puñales y pistolas, yo cuento con 700 bayonetas para sostener y hacer respetar el cambio que acaba de verificarse y que será de gloria para el país. Si la representación nacional extraviada, y obrando sólo por espíritu de partido, ha podido proponer premios y honores a la división Blanco y a su jefe por su desertión al ejército extranjero, yo pido premios y honores para la división que acaba de libertar al país de una facción que trabajaba en su ruina. Puede ahora la Asamblea resolver lo que guste.”

Y salió del recinto parlamentario con más arrojo. Como el temor predominaba en muchos espíritus pusilánimes y existían evidentes pruebas de su connivencia con el invasor, la Asamblea concluyó por transigir con el jefe de la revuelta.

Al día siguiente, primero del año 1829, muy de madrugada, el general Blanco fue trasladado al Convento de la Recoleta, mole maciza de anchas paredes y sinuosos pasadizos, donde habían sido acuartelados los dos regimientos del motín. El traslado del prisionero obedecía al propósito de ejercitar mayor vigilancia para contrarrestar los trabajos de liberación iniciados por sus amigos y partidarios. Tales precauciones no impidieron el pronunciamiento popular, porque, a media noche, grupos de embozados se encaminaron sigilosamente al vetusto edificio con el propósito de rescatar al malherido gobernante. Previniendo los acontecimientos, el coronel Armaza había sido categórico en su orden, reiterada esta vez el capitán Basilio Herrera: fusilar al prisionero al primer intento de evasión o ayuda popular.

Hasta la pequeña y angosta celda ocupada por Blanco llegó el confuso rumor de sus partidarios y los disparos con los que se iniciaba la acción de su rescate. Saltó de la cama el prisionero, y sin tiempo para vestirse, intentó ganar la puerta. Sorprendido en el corredor por el capitán Herrera y los soldados de la guardia que estaban sobre las arma, fue restituido a empujones a su calabozo, agregándole a las heridas del día anterior, una tiro de fusil disparado a quemarropa.

“A los disparos y al ruido de las voces –escribe el historiador Alcides Arguedas- acudieron al sitio Armaza y Ballivián, siempre sobre aviso. Al enterarse del suceso, cegados por el despecho y la cólera, penetraron a la celda y desenvainando sus hierros acribillaron implacablemente a estocadas al hombre desnudo, herido y desarmado, eligiendo de preferencia el rostro y el pecho para herir... Cayó al suelo Blanco y allí se ensañó Vera...”

Y el historiador Iturricha que es el que con más prolijidad ha estudiado estos sucesos, establece la conjunta responsabilidad de los autores: el que dio la primera estocada como el que dio la última; el que hirió levemente, como el que abrió la brecha mortal. “Para Dios y para la Historia –dice- es indiferente la participación material.” Y indica a los dos protagonistas de la rebelión como a ejecutores del asesinato del Presidente, impulsados por “la cólera que cegó sus espíritus y nubló su frente.”

“Exacerbáronse Ballivián y Armaza –afirma- como se enfurece el toro a la vista del trapo rojo, y desenvainando sus aceros, descargaron sobre el infortunado general furiosos golpes de mandoble, turbia la mirada, enajenado el espíritu y enloquecida la mente.”

Cayó la víctima herida de muerte. Si aun se debatía en los últimos estertores, la remató el coronel Manuel Vera. Otro tiro “oficioso” dio en el cadáver de Blanco “y quedó en una de las paredes de la celda la huella de una mano empapada en sangre.” Después, el silencio que sigue a la muerte y el grito de la conciencia que acusa...

Algunos años después de los trágicos sucesos, en 1840, el general Ballivián suscribió en Tacna un Manifiesto destinado a vindicarse y a expresar, entre otros conceptos, que el año 1828 era jefe subalterno sujeto a órdenes superiores y que, por lo tanto, no podía atribuírsele decisión de hechos que no pendían de su responsabilidad. Asegura que cuando penetró a caballo a la Recoleta el momento del “tiroteo y gritería”, el oficial Roso le comunicó “que la descarga que se había oído era de la guardia que escoltaba a Blanco, a quien se le había fusilado.” “Estoy exento de crímenes”, dice enfático.

“No, Ballivián no asesinó”, sentencia René Moreno. Pero aclara que si no pudo evitar que se asesinara cobardemente, tampoco volvió las espaldas al presunto asesino. “Lejos de ello – agrega- Ballivián siguió militar y políticamente mancomunado con Armaza”.

Treinta y tres años había cumplido el general Blanco en la época de su encumbramiento a la primera magistratura, es decir, uno de los más jóvenes que escaló ese puesto culminante. Vida meteórica la suya, marcada con el signo de la fugacidad. Cinco días duró su presidencia, el período más breve de la historia boliviana, al término de los cuales cayó sin luchar, sorprendido por los acontecimientos y cuando sentíase seguro y confiado en la protección de Gamarra. Murió en una emboscada, en las sombras de la confabulación, sin derecho a la defensa, él, cuyo paso victorioso por los campos de batalla testimonian su valor indomable y su coraje nunca desmentido.

* * *

Se ha dicho, con deliberada insistencia, que levantamiento del 31 de octubre de 1828 obedeció más a resentimientos personales que a razones de interés patriótico. Por los antecedentes que rodean al sangriento drama, se evidencia que además de la cólera o el odio, impulsó a los ejecutores un naciente sentimiento nacionalista porque vieron en el general Blanco un peligro para independencia de la República, obstáculo que consideraron un deber el suprimir.

Consternado recibió la blanca ciudad chuquisaqueña la noticia de la cruel inmolación. Y la consternación subió de punto cuando el cadáver fue hallado, dos días después, desnudo y putrefacto, en un barranco de las cercanías del teatro de la tragedia, rodeado de un enjambre de buitres que iniciaban su macabro festín...

El sordo clamor de la protesta envolvía grave inculpación y se multiplicaban las acusaciones: Armaza, Ballivián, Vera... La mayoría de los juicios de la época señaló a éste último, jefe de guardia en la Recoleta el día del crimen. Pero las sospechas y acusaciones tuvieron su contrapartida en este curioso proceso de la victimación del presidente. Disipadas las pasiones y cuando las responsabilidades se habían diluido en el tiempo, otros se atribuirían el delito, tal vez todo amañado para exculpar a los verdaderos autores ya de posición preponderante. Basilio Herrera, capitán en la época del asesinato, escribió, en artículo de muerte, una carta-testamento inculpándose. Aseguraba haber mandado él la ejecución en cumplimiento de la orden impartida por el coronel Mariano Armaza. El señor Iturricha niega autenticidad a ese documento, pues supone, con razón, que un enfermo grave, perturbado en sus ideas por la agonía, no pudo haber dictado, en tales circunstancias una carta de perfecta ilación y claro razonamiento.

Otro que se arrogó la victimación del presidente Blanco fue el teniente coronel Prudencio Deheza, también capitán en la época de aquellos sucesos. El general Francisco Burdet O'Connor afirma que el propio Deheza "que mandaba el cuerpo de guardia en la Recoleta de Chuquisaca, la noche del cruel asesinato del general Blanco", le expresó que fue el centinela quien dio el primer disparo y que "Deheza lo acabó de despachar con su espada."

Por haber descollado más que sus coetáneos, el general José Ballivián fue perseguido por el grito condenatorio, estridente cuando conspiraba y recordatorio en la época de su presidencia. Sus enemigos clamaban el castigo de ese crimen, estimulando la venganza. Y fue para vengarlo, que, a principios de 1843, los partidarios del mariscal Santa Cruz habían comprometido al joven capitán José María Blanco, sobrino del inmolado en la Recoleta, que tomó "para sí el fatal y solemne compromiso de despachar a estocadas al vencedor de Ingavi, vengando así, en la misma forma, la muerte de su deudo". Pero la delación de un traidor lo llevó al patíbulo, junto con otros complicados en la conjuración.

La muerte del mandatario quedó impune. Acaso, como dice Finot, "el acto criminal tuvo menor importancia que el atentado contras las instituciones". Los ejecutores e instigadores habían vencido en la contienda y la victoria es siempre manto protector y coraza invulnerable. Algunas protestas contra el crimen se dejaron oír en el seno de la Asamblea, pero concluyeron por acallarse medrosas, porque a poco se disolvía ese cuerpo legislativo cuyo origen tampoco era limpio, pues tachábasele de espurio por emanar su mandato de la impura fuente de las bayonetas y la imposición del invasor.

Y así con Pedro Blanco, el famoso capitán del suelo singular con Martínez, se iniciará esa cadena trágica que persigue a la mayor parte de los que llegan a la presidencia de la República, antesala de la muerte.

GUILARTE Y EL HADO MISTERIOSO

1847 era el año señalado por el destino para marcar el ocaso del general José Ballivián. Hacía siete años la nación jubilosa le aclamaba delirantemente después de la victoria de Ingavi, gloriosa acción de armas que había arrojado para siempre al invasor de sus fronteras. Qué lejano parecían esos tiempos de magnificencia, de majestad, de esplendor, de popularidad. Ahora era diferente. Su gobierno estaba a punto de ser inundado por la creciente del descontento, anegado en el desprestigio, la repulsa y la execración. La protesta civil y el motín militar le amenazaban desde todos los puntos de la República

Sus adversarios y aún sus amigos, públicos y privadamente, le pedían renunciar a la presidencia, única medida que, según ellos, llevaría la tranquilidad al país. Las autoridades suscribían pliegos de peticiones, los pueblos actas populares, sus amigos cartas privadas, señalándole ese camino. Ballivián meditó cuidadosamente, pidió consejo a sus íntimos, examinó su conciencia, calculó sus probabilidades y tomó su decisión.

Al comienzo de su gobierno había incorporado al séquito de sus colaboradores nacionales, un núcleo de intelectuales argentinos que llegaron a Bolivia huyendo de la persecución del dictador argentino Juan Manuel de Rosas. Periodistas y hombres de letras los más, fundaron y dirigieron “La Época”, vocero oficial enaltecido por el talento de esas plumas brillantes. Se destacaban en ese círculo don Domingo de Oro, don Félix Frías y don Bartolomé Mitre, este último llegado a La Paz en circunstancias inesperadas.

Desempeñaba funciones diplomáticas en el Brasil el general Eusebio Guilarte el año 1846. En Río de Janeiro conoció a Mitre con quien cultivó una amistad sincera que perduró a través de los años. Prendado de sus bellas cualidades y de sus dotes de inteligencia y refinada cultura, le invitó a viajar a Bolivia, seguro de que esa inteligencia podría ser provechosa en su patria. Sin consultar al gobierno contrató sus servicios, para que los prestara en el Colegio Militar de La Paz, clausurado hacía algunos años. Munido del documento viajó Mitre al centro de sus funciones, pero grande fue su sorpresa al evidenciar que nadie en las esferas oficiales tenía noticia del dichoso contrato. No se desanimó por este inesperado contratiempo. Gentil y altivo paseaba su porte distinguido por las empinadas calles de la ciudad, un poco decepcionado y otro poco desilusionado. “Parecía –escribe don Manuel Carrasco- la propia figura fina y melancólica de Alfredo de Musset, errante en ese extraño paisaje aprisionado por las majestuosas moles del Illampu, del Mururata y del Huayna Potosí.” Sus influyentes compatriotas lo presentaron al presidente Ballivián que pronto se dio cuenta del valimiento del brillante joven argentino, incorporándolo a su círculo íntimo para seguidamente encomendarle la dirección del Colegio Militar, dándose de este modo ejecución al olvidado contrato suscrito por Guilarte.

Mitre, como sus dos compatriotas Oro y Frías, fueron los consejeros más sinceros del presidente. A ellos les consultó y todos concordaron en que lo mejor era renunciar en momentos en que se encontraba cercado por “un cordón llameante de motines”. El doctor Casimiro Olañeta era el que con más empeño atizaba el fuego de la discordia, desbaratados sus propósitos de constituirse en el eje del gobierno. Hábilmente tejía la fina malla de la conspiración detrás del hombre que había escogido para sus designios. Tres palmadas amistosas le bastaron para encender en Belzu su dormida ambición:

-Coronel, -le dijo una noche- ¿cuándo da usted un día de gloria a la patria?

Sabía el astuto político que preparaba una bomba de tiempo con este pedido al apesadumbrado militar consumido por un odio intenso, ciego irrazonado, contra Ballivián y cuyas consecuencias, durante años, hicieron correr muchas lágrimas y mucha sangre en el país. El encono de estos dos hombres se había originado en una secreta intriga de alcoba cuando doña Mercedes Coll, esposa de Ballivián, descubrió el amor prohibido de la esposa de Belzu, doña

Juana Manuela Gorriti, mujer bella, inteligente, romántica e inquieta, perdidamente enamorada del puesto vencedor de Ingavi, haciendo llegar a manos de Belzu dos apasionadas cartas con vívida descripción de inflamados sentimientos de amor. El odio del traicionado ardió desde ese momento como una hoguera inextinguible cada día más crepitante y en su pecho volcánico se acumuló un rencor tremendo y un incolmable deseo de venganza. Retraído en su dolor y en su vergüenza juró lavar la ofensa, aunque para conseguir su propósito necesitara imponerse un plan de disimulo torturante. “Nunca podréis comprender- les decía sus hijas algunos años después- los padecimientos crueles, los dolores sin nombre, las noches de insomnio, la agonía que lleva a la sien el caño de una pistola, que experimenta el alma en un caso semejante”.

Desde que el militar se enteró de la infidelidad de su esposa y la traición de su jefe y amigo, no dejó de meditar en su venganza. Un día estuvo a punto de consumarla después de una escena violenta desarrollada en el propio despacho del presidente. Llamado a presencia de éste para responder de un acto de indisciplina, Belzu le enrostró su felonía y su conducta desleal; en la agria disputa de las palabras se fueron a los hechos. “Ballivián tomó una silla –refiere don Rigoberto Paredes- y trató de descargarla sobre Belzu, éste desenvainó su espada, trabándose entre ambos una lucha a arma blanca. Ballivián quedó tendido, pero tuvo tiempo de ordenar la captura de aquél”. En castigo Belzu fue enviado al cuartel de Obrajes como último soldado, pero esa misma noche logró amotinar el cuerpo a cuyo mando llegó a la plaza de armas en las primeras horas de la madrugada. Escaló una ventana, buscó frenético a Ballivián con dos pistolas empuñadas dispuesto a matarlo, mas el mandatario ya había abandonado su aposento, huyendo semidesnudo por los tejados. Aplastada la subversión, logró el insurrecto fugar al Perú, disfrazado de indio, después de una odisea escalofriante, socorrido por gentes generosas que pusieron en peligro su propia vida para salvarle del seguro fusilamiento.

* * *

Al fin había sonado la hora de la venganza. Belzu acaudillaba una revolución contra su odiado rival ese año de 1847. La realidad, con su desoladora evidencia, mostró al presidente Ballivián la imposibilidad de permanecer en el mando. Una honda decepción inundó su espíritu al sentirse acosado y traicionado. Sus mejores amigos, sus protegidos, le volvían las espaldas y sus oficiales más adictos empuñaban el pendón revolucionario. Tomada su decisión, escribió a don Domingo de Oro una carta amarga y dolorida: “Ya no puedo resistir más y mucho menos el suplicio del poder que se es insoportable. Estoy desesperado... no quiero mandar...” Y su alma se abatió ante los desengaños.

Desde Potosí, ciudad en la que se encontraba el presidente después de la acción de Vitichi, hizo llamar con urgencia al teniente coronel Bartolomé Mitre que había comandado una brigada de artillería en esa acción victoriosa, para encomendarle la misión de entrevistar al general Eusebio Guilarte que, empujado por la ambición, tramaba una revuelta en La Paz:

-Usted es amigo de ese hombre –le dijo Ballivián-, propóngale que desista de su aventura a cambio de la presidencia.

Inmediatamente Mitre viajó a La Paz, se entrevistó con Guilarte que aceptó la proposición. Después de muchas incidencias fue nombrado Presidente del Consejo de Estado, para observar la formalidad legal.

El 23 de diciembre Ballivián resignó el mando. En un documento fechado ese mismo día expresaba que, obediente a los dictados de su corazón, hacía “renuncia formal, definitiva e irrevocable de la presidencia”. Conservó para para sí la jefatura del ejército, pero su permanencia creaba algunas suspicacias y constituía un estorbo para el nuevo presidente que deseaba dar otro estilo a su política. Comprendiéndolo así, Ballivián se ausentó del país para desempeñar el cargo de agente diplomático en Chile. La despedida de sus tropas fue patética, porque vencido por la

emoción lloraba el héroe y lloraban sus soldados, heridos en sus fibras sentimentales, al ver alejarse al jefe que tantas veces los había conducido por los caminos de la victoria.

Era el general Guilarte un militar letrado y valiente, tenaz en sus empresas subversivas. Hijo de español y de criolla nació en La Paz el 15 de octubre de 1805. Estudiante de teología y derecho, había vestido hábitos talaes seguro de servir a Dios en su misión evangélica; pero su espíritu se agitó bajo la veste sagrada y alucinado por la pompa castrense y ansioso de gloria mundana, se alistó poco antes de su ordenación sacerdotal, en las filas patriotas que libertaron estas tierras del dominio español. La severidad del régimen monástico y la disciplina militar formaron su carácter recio, templado, severo. La gloria marcial sepultó en lo íntimo el sosiego y la paz conventual que anidaron en su alma en los primeros años de su adolescencia.

Cayó prisionero en Zepita y Uchumayo, fue herido en las batallas de la Confederación y Yungay. El día anterior a librarse esta última batalla, el general Santa Cruz le envió como mensajero, con una proposición ante el general Bulnes, jefe del ejército chileno, quien ni siquiera se dignó recibirlo. Le llamaban “el cojo” por cierto defecto al caminar que le dejaron las heridas de los combates en los que intervino con bizarría. Sobresaliente entre sus camaradas ocupó cargos diplomáticos en el exterior. En 1845 fue designado representante de Bolivia ante los gobiernos del Uruguay y de la Argentina. En este último país debía reemplazar al coronel Manuel Rodríguez que fracasó en el empeño de suscribir un tratado de amistad, comercio y libre navegación, por la intransigencia de don Juan Manuel de Rosas, el dictador argentino. Cuando Rodríguez supo que Guilarte se encontraba en Montevideo, le escribió una carta imprudente mostrándole los inconvenientes de la misión diplomática por la prepotencia de “un gobierno enemigo natural de todo lo que se llama orden y regularidad”, “espantoso poder que se funda en media docena de puñales ensangrentados”, “puñales acostumbrados a hacer prodigios en las tinieblas”. Los temores de Rodríguez se confirmaron trágicamente, porque la carta cayó en manos de la Mazorca, tenebrosa organización rosista, y a poco apareció su cadáver en la orilla del río con el cráneo perforado por un balazo. Estos antecedentes influyeron en el ánimo de Guilarte que se mostró hostil a Rosas y permaneció en la banda oriental sin intención de ocupar su puesto en Buenos Aires.

A este hombre de no pocos merecimientos llamó el presidente Ballivián para que recoja su herencia que a poco debía convertirse en presente griego. Servidor en los primeros años del gobierno del héroe de Ingavi y enconado adversario suyo después, exageraron mutuos celos y desconfianzas en los pormenores del pacto de sucesión. Pero al fin se abrazaron sollozando en la despedida los adversarios reconciliados, lágrimas “que habrían de transformarse en acíbar de resentimiento a muy corto plazo”.

Tarde hubieron convencerse de la aplastante realidad. En ese juego de pasiones en el que poco intervenía la sinceridad, el uno obedecía al instinto de preservación en la caída y el otro a la ambición de mando. Por eso las agrias recriminaciones posteriores. Guilarte enrostraba a Ballivián su conducta desleal en una carta abierta de acerba recriminación, por haber pretendido sacrificarlo “mezclándolo en una intriga encaminada a fomentar el espíritu anárquico en el país”.

* * *

Entretanto el pueblo estaba encandilado frente al León del Norte, como le llamaba a Belzu, rutilante figura del escenario político boliviano y verdadero jefe del movimiento, pues el general José Miguel de Velasco, momentáneamente aclamado para ocupar por cuarta vez la presidencia de la república, era la pantalla detrás de la cual jugaba el caudillo de las masas su carta definitiva.

La caída de Ballivián abrió las esclusas del encono desbordando en inagotable vocabulario de injurias y lo menos que se le llamó fue “insigne traidor”, olvidando, con injusticia y perversidad, que él había consolidado la nacionalidad y afianzado su independencia. Acusado de déspota, no fue precisamente la violencia ejercitada en los años de su gobierno lo que determinó su caída, sino las fuerzas que se coaligan para derrocar a los gobernantes. También se dijo por los mismos que

condenaban a Ballivián de arbitrario y despótico, que a Velasco se le había barrido por su debilidad, utilizándose argumentos opuestos para justificar un fin. La caída de Ballivián fue la consecuencia de esa marea subversiva que fisonomiza nuestra idiosincrasia: economía defectuosa, desnivel social y étnico, alejamiento de las corrientes civilizadoras que determinan nuestro enclaustramiento y por leyes fatales “adversas al desarrollo de la paz pública”. En la competencia innoble de cubrirle con el cieno de todas las infamias, el Congreso le declaró indigno del nombre de boliviano; el ministro Olañeta en su “Memoria” escribió “que se marchó al exterior arreando él mismo algunas cargas de plata, cual arriero contrabandista que huye de las persecuciones de la justicia”; los gacetilleros venales inundaron las páginas de la prensa con su diatriba emponzoñada.

Eso y más se dijo del hombre que había afirmado la nacionalidad permanentemente amenazada hasta el momento de la muerte del generalísimo Agustín Gamarra. Las pasiones políticas se ensañaron con Ballivián hasta conducirlo a las puertas del sepulcro, con la particularidad de que las de su patria estaban todas cerradas. Perseguido con encono aún lejos de las fronteras, negada su permanencia en Chile, Perú y la Argentina, por gestiones del gobierno de Belzu, renovada su fe y sus esperanzas, extrayendo fuerzas de su propio infortunio: “Mi energía se redobla, sea por despecho o por firmeza de ánimo, no importa la causa”, le decía en una carta altiva a su amigo Oro, cuando éste le hizo saber que el gobierno de Chile, que creyó siempre el asilo seguro, había decidido impedir su ingreso en ese país. A través de estas vicisitudes evidenciaba que en su vida se habían tocado los extremos: prosperidad y gloria, pobreza y desaliento.

¿Dónde poner su planta de proscrito perseguido con tanta saña? Se dirigió a Río de Janeiro, pero ya el cóndor orgulloso tenía abatidas sus alas. Vencido, decepcionado, pobre hasta la indigencia, el hombre de la fortuna resplandeciente se vio obligado a vender la espada gloriosa que blandiera en los campos de Ingavi, el único tesoro que habría querido legar a sus hijos. Perdida toda esperanza entró al sepulcro modesto en tierra extraña, perseguido por el odio, mordido por la injusticia, zumbándole en los oídos el coro de la difamación inicua, expresión del rencor de los despechados, de la gentuza vil, que no perdona la grandeza.

* * *

Dueño Belzu de la situación, a la cabeza de una revolución triunfante y aclamado por las muchedumbres fanatizadas, titulóse **Jefe Superior Político y Militar del Norte**. Dictó un decreto, al día siguiente de la renuncia de Ballivián, que obligaba, además de acatamiento al nuevo estado de cosas, la cooperación de bienes y personas “al ejército libertador durante la campaña abierta contra el tirano de Bolivia José Ballivián y sus secuaces”; declaraba traidores a los que opusieran resistencia efectiva y pasiva, los que “serán juzgados militarmente por consejos de guerra verbales, y, probado el delito, sufrirán la pena de muerte...”.

Grande fue la decepción de Guilarte al conocer el desarrollo de estos acontecimientos, ingenuamente convencido de que la renuncia de su antecesor acallaría la protesta popular, al amparo de su nombre, como bandera de unión desplegada entre los bolivianos. Aunque tarde para intentar soluciones, probó sin embargo una política conciliatoria al convocar a comicios presidenciales, además de otorgar amplia amnistía para los desterrados políticos. Pero vanos resultaron sus esfuerzos, pues surgieron nuevos pronunciamientos. La defección de sus mismas tropas, le volvió a la realidad y para no ser aplastado por la catástrofe huyó despechado al Perú, a los diez días cabales de su efímera presidencia.

Un trágico episodio referido por el propio Guilarte en un folleto publicado en Tacna al año siguiente de estos sucesos, da una idea de la desorientación en que se debatía el flamante mandatario. Informado del inminente estallido de un movimiento subversivo en el seno de su mismo ejército, creyó matar el germen procediendo al inmediato juzgamiento de los complotados. Sentenciado a muerte el mayor Pío Borda, reveló todos los hilos de la conspiración tramada en connivencia con Belzu.

“A las seis de la mañana –afirma Guilarte- el Fiscal de la causa dejando al reo en capilla me dijo: Señor, si en el acto no se fusila a Borda estalla la revolución en los cuerpos, porque estando todos los jefes y oficiales comprometidos por actas que dicho Borda ha mandado a Belzu, es preciso hacer entender que con la muerte de éste se ignora todo y que el secreto de la traición queda sepultado con él. Entonces le dí la orden para que mandar disparar cuatro tiros al aire, salvando la vida de Borda; en efecto se oyeron los tiros; mas, inmediatamente, alguno avisó a todos los jefes que Borda no había muerto, y entonces iban los conspiradores a consumir la sedición, cuando un oficial de mi guardia, todo sobresaltado, me dice: -¡Señor, ya salen los batallones a formar a la plaza y la revolución estalla! –Pues bien, le dije al coronel Álvarez, dudando de que haya muerto Borda, mande usted que saquen su cadáver para que lo vean y sepan que está guardando el secreto. Inmediatamente monté a caballo, salí a la plaza y el coronel Álvarez mandó ejecutar al reo; así se sofocó la revolución; se proclamó al ejército con el cadáver al frente y ninguno de sus cobardes cómplices osó vengar su muerte”.

Esta relación escrita por el acosado heredero de la “presidencia decimal”, como dio en calificarse a este fugaz período de Guilarte, no pasa de ser una excusa pueril. El mayor Borda fue sentenciado y ejecutado por temor a la amenazante marea revolucionaria y resulta inverosímil aquello de los disparos al aire para salvarlo del patíbulo. El general Guilarte atravesaba momentos difíciles y de acuerdo a la mentalidad militar de esos tiempos, debía recurrir a la violencia para solucionar situaciones de apremio: el cadalso para los conspiradores como precedente ejemplarizador. Así lo hace ver el historiador Manuel José Cortés cuando afirma que Guilarte “Hizo fusilar dentro de una habitación un oficial Borda, por creerlo sospechoso, sin que hubiese el más leve indicio, y con razón se calificó de asesinato aquel hecho”. Pero la sangre de Borda no extinguió la rebelión.

Huyó Guilarte lleno de fuerte encono para Ballivián y Belzu. El uno le había utilizado como ingenuo instrumento, el otro le arrebató el ansiado poder. Poco duró su vida de proscrito, porque envuelto en ese hado misterioso que parece perseguir a la mayor parte de los que escalan la primera magistratura de la República, debía confirmarse el destino uno vez más en este militar testarudo. Impulsado por su trágica estrella volvió a la patria pasado un año de los sucesos que le obligaron a expatriarse, y entró al servicio de su enemigo y derrocador –Belzu- como Prefecto del Litoral, con el secreto designio de cobrar la cuenta, porque la herida era profunda.

* * *

Entretanto, la subversión amenazaba también al gobierno del presidente Belzu fomentada por un hombre tenaz, de férreo carácter y hondas convicciones que se oponía a la demagogia belcista desatada como un turbión. Era don José María Linares, el doctor incorruptible que sin tregua ni descanso anudaba conspiraciones, multiplicando su acción revolucionaria en el extenso territorio. Mirábanle como a un salvador frente al predominio plebeyo por sus virtudes republicanas, su saber vario, su temple de patriota, su vida limpia y sin claudicaciones. Y Guilarte invocando ese nombre aureolado, consumó la rebelión de Cobija, el 7 de junio de 1849.

Fácil le fue poner en ejecución su plan. Secundado por los militares Manuel Arrieta, Benito Gil y Antonio Gallardo, inició la revuelta, comprometiendo a los soldados que servían a sus órdenes. Mandó apresar a los jefes y oficiales irreductibles, incomunicándolos en el bergantín “Zara”, surto en el puerto. Al asumir la jefatura del movimiento, dirigió la consabida proclama:

“El pueblo boliviano destrozado por la anarquía reclama los esfuerzos del patriotismo de sus hijos para levantarse de la postración en que lo ha sumido la frenética ambición de un caudillo detentador de la suprema autoridad del mando de la República”; por ello, el departamento a sus órdenes no reconoce otra autoridad que la de Linares, “Presidente del Soberano Congreso”.

Traiciona así a quien sirve desde un puesto público, moneda corriente en las contiendas políticas del país levantisco y hurafío. Pero pronto se esfuma la ilusión de su venganza, porque a

los cuatro días, el 11, los mismos soldados que secundaron sus planes, arrepentidos de su conducta y sugestionados por algunos sargentos reaccionan en favor de Belzu, libertan a los oficiales apresados y le intiman rendición.

Guilarte logra parapetarse en la casa Prefectural, descarga fuego graneado y pone a raya los sitiadores, sin sospechar que los militares que le cooperaron en la subversión fueron apresados. Se defiende con bravura multiplicándose en la defensa. Pero la lucha es desigual y él solo no puede prolongar es resistencia insensata. Avanzan los atacantes protegidos por nutridas descargas que provienen de puntos estratégicos, cercan el edificio, violentan sus puertas y penetran en el recinto. Ahí está el hombre como enajenado, los ojos desorbitados, el rictus fiero, el arma todavía humeante en la diestra. Ni una palabra cruzan entre los amotinados y el vencido, porque apenas trasponen la entrada, acribillan a balazos a su jefe, cuya muerte nadie intentará castigar ni siquiera investigar...

La prensa oficialista, a poco de conocer el suceso, injurió la memoria del “traidor”. Y en una carta que con fecha 28 de junio de ese año de 1849 el general Ballivián dirigía desde Valparaíso a París a su amigo Félix Frías, le decía entre otras cosas:

“Este vapor ha traído nuevos contrastes, otras catástrofes de Bolivia; el general Guilarte ha sido muerto en Cobija el 10 de este mes por órdenes secretas de Belzu a los sargentos de la guarnición que se sublevaron y fueron a su casa a sorprenderlo al amanecer so pretexto de que pensaba hacer un pronunciamiento para llamar al general Ballivián a cuyo favor peroraba diariamente no obstante de estar sirviendo a Belzu como Prefecto y Comandante General del puerto”.

Fue la última referencia sobre el infortunio general.

UN PRESIDENTE TENDIDO A BALAZOS

Dichoso yo de proclamarme mártir de la democracia y de ver que mi sangre ha fecundado la libertad de mi Patria.

BELZU

Encarnizada y sangrienta fue la batalla que tuvo lugar en Yamparáez el 6 de diciembre de 1848. Centenares de cadáveres diseminados en el campo testimoniaban la ferocidad de la lucha en la que se disputaban el poder los generales José Miguel de Velasco y Manuel Isidoro Belzu. Después de esa acción de armas, recibida con inmenso júbilo por los pueblos de la República, Belzu el vencedor, se instaló en el palacio de gobierno de la capital, vieja casona cedida por el Arzobispo hacía veinticinco años, para que sirviera de alojamiento al Mariscal Sucre.

De los campos de Yamparáez empapados de sangre, surgió un caudillo militar, diferente a los que le habían precedido. El general Belzu originó una verdadera evolución social en el país, hasta entonces constreñido por la fuerza y aplastado por el rudo tacón militar. “En la jornada de Yamparáez –escribe don Alberto Gutiérrez- no sólo había surgido un hombre nuevo, que se llamaba Belzu en lugar de Velasco, sino que habían triunfado, a falta de ideas nuevas, a lo menos prácticas y sistemas políticos que no tuvieron oportunidad de ensayar los caudillos militares de la era primitiva”.

Tras la victoria que le había encumbrado en la primera magistratura de la República, el nuevo presidente intentó reunir en un abrazo fraterno a todos los bolivianos y con este propósito dictó un decreto de amplia amnistía llamando a colaborar a los hombres más representativos. Pero sus buenas intenciones escollaron con la oposición de las gentes de alcurnia que no le perdonaban el despojo de sus privilegios, y al sentirse frustrado se echó en brazos de la plebe, base y sustentación de su gobierno, enorme fuerza popular que por primera vez intervenía en la vida pública del país.

Enconado por este desaire de las clases distinguidas, estimuló la violencia de turbas irresponsables cuyos instintos dormidos incitaba con la prédica reivindicatoria de sus derechos hasta entonces conculcados por los que él llamaba “aristócratas”, espectando impasible el frecuente desborde contra la propiedad privada, verdaderos malones que dejaban saldos trágicos de destrucción y de muerte.

Envuelto en el torbellino demagógico sentía la secreta fruición de hacerles sentir todo el rigor de su poder inmenso; así algunos intentos subversivos fueron reprimidos por el procedimiento sumario de la acción multitudinaria. Infelizmente, ese turbión popular que irrumpía en la escena política carecía de las más elementales nociones de cultura y de concepto de clase, pues creía que debía entregarse, respaldado por la impunidad, al crimen y al pillaje.

Su defectuosa formación espiritual y la carencia absoluta de disciplina, le convertían en instrumento disponible para cualquier aventura. Impulsada por sus apetitos nunca satisfechos, creía que sólo tenía derechos y ninguna obligación: hombre sin la nobleza que obliga, **-sine nobilitate-** habría dicho Ortega y Gasset.

Don Gabriel René Moreno escribió a propósito de esta violencia irresponsable y su predominio imprudente, estos conceptos lapidarios: “¿Cabe alimaña más dañino en la sociedad que el cholo abogado, ni gato-montés más rapaz y bravío que el cholo mandón? La propensión de la casta tiende como es notorio al ocio, a la reyerta, al servilismo y a la intriga, gérmenes del

bochinche y del caudillaje; bien así como de otro lado, la estupidez y amilanamiento del indio incásico se amoldan a punto para perpetuar en la sociedad el despotismo”.

Si esto pudo ser así, no era menos cierto que Belzu inició intuitivamente la gestación de uno de los más importantes fenómenos sociales –que culminó después como fuerza viva y definitoria- despertando en las masas hasta entonces ausentes del ejercicio político, la noción de su poder incontrastable.

Fomentada la lucha de castas, el estado social de la república no podía presentar, hacía cien años, un cuadro más desolador. La presión aplastante de esa densa porción mayoritaria imponía un rudo despotismo en nombre del caudillo que delegaba su poder represivo en ese conjunto inorgánico y desorbitado, sediento de justicia.

“Cholos –les decía el gobernante invitándoles a la depredación- mientras vosotros sois del hambre y la miseria, vuestros opresores que se llaman caballeros y que explotan vuestro trabajo, viven en la opulencia. Sabed que todo lo que tenéis a la vista os pertenece, porque es fruto de vuestras fatigas. La riqueza de los que se dicen nobles, es un robo que se os ha hecho”.

Y la plebe ensoberbecida, robaba y mataba, apoyada en la expresa autorización del presidente.

Languidecía así “supeditada por la avilantez mestiza del militarismo pretoriano” que preconizara Nicomedes Antelo, la clase ilustrada hasta entonces directora y gobernante. Sobre ella gravitó, con empuje bravío, el formidable ejército popular gigantesco y desbordado. Porque Belzu sabía embriagar a esas multitudes exaltadas con los elixires del amor y del odio, azuzándolas, para que en los furiosos arrebatos de su protesta, aplastaran a sus enemigos al embate aterrador de sus venganzas.

Cuánto fanatismo despertaba ese hombre singular. Le idolatraban las legiones fervorosas que le sostenían con generoso desprendimiento porque veían en él la encarnación de sus ideales y el símbolo de sus aspiraciones. Aclamado con frenesí el entusiasmo popular llegaba a límites increíbles. Con arrobamiento casi místico, sus parciales, cholos de faz bronceada y manos encallecidas, admiraban al **Mahoma**, redentor de sus injustas pretericiones. En su concepción apasionada el tenían por un predestinado, dotado de dones celestiales que podía atraer hasta la lluvia bienhechora sobre sus campos y sembrados mustiados por la sequía pertinaz.

Después de Dios creían en su santidad, en su talento de conductor y de estadista, y porque esa era su convicción sincera, las legiones ardorosas se compactaban en un solo núcleo vencedor cuando los aristócratas atentaban contra el poder o la vida de su ídolo.

Sabía el caudillo obtener ventajas de esa veneración departiendo cariñosamente con sus partidario, mostrándose llano y simple, siempre dispuesto a tolerar los desbordes y las explosiones sanguinarias de su angustia contenida. Estimulaba también la ambición, asegurándoles que su sucesor sería un hombre de “poncho y de chaqueta”, exponente de la gleba despreciada por los privilegiados. Interesante y acertado es el retrato que hace del caudillo el historiador Alcides Arguedas:

“Su mismo rostro delgado y pálido, de tez mate y encuadrado en una espesa y negrísima barba, tenía la fineza de una figura de Cristo concebida por el genio atormentado de algún Montañez criollo, y en los ojos negros y profundos ardía la llama de todas las fuertes pasiones. Físicamente tenía toda la apariencia de un morisco y se le conocía familiarmente con el apodo de Arabe. Había nacido en 1808 en un pueblecillo del yermo andino, y desde muy joven se dedicó a la carrera de las armas, la sola que en aquellos tiempos de lucha y encono político podía ofrecer horizontes de ancha perspectiva a la imaginación de mozos acomodados, aunque nacidos en humilde cuna. Poco o nada propenso a las solitarias labores del libro, estaba sin embargo dotado de un talento flexible y muy adaptable, y disponía del privilegiado don de descubrir por la actitud, los gestos y la inflexión de la palabra la secreta intención de sus interlocutores...”.

* * *

Una noche de junio de 1850, los alumnos del colegio Seminario contiguo al palacio de gobierno, habían arrojado al patio de la morada presidencial, por encima de los tejados, un muñeco negro de barba rizada y adornado con la banda tricolor, como un desafío al presidente contra el que se hallaban fuertemente prevenidos por haber sido confinados a lugares insalubres y remotos, dos de sus compañeros que le negaron el saludo en una de las calles de la histórica ciudad de Sucre.

Lejos estaban de sospechar los traviesos estudiantes que esa humorada juvenil provocara la cólera del mandatario que envió, al día siguiente, una compañía de soldados para castigar a los autores del desacato y a justos por pecadores, pues cuarenta de ellos fueron cruelmente flagelados por robustos mocetones ejercitados en el manejo del látigo y el garrote. El infamante castigo, además de lacerar los cuerpos, generó el vehemente deseo de venganza, y uno de ellos – Juan Sotomayor- tomó para sí la misión de lavar la afrenta con la sangre del Árabe, aunque en verdad los entusiasmos juveniles no pasaran del ardor verbalista y de los proyectos utópicos.

Desde ese momento golpeaba su cerebro la idea de eliminar al caudillo, cuya violencia desatada con el apoyo de las turbas, se hacía intolerable. Un incidente inesperado contribuyó a precipitar los trágicos sucesos que envolvieron ese año en una ola de sangre al país. El Congreso rechazó la indemnización que solicitara el coronel Agustín Morales por el saqueo de su casa comercial de Cochabamba a principios de marzo de 1849, en circunstancias en que había estallado una revolución ballivianista sofocada sangrientamente por la plebe enfurecida. A 167.328 pesos alcanzaba el monto de la petición, pago que Morales estaba seguro de obtener por sus vínculos de amistad con el presidente Belzu a quien visitaba casi todos los días para mostrarle su adhesión incondicional. Mas sus expectativas se desvanecieron como el humo al conocer el negativa, encendiendo la hoguera de sus rencores contra el gobernante cuya influencia creyó ver en la decisión camara.

Se guardó con todo de exteriorizar la sorda cólera que como en un trance de demencia inflamaba su despecho. Disfrazó sus intenciones con natural disimulo; sonriente y comedido frecuentó con mayor asiduidad la mesa presidencial, velando así, con amistad fermentada, su siniestra determinación, aunque con el firme propósito de constituirse en el brazo vengador de un pueblo sojuzgado. La eliminación del caudillo era ya una convicción creada a través de una propaganda intensa, alimentada desde el exterior por los proscritos, que habían tejido, mediante agentes poderosos y activos, la malla sutil de la conjura. Sólo faltaba quien tomara para sí la hazaña, y he aquí que la denegación de sus derechos empujó al rudo militar a la acción vitanda.

* * *

Veinte días después que el Congreso había investigado constitucionalmente al general Belzu del mando supremo de la República, el 6 de septiembre por la mañana, el Senado eligió su presidente al coronel Manuel Laguna, militar chuquisaqueño que contaba entre sus méritos de adhesión al caudillo, haber presidido el Consejo de Guerra que juzgó y condenó a la última pena al coronel ecuatoriano Carlos Wincendon, ejecutado en la plaza mayor de La Paz un año antes, inculpado de ser agente revolucionario del general Ballivián.

A las cinco de la tarde llegó Laguna a palacio, en el preciso momento en que el presidente se disponía a dar su paseo habitual, después de la temprana comida, por los rientes alrededores de la ciudad blanca. Acompañado de Laguna y el edecán Ichazo se encaminó al prado, pintoresco paseo de árboles frondosos y matas floridas.

Rondaba por los alrededores, desde hacía una hora, un jinete en su caballo tordillo. Escrutaba inquieto, con las pupilas rusientes, el recodo del sendero estrecho y pedregoso por el que acostumbraba dirigirse el presidente de la República, sin escolta, acompañado de su edecán, después de la comida frugal servida a las cuatro de la tarde. Muy cerca, aunque en distintos

puntos, dos hombres espiaban ansiosos, procurando eludir la presencia de algún fortuito transeúnte. Eran los conjurados.

A la entrada de la Alameda, desierta a esa hora tranquila del atardecer, el jinete, que no era otro que el coronel Agustín Morales, se reunió al presidente le saludó con afecto, y juntos prosiguieron el paseo en conversación animada. Súbitamente aparecieron arrebuados en sus capas Juan Sotomayor, el seminarista flagelado, y José Siñani, otro de los complotados. Sotomayor disparó su revólver a quema ropa hiriendo la mejilla de Belzu que cayó desvanecido a los pies del agresor. Y la calleja solitaria y pedregosa se tiñó con la sangre del presidente.

El sorpresivo ataque llenó de confusión y pavor a los acompañantes, pues Laguna y el edecán sólo atinaron a huir despavoridos cuando vieron tendida a la víctima. Entonces Morales picó espuelas a su caballo, sofrenándolo a la vez, con la feroz intención de destrozar el cuerpo inanimado con los cascos herrados, pero el noble animal eludía el cuerpo con saltos y cabriolas. Frustrado su intento se inclinó sobre el cuerpo herido y le disparó otro tiro sobre la nuca. “El fuego le quemó el cabello –dice el informe-, la bala le rompió el cuero y no le entró en el hueso, sin duda que rebotó por milagro”. Fue el instante que aprovechó Siñani precipitándose sobre el cuerpo acribillado para degollarlo con el cuchillo que llevaba al cinto, en un acceso de furor homicida. Y ya se hendía la afilada hoja en el cuello del caudillo del caudillo le detuvo Morales:

-¿Para qué? –le dijo- ¡Bien muerto está!

No creyó necesario seccionar la cabeza del tronco de la pobre víctima revolcada en sangre. Muerto, bien muerto, debía estar el caudillo con el tiro de gracia.

Seguro de haber coronado exitosamente su hazaña, Morales galopó afiebrado y convulso por la ciudad con el arma todavía humeante, las greñas alborotadas, la voz enronquecida por los gritos de entusiasmo que anunciaban la muerte del tirano por su brazo vengador. Golpeó las puertas de los cuarteles proclamando los nombres de Ballivián y Linares, sin que nadie respondiera a sus incitaciones. Y decepcionado, emprendió otra carrera loca y desesperada para ganar la frontera salvadora, porque vio en ese silencio elocuente una reprobación unánime.

¿Qué ocurriría, entretanto, en el lugar de la tragedia? No obstante la perfecta coordinación del plan, los repetidos disparos en la cabeza y el tiro de gracia en la nuca de la víctima, Belzu no había muerto. Salvó providencialmente del alevoso atentado, pues si bien las heridas revestían gravedad, ningún era mortal. Tres indígenas, mudos y azorados testigos del sangriento drama, condujéronle a una choza humilde que se levantaba a poca distancia perdida en el follaje. Allí le prestaron los primeros auxilios hasta que recobrará el conocimiento.

La noticia del crimen se esparció rápidamente por la ciudad, horrorizada ante la magnitud del delito. De todos los barrios acudió la gente, como en peregrinación a un santuario, hacia la Rotonda del prado de la capital. Esa multitud delirante, “poco numerosa al principio, fue en aumento paulatino hasta tomar las proporciones de un piélagos humano”.

Tan pronto como hubo la certidumbre de que el presidente no había sucumbido en la emboscada, la alegría rebasó los límites de la ansiedad colectiva. Se echaron a vuelo las campanas de las iglesias que anunciaban a la ciudad amedrentada, jubilosamente, la salvación del amado caudillo. “Y del fondo de la pesadumbre apenas mitigada –escribe Pardo Valle- saltó, mostrando las zarpas, la furia vengadora. Rugió la masa herida en la entraña de sus más caros sentimientos, y repercutieron en el ámbito de la ciudad egregia ululatos pavorizantes”. Iba la compacta muchedumbre entre alaridos de angustia y aullidos de cólera, los puños cerrados en fiero ademán de vindicta, el gesto terrible: ¡Viva el tata Belzu! ¡Viva nuestro Dios! ¡Mueran los asesinos!

Fue de veras conmovedor el traslado del ídolo sangrante, por esa multitud agitada como un torrente bravío. Quien más, quien menos, se disputaba, en noble competencia, el privilegio de ver

al paciente tendido en la camilla improvisada, “probar la tibieza de su cuerpo, aspirar su aliento” y todos pugnaban por tocar siquiera la reliquia venerada. Así llegó al palacio entre explosiones de dolor sincero y vehementes deseos de venganza. Porque la turba sólo esperaba la confirmación de sus temores para desbordar su cólera y cobrar con torrentes de sangre impía la sangre preciosa de ese caudillo nacido de las entrañas de la gleba, padre y protector de sus infortunios...

Una inmensa explosión de júbilo atronó en el silencio de la urbe blasonada cuando los más afamados galenos de la época que se habían apresurado a atenderle, anunciaron que las heridas no hacían peligrar la vida del mártir de la democracia”. De todos los estratos sociales surgió la caravana visitante al ilustre enfermo. Sus adversarios se hicieron también presentes para testimoniarle su adhesión a la vez que sincero repudio por el innominable atentado. De este modo, la sociedad chuquisaqueña condenó el crimen alevé borrando sus diferencias con el caudillo. “Y los hijos de Sucre –comenta el historiador Cortés- humillados por un gobierno brutal, no vieron en Belzu al opresor de la patria, sino al hombre revolcado en su sangre, y le prodigaron sus más esmerados socorros”.

Al día siguiente, 7 de septiembre, el Congreso decretó por ley suspendida la vigencia de la Constitución; encargó al Consejo de Ministros compuesto por el general José Gabriel Téllez, don Rafael Bustillo, don Agustín Tapia y don Tomás Valdivieso, el mando supremo de la República, concediéndole facultades extraordinarias y declarando fuera de la ley a los “insignes asesinos” Agustín Morales, Juan Sotomayor “y demás autores del delito”.

Seguidamente dirigió dos airadas proclamas a la Nación y al Ejército, suscritas por el presidente Manuel Laguna, aturdido testigo de la agresión al Jefe del Estado. Esas proclamas daban cuenta del atentado “atroz y sin ejemplo en los anales de la Historia”, frustrado, felizmente, “por la Providencia que vela por los destinos del inocente”. Referíase luego al “insigne traidor Agustín Morales” que para salvación de la patria no había conseguido su siniestro propósito, pues, decía, “vive el General Presidente”.

* * *

La diligencia del Congreso al investir al Poder Ejecutivo de las facultades extraordinarias y condenar con tanta indignación el atentado, no le valieron de nada. Su presidente, Laguna, fue sometido a prisión, sentenciado después y ejecutado a los doce días en el Prado de Sucre –en medio del temor y la consternación general- en el mismo lugar donde el presidente Belzu había sido víctima de Morales y sus cómplices. Téllez influyó decisivamente en esa sentencia con el oculto propósito de suprimir a Laguna, sucesor legal del presidente en caso de muerte, para que apartado este obstáculo le correspondiera a él, en su carácter de jefe del gabinete, la herencia presidencial.

Pasaron de un centenar los ciudadanos desterrados y confinados a lugares distantes, entre los que se encontraban mujeres y sacerdotes. Durante varios días y noches se sintió a la casa de Benito López, cuñado de Morales, con ese empeño y crueldad que se pone en la caza del hombre. Rendido por hambre fue capturado y aunque el proceso no comprobó ninguna participación de López en el sangriento atentado, pero inculcado de haber hecho un ademán significativo a Laguna interpretado por los jueces como santo y seña, el infeliz fue pasado por las armas con mil protestas de su inocencia. Nada consiguieron las gestiones empeñosas de las distinguidas damas de la sociedad chuquisaqueña, el llanto desesperado de la madre, los ruegos de la esposa del condenado, porque el implacable Téllez buscaba con su crueldad medios de recomendarse ante Belzu.

El terror no tuvo límites. La fiera mostró sus garras amenazantes y la sangre, profusamente vertida, enrojeció una vez más las páginas de nuestra desventurada historia. La vida de los adversarios, amedrentados como un rebaño pavorido, quedaba a merced de una delación, de una venganza, de un pretexto cualquiera. “Las casas estaban –escribe el citado historiador Cortés- a todas horas a disposición de las partidas de tropa, que a pretexto de buscar a los asesinos,

cometían toda clase de vejaciones. A nadie se permitió entrar ni salir de la población, circunvalada por el ejército. Mostrábase la tiranía ostentando un aparato horrible”.

Como si fuera insuficiente esta demostración terrorífica, el Consejo de Ministros recurrió a un bárbaro recurso de intimidación publicado por bando: el deber de los habitantes chuquisaqueños de entregar en el término de veinticuatro horas “a los asesinos del presidente con pena de vida para los cómplices que los escondieran. Frente al fantasma de la muerte, brillaba la dorada recompensa para los delatores: premio de cien a mil pesos según la categoría de los comprometidos.

Procedimientos inquisitoriales llevaban lágrimas y luto a la sociedad aterrorizada. ¿Cuántos fueron los sacrificados en esa danza macabra de la venganza y de la muerte en que la mofa se unía a la crueldad? Difícil es saberlo. Muchos infelices fueron segados por la guadaña implacable. Sus nombres no guarda la historia como si su insignificancia paliara el martirio en esa discriminación injusta de los hombres que no han ganado notoriedad.

Traiciones, deslealtades y delaciones hicieron correr mucha sangre inocente. Siñani, el compañero de Sotomayor en la sangrienta aventura, había logrado burlar la saña persecutoria. Durante dos años vivió fugitivo, acorralado en sótanos húmedos o espesos matorrales hasta que una denuncia inhumana reveló su escondite y el infeliz fue sentenciado a muerte. Al pie del cadalso quiso limpiar la conciencia: confesó su culpabilidad en el atentado contra Belzu y declaró que el infortunado Benito López era completamente inocente y, por tanto, injusta su inmolación.

El coronel Morales y el estudiante Sotomayor, los principales actores de la tragedia, lograron poner frontera por medio después de dramática huída.

En los días atormentados de su forzada proscripción, Morales había hecho la apología del tiranicidio. Inspirado en Aristogiton y Harmodio consumó su temeraria hazaña y para justificarla publicó en Valparaíso un folleto destinado a cubrir el oprobio de aquel atentado, esforzándose, además, en compartir la responsabilidad con algunos prominentes políticos que “le estimularon – dice- a salvar la patria de la más ominosa tiranía que ha sufrido la humanidad”.

No fue este su único intento de vindicación. Al defender, en 1864, sus credenciales de diputado por la capital de la República, anuladas por su condición sub júdice, vertió entre otros, estos conceptos desconcertantes: “Desconfiado de mis ideas, no seguro de mis juicios, porque, como he dicho, no he cultivado mi razón, me aproximé a todo hombre de buena fe de patriotismo y de luces; me dirigí a personajes compatriotas míos y extranjeros y les dije: auxiliadme con vuestra doctrina, alumbradme. Yo les pregunté cómo comprendían el gobierno de Belzu, qué era lo que representaba ese gobierno; todos me contestaban: Belzu representa el vandalaje, el pillaje, el asesinato, la barbarie, todos los vicios de la barbarie, todo lo contrario a la civilización. Belzu es el monstruo engendro de la anarquía; Belzu está fuera de la humanidad, es la furia crinada de los más grandes vicios, de los atentados más extraordinarios, es en fin, el aborto del genio del mal, el oprobio de la naturaleza... Una idea se fijó entonces en mi cerebro, una aspiración vehemente nació en mi corazón... Belzu está fuera de la humanidad, la humanidad no se hizo para él... Esos eran los pensamientos que hervían en mi cabeza y que agitaban mi corazón...” Por eso lo tendió a balazos.

El áspero e insolente lenguaje empleado en el templo de las leyes por el bravucón ensoberbecido, tuvo que provocar la reacción violenta de algunos diputados, y uno de ellos, furente enemigo de Morales por razones de emulación política y militar, y, principalmente, porque había matado a su hijo Napoleón en Potosí, el coronel Sebastián Agreda, le cruzó el rostro con el anatema furibundo: “Porque es –decía- como el vampiro sediento de sangre humana, le habéis visto y le habéis oído, después de un desacato a la representación nacional, repetir que una y mil veces hará lo que hizo en el Prado de Sucre siempre que haya tiranos... ¿Y será posible que este criminal bañado en sangre y dotado de inmortal audacia venga a ocupar un asiento en el santuario de las leyes?”.

* * *

A los cinco días del fusilamiento del coronel Laguna, el 24 de septiembre, el doctor Lucas Mendoza de la Tapia y seis representantes de la minoría, proyectaron restablecer “el régimen constitucional de la República” derogando la ley aprobada el 7 del mismo mes que otorgó al Consejo de Ministros la plenitud de los poderes, manto de impunidad para todas las atrocidades cometidas hasta ese momento. En inminente trance de perder la vida estuvo ese personaje, uno de los de mayor notoriedad en el país. La Cámara rechazó el proyecto por abrumadora mayoría en medio de una batahola descomunal, circunstancia que aprovechó el general Téllez para enviar dos compañías de soldados “armados hasta los dientes”, al mando del general Gonzalo Lanza con la misión de disolver el Congreso “y hacerle fuego en caso necesario”. Apresados los siete legisladores, fueron conducidos a la prisión coreados por terribles insultos y amenazas de la cholada enfurecida. Sometidos a proceso, el complaciente Consejo de Guerra condenó a la pena capital al elocuente prócer cochabambino, por influencia de Téllez, dispuesto a fusilar a quien la ley llamara al mando de la República, es decir, que representara obstáculo a sus ambiciones de suceder a Belzu si moría por causa de sus heridas.

Perdió la calma don Lucas al conocer la suerte que le esperaba, pues su cargo de vicepresidente del Senado, apartado el peldaño legal que constituía el coronel Laguna, le ponía en peligro inminente. Sin embargo, la noticia de la ejecución del tribunal produjo generoso movimiento de intercesión en el Congreso y en diversas esferas populares que consiguieron, después de patéticas gestiones, que el reo fuera indultado y conmutada su pena por la de confinamiento a las lejanías y hostiles regiones del Guanay.

* * *

Había mejorado entre tanto la salud del presidente. Declarado fuera de peligro por los médicos, fue indescriptible el júbilo de sus partidarios y el entusiasmo supersticioso atribuyó a un milagro la salvación del caudillo. Porque parecía imposible que sobreviviera al ataque sañudo: el primer disparo en la cabeza no tuvo consecuencia; luego se libró de ser destrozado por las patas herradas del caballo de raza que eludía el cuerpo ensangrentado cuando Morales lo espoleaba poseído de trágico frenesí; seguidamente el degollador era impedido de consumar su acción por el mismo que intentó aplastarlo con el bruto: por último el tiro de gracia, sobre la misma nuca, no pasó del cuero cabelludo. ¿No parece todo esto obra de la Providencia? Tuvo razón Belzu, ya restablecido de sus heridas, de exclamar con profundo convencimiento: “Diez veces que habrían atentado contra mí no habrían logrado su propósito, porque Dios guarda mi vida; no hay duda es para algo”.

Reasumió el mando supremo mediante un pomposo decreto firmado por él y todos los miembros de su gabinete, el 16 de octubre de ese memorable año de 1850, exactamente a los cuarenta días del atentado. Y el decreto fue seguido de una proclama más pomposa aún, con invocaciones a la Divina Providencia.

El elegido de Dios había salvado. Pero no sólo la Providencia fue la autora del milagro, también contribuyeron los galenos que pusieron su ciencia al servicio del caudillo; justo era pues recompensarles. Se les otorgó a todos medallas de oro guarnecidas de brillantes, y el Congreso, en el último día de sus labores, aprobó un proyecto declarando al principal de ellos, Ignacio Cordero, “patriota en grado eminente”. El general Téllez tuvo también su premio: fue ascendido a Mayor General.

No terminaron ahí las demostraciones por la salvación del amado caudillo. Un año después, el 6 de septiembre de 1851, el parlamento aprobó sin discusión la ley por la que se declaraba “día cívico el 6 de septiembre, como aniversario de la salvación de la causa nacional y del jefe del Estado, Capitán General Manuel Isidoro Belzu”.

Tampoco el “elegido de los pueblos” debía olvidar a la poderosa fuerza de sustentación de su gobierno, cholos aguerridos y heroicos, capaces de todos los sacrificios, que al conjuro de su nombre irrumpían como una turbia marea devastadora e inclemente: “Las masas populares –decía el general Belzu en su “Mensaje” al Congreso- han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente; han sofocado revoluciones y combatido por el gobierno constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social eminente trascendencia”.

En medio de tan grande euforia popular y gubernativa, el caudillo populachero volvió a imperar omnipotente después del atentado contra su vida, preciosa para esas turbas que vibraban al conjuro de su nombre, porque supo subyugarlas con promesas, halagos y relucientes monedas derramadas desde los balcones de palacio. La sangre de Belzu vertida “impíamente” fue pagada con torrentes de sangre inocente en esas horas de desenfreno homicida, festín macabro y trágico, locura de crimen y de venganza, notificación a los adversarios y a la Nación que atónitos y sobrecogidos de espanto, espectaban el desborde irracional de las pasiones fratricidas.

Y si grande fue el júbilo entre los corifeos, inconsolables y abundantes lágrimas regaban, en contraste doloroso, las tumbas solitarias de los inmolados, porque de los pechos comprimidos por la angustia, explosionaba en los familiares la impotente protesta, traducida en un desesperado grito de angustia y de horror.

UN FRAILE EN EL PATÍBULO

A medio día del 10 de agosto de 1858 el sol derramaba su lluvia de oro, cálida caricia sobre el paisaje adusto. No hacía un año –once meses exactamente- que el doctor José María Linares gobernaba el país, enfrentado a la demagogia y a la inmoralidad. Con insistencia circulaban noticias de una inminente revolución, una más, de esas explosiones de sangre y despecho que jalonaban la historia de la República en sus treinta y tres años de vida emancipada. El rumor, aunque acentuado, no inquietaba mayormente al austero mandatario que trabajaba en su gabinete silencioso, abstraído en las rígidas ideas de moralización y resurgimiento, que le aprisionaban como a un alucinado. Sentíase fuerte, firmemente sostenido por personajes insignes y militares de honor; pero sobre todo la fuerza de sustentación emergía de la autoridad moral, la severidad y el talento del hombre singular que rebasó todas las jerarquías.

La ciudad de La Paz, con sus calles angostas, empinadas, se adormecía perezosamente en una quietud aldeana. Sus habitantes vivían una vida tranquila, somnolienta e indolente, contemplando, con ojos fatigados, el cuadro monótono de la plaza, ancha, silenciosa árida y polvorienta por la que transitaban escasos viandantes. En lontananza, sobre un fondo de azul turquí, la montaña milenaria y eurítmica reverberaba diáfana como una deidad. Bien la describía Sotomayor Valdés: “La Paz presenta un aspecto vetusto e irregular con sus casas apiñadas cubiertas de tejas, con sus calles estrechas, tortuosas y quebradas, donde no se oye el bullicio, ni se ve el movimiento propio de una gran población. Parece una ciudad abandonada, una ciudad fósil desenterrada por los torrentes y a cuyas ruinas sirve de eterno túmulo el Illimani. Hay sin embargo en ella una población de sesenta a setenta mil habitantes, medianamente laboriosa en las artes e infatigable en las revoluciones”.

El molino del tiempo trituraba inexorable, lentamente, los días y las horas, agobiadoras como una densa modorra social. El alboroto de los motines, la presencia de algún caudillo audaz en las fronteras o la inminencia del estallido de una sublevación, constituída tema animado para la facundia de los despreocupados habitantes sumidos en el tedio y la desesperanza.

Una fuente de mármol rojizo y blanco, que se erguía al centro, ponía la pincelada amable en la plaza mayor, desnuda de vegetación. Próximos uno del otro se levantan, mudos y téticos, el Loreto y el palacio de gobierno con sus anchas y macizas paredes, sombríos edificios de lúgubre historia. En la angosta acera del palacio, se agrupaba, por la fuerza de la costumbre, un corro murmurador.

Para matar el tedio, solían reunirse, en diaria tertulia, militares de diversa graduación, comerciantes, empleados y universitarios, que comentaban después del temprano almuerzo, los pocos e intrascendentes sucesos que ahuyentaban la cansadora monotonía de los días siempre iguales por su tristeza y hastío. Y ese era, precisamente, un día de comentario entusiasta. Se anunciaba uno de los zafarranchos promovidos por el general Belzu, el caudillo que supo encender la beligerancia entre la “clase aristocrática” y las masas populares. Con diversos argumentos se matizaba el diálogo:

-Entonces, coronel, ¿usted no cree que los belcistas nos puedan hacer la masa aguada? –interrogó uno de los circunstantes.

-Ni belcistas ni peristas... En política como en amores el secreto es lo primero... Convéngase: revolución revelada es revolución debelada –respondió el militar.

-Pero cuando el río suena, piedras trae...

-Contra ese adagio yo tengo éste: gallo que cacarea no es de pelea; y el belcismo es gallo que ya no sirve ni para cacareo, es gallo cabra...

La conversación fue interrumpida por la presencia de un jinete que galopó cerca a los interlocutores en brioso caballo, "hermoso animal, buena rienda, lindo pelo y bella estampa", como dijo uno de los del club.

-Pájaro de mal agüero –sentención otro.

Era el sargento mayor Justo Quiróz, de la escolta del expresidente Jorge Córdova, hombre de resoluciones y capaz de jugarse la vida en cualquier empresa atrevida.

Como jefe de la conspiración había preparado cuidadosamente el plan y recorría la ciudad desde temprano, ultimando detalles. "A esa hora –refiere don Eduardo Subieta, cumplido historiador de estos sucesos- todos sus parciales estaban en sus puestos, nada faltaba al plan concertado. Las armas estaban distribuidas, los grupos organizados; los unos debían ocupar puntos determinados en la ciudad, los otros secundar el asalto del cuartel; éstos debían propagar la primer noticia, aquellos poner en movimiento los barrios donde el pueblo bajo esperaba la hora de la acción". Luego de su inspección, Quiróz se dirigió al batallón primero "objeto principal del plan revolucionario". Con una hábil estratagema alejó al comandante de guardia de la puerta del cuartel y se introdujo en él burlando la vigilancia del centinela.

-¡Viva Belzu! ¡Arriba muchachos! –balandroneó eufórico. Y como tenía cómplices, acataron sus órdenes y secundaron sus gritos.

Agregaba a la tropa formada, dispuesta a salir a la toma del palacio y la algazara entusiástica se oía hasta la calle donde un enardecido populacho esperaba el momento de entrar en acción. Una circunstancia inesperada cambió el curso de los acontecimientos. El coronel Benjamín Rivas, militar valiente, honesto, injustamente alejado del comando de ese batallón hacía poco, pasaba por ahí por pura casualidad. El tumulto y el desorden reinantes le indicaron que algo anormal ocurría en el recinto cuartelario e ingresó, solo y desarmado, en momentos en que Quiróz, dueño de la situación, dominaba a la tropa.

La llegada del ex –comandante, su decidida actitud y el ascendiente que ejerce sobre esos soldados, producen un momento de perplejidad. Quiróz comprende que es urgente conjurar el peligro y prepara su revolver para eliminar al adversario. Rivas, rápido y sereno, arrebató el fusil del centinela y apunta también contra el insurgente. ¡Momento supremo en el que un disparo decidirá la suerte de un régimen!

Quiróz es el primero en oprimir el gatillo de su arma que no hace fuego; casi simultáneamente Rivas amartilla su fusil con el mismo resultado adverso. Míranse sorprendidos los dos rivales y en esos segundos tensos y angustiosos comprenden que el triunfo será de quien dispare primero. Rivas si bien está solo en un regimiento sublevado, cuenta con su valor a prueba y confía en la influencia decisiva que ejerce esos hombres que le tuvieron por jefe, sin inmutarse por la actitud de la plebe enfurecida que se arremolina en la puerta del cuartel para coadyuvar la sedición.

¡Viva Belzu! ¡Abajo la dictadura! –ruge el gentío amenazante.

Sin perder tiempo Rivas busca otro fusil y Quiróz hace lo mismo. Ambos preparan y apuntan. Contenido el aliento, paralizados por la fuerza subyugante del espectáculo y el coraje de los protagonistas, los espectadores contemplan aterrados esta escena terrorífica en la que una bala dirá la última palabra. Suena un disparo y cae Quiróz...

El coronel Rivas ha dominado la conjuración. Con el fusil todavía humeante, enérgico y sereno, se dirige a la tropa:

¡Viva el orden! ¡Viva Linares! –grita con autoridad.

¡Viva Linares, viva el orden! –responden los soldados.

Quirós yace herido. Abundante sangre mana de su pecho y se retuerce en dolorosas crispaciones. Un sargento se adelanta con el fusil preparado a ultimarle. Rivas pretende impedir la muerte del revoltoso; es tarde. Un disparo a boca de jarro concluye con la vida de ese hombre valiente y temerario, acaso porque el sargento estuvo comprometido en la asonada, como se dijo después.

* * *

Entretanto en la plaza mayor reinaba gran confusión. Esta vez no eran rumores ni amenazas como creían los contertulios de la acera del palacio. Por las esquinas afluían grupos de plebe soldados uniformados. Se oían disparos de fusilería y el estruendo acrecía amenazador. La gente corría desalada, las puertas eran cerradas precipitadamente y los gritos e imprecaciones denotan la agitación popular.

En palacio se tomaban medidas urgentes: órdenes precisas, precauciones para organizar la defensa. El Dictador, que en ese momento concedía audiencia al general retirado Juan José Prudencio, cogió su espadín y salió de su despacho con el gesto duro y la actitud decidida a enfrentarse con los amotinados, en un arranque de coraje insensato. Bajaba la escalera y ahí tropezó con el coronel Narciso Campero que traía noticias de la valerosa actitud de Rivas.

“En el acto –cuenta Campero- volé a verme con el señor Linares, a quien encontré bajando el último tramo de las gradas de Palacio, rodeado de muchos señores. Le dije: **Señor, todo ha terminado con la muerte del cabecilla...** El señor Linares contestó exaltado: Pues por lo mismo, y acabó de bajar las gradas. Yo le repuse: **Aquí está la pistola de Quirós...** (mostrándosela); como el señor Linares se obstinase en salir a la plaza con su espada en la mano, lo estrecharon todos los de la comitiva (entre ellos el general Juan José Prudencio que hacía poco había venido a acompañar al señor Linares), lo levantaron en peso hasta volverlo a poner en el salón de donde había bajado. Allí colocó su espadín sobre la mesa redonda y se puso a pasear”.

Caminaba con el ceño fruncido y las manos en la espalda midiendo la distancia con pasos pequeños y nerviosos, caviloso, sumido a un mutismo hostil. Nadie se atrevía a romper ese silencio doloroso. Pero otra vez aumentó el tumulto en la plaza confundido con disparos intermitentes. Linares interrumpió sus meditaciones y se dirigió a una de las ventanas seguido de Prudencio, el edecán Birbuet, los ministros Tomás Frías y Ruperto Fernández, el subsecretario Mariano Baptista y algunos otros que habían impedido su temeraria actitud en la escalinata. Llegados a la ventana central una bala derribó al general Prudencio y otra al edecán Birbuet. Se dijo que el infortunado general, de notable parecido físico con Linares, se adelantó a éste y recibió el proyectil que los amotinados tenían destinado al gobernante, convencidos de que suprimir al Dictador era la única solución. Ello explica la trágica muerte de Prudencio.

Su empeño moralizador había vulnerado intereses creándole enemigos sañudos e implacables que le combatían sin descanso. Hacía tiempo que se desvanecía su popularidad por la inflexibilidad de su carácter y su severa austeridad. Las masas veleidosas que en la hora de su exaltación le besaban las manos y los pies, veían en el ídolo de ayer al “tirano sombrío y sanguinario”, porque sordo a las voces del halago y a los acicates de la vanidad, obsesionado por su elevada misión, orientaba su vida y su obra de gobernante hacia la cumbre empinada y áspera del deber y del honor.

“Por su educación –escribe Alfonso Crespo- es casi un español. Ha vivido en Europa la mayor parte de su juventud y le son ajenas las pequeñas pasiones, las mezquinas envidias, los terribles complejos de algunos de sus compatriotas. En su corazón no hay albergue para la

venganza, y sabe ser severo sin ser injusto; inflexible sin ser tolerante; generoso sin ser débil. Es la pasión fría, la voluntad silenciosa. Su tragedia consiste en no haber nacido cien años antes, cuando el poder real no era discutido en América. Tiene mucho de Savonarola y quizás algo de Torquemada. Implacable contra el crimen, contra la inmoralidad, contra la indisciplina. Pero vive en un mundo irreal y abstracto, lejano a la cruda realidad que le circunda. Por eso, triunfante como revolucionario, fracasa como presidente y paga el error con su propia vida”.

En la gigantesca etapa revolucionaria, sin ejemplo en los fastos nacionales, anudó más de treinta conspiraciones sin medir ni escatimar sacrificios, sumergidos como en un torbellino de ensueños, estoico ante la adversidad y las derrotas, siempre erguido en esa lucha titánica. Fortuna, salud, tranquilidad, hogar, todo lo sacrificó en aras de ese ideal que era como “un odio santo” contra los opresores de su patria. Y cuando alcanzó la meta a nadie como a él le acompañó la reverencia nacional. Respetado y temido, reconocido por todos su valor, su autoridad moral y su talento, le admiraban las juventudes estudiosas, le apoyaban incondicionalmente las clases populares y como a un símbolo le sostenía el Ejército. Por eso, al justo decir del historiador Arguedas, Linares adquiere singular relieve en los anales impuros de este pueblo, “porque no ha perseguido el poder ni por vanidad de honores ni por baja codicia de caudales, ni por necio orgullo de mandón cacique”.

Ningún hombre de la historia del país, excepto Bolívar, fue jamás obedecido como este varón de energía silenciosa y ojos escrutadores, cuya autoridad nadie osaba discutir. Sin las cualidades de un verdadero héroe no hubiera sido posible tanta autoridad, diría Carlyle.

A poco de su exaltación comprobó cuánto entorpecían la labor de un gobernante austero y reformador las vallas constitucionales. Varón de arranques vigorosos como era, prescindió de las formalidades legales apartándose de los enunciados teóricos del código político, curiosa paradoja de quien se había nutrido de doctrinas jurídicas y disciplinado en las normas del derecho. Y promulgó el famoso decreto de 31 de marzo de ese año, por el que asumió la dictadura, calificado por la opinión opositora como “horca de todas las libertades y garantías”.

Pero nada pudo detener su obsesión moralizadora. Alucinado silencioso y estoico persistió en sus propósitos, sin cuidarse de la ola efervescente del descontento ni de la traición que agazapada en la sombra esperaba el momento propicio para asestarle el golpe alevé.

La muerte de su amigo Prudencio le produjo un profundo pesar. Con el semblante ensombrecido ordenó la dispersión causaron numerosos muertos y heridos. Así, rápida y sangrientamente, fue sofocada la revuelta. Medidas rigurosas se tomaron para preservar el orden público, la guardia de palacio fue reforzada y sus puertas no se abrían sino para poquísimas personas. Todas estas precauciones demostraban la subsistencia del peligro no obstante la muerte de Quiróz y la dispersión sangrienta de los amotinados. Y era versión generalizada que Linares había sido asesinado.

Para disipar esos rumores que creaban un estado de confusión y de zozobra, se dispuso que todos los cuerpos del Ejército formaran en la plaza. Repique de campanas atrajo una gran multitud que a poco fue sorprendida con la presencia del jefe del Estado, a caballo, revestido de las insignias del mando. Con palabra encendida arengó a la tropa y al pueblo congregado que lo vitoreó con entusiasmo. Seguidamente Linares se dirigió, acompañado de su comitiva, por toda la ciudad y sus alrededores para consolidar su autoridad.

Después de su recorrido volvió a palacio con la mente nublada por extraños pensamientos. Se reflejaban en su faz ceñuda las emociones de la jornada y en sus ojillo inquietos refulgía una dura resolución. Inesperadamente ordenó que el coronel Hilarión Ortiz, hasta hacía poco uno de sus más adictos partidario, fuera fusilado en la plaza sin mayores dilaciones.

Esta orden bárbara, injustificada y arbitraria, fruto de la intemperancia o la delación, produjo en los ministros y amigos que le rodeaban un sentimiento de sincera congoja. Agotaron los

argumentos y todas sus influencias afectivas y políticas, estremando sus ruegos para aplacar la cólera del Dictador, tenazmente obstinado en la sangrienta medida. Pero nada consiguieron ante esa voluntad férrea y avasalladora, y el coronel Ortiz fue llevado al suplicio en medio de la consternación general. Frente al Loreto formada el escuadrón de fusilamiento al mando del capitán Caballero, quien se negó a cumplir la orden verbal, exigiéndola escrita y firmado por el mandatario.

La decidida e inesperada actitud del pundonoroso capitán creó un estado de verdadero desconcierto en el ánimo de Linares, jamás desobedecido hasta entonces. En esos momentos angustiosos renovaron sus colaborares, con más empeño, los pedidos de clemencia para el sentenciado. Y fue entonces —escribe Miguel Rivas— que don José María Santiváñez, jefe político del departamento, “tomó la sublime resolución de salvar esa víctima, a cuyo fin forzó las puertas del Dictador, y de rodillas le dijo: ¡Señor, puede usted hacer fusilar al coronel Ortiz, pero sepa usted que ese hombre es inocente! Y sin más el coronel Ortiz quedó en completa libertad”.

* * *

Dispuesto a sostener el orden público a todo trance, castigando la insurgencia, el hombre enérgico ordenó seguidamente la organización de un severo proceso para establecer la culpabilidad de los comprometidos en el motín. Un Consejo de Guerra compuesto de siete militares prestigiosos y un temible fiscal debía juzgar a los sediciosos.

Diligente se mostró ese tribunal al pronunciar su fallo a los pocos días de iniciadas sus tareas. El veredicto condenaba a la pena capital a diez y siete personas, entre las cuales se encontraba el fraile franciscano Juan Manuel Pórcel, doña Francisca Asín, heredera de ilustre prosapia y doña Juana Sánchez Zambrana, admirada por su arrogante belleza.

Grande fue el revuelo en todas las esferas sociales al conocerse la draconiana sentencia, asentada en confesiones arrancadas entre angustias de muerte y de tormento. ¿Se derramaría la sangre de un sacerdote ungido por los óleos sagrados? Nadie quería creerlo. Esa sociedad apegada a la fe religiosa, suponía al representante de Cristo fuera del alcance de las pasiones terrenas.

El 31 de agosto fue enviado el proceso al poder ejecutivo para la sentencia definitiva y el mismo día el Dictador convocó urgentemente al consejo de ministros integrado por don Tomás Frías, don Ruperto Fernández, don Manuel Buitrago, don Lucas Mendoza de la Tapia y el general Lorenzo Velasco Flor, tres de los cuales, los primeros, se pronunciaron por la pena de muerte, en un breve debate en el que se impuso el criterio del inflexible Dictador.

La sentencia fatal recayó en el padre Pórcel, el sargento mayor José María Blanco, el teniente primero Rafael Clinger, los sargentos Félix Salvatierra y Eustaquio Cabero y el comandante Manuel Pacheco, cuyo nombre no figuraba en la lista trágica enviada por el Consejo de Guerra. Todos ellos, decía la sentencia, “serán puestos a disposición del Comandante General para que sean pasado por las armas en la forma ordinaria, a horas diez del día de mañana, en el mismo lugar donde se perpetró el delito...” A los otros condenados —las dos mujeres entre ellos— “deseando el Gobierno economizar sangre”, les conmutaba la pena de muerte por la de varios años de reclusión.

Es la ley del fuerte. En la historia de todos los tiempos, el vencedor se arroga siempre el derecho de juzgar, castigar, condenar, matar, a los que han perdido la partida en ese juego de azar de las contiendas políticas que tiene sus moral y su justicia convencionales: de un lado aparecen los justos, los limpios, los puros, los patriotas; esos son los vencedores. Del otro lado están los criminales, los réprobos, los traidores, es decir, los vencidos.

Pavoroso y escalofriante este drama político en la lucha interminable por la pasión de mandar. Es el nuestro un país trágico agitado por enconos terribles, aprisionado entre montañas y bosques impenetrables, en el que se conglomeran dos millones de habitantes incansables en sus

luchas, sañudos en sus venganzas, sobrio en sus vidas y heroicos en sus sacrificios. Una palabra tiene fuerza magnética: ¡el poder! Tras él van los caudillos, seguidos de sus parciales ilusos o rapaces, que combaten sin tregua y persiguen sin piedad. No existe la generosidad para el vencido al que se le hunde la garra del odio, símbolo cavernario. En este flujo y reflujo del encrepado mar de los fanatismos, se inflige torturas, prisiones, destierros, patíbulos, colgamientos...

Las sentencias de muerte produjeron honda consternación. Censurada sin reservas la crueldad del autócrata un intenso movimiento de opinión acompañó a las víctimas, acentuado en favor del tonsurado ministro de Dios. Pero Linares se mantuvo inflexible, sordo a los pedidos de clemencia, amurallado en la soledad de su despacho cerrado a toda intercesión. Porque era su propósito sentar precedente ejemplarizador para curar el mal endémico de las mal llamadas revoluciones, motines cuarteleros que tenían por único objeto dar paso a mandones ignaros y audaces que surgían de las cartucheras de la soldadesca, único trampolín para alcanzar esas épocas el primer puesto público del país. Y sin importarle las protestas ni el clamor popular, permanecía hosco sombrío, con la idea fija en el escarmiento necesario y doloroso.

* * *

Un santo varón, el Obispo Mariano Fernández de Córdova, gobernaba espiritualmente la grey. Al conocer el cruel veredicto se trasladó al vallecito cercano de Irpavi para eludir el duro cometido de la degradación del padre Pórcel. No tuvo resultado este recurso evasivo, pues se impuso la inflexibilidad del Dictador: el mitrado fue traído a la ciudad con escolta de veinte coraceros de la guardia dictatorial, conminado a proceder de inmediato a la degradación, después de un verdadero duelo epistolar, en el que por un lado estaba el desesperado pedido de clemencia del prelado y por otro la ciega obstinación del mandatario, que inclinó, al acertado decir del historiador Eduardo Subieta, el báculo del Obispo ante el bastón del Dictador.

Poco honorables eran los antecedentes del franciscano condenado. De cincuenta años aproximadamente, con grandes ojos verdes, era un "hombre muy reconcentrado y poco comunicativo". Oriundo de Cochabamba, su robusta constitución había derivado en la obesidad por la sedentaria vida claustral. Coracero en la época del presidente Ballivián huyó durante la batalla de Ingavi presa del terror y en las tribulaciones de su escondite le encontraron sus compañeros musitando plegarias con la promesa solemne de profesar si escapaba con vida de ese trance comprometido. En cumplimiento de aquel voto llegó al sacerdocio en el que, según el comentarista, no fue precisamente un modelo de sobriedad ni mansedumbre.

Aherrojado en una celda oscura le mantuvieron durante las incidencias del proceso con vigilancia e incomunicación rigurosas, hasta la hora fatal de la ejecución de la sentencia. El día anterior al de la degradación que a la vez era del fusilamiento, el padre Pórcel, como los otros condenados, fue puesto en capilla, la cámara sombría que precede a la muerte. Desde ese momento el guardián del Convento de San Francisco permaneció a su lado para confortarlo con los auxilios de la religión y hacer menos duro el trance de esa agonía. Y es en ese momento sobrecogedor, cuando está tocado por el insondable misterio de muerte que Pórcel dice a su confesor y jefe espiritual que está dispuesto a revelar importantes secretos político a cambio de la vida. Pero nada se consigue ante la obstinación del adusto Dictador.

Cuando apareció en la capilla de la prisión la fatídica figura del coronel Pedro Fernández Cueto, el fiero fiscal militar, el Reverendo Pórcel abrazó emocionado a sus hermanos de orden que allí se habían dado cita, se caló la capucha hasta los ojos y salió, "camino del primer suplicio", a la infamante degradación que debía tener lugar en el salón episcopal. Presidía el cortejo el fiscal con uniforme de gran parada. Entre militares y sacerdotes iba el fraile "severo, altivo y arrogante" arrastrando los grillos que retiñían en el duro pavimento.

A las 10 y 30 llegaron al palacio del Obispado. En el amplio salón, de acuerdo al pontifical romano, todo se había dispuesto para la ceremonia: prelados, sacerdotes, militares, monaguillos, soldados, público anhelante... Como en las grandes solemnidades del rito católico, en ésta, la

única en la historia boliviana, despojándose al ungido de su fueron sagrado para entregarlo al pelotón de fusilamiento.

Antes de comenzar la triste ceremonia lloraron abrazados Obispo y sacerdote. Fue tan intensa esta explosión de dolor, que profundamente consternados los presentes, prorrumpieron también en amargo llanto; sólo el fiscal Cueto, impasible, permanecía como ausente de la impresionante escena.

Extraño tipo de hombre este coronel. “En la corte de Felipe II –escribe don Eduardo Subieta- habría sido Inquisidor General, y el 93, en la época del terror, hubiera eclipsado a Fouquier Tinville, el acusador público, cuyo nombre es sinónimo de cadalso”. Solemne, duro, impertérrito –casi un autómatas- sus ojos fríos e implacables miraban con fijeza de búho que helaba la sangre de los procesados. Indiferente a toda manifestación sentimental era famoso por sus procedimientos crueles. Se le conocía por el denominativo de **fiscal de sangre**, porque especializado en su papel “pobló de presos las cárceles y de cadáveres los cementerios”. Insensible al dolor ajeno, nada era capaz de conmover al rudo soldado de corazón y sentimientos endurecidos en la práctica de suprimir la vida de sus semejantes con la ley en la mano. Por eso Linares, profundo conocedor de la psicología humana, escogió certeramente a este prototipo de la inflexibilidad que sabría esmerarse contra los encausados. Y el férreo fiscal supo distinguirse en su trágico cometido.

Emocionantes fueron las incidencias de la degradación. Por su tremendo patetismo la ceremonia parecía interminable. El Obispo cumplía los ritos musitando los latines al despojar al fraile de su dignidades, cada vez mas acentuadas en su semblante las huellas del sufrimiento, pues era de tal modo enternecedora que hubo de suspenderse a momentos por soponcio del reo o por desfallecimiento del oficiante que, anegados de lágrimas los ojos, proseguía su tristísima misión, mientras todos los presentes –excepto el fiscal- se ahogaban en sollozos. El tañido de las campanas que esparcía por la ciudad su onda mística y conmovedora, aumentaba el dramatismo de ese doloroso ceremonial litúrgico. Pero pronto se extinguieron los ecos fúnebres de los bronces en los campanarios por orden expresa del irascible Dictador, no dispuesto a tolerar manifestaciones sensibleras que desviarán el sentido de sus órdenes implacables y severas.

* * *

En la plaza mayor, lugar señalado para el escarmiento, todo se hallaba convenientemente dispuesto para las ejecuciones. Seis cadalsos separados uno de otro por una vara de distancia, se levantaban en la acera del sombrío Loreto, mudo testigo de los más espeluznantes episodios. Obediente a expresa orden general asistió la guarnición militar ataviada con el uniforme de las grandes solemnidades. Las bocacalles erizadas de guardias y cañones emplazados para evitar posible reacción popular, impedían el acceso de la multitud arremolinada. Al frente, en su palacio, el Dictador, nublada la frente de sabe Dios qué extraños pensamientos.

Enorme gentío eternamente curioso se agolpaba en las cuatro esquinas de la plaza deseoso de presenciar la gran fiesta de la muerte que habrá de ofrecer para ejemplo de conspiradores el implacable Dictador. El dolor se mostraba en todos los semblantes conturbados, aunque el cruento espectáculo constituía, a la vez, parte de sus emociones enervados. El drama terrorífico excitaba al populacho sacudiendo la monotonía de la época, porque esos bárbaros escarmientos representaban mitad protesta airada y mitad función heroica.

A las doce y media de ese primer día del mes luminoso y primaveral de septiembre, la metálica estridencia de un clarín anunció la presencia de los reos que ingresaban a la plaza al lento redoblar del tambor, cada uno acompañado de un sacerdote, vendados los ojos, sujetos por gruesas cadenas y custodiados por una compañía de soldados: Pacheco, Pórcel, Blanco, Clinger, Salvatierra y Calero, víctimas de los rencores políticos.

Esos hombres engrillados a los que el golpe fatal del destino los hundirá en la nada, recorren el corto trecho que los separa de los cadalsos con resignación unos, otros con entereza, Pórcel con pavor. Acaso la escalofriante ceremonia de la degradación ha destrozado sus nervios hasta anular por completo su voluntad. Cubierto con el burdo capote de un soldado, el que pocas horas antes pasara casi desafiante frente a los patíbulos, es ahora una masa tambaleante con los ojos vendados, los labios resecos, el cabello desordenado y pringoso. Como no puede mantenerse de pie, lo llevan casi a rastras un sacerdote y un soldado, y el fornido cuerpo del fraile aumenta de peso por las gruesas pihuelas que sobresalen de sus sandalias, único testimonio de su sagrada indumentaria monacal.

La angustia oprime los espíritus en ese momento supremo. El delito de rebelión se pagará con la vida, único bien que no se adquiere. Y aquél que ordena el terrible castigo es precisamente el que utilizó ese derecho sin desmayo ni descanso. Conspirador irreductible ayer, reprime ahora con mano de hierro todo intento subversivo como si la misma conducta fuera en él un deber y un crimen en los que se oponga a su autoridad, porque quien se atreve a alzarse contra su poder debe arrostrar la mísera existencia del proscrito, afrontar el tormento o la muerte. Cierto es que vive obsesionado por la idea superior del mejoramiento y la moralización de un país convulsionado y anarquizado con su secuela de motines militares, estado normal de la República, consecuencia de su atraso y la razón de su tragedia irremediable.

Ha sonado la hora fatídica. Los reos son colocados en los asientos trágicos por orden jerárquico, último tributo a su categoría. En el primero al comandante Pacheco, en el segundo al padre Pórcel y en los siguientes a los otros condenados según su graduación. Ya está alineado el pelotón de fusilamiento con las armas listas a disparar sobre los hombres amarrados al poste del suplicio. Un silencio mortal aprisiona al tumulto estremecido. Inesperadamente algo insólito rompe la tensión: un edecán del Dictador llega jadeante para transmitir al fiscal Cueto, que oficia de maestro de la fúnebre ceremonia, la orden de que el Comandante Pacheco sea conducido a palacio y que se fusile sólo a los cinco restantes. Le aflojan las ataduras, le quitan la venda de los ojos y lo extraen apresuradamente del negro agujero de la muerte para reincorporarlo al mundo de los vivos.

¿Qué ha ocurrido? Aunque no existe testimonio fehaciente se dijo que el confesor de Pacheco consiguió, no se sabe cómo, franquear el inaccesible despacho del Dictador hasta obtener el perdón del comandante. Por curiosa coincidencia, Pacheco fue sentenciado e indultado con idéntica rapidez.

Este incidente providencial produce en Pacheco un anonadamiento mayor que el de la inminencia de la misma muerte. Está desencajado, aturdido como por un mazazo; sus ojos desmesuradamente abiertos reflejan una mirada inconsciente y vana que se clava en el cielo y acaso en ese momento indefinible sólo columbra en su extravío el gran dolor humano y la inmensa misericordia de Dios. Hace un momento había sentido rozar en su cuello la fría guadaña de la Implacable, y ahora, no obstante que su cerebro está nublado por la confusión más espantosa, le es dado experimentar el goce inigualado de la resurrección.

El sol brilla radiante en el cielo azul. Es un día luminoso y cálido, precursor de la riente primavera, fecunda y bienhechora que dibuja ya su sinfonía de colores, belleza y alegrías. Y en tanto el milagro de la Naturaleza indiferente a las luchas de los hombres entona su himno a la vida, la muerte oscurece las almas de los otros condenados...

Calla el tambor. Otra vez la quietud dolorosa se extiende sobre la concurrida plaza. Con la espada en alto avanza el oficial que comanda el pelotón. Del ademán de esa hoja centelleante penden las vidas de esos cinco hombres que expían el delito de conspiración contra el conspirador. Palpitan los corazones aceleradamente y la ansiedad de esos pocos segundos, que araña como zarzas invisibles, perdura como una eternidad. Baja la espada, fúlgida como un relámpago, y veinte detonaciones abrevian la tortura de los condenados.

Cinco cadáveres perforados y sanguinolentos testimonias el terrible escarmiento y la inexorable justicia del Dictador. Sus enemigos le acusarán de espiar desde las ventanas de su despacho las crueles inmoluciones, acusación injusta que desbarata la limpieza espiritual de Linares. Por la proximidad de su gabinete de trabajo al escenario de la vindicta, tuvo que oír el fatídico anuncio del tambor y la descarga que derribó a las víctimas. Y es seguro que cerrados los ojos en un gesto de angustia, habrá columbrado dolorido la postrera mueca de los ajusticiados.

Las sangrientas medias constituyeron, sin duda, un grave error político del Dictador. Ya el hecho de condenar a muerte a un sacerdote en una sociedad conservadora apegada a la fe religiosa, levantaron un huracán indignado de protesta y de escándalo, aventando su popularidad como el "polvo en el camino de la vida". Se le acusó de quebrantar los principios sagrados del dogma, acusación que estimulaban maliciosamente sus enemigos.

Si se considera el sentimentalismo de los pueblos, instintivamente inclinados a quienes están hundidos en los abismos del infortunio, se llega a la conclusión de que muchas veces, por esa noción elemental, se hace un héroe o un mártir de un delincuente, como en el caso del padre Pórcel. Pues jamás podrá justificarse el derramamiento de sangre humana aunque para ello se invoque el nombre la ley o el pretexto pueril de la conservación del orden público. Ya lo dijo Sebastián Castellón hace cuatrocientos años: matar a un hombre, arrebatárle la vida prevalido de la fuerza, el único bien que sólo es propiedad de Dios, no es nunca defender una doctrina o un principio, sino matar a un hombre.

Pronto la sangre vertida fecundará la reacción. Germina sórdida y silenciosa como golpe subterráneo que horada, como viento invisible que acerca la tempestad. Terror e impotencia, lágrimas y luto, y la protesta que bulle dentro como una tormenta.

Cuentan las crónicas que cuando el comandante Pacheco oyó la descarga fatal, se desplomó como herido por esos disparos y tardó mucho en recobrarle, como si fuera una pesadilla su liberación. Arrodillado, agitado por convulsivos estremecimientos, los ojos de ese hombre valiente se empañaron y vertió copiosas lágrimas de alegría, sal de su emoción, urente extracto de su alma reavivada al latigazo de la más desconocida de las emociones. Añade la crónica que impulsado por una fe naciente ante la salvación que él consideraba providencial y milagrosa, trocó la vistosa guerrera por el sobrio sayal y las botas brillantes con las toscas sandalias del franciscano, en cuyo ministerio fue, según testimonio de la época, un ejemplar servidor de Dios y de la comunidad.

LAS MATANZAS DEL CORONEL PLACIDO YAÑEZ

Echóse a nadar con su crimen en un inmenso río de sangre.

VÍCTOR HUGO

El 23 de octubre de 1861 está inscrito en el calendario trágico de Bolivia, como la fecha más sombría. En esa noche aciaga, más de cincuenta ciudadanos fueron sacrificados al furor demoníaco del coronel Plácido Yañez que en esa época investía alta autoridad en la ciudad de La Paz. Su nombre se pronuncia con el horror que inspira la ferocidad de quien vierte torrentes de sangre inocente, impulsado por el odio y el fanatismo.

Yañez era un militar valiente, rígido, disciplinado e inflexible. Vivió errante en tierras extrañas, proscrito por el gobierno. La vida miserable que llevó en el destierro hizo germinar en su alma un odio incolmable a sus persecutores. En la soledad y el desamparo, un solo pensamiento, el de la represalia, le obsesionaba en las horas amargas. La venganza guió la vida de este militar terco e irreflexivo, y cuando tuvo el poder en sus manos comenzó a urdir la forma más espeluznante de la vindicta cultivada cuidadosamente en su pecho, hoguera de rencores profundos y pasiones inextinguibles.

El desencanto había frustrado su vida. El odio, divisa de las luchas políticas en los pueblos poco evolucionados, envenenó su ser alimentándolo de una fobia intensa, acumulada en las horas quemantes del infortunio. Entre sombras y fermentos de venganza vivió una existencia clausurada a la esperanza y al amor, y en la aridez de su alma nada floreció que la ennobleciera, porque su campo espiritual se asemejaba a un desierto nublado por pasiones negativas. Era según don Ruperto Fernández, un hombre original. “Llegaba a convertir –dice- el valor en temeridad, la justicia en crueldad, la fortaleza en capricho y el patriotismo en intransigencia perseguidora. Así es que los atentados que cometió, tal vez no fueron obra de un corazón depravado, sino el producto de un alma exaltada, de un fanatismo político o de los defectos de un torrente de circunstancias, que no supo o no pudo dominar”.

Bolivia vivía entonces en permanente convulsión, signo característico de su historia turbulenta y trágica. Una cadena de insurrecciones se extendía desde la capital a los más alejados confines de la República. Los gobiernos amagados por las revueltas, se veían obligados a multiplicarse para sofocarlas. Y ese año de 1861 no constituía la excepción. Gobernaba el país, con espíritu tolerante y conciliador, el general José María Achá que llegó a la presidencia después de traicionar a su jefe, el Dictador Linares. La noticia de un inminente estallido en el sud le determinó a movilizar sus tropas y viajar apresuradamente al lugar amenazado.

Quedó en La Paz, en el cargo de comandante general de armas, el coronel Plácido Yañez que “valía por un ejército”, según la gráfica expresión del ministro del interior, don Manuel Macedonio Salinas en su “Memoria” al Congreso de 1862. El rudo militar era considerado por los belcistas el mayor obstáculo para sus afanes revolucionarios intensificados con la llegada del ex presidente Jorge Córdova, hijo político del general Belzu, que declaró, al pisar tierra boliviana después de cuatro años de exilio, su propósito de someter al fallo del Congreso los actos de su gobierno y devolver personalmente la medalla presidencial que había retenido en su poder desde que fuera derrocado, el 8 de septiembre de 1857, por el doctor José María Linares, primer presidente civil que ni un sólo día pudo lucir en su pecho la brillante insignia del mando supremo.

La historia de esa medalla, símbolo de la autoridad presidencial, se inicia en 1825, año en el que por ley de 11 de agosto se dispuso conferirla al general Simón Bolívar en momentos de rendida admiración por el héroe inmortal. Labrada en oro macizo, “tachonada de brillantes”, ostenta en el anverso el cerro de Potosí y la efigie del Libertador, y en reverso esta leyenda: **La República Bolívar agradecida al Héroe cuyo nombre lleva**. Alcanzó u ocho mil dos bolivianos el

costo total de la joya guarnecida por cuarenta brillantes, siete de los cuales donó –según afirmación de su hijo Oscar – el Mariscal Santa Cruz. El ayudante del presidente Sucre llevó la medalla a Lima donde Bolívar a la sazón se encontraba.

Pasado cinco años, pocos días antes de su muerte, dispuso en su testamento de 10 de diciembre de 1830: “Es mi voluntad que la Medalla que me presentó el Congreso de Bolivia a nombre de aquel pueblo, se la devuelva, como se la ofrecí, en prueba del verdadero afecto que aun en mis últimos momentos conservo a aquella República”, cometido que cumplió el albacea del Libertador.

A poco, el Congreso de 1831 la adjudicó, mediante Ley de 15 de septiembre de 1831, al entonces presidente Andrés Santa Cruz. Caído éste fue declarada nula esa ley, y compelida la esposa, doña Francisca Cernadas, a entregarla a los comisionados del gobierno revolucionario presidido por el general Velasco.

La ley de 28 de octubre de 1839 dispuso que esa medalla fuera, en lo sucesivo, una de las insignias del mando supremo. Desde entonces se la vió brillar en los pechos de todos los mandatarios, excepto en el del presidente Tomás Monje Gutiérrez que se negó rotundamente a llevarla, aduciendo que su mando no tenía el sello constitucional.

“Se meció –dijo el historiador Arguedas- pura y limpia a los latidos de pechos generosos, como los de los fundadores de la República y algunos de sus sucesores, pocos; pero también lleva salpicaduras de sangre, bilis y alcohol, porque ornó pechos donde latían entrañas indómitas, pasiones salvajes y deseos impuros”.

El destino ha querido que esa reliquia que percibió el aliento del héroe epónimo, salvara de tantas vicisitudes. Como en Fénix simbólico, ha renacido de las cenizas de los escombros, de saqueos y asaltos, del caos provocado por la muerte violenta de algunos mandatarios. Cuando se la creía definitivamente perdida, un hado misterioso la salvaba siempre.

Fue esta medalla que el expresidente Córdova retuvo en su poder todo el tiempo que duró el gobierno Linares y que inmediatamente de regresar al país la devolvió a la Asamblea con una nota patética.

Era el general Jorge Córdova un hombre a quien la fortuna había prodigado sus favores. Se formó al amparo y protección de una familia modesta, en cuyas puertas le abandonaron al nacer, allá por el año 1822. Escaló rápidamente altos puestos y finalmente la presidencia, en cuyo ejercicio dio pruebas de tolerancia, traducidas en debilidad por sus adversarios que le amagaron con frecuentes conspiraciones, hasta derrocarlo. Debe reconocerse que para alcanzar el primer puesto público no recurrió, cual era costumbre en esos tiempos, a la insubordinación de cuartel, al asalto del poder, pues fue ungido por el favor legalizado de la expresión democrática –la primera transmisión legal desde la fundación de la República- título de legitimidad, que al acertado decir de don Gabriel René Moreno, “hubiera sido inviolable en cualquier país medianamente constituido”.

Llegó el ex presidente en los últimos días de septiembre. En su apacible y pintoresca quinta de San Jorge, al sud de la ciudad, situada sobre una eminencia que domina el valle de Obrajes, disfrutó del sosiego compensador de la amarga proscripción y quizás de secreta esperanza, confiado en la popularidad del partido que le había confiado su bandera política que él no supo ni pudo sostener. Pero poco tiempo duró su tranquilidad. Su intempestivo ingreso al país produjo justificada alarma en las esferas del gobierno, atentas al acentuado rumor de una inminente insurrección belcita, cuyos principales jefes habían regresado al país al amparo de una ley de amnistía decretada por el Congreso.

Para frustrar con mano dura esos propósitos se encomendó al coronel Yañez la misión de conservar el orden. Y el militar se mostraba ansioso de sentar un definitivo escarmiento ahogando en sangre cualquier intento subversivo, dispuesto a “limpiar la casa de ratones”.

Y así sucedió. La conspiración, descubierta o simulada, determinó el apresamiento de los belcistas cuyo personeros más representativos fueron concentrados en el Loreto, templo consagrado en otro tiempo a la Imagen de ese nombre. Edificado por los jesuitas en 1710, en el costado oriental de la plaza mayor, sirvió de recinto universitario y de salón legislativo donde ahora se levanta el palacio del Congreso. Componíase, según el historiador Sotomayor Valdés, “de una sola nave cuadrilonga” y tenía a la entrada una galería suspendida para servir de coro, y al fondo, sobre el costado derecho, “la pieza destinada a la sacristía”, la cual comunicaba con un patio interior pequeño y rodeado de algunas viviendas.

Compartían con el ex presidente Córdova la prisión del Loreto, don Francisco de Paula Belzu, hermano del caudillo, el general Juan Crisóstomo Hermosa, don Pedro Espejo, el general Calixto Ascarrunz, el Tcnl. Luis Valderrama y algunos más: mucho otros en la policía y en el cuartel del segundo batallón. Frente a ellos en el palacio de gobierno, Yañez, suspicaz y sombrío, sumergido en las profundidades de su odio, se mantenía alerta, con guardias reforzadas, escrutando inquieto las macizas paredes del Loreto.

El fantasma de la revolución belcista turbaba el sueño de este militar valiente a cuya energía se había confiado la seguridad de la población temerosa. “A cada momento –escribe Sotomayor Valdés- se imaginaban oír el grito de la revolución y ver alzada en los hombros de la muchedumbre la terrífica figura de Belzu, armada de todos los atributos de la venganza y convirtiendo en humo las ambiciones y las esperanzas de su enemigos”.

El 23 de octubre, pasada la media noche, algunos disparos de fusilería alteraron la calma de la ciudad entregada al descanso. ¡El momento anhelado por Yañez! Saltó de su lecho, llamó a su hijo Darío que dormía cerca, dispuso la guardia municipal para la defensa del palacio, y se dirigió al Loreto con expresión diabólica.

Le seguían algunos seres despreciables, con vocación de verdugos, esos que nunca faltan en torno a los encumbrados como cómplices de sus tropelías. Como un enajenado, Yañez irrumpió en el local sombrío que servía de prisión a la plana mayor del belcismo.

-¿**Qué novedades hay?** –interrogó colérico-.

-**Ninguna** –respondió el capitán de guardias, Rivas. Y agregó como perversidad esta mentira: **Sólo que el general Córdova ha intentado atropellar por dos veces al oficial Núñez.**

Fue el momento de la orden terrible. En los ojos de Yañez fulguró una llamarada infernal. Crispó sus puños, una mueca siniestra contrajo su rostro fiero y brevemente ordenó la masacre. El terror se extendió por el Loreto y la voz áspera de ese hombre terrible, heló la sangre en las venas de todos los hombres allí concentrados. Al mandato asesino los secuaces se precipitaron como fieras.

Córdova fue el primer ultimado en su propio lecho. El ex presidente –otro que debía sucumbir al destino funesto- recibió la descarga con mansa resignación, sin flaqueza ni arrogancias. ¿Qué podía hacer frente a esa jauría rabiosa, enloquecida de odio y de venganza? El feroz militar y los sicarios que le colaboraban en la matanza semejaban hienas enfurecidas con las fauces dilatadas por el olor de la sangre. Indescriptible horror oscureció más el vasto recinto y en la penumbra de esa noche, que el espanto hacía más negra y más trágica, podían verse, como dos puñales asesinos, relampaguear fosforescentes los ojos demoniacos de Yañez. La muerte rondaba en medio de esos hombres que esperaban el último golpe, pálidos, silenciosos, paralizados, perdida casi la conciencia enervado. Poco duró este embotamiento. Del angustioso silencio se pasó al lamento desesperado: gritos de espanto, alaridos lastimeros, gemidos desgarradores. Alguno abrazó desesperadamente al verdugo, y un disparo por la espalda silenció la súplica postrera; otros, los menos, morían de rodillas, santamente resignados.

Después, como si no estuviera completa la cuota de sangre dentro del edificio siniestro, se llamó por lista a los demás presos y se los condujo hasta la acera del frente. Ahí siguió atroz la carnicería. ¡Fuego!, ¡Fuego!, ¡Fuego!, gritaba loco de furor el asesino. Y todos eran acribillados en el orden en que se pronunciaba sus nombres. “En medio de aquella confusión y en la prisa de matar –comenta Sotomayor Valdés- los soldados herían mal y atormentaban bárbaramente a las víctimas. Vióse entre ellos al Tcnl. Valderrama levantarse después de herido y correr desesperado por la plaza, pidiendo a gritos la vida. Unos de pie, otros de rodillas, algunos con la venda en los ojos, los más sin ella, iban recibiendo las descargas que los derribaban sobre el pavimento de la plaza, dejándolos en una agonía lenta y dolorosa. Un coro confuso de gritos y lamentos de las víctimas se mezclaba con el continuo tiroteo de los matadores”.

Ese hombre sin Dios y sin ley no obedece a otro impulso que a su ferocidad. Cegado por el odio, quisiera, como Calígula, que los belcistas poseyeran una sola cabeza para cortarla de un solo tajo. Desprovisto de todo sentimiento humanitario y empujado a los abismos del odio, no tiene otra moral que el rencor ni más religión que la venganza. Y por eso, al prescindir de la sentencia del Decálogo que el Ser Supremo ha estatuido como principio de convivencia humana, desprecia también el mandato del Código que rige las sociedades organizadas.

¡No matarás! Reza el Decálogo; **¡no matarás!** Prescribe el Código; **¡no matarás!** le impone la norma civilizada; **¡no matarás!** le grita la conciencia... Y a pesar todo, nada le detiene en ese frenesí de sangre y de muerte y consume el crimen salvaje contra esos ciudadanos inermes e indefensos, “depósito sagrado en poder de la autoridad”.

Era más terrorífico lo que acontecía en el cuartel del batallón segundo. Allí habían sido alojados los presos de menor categoría social y política, infelices individuos de tropa y de pueblo, sin otro delito “que su mísera indefensión”. Aproximadamente a las dos de la madrugada llegaron al cuartel, enajenados por el olor de la sangre y el espectáculo de las ejecuciones del Loreto, los coroneles Juan B. de Sánchez y Leandro Fernández y el mayor de plaza José Santos Cárdenas. Mandaron reunir a los presos en un calabozo oscuro en medio de groseros insultos contra **los pícaros belcistas y saqueadores de marzo**, rebaño humano temblante y enloquecido de terror. La matanza embriaga, porque la sangre es un licor de terribles efectos. Embriagados estaban esos hombres secuaces del principal carnicero. Poseídos d un delirio trágico en una escena de dolor y de espanto asesinaron a bala y bayoneta “al claror de unos faroles con velas de sebo que mantenían algunos soldados”. Sólo uno de los presos salvó: Demetrio Urdininea, espía confundido con los belcistas, por cuya vida Yañez había recomendado especialmente.

Un oficial retirado, Lorenzo Foronda, que también milagrosamente había salvado, relató después esto que completa el cuadro espeluznante: “En seguida Cárdenas ordenó que saquen los cadáveres de los fusilados hacia afuera. Al hacer el registro o examen de ellos, como en un montón de corderos muertos, reconocieron que habían quedado con vida Mariano Obando y N. Salinas. Estos al verse descubiertos, gritaron despavoridos diciendo: que ya que la Divina Providencia los había salvado, por respeto a ella debía conservárseles vivos y perdonarlos. Cárdenas sin hacer caso de Dios ni de los lamentos, mandó que los indicados Salinas y Obando pasasen al calabozo donde estaba Foronda, y allí fueron acabados de matar”.

Al día siguiente el pueblo de La Paz fue sacudido por un escalofrío de horror al contemplar el macabro espectáculo. Medio centenar de ejecuciones daban testimonio de la ferocidad de Yañez. Centinelas apostados en las bocacalles impedían el ingreso a los lugares de muerte, cubiertos de enormes coágulos de sangre y montones de cadáveres, esparcidos en el pavimento de la plaza por expresa determinación de Yañez, para que sirviera de espectáculo ejemplarizador a la ciudad aterrorizada. Los desesperados familiares pugnaban por inquirir el destino que había cabido a sus deudos y se arremolinaban en las puertas del cuartel, teatro de los crímenes, y del cementerio, lugar de las inhumaciones.

Pero como dice con pungente ironía René Moreno: “ni Obispo ni clerecía, ni señorío viril, aparecieron en esos momentos, siquiera sea para hacer acto público de presencia compasiva por

nada ni por nadie". Era el miedo. La bota de un militar feroz oprimía la garganta de la ciudad sojuzgaba. El terror enervaba los ánimos, aunque en lo profundo el anhelo de castigar al asesino fuera tan grande como ese miedo que lo paraliza momentáneamente. Un huracán indignado sopló de uno a otro confín sobrecogiéndolo al país de espanto y de horror que, en su impotencia, hubo de apelar a las hojas anónimas impresas, una de las cuales, fechada en Tacna, pero que en realidad fue escrita en La Paz por los periodistas Cirilo y Alejo Barragán, estampó la terrible profecía:

Sicario: -le increpaba- ¿por qué habéis enlutado vuestra patria? Soldado soez: ¿por qué habéis manchado tan negramente la historia de Bolivia...? Bien pronto caerá sobre vuestra cabeza la venganza del pueblo, que es la de Dios.

En tanto el clamor indignado se esparcía. Yañez "con aquel ascendiente que tienen en Bolivia los que matan en grande y sin piedad y desafían la vindicta pública. Exhibiéndose altivos, con la faz ensangrentada y alto el cuchillo", mostrándose ufano, seguro de haber cumplido eficientemente su misión de mantenedor del orden. Y su primer acto posterior a la matanza fue dar cuenta oficial al gobierno, por correo extraordinario, de los terribles sucesos de la noche del 23, deformados a su sabor, "noche memorable y de eterno recuerdo –según él- en los fastos de la gloriosa causa de septiembre" porque "para reprimir la audacia de los infames facciosos, era preciso tomar una medida enérgica castigando a Córdova con la muerte de éste y el castigo ejemplar de los agentes más comprometidos" y cuya nómina que envía en pliego separado, "dará una razón exacta de los que han sido fusilados". El héroe de la macabra proeza cree además "cumplir con su deber sagrado de justicia", recomendando el ascenso de hijo Darío y de los más activos carniceros...

Así, con esa desfachatez, comunica su hazaña este hombre cruel que en pocas horas de una noche terrible, envió a la muerte, tras lentas agonías, a más de cincuenta ciudadanos inocentes. Se sabe cobijado por la impunidad y una satisfacción íntima le inunda todo su ser. Ha aniquilado a la mayor parte de sus enemigos más importantes al cobrar con creces la cuenta pendiente, aquella que abriera en su alma vengativa el despecho, el odio y los sufrimientos acumulados en días de miseria torturantes y amarga desesperación. Se ha sumergido en un lago de sangre, sin que se conmueva una sola fibra de su corazón petrificado a la piedad, al dolor martirizado de sus semejantes. Ha levantado la escala fatídica del patíbulo, olvidando que cuando se la erige para otros se la encuentra para sí mismo. ¡Y cuán pronto subirá por sus propios pies a ese cadalso!

* * *

El primero en recibir en Sucre la noticia de los terribles fusilamientos, por intermedio del diligente mensajero, fue el ministro del interior don Ruperto Fernández, abogado de nacionalidad argentina, predilecto del Dictador Linares, a quien traicionara inicualemente hacía diez meses, complotado con los generales José María de Achá y Antonio Sánchez.

En la misma noche de recibida la espeluznante relación, el ministro la hizo conocer al presidente, y ninguno de esos magistrados tuvo una sola palabra de condenación para los crímenes que horrorizaron al país y a Continente y acaso una secreta satisfacción sintieron al saberse liberados de adversarios tan tenaces. Limitóse Achá, en la respuesta a Yañez, a expresar que "en Bolivia la Presidencia es un suplicio", y Fernández, más cínico, aplaudía, en nota de 4 de noviembre, "la bizarra defensa" "a la que se debe la salvación del pueblo que hubiese sido víctima del saco y del puñal..."

Estridente repercutía el grito acusatorio de la prensa extranjera, especialmente de la peruana, inspirada por los opositores desterrados, contra el autor de esos sombríos sucesos. La protesta hervía en la conciencia popular boliviana, aparentemente enmudecida por el terror, pero presta a la vindicta en la primera oportunidad favorable. Y como si el dedo de Dios señalara el camino de la justicia reparadora, no tardó en llegar.

Narciso Balza, comandante de la guarnición de Oruro, seducido por su pérfido compatriota, inició la revuelta en La Paz al amanecer del 23 de noviembre, para derrocar a Achá y proclamar a Fernández Presidente de la República, obsesionado anhelo del audaz aventurero.

Se batieron encarnizadamente los batallones de Balza y José María Cortés, quien, rechazando enérgicamente la intimación del revoltoso, había asumido la defensa del gobierno en su calidad de jefe del Batallón 2º. Cuando las fuerzas de Balza derrotaron a las del pundonoroso Cortés que rindió su vida en acto de ejemplar heroísmo y lealtad, y ya se aprestaban a festejar su triunfo, estalló la ira popular contenida durante un mes bajo la impresión del terror, aunque poseída del deseo vehementísimo de vengar la sangre derramada en el Loreto". Ese pueblo había espectado el desarrollo del combate esperanzado en la sanción del terrible carnicero. ¿Cuál iba con él? –se interrogaba ansioso. Amargo escepticismo se apoderó momentáneamente de esa masa arrolladora, porque ninguno parecía ir contra el demonio sanguinario que, en actitud expectante, paseaba por la plaza, atento al desarrollo de la contienda. De pronto se desprendió de esa atmósfera cargada de tempestad el trueno formidable de su grito vengador. "No parecía sino –apunta Sotomayor Valdés- que la tierra abortaba por un instante pelotones de plebe enfurecida que atronaban el aire con su clamoreo y pedían una sola cosa: la cabeza de Yañez".

La arrebatada multitud se dirige hacia la plaza, inyectados los ojos, las bocas contraídas y espumosas, los puños crispados y amenazadores. Bronco bramido se eleva como alarido furioso y un solo grito araña todas las gargantas: ¡la cabeza de Yañez!, ¡la cabeza de Yañez!, mientras el desatado turbión humano compáctase más y más, guiaran a esa muchedumbre enfurecida.

Rotos los diques de la angustia contenida en un mes de cólera y dolor, esa masa popular "sedienta, inmensa y soberana", quiere cobrar en horas una deuda que parecía de siglos.

Yañez mide el progreso de la invasión, el desfile de ese ejército popular que se precipita en desorden diabólico, cerrándolo en un muro de muerte. Cuando ve acercarse la atronadora tempestad humana, busca refugio en palacio, esperando en que alguna circunstancia providencial llegue en su ayuda. Vana espera. El tiempo corre veloz aproximando el minuto fatal a ese desorbitado cruel que recorre, como fiera acorralada en su guarida, los estrechos pasadizos en busca de un lugar seguro donde esconderse. Por algún resquicio puede ver que está levantada sin remedio sobre su cabeza el hacha de la vindicta nacional, "hacha templada y retemplada un mes entero en la ciudad de La Paz, con los hielos del terror, en el fuego intensísimo del coraje comprimido".

¿Qué pensamientos cruzan por su cerebro, ardiendo como un cráter, en esa hora terrible? ¿Desfilan por su mente los espectros de las víctimas que él mandó a la muerte, tras agonías inenarrables? ¿Siente la misma tortura de aquellos infelices? ¿Le atenace la garra quemante del remordimiento, crispando sus nervios atormentados? No se sabe. Lo único verdadero es lo que brama ahí afuera, trueno que estalla, fuerza vengadora empleada por emisarios de un Dios justiciero e infalible, anunciando que todo es fugaz, pasajero el poder y efímera la vida.

Al saberse perdido siente miedo acaso por primera vez, un miedo atroz que lo paraliza. Intenta sin embargo la huida y trabajosamente llega al tejado para ganar la casa vecina y escapar por allí.

La tromba humana se precipita hacia el palacio, fuerza el macizo y viejo portón que cruje y cede al empuje formidable; mas, de pronto una voz estentórea contiene a los atacantes:

"¡Es él, el asesino", fue el grito inmenso y prolongado el que resonó en ese momento en la plaza –escribe René Moreno-. Allí acaban de divisar a Yañez en el caballete de uno de los tejados más altos del edificio. Raro y misterioso destino. A presencia de la ciudad entera, él mismo subía por sus pies al más culminante cadalso que se pudiera imaginar. No fue larga la congoja. Presto una detonación y el atlético cuerpo del feroz asesino del 23 de octubre caía al profundo de la ira popular".

El enjambre enfurecido se precipita sobre la víctima en el delirio de la saña vengativa y se suceden escenas de indescriptible ferocidad sanguinaria, sin ningún obstáculo al desenfreno tumultuoso. Entre gritos e imprecaciones desvisten el cuerpo sangrante y desfigurado, lo acuchillan y punzan con largas agujas, golpes de palos y piedras le aumentan las heridas, lo patean y escupen, acompañada de acusaciones cada vejación. Nada puede colmar la cólera vengadora de esa plebe rugiente. “Los soldados que escoltaban el cadáver –cuenta don Agustín Aspiazú, testigo ocular de los sucesos- vagaban como otras tantas hojas en un remolino de agua. La gorra de la víctima es arrojada por los aires con bastante algazara; enseguida la levita, luego los pantalones y últimamente los vestidos interiores”. Desnudo el que fuera fornido cuerpo de Yañez, es arrastrado por el populacho enloquecido.

De pronto corre la voz: ¡al Loreto! ¡al Loreto!, allá mismo donde un mes antes consumara la atroz carnicería. En una simbólica ceremonia la ebria multitud coloca el muerto en un banquillo improvisado para apostrofarlo y escarnecerlo, formulándole cargos por la sangre vertida de tantas víctimas sacrificadas a su odio y a su furor satánico. Cumplido el rito, la primera parte de ese proceso en única instancia, expresión de una justicia sumaria sin códigos ni normas jurídicas, se arrastra nuevamente el cuerpo escarnecido en algarabía incontenible.

Entre tanto, otro grupo desprendido de ese gigantesco turbión humano enfurecido, busca afanosamente a los principales cómplices y activos colaboradores de las matanzas del 23 de octubre. Extraídos de sus escondites sucumben, bárbaramente linchados, el ayudante de Yañez, Luis B. Sánchez, y el alcaide del cementerio, Leopoldo Dávila.

Y todo esto es también justicia, bajo una forma dolorosa.

¡Terrible explosión de la ira popular! Delante de la muchedumbre frenética rueda el cuerpo desnudo que poco a poco mutila en algazara desbordante y trágico frenesí. El tiempo pasa veloz para esas fieras aullantes que desahogan su dolor contenido hasta ese día impotente. Algunas horas dura el macabro festín. Y ya muy entrada la tarde arrojan en un muladar de la afueras de la ciudad lo poco que queda de aquel hombre que fue el terrible Yañez, feroz carnicero del Loreto.

DE LA GLORIA A LA TUMBA

Con llovizna pertinaz amaneció el lunes, 27 de marzo de ese año trágico de 1865. Pasaban tres meses cabales de aquel día en que el general Melgarejo iniciara su gobierno sorpresivo y sorprendente, a tal punto inesperado que todos creyeron una broma de Inocentes aquello que habría de durar seis años terribles. Ese amanecer plúmbeo que entenebrecía que estremecía su alma, llegó al Alto de La Paz después de marchas forzadas a la cabeza de sus aguerridos soldados al anuncio de una revolución acaudillada por el general Manuel Isidoro Belzu, el hombre aureolado por el fervor popular. Detúvose al término de la árida llanura cortada por la brusca depresión al pie de la cual se extiende la ciudad heroica; desde esa eminencia contempló, con las facciones contraídas, sumido en hondas cavilaciones, la población convulsionada en favor de su afortunado rival a quien el entusiasmo desbordante aclamaba como al redentor, frente a él, soldado rudo y déspota brutal, que había humillado al país y arrasado todas sus rebeldías.

¿Volaban sus recuerdos hasta la pobre aldea cochabambina en cuya verde y perfumada pradera transcurrió su infancia miserable, cuando huérfano y abandonado desde que su padre lo echara al mundo, inició sus primeros pasos por el áspero camino de la vida? ¿Evocaba esos años de duros trabajos y privaciones en los que la injusticia y el dolor le clavaron cruelmente sus agujones, empujándolo a la rebelión como revancha y protesta de su niñez desamparada estallando en una hombría de venganzas?

Impaciente, con los ojos acuosos, escrutaba la sima del peligro. De seguro se le agolpaban desordenadamente las remembranzas de la época pretérita: el porte marcial de los regimientos militares que esporádicamente llegaban hasta su lejana comarca, tras el paso del vencedor impuesto por la audacia o la violencia y que él contemplaba azorado, con el nudo de la emoción que le empañaba las pupilas. Su decisión de alistarse, aprisionado por el encono y el despecho, en las filas del Ejército, único camino que conducía al éxito en esos tiempos convulsionados, para imponer su poder y resarcirse de las privaciones impuestas por su pasar mezquino. ¡Dolorosos tiempos aquellos! Su ambición, unida a su mala índole y sus costumbres licenciosas, le empujaban a la conspiración, colocándolo, las muchas veces que estuvo a punto de ser fusilado, a un paso de la muerte. Entonces llegaba la hora amarga de la huída angustiosa, de la frontera salvadora, del errar en playas extrañas, indigente y amarrido, atrapado por la fatalidad, corolario de esas primeras épocas de zozobras, peligros y humillaciones, de ansias y fracasos.

Pero un día su destino se trocó súbitamente. Del doliente infortunio saltó hasta el más alto peldaño del éxito, imán poderoso que atrae comodidades, dinero, poder. Tras el éxito (él lo sabía mejor que nadie) se inclinan lacayos obsecuentes, validos calculadores, periodistas venales, mancebas garridas, muchedumbres frenéticas. ¿Y todo eso venía a arrebatarlo el odiado rival?

Muy cerca el coronel Narciso Campero –militar letrado y pundonoroso, incorporado a su séquito pocos días antes- contemplaba también, sin atreverse a interrumpir las meditaciones de su jefe, el panorama de la ciudad velada por la niebla.

Melgarejo estaba desorientado y colérico. Sabía, por los informes que recibió oportunamente, la sañuda campaña de prensa dirigida por dos periodistas paceños hábiles en el manejo de la pluma y diestros en tejer las sutiles redes de la conspiración, así como las desertiones de sus hombres de confianza. Y su encono estallaba furibundo contra los hermanos Barragán, Alejo y Cirilo, los periodistas más empeñados en coadyuvar a la revuelta, y contra el teniente coronel Vicente Cortés, a quien se acusaba de connivencia con el jefe revolucionario.

Sus pensamientos fueron interrumpidos con la aparición de algunos individuos que después de un inmenso rodeo por la quebrada de Achocalla había logrado escapar de la ciudad

para incorporarse a las huestes del Héroe de Diciembre. Entre ellos estaba, precisamente, el “traidor Cortés”.

¡Pobre Cortés! Fugó al fracasar su empeño de contener el formidable levantamiento popular que arrolló la pequeña columna a sus órdenes y recurrió a la huída, el único camino de salvación. Pero Melgarejo, receloso de su propio ejército, había concebido la diabólica idea “de sacrificar a Cortés, para dar a la tropa un ejemplo de terror que asegurarse su obediencia”. Al verle, espoleó a su caballo y se lanzó como una tromba, revólver en mano:

¡Canalla! Usted tiene la culpa de todo, y ahora me la pagará usted – le increpó fuera de sí.

El pobre hombre anonadado por la brutal embestida y desorientado por la injusticia del ataque, sólo atinó a implorar despavorido:

¡Tatito! (papacito) ¡pero si yo más bien los he rechazado!

Y se agarraba desesperadamente a una de las piernas del caudillo, impidiéndole el uso de su arma. Melgarejo bramando de cólera, echaba fuego por los ojos y blasfemias por los labios; pero tal era el terror de Cortés que se prendía más al bruto imposibilitando los movimientos del jinete ante el asombro del séquito horrorizado que no se atrevía a interceder por aquel infeliz.

Por fin hubo alguien que hablara. Era don Mariano Donato Muñoz, el Secretario General del Melgarejo, que desmontando de su cabalgadura y “todo pálido y desencajado, rogó al General que ¡por Dios! no hiciera eso por su propia mano”, cuenta Campero.

Entonces Melgarejo que por fin había logrado zafarse de esas tenazas que le aprisionaban desesperadamente, ordenó a sus coraceros:

¡A ver rifles! ¡Tírenlo ahí caballo y todo!

Esta orden bárbara y sanguinaria, proferida en términos de tan inaudita vulgaridad, paraliza a los dos mil hombres que presencian la escena, entre los que se cuentan elementos ponderados, padres de familia y profesionales de prestigio. “Está –comenta el historiador Alcides Arguedas- el abogado Donato Muñoz que en la docta Universidad de Chuquisaca, al estudiar leyes, ha debido aprender que nada autoriza a nadie quitar el solo bien que el hombre no adquiere, la vida. Está el militar Campero, formado y educado en las escuelas de España y Francia donde el atentado contra la vida se paga con el presidio y el cadalso; están otros. Y nadie, ni uno solo se alza para recordarle que un hombre en sociedad policiada no puede disponer a su capricho de otro y sin intervención previa de jueces y tribunales”.

Es impresionante la relación del coronel Campero, testigo impotente del bárbaro episodio:

“¡A ver, rifles! ¡Tírenlo ahí caballo y todo! Dijo, y un rifle cayó sobre el hombre como un rayo. Tomó éste al infeliz por el cuello, lo desasó del caballo, lo condujo a unos cuantos pasos y le disparó un riflazo a quemarropa. Al mismo tiempo, el General Melgarejo y todos los de la comitiva nos pusimos en marcha. Maquinalmente volví la vista hacia donde se consumaba el hecho y ví una de aquellas escenas que no podría esperar uno sin horrorizarse aún en medio de la embriaguez del combate. El desgraciado no había acabado de caer por tierra, y daba como manotadas de ahogado, cuando los rifles, que eran dos en aquel momento, tomando sus rifles por la boca del cañón, majaban con la culata el cráneo del agonizante”.

Eran, entre tanto, las once de la mañana: Había cesado la lluvia y un sol esplendoroso disipó la niebla que velaba el paisaje. Dispuesto el plan de batalla, Melgarejo ordenó la marcha hacia la ciudad y comenzó el lento descenso de sus tropas por el sinuoso y abrupto camino, cortado por zanjas profundas que abrieron los defensores de la ciudad para dificultada el paso de la artillería enemiga.

* * *

En el teatro de la insurrección el ajeteo era febril. Dábase término a los trabajos de barricadas defensivos que el entusiasmo popular apresuraba enardecido. La subyugante figura del caudillo revolucionario estimulaba la confianza en el triunfo, y su acción dinámica infundía ánimo y esperanza en los defensores que veían en su incansable preocupación hasta por los menores detalles, un ejemplo alentador y un presagio de victoria.

Porque parecía magnético el poder de atracción de Belzu, cuya personalidad emanaba algo indefinible y misterioso. En sus ojos escrutadores, velados por la tristeza, ardía un fuego extraño y su aire melancólico transmitía hondo calor humano. Dotado de un maravilloso sentido intuitivo, podía descubrir los pensamientos más recónditos de sus interlocutores y ese fluído indefinible le envolvía en un nimbo de superioridad y de fuerza dominadora.

Regresaba al país después de diez años de viajes por capitales europeas y sudamericanas. En ese lapso, Bolivia había sufrido fuertes sacudimientos que culminaron con el sombrío despotismo que él debía abatir, obediente al llamado de los pueblos. Sus admiradores se empeñaban en mostrarlo como a un hombre de muchos conocimientos adquiridos en el viejo mundo, y él también estaba seguro de haberse superado. Su recorrido por naciones de elevado nivel cultural, el espectáculo del mundo, las reflexiones en una edad en que se disipan los arrebatos juveniles para alcanzar la altiplanicie de la serenidad (cumplía 57 años), habíanle nutrido de experiencia y buenos propósitos. Volvía pues con el espíritu renovado, con bagaje de intenciones mejores y acaso arrepentido de sus yerros. También su aspecto físico había cambiado: la madurez daba a su semblante una expresión apacible, y en su pálido rostro una pera sustituía a la negra y poblada barba, otrora “adorno de su fisonomía varonil de beduino”.

Su presencia enloqueció de júbilo a los habitantes de la ciudad huraña y altiva, multiplicándose los homenajes y adhesiones, casi uniformemente, porque la tiranía de Melgarejo pesaba insoportable sobre el pueblo abatido, cansado de tantos sacrificios infructuosos por su liberación. Hubieron de verse escenas patéticas y enternecedoras como esta narrada por la esposa de Belzu, doña Juana Manuela Gorriti: “Una mendiga paralítica se arrastró hasta sus pies y poniendo en sus manos una alcancía en que guardaba, quien sabe cuánto tiempo hacía los ahorros de la caridad pública, le dijo que allí encontraría algo de sus limosnas. Belzu recibió esta ofrenda llorando de enternecimiento”.

Pronto se iniciaría el gran combate. Estaban frente a frente estos dos personajes de leyenda que, como un huracán de desdichas, irrumpieron en el escenario boliviano. Durante un largo período de la historia, Belzu y Melgarejo, valientes, osados y ambiciosos, recurrieron a todas las armas para imponer su hegemonía. ¡Cómo siguieron rutas paralelas en la vida y en la muerte! El destino los empujó unas veces por la pendiente trágica y otras los empujó a las alturas del éxito para hundirlos finalmente en el hórrido agujero de la nada.

Sin más atributos que su coraje no otra escuela que el cuartel, con la sola divisa de su ambición, ambos abrieron, a su turno, a balazos, las puertas del palacio de gobierno para encaramarse en la presidencia y sojuzgar al país, siete años el uno, seis el otro. Belzu apoyado en el fervor popular; sostenido por las bayonetas de sus coraceros, Melgarejo. Explosivo, jocundo, incontenente hasta el desenfreno, éste; reconcentrado, melancólico, sobrio hasta el ascetismo aquél. Belzu representó un ídolo para las masas populares; Melgarejo un símbolo para sus coraceros y parciales. Ambos castigaron con idéntica crueldad la insurrección; el uno con la saña de la plebe desbordada y el patíbulo; el otro con el patíbulo y los desmanes de la soldadesca embriagada. Melgarejo abandonó a su esposa para sumergirse en el torbellino de un amor prohibido y tempestuoso; Belzu fue abandonado por su esposa que se entregó inflamada de amor en los brazos de un aristócrata. Y por último, ambos murieron violenta y traidoramente: Melgarejo en manos de su protegido, Belzu en las del hombre que le debía la vida.

A medio día se inició el ataque con resultado adverso para Melgarejo, cuyas tropas sentían un desaliento aplastante frente al brioso empuje de los revolucionarios que, desde las barricadas, despedían fuego incesante y mortífero. Cundió la desmoralización y se hizo incontenible el desbande.

El caudillo esperaba sombrío y aturdido la deserción. Sus soldados confraternizaban con los de Belzu que en Palacio ya recibía la adhesión incondicional de los calculadores y la atronadora ovación de sus huestes victoriosas. En pocas horas Melgarejo lo ha perdido todo. La evidencia de su derrota percibían en el negativa de obediencia de los pocos soldados que aun le acompañaban. Pronto el minuto fatal lo aplastará, mostrándole la inutilidad de la lucha cruenta e inútil también el bárbaro sacrificio de Cortés. Todo el andamiaje de su poder y de su fortuna se desploma irremisiblemente. Fue en aquel momento supremo que tomó la decisión desesperada. Y ya levantaba el arma que debía poner fin a su vida para sustraerse a la venganza de ese pueblo enfurecido, cuando lo detuvo el coronel Campero:

¡El General!, para morir así, vale más arriesgar la vida en un supremo esfuerzo!

El tono persuasivo de su lugarteniente pareció sacudirlo, volviéndolo a la realidad. ¿Y por qué no? –se habrá dicho-. Para todo ser viviente cualquier día puede ser el último de su vida.

El consejo de Campero le induce a la acción inesperada. Una vez más su valor irrazonado, aquel coraje que le había guiado por los vericuetos de su azarosa existencia, le empuja a la proeza temeraria en el trance desesperado. El desaliento se trueca en radiante optimismo que sus ojos fosforescentes reflejan con claridad. Todo, en menos tiempo que el que se precisa para decirlo, y movido por una fuerza misteriosa amartilla su revólver y ordena a los vacilantes soldados que le rodean, con voz y ademán que no admiten réplica:

¡O me seguís coraceros, o me destapo los sesos!

Hincó las espuelas en los ijares de su caballo y avanzó decidido, sin cuidarse de las descargas cerradas procedentes de la barricada construída en la calle de las Cajas, hoy Ayacucho. Irrumpió como un alud, seguido de Campero y los coraceros, subyugados por ese alarde temerario de su caudillo, y su empuje puso en fuga a los defensores. Luego traspuso el muro de adobes y continuó galopando hasta la plaza, repleta de entusiastas que aclamaban delirantemente a Belzu, que en uno de los balcones de Palacio, rodeado de amigos, admiradores y oficiales de Melgarejo, gozoso del triunfo, recibía el homenaje de sus huestes victoriosas.

“Nadie acierta a comprender –comenta don Alberto Gutiérrez- qué iba a hacer Melgarejo, con un pelotón de soldados, ante la fuerza descollante y victoriosa de Belzu... El desorden que reinaba en la plaza, la embriaguez que se notaba en esa chusma bulliciosa y la agitación de un día entero de tiroteo de matanza, explican esa especie de indeferencia con que contó Melgarejo para atravesar la vía pública sin recibir ataque alguno ni ser molestado por nadie. Por otra parte, su persona inspiraba un terror invencible e instintivo”.

La inesperada presencia de Melgarejo llenó de estupefacción a Belzu y de pavor a sus acompañantes. Llegado a la puerta de palacio echó pie a tierra y atravesó, pistola en mano, el primer tramo de la escalera. Ahí le detuvo Estanislao Machicado, fanático partidario de Belzu y encarnizado enemigo de hombre que suponía al alcance de su mano y de su venganza, vencido, implorando la gracia del perdón al caudillo vencedor, estoico en la adversidad pero con grandes arranques de nobleza en la victoria. Llevóse el rifle a la cara y saboreando el apóstrofe le increpó:

Y ahora, pícaro, ¿en qué manos estás?

Melgarejo sabe que de la rapidez de su acción depende su suerte y su vida; desvía con la mano izquierda el cañón del fusil y casi simultáneamente un balazo concluye con la vida de Machicado.

El estampido del disparo produjo la consiguiente confusión. Salió Belzu presuroso a la antesala, en el preciso momento en que Melgarejo trasponía el umbral de la puerta con ademán decidido, las facciones contraídas por la fiera y las colosales dimensiones de su figura terrorífica que paralizaron de espanto todas las voluntades. Por un segundo –el segundo de la indecisión- la mirada centelleante de Belzu se encontró con la de su odiado rival, y, en ese fugaz presagio de tragedia, el ambiente se hizo tenso como intermedio que transcurre entre el relámpago y el estallido del trueno.

Pero oigamos al General Campero, ascendido a ese grado dos días después, actor y testigo presencial del suceso:

“Continué subiendo, -dice en un libro de muchas páginas rememorativas de la época, publicado nueve años después- y dí alcance al General Melgarejo en la puerta-entrada de la antesala, quien acalorado decía: “**¡A ver! Vean!...**” (señalando el salón de la izquierda).

“En el acto avancé hacia allí; pero apenas iba yo a pisar sobre el umbral de la entrada, cuando se me presentó el General Belzu, que salía de bracerío de un señor para mí desconocido.

“En el momento de verme, exclama el General Belzu “¡Oh!” (como quien halla una tabla de salvamento), y me abre los brazos. Inclínandome entonces hacia él, lo estrecho entre los míos, y, volviéndome enseguida al General Melgarejo, que se hallaba a mi izquierda, observo que furioso, se ponía en actitud de ir a matar a Belzu. Desprendiéndome de éste, doy un paso hacia Melgarejo y, acompañando la palabra con la acción de mi brazo izquierdo, le digo con gesto y tono casi imperativos: “**¡No, mi General; Usted nó!**”.

“Cediendo el General Melgarejo a mi insinuación, detiene el brazo, y me dice encolerizado:

“**¡Bueno, pues! Entonces usted ordene que...**”

“Quería decirme sin duda que ordenara yo la ejecución de Belzu; mas sin darle yo lugar a que concluyera de expresar su pensamiento, le replíco:

“**Pero, mi General, recuerde usted!...**”

“Era mi ánimo recordarle que Belzu le había perdonado más de una vez la vida. Apenas hube, empero, pronunciado la última palabra de las últimamente testadas, cuando vino o interrumpir mi voz una detonación que tuvo lugar sobre mi derecha. Vuelvo en el acto hacia allí la cabeza, y veo, humeante todavía, un arma de fuego casi horizontalmente apoyada por la culata al hombre del que acaba de dispararla, que era un soldado de los nuestros y se hallaba colocado como a un paso detrás de mi costado derecho; y en el mismo instante veo también al General Belzu que exhalando un gemido, va a caer para atrás...”.

Tal el testimonio de Campero.

De un solo zarpazo Melgarejo ha derribado a su terrible enemigo. La derrota se convierte en victoria fulminante por ese golpe de audacia y valor inigualados y la fortuna vuelve a sonreírle porque se inclina siempre al lado del que realiza la proeza heroica. Y sin cálculo ni premeditación, casi inconscientemente, Melgarejo consuma su golpe maestro, formidable mazazo que elimina a su rival y enerva a esa muchedumbre frenética y delirante.

Belzu, el enemigo temido, ese hombre-fantasma que no le dejaba dormir tranquilo, porque al conjuro de su nombre mágico vibraban hasta el frenesí las muchedumbres y combatían hasta la temeridad, arrebatando las armas a los soldados contrarios para luchas por él, yacía muerto. Tirado en un rincón del grande salón alfombrado que destacaba las manchas de sangre del popular caudillo, su cadáver representa un trofeo de victoria para Melgarejo. La rugiente multitud sufre súbita paralización por el inesperado desarrollo de los acontecimientos y presas del terror huyen los más, algunos descolgándose por las ventanas, mientras otros vuelven a las raleadas filas de Melgarejo que habían abandonado...

¡Extrañas ironías del destino! ¿Mató a Belzu el hombre que le debía la vida, salvando del patíbulo con la frase profética y el presentimiento trágico y fatal? Porque bueno es recordar lo que ocurrió el año 1854. Melgarejo, condenado a muerte en Cochabamba por un Consejo de Guerra,

debía ser fusilado al día siguiente. El pueblo cochabambino en sus diferentes clases sociales, con empeñosas gestiones ante las autoridades, consiguió postergar la ejecución del reo en tanto que una comisión de su seno llegara a La Paz para entrevistarse con el primer magistrado. Cinco eran los miembros de la Comisión, presidida por el sacerdote Gregorio Salamanca, que efectuaron un viaje penoso por caminos intransitables en esa época del año intensamente lluviosa.

Patética fu la entrevista. El presidente se mostró inflexible, pues los argumentos expuestos por los comisionados no modificaron su decisión. Entonces humillada la frente y llorando arrodillado, el religioso pidió clemencia para el revolucionario vencido. Belzu que era valiente y como todo valiente, generoso, levantó emocionado al sacerdote postrado y con su facultad de percepción rápida y certera, dijo con acento profético:

“Bien! ¿Cochabamba pide por la vida del funesto Melgarejo? Yo se la concedo. Más aún, le otorgo su libertad. Peo decid a Cochabamba y en particular a las señoras, que tarde les pesará y llorarán sin remedio por el beneficio que hoy hacen; porque Melgarejo algún día causará la ruina del país y cubrirá a Cochabamba de sangre y luto...”

Una vez más había acertado en su vaticinio este caudillo singular que parecía leer los pensamientos más recónditos de sus interlocutores. Cubrió el tirano de sangre y luto a la República, sumiéndola en dolor y lágrimas, asolándola, cual Atila redivivo, a la cabeza de sus hordas aguerridas y sanguinarias. Y como si el destino quisiera dar mayor realce al presagio, la sangre del magnánimo rival fecundó su victoria.

¿Quién mató a Belzu? Las contradictorias opiniones de los historiadores mantienen en el misterio la muerte del amado caudillo. El testigo presencial de esta trágica escena, Campero, sostiene, como se ha visto, que fue un soldado de la escolta de Melgarejo el que hizo el disparo mortal. Fue ese militar valiente y pundonoroso quien indujo a su jefe a asumir la actitud que determinó la muerte de Belzu, al haber armado el brazo de Melgarejo en el trance desesperado. Campero, al sentirse co-autor de la muerte del ex presidente, ¿ha pretendido excusar a Melgarejo o ha sufrido –lo cual es más probable- una alucinación por la fuerza trágica de los acontecimientos? Porque parece inverosímil que situados frente a frente dos rivales que se odiaba, en un momento angustioso, y conocido el temperamento de Melgarejo, hubiera éste perdido su tiempo, precioso en esos momentos, en recriminaciones a Belzu, que cometió la torpeza imperdonable de salir a su encuentro solo y desarmado. Melgarejo no ha podido detenerse a formular cargos y engolfarse en un diálogo absurdo, desperdiciando un tiempo que pudo haberle sido fatal, como lo fue –y esto lo apunta el mismo Campero- en el caso de Machicado. “Si él (Machicado) –dice en su citado libro- hubiese hecho uso de su arma sin esa especie de relación accionada, el combate habría terminado ahí nomás, y en favor del General Belzu por supuesto. Empero, mientras Machicado perdía ese instante precioso, Melgarejo pudo desviarle el arma, al mismo tiempo que caían sucesivamente sobre él un coracero dándole una lanzada y un riflero que acabó con él de un balazo”.

Lo presumible es que al ver al enemigo a su alcance y dada su destreza en el manejo de las armas, disparó, con la rapidez que aconsejaban las circunstancias, contra quien le disputaba o que más anhelaba en la vida. ¿No iba Melgarejo a jugar su última carta? ¿No le advertían su instinto y su audacia que su salvación estaba en suprimir al factor de su derrota, al temido y odiado rival que pretendía usurparle gloria, poder y fortuna?

Por otra parte, resulta un poco extraño por no decir inaceptable la minuciosa relación hecha por el general Campero, nueve años después, apuntando pormenores que habrían pasado inadvertidos al espíritu más observador y perspicaz, si se toma en cuenta la inesperada sucesión de los acontecimientos en una escena caótica, de indescriptible desorden, amenazas, imprecaciones, terror y muerte, verdadero pandemonio en el que los espíritus febricitantes estaban dominados unos por la euforia del triunfo, otros por la depresión de la derrota y no pocos –especialmente los actores del drama- por la ansiedad del desenlace. ¿Quién podía observar mínimos detalles en esos supremos instantes? ¿Cómo pudo un hombre cuyas facultades debían

estas nubladas por las emociones de una tragedia imprevista, ver si fue éste o aquél, que estuvo a un paso o dos, si disparó desde el costado derecho o izquierdo?

Confusos y contradictorios aparecen los testimonios destinados a una dilucidación definitiva. En el parte oficial de la relación de esos sucesos, por ejemplo, se habla de pistola, de revólver y por último de espada con la que pretendió eliminar a Machicado. Quizás con calculada intención no se practicó la autopsia oportuna que habría establecido la verdad. Si el proyectil era de revólver, nada más lógico que atribuir a Melgarejo el disparo y, por consiguiente, la muerte de Belzu; si de fusil, la versión de Campero quedaba confirmada.

Sea como fuere, el hecho evidente es que por un juego macabro del destino, aquel general vencido, con sus tropas en deserción y un pueblo enfurecido que maldecía sus crímenes y su nombre, convirtió, con un puñado de soldados, en la hazaña más extraordinaria, una derrota completa en victoria fulminante. Anunciaba la muerte de Belzu, Melgarejo se presentó arrogante y terrible en su porte dominador. Al verle, esa muchedumbre crepitante de odio y de coraje fue empequeñeciéndose medrosa, como si un golpe invisible hubiera destrozado su espíritu combativo y anulado su capacidad vital. Se apagaron poco a poco los ecos del entusiasmo y el nombre del venerado caudillo se sustituyó por el del nuevo vencedor: Melgarejo el invencible, el feroz matador de Belzu. Y esa masa actora de todos los heroísmos en el combate, se dispersó como hojas al soplo del huracán, frente al tirano audaz, cuya figura se erguía más soberbia y amenazadora.

Así consolidó su poder en Bolivia, reiniciando la época luctuosa que había de durar seis años, hasta el día en que el sacrificio de un pueblo humillado, pero no vencido, reabrió las puertas de la esperanza.

MUERTE DEL EX PRESIDENTE MELGAREJO

Cuentan afamados cronistas que al promediar la última mitad del siglo XIX Lima era una ciudad de puro sabor colonial, orgullosa de su tradición y de su abolengo regio. Más de trescientos años transcurrían desde que Francisco Pizarro la fundara a orillas de Rimac, el río hablador. Ciudad de historia, de leyenda, de amor y romanticismo, mística y mundana a la vez ufanándose de su Universidad famosa, de sus templos opulentos, de sus bellas mujeres, cuyo esplendor cantaron poetas y literatos esmerados en evocar la piedad ferviente de Santa Rosa y la gracia picaresca de la Perricholi.

Casas grandes de patio y traspatio con puertas enormes y pequeños ventanales enrejadas se alineaban en hileras desiguales por las calles poco concurridas, excepto en el núcleo central donde el comercio animaba el tráfico urbano. Pasadas las seis de la tarde una quietud aldeana predominaba en los barrios risueños, y al amparo de la penumbra, cómplice de los enamorados, parejas románticas “pelaban la pava, olvidadas de todo, como si pertenecieran a otro mundo”. Y en las noches la melancolía luz de sus faroles iluminada tenuemente la ciudad blasonada.

Surcada por laberintos de calles y de nombres, curiosísima maraña de “jirones” bautizados casi todos por la improvisación del ingenio popular, la urbe se transformaba al impulso del progreso que le imprimía el gobierno constructivo del presidente Balta, derrocado y fusilado después por los hermanos Gutiérrez.

Una tarde, el 23 de noviembre de 1871, cuando el crepúsculo oscurecía la ciudad y los campanarios esparcían la onda mística del Angelus, el rodar de un carruaje alteró la calma de la apartada calle **Gallinacitos**. Descendió del vehículo un hombre corpulento, hercúleo, de luenga barba, torva la mirada y los ademanes nerviosos; avanzó hasta la casa marcada con el número 72, cuya puerta golpeó con violencia. Rumor de voces, primero, y gritos de espanto, después, agitaron el interior de la vivienda y a poco hubo alarma en toda la manzana por los pedidos de auxilio de los moradores de la casa y el ímpetu de quien pugnaba por franquear la entrada. Dos disparos llevaron mayor confusión a los espectadores y vecinos que vieron al hombre de la barba desplomarse herido de muerte.

La noticia se esparció con rapidez: ¡han asesinado al general Melgarejo!

Proscrito había llegado el Capitán del Siglo después de la derrota del 15 de enero de ese año, barrido por la justicia inexorable, a los seis años de su dominación. Tras un día de matanzas, heroísmos y desalientos, la revolución encabezada por el general Agustín Morales puso término a su gobierno despótico. Hacía seis años, en un trance parecido, cuando se vio derrotado por Belzu, Melgarejo intentó suicidarse, saldar todas sus deudas con una bala de revólver, pero fue oportunamente detenido por el coronel Narciso Campero. Otras eran las circunstancias. Acoquinado, aplastado por la cruel evidencia de la prisión de su amada —expuesta Dios sabe a qué peligros— no intentó ninguno de esos actos de resolución que eran frecuentes en su vida: sólo escapar, huir de esa multitud rugiente que quisiera despedazarlo, cobrarle la cuenta, picándolo a pedazos. Nunca supo que su afortunado rival, el jefe de la revolución triunfante, estuvo en igual trance, siguiéndole el ejemplo por extraña coincidencia. También Morales desesperado, llevó el cañón de su pistola a la sien cuando se creyó perdido; pero, lo contuvo su sobrino Federico Lafaye, el mismo que le mataría dos años después. Narró Lafaye el dramático episodio en un folleto publicado en Tacna, el año 1873:

“El general Morales creyéndose completamente perdido y en poder del enemigo, intentó suicidarse, volviendo contra él el arma que tenía en la mano; logré asirlo de un brazo y arrebatarle el instrumento de muerte con el que intentaba contra su vida, precios en aquellos momentos”.

Vencido, perdida toda esperanza, pudo huir por la dilatada llanura del altiplano, acosado como alimaña feroz por legiones de indios enfurecidos prestos a ajustar cuentas al que en los días de su poderío omnipotente les había desposeídos de su propiedad secular, de sus pobres parcelas regadas con sudor y lágrimas, único tesoro de la raza sometida y condenada a la más degradante condición.

En la fuga dramática acompañáronle pocos de sus fieles servidores, treinta y cinco en total, los más de los cuales pagaron con la vida el precio de su lealtad, porque la muerte zumbaba a través de esa multitud cobriza, ebria de odio, que brotaba en progresión hormigueantes de colinas y quebradas. Los **pututus** dejaban oír su agudo bramido y los pétreos proyectiles disparados por sus hondas certeras llegaban a algunos rezagados que eran ultimados a piedra y palo, ferozmente, sin piedad, mientras el resto de la cabalgata galopaba a revienta cinchas, flameantes las capas y ponchos en la huída angustiosa.

En el trance desesperado, cuando la muerte acechaba minuto a minuto, Melgarejo hizo gala una vez más de su valor temerario. Rompió a balazos los cercos de las falanges vengadoras que le perseguían sañudas, compactadas cada vez más al incesante bramar de sus trompetas guerreras. Y sólo cinco, del grupo fugitivo, alcanzaron la frontera salvadora del Desaguadero. “El resto fu –escribe el general Quintín Quevedo, uno de los cinco que pudo salvar- inmolado a las iras de esas fieras. Entre las víctimas había un general, varios coroneles y jefes, casi todos padres de familia”.

* * *

Por algún tiempo las gentes de la capital histórica viéronle cual bárbaro monarca destronado, deambular por las calles nostálgico de su pasado esplendor, hasta esa tarde crepuscular, trágico jueves del mes estival. Había llegado al lugar de la muerte atraído más por el amor que por el dinero, porque si esto era lo necesario para subsistir, aquello constituía la causa de sus insomnios, la razón de su existencia, el fresco manantial donde anhelaba abreviar su sed incolmable y buscar en los brazos de su favorita el dulce regazo en los días de infortunio. Pero la desoladora realidad le decía que ya la hora luminosa del triunfo había pasado...

Allá mismo en la ciudad de los Reyes residía doña Juana Sánchez, la mujer amada hasta la locura por el déspota derrocado, porque fue en Lima donde buscó refugio esa extraña comandita familiar mezclada a la de Melgarejo por los lazos de la codicia, el lucro y la sensualidad. Prisionera por orden del gobierno de la revolución del 15 de enero de 1871 acaudillada por el general Agustín Morales, obtuvo su libertad previo el pago de una importante suma de dinero, exigida por su rescate, y pudo huir a tierras extranjeras que le deparasen tranquilo refugio después de las amargas experiencias de la derrota, la seguridad para su vida y los suyos “amenazados por el furor vengativo de la opinión boliviana”.

Desprovisto de poder y de fortuna, era Melgarejo, a esas horas, un hombre repudiado por sus favoritos. Doña Juana, aconsejada por su hermano José Aurelio, se negó a recibir al amante, provocando en el soldado atrabiliario la explosión de su ira y de celos incontenibles. Las puertas de la casa y los brazos de la amada se le cerraron crueles y esas desavenencias, unidas a otras económicas, precipitaron la tragedia, porque ante el fantasma de la segura miseria, consecuencia de su imprevisión, había iniciado acción judicial a la madre de los Sánchez “por robo y abuso de confianza” de sus dineros ahorrados en la presidencia de la República. El adverso fallo de los tribunales le asestó un tremendo golpe que agrió mayormente su carácter y acrecentó su despecho.

Por tales antecedentes el caudillo boliviano se debatía en la más espantosa de las crisis espirituales. Taciturno, vivía entristecido, ensombrecida su alma por desengaños e ingratitudes, agujoneado por la pobreza, con todo su cortejo de calamidades que acibaraban su vida de militar voluntarioso. Sumábase a su infortunio, la pasión desbordante por la mujer que ejerciera sobre él tanta fascinación, avivada en esos momentos por la esquividad de la bienamada, pues doña Juana

había llegado a cautivarlo de tal modo que le atraía con la fuerza de un imán poderoso, ofuscando sus sentidos, trastornándole las facultades, aprisionándolo hasta el extremo de constituir como su único mundo y como propia existencia, sin los cual la vida no tenía para él razón ni sentido.

En esa hora amarga, tras la breve temporada de su esplendor y de su predominio, agitábanle terribles pensamientos, fluyentes los recuerdos de la grandeza pasada. Como topo negro el despecho le horadaba las entrañas y las garras afiladas de la desesperanza por el amor perdido se le hincaban cruelmente. Y luego de sus arrebatos de cólera, que se elevan como olas tormentosas en un océano embravecido, caía en una aplastante inercia.

Mellada su prodigiosa vitalidad, amenguado su valor por la impotencia, su vida se desteñía envuelta en la bruma de la desesperanza y sentíase infeliz menesteroso de un amor inalcanzable. Estaba perdido, irremediablemente vencido, porque todo contribuía a su abatimiento: su porte arrogante y marcial se había encorvado más por la decepción que por los años, se le acentuó la calvicie, encaneció su barba descuidada, sus labios se contrajeron en un rictus de tristeza y abatimiento. Una adustez sombría enmascaró su rostro envejecido; sus ojos fosforescentes que brillaron como ascuas, irradiaban una mirada vaga e indecisa. Y en lo recóndito de su alma lacerada, el amor por la mujer esquiva, tónico vivificante un día, le quemaba a esas horas como tóxico terrible y maldito.

Una sed infinita, incolmable, le abrasaba las entrañas; pero no era la sed alcohólica que se apaga con la rebotante, ni la sed de poder que se satisface con fruiciones y honores incontables cuando en su pecho ardía la brasa viva de la ambición creyéndose adalid de una causa perdurable. Esta que le consumía era la sed de amor a su Juana, manantial inalcanzable para él.

Cuánta desesperanza por el cruel desengaño y cuán amarga aquella angustia que inflamaba de odio y rencor todo su ser borrascoso. Sumergíase anhelante en la somnolencia de los recuerdos y con fruición masoquista evocaba la lejana imagen de su amada, inútilmente empeñado en olvidar a la ingrata. ¡Ay! Cómo habría deseado doblar para siempre esa hoja fatídica del libro de su vida para borrar de la memoria hasta su nombre; pero todo esfuerzo se hundía en lo profundo de su desventura.

Ahogado en el desasosiego a cada intento de arrancarle de su corazón, más clara aparecía la imagen, más nítido su recuerdo. En sus horas de soledad acongojada, lóbregas horas de tormento y de penuria, sin la luz de los ojos de la manceba insensible a sus padecimientos, repetía su nombre idolatrado. El amargo soliloquio envolvía más que una protesta, un ruego, una lamentación, un quejido de impotencia: ¡Esta Juana! ¡Esta Juana!, decía con voz trémula y dolorida mientras lágrimas furtivas se perdían en la tupida maraña de su barba. Rudo y valiente, su vida fue una marejada de pasiones. Jugó con los pueblos, con los hombres, con la vida y con la muerte. Ganó galones a fuerza de coraje, derribó rivales con el vigor de sus puños, a balazos limpió de enemigos su camino, nunca trepidó ante nada. Pero ahora, ¡cómo quebranta el destino!, la vida se vengaba de él, supeditándolo, confinándolo en su impotencia, pues nada podía ante esa fuerza justiciera e incontrastable que lo colocaba a merced de esa débil e insignificante mujer.

Guapa y garbosa era la manceba. Un anónimo cronista despreocupado la describió “blanca, de ojos grandes y negros, brillantes como dos estrellas y oscuros y misteriosos como los abismos”, negra y abundante cabellera” que caía como “cascada de ébano sobre su espalda escultural”, “manos pequeñas y blancas como jazmines”, dientes “como perlas” que “se dejaban admirar cuando una sonrisa bella como un celaje de primavera hacía contraer o dilatar los rubios de sus labios”.

La orfandad había enlutado su adolescencia cuando su padre, empeñoso colaborador del coronel Yañez en los espeluznantes crímenes del Loreto, fue ajusticiado por el populacho paceño, durante el gobierno del general José María de Achá. Sumida en la miseria quedó la familia Sánchez y en ese ambiente de estrecheces creció doña Juana. En la época en que la presentaron a Melgarejo era una moza de veinte primaveras, adornada de todos los encantos femeninos.

Súbita fue la pasión que despertó en el caudillo, prendado irremediabilmente de la beldad criolla que como regalo del cielo le llevara la madre, doña Manuela Campos, para respaldar su petición de pensiones devengadas. Desde ese mismo día quedó la joven prisionera de la volcánica pasión del rudo soldado disoluto y salaz.

* * *

El crimen de la calle Gallinacitos originó un ruidoso proceso en los estrados judiciales de la capital peruana. Fernando Casós, el abogado defensor, “político y orador mulato y radical”, al cáustico decir del historiador Jorge Basadre, agotó los recursos de su habilidad profesional para conseguir la absolución del criminal. Melgarejo cayó asesinado por su protegido José Aurelio Sánchez, favorito y usufructuario de las horas siempre fugaces del poder y de la popularidad. “Usted no penetrará en mi casa”, le había dicho al disparar su arma, y de este modo alevoso saldó, con dos balas de revólver, sus cuentas de gratitud con el “Héroe de Diciembre”, un tiempo su padre y protector.

José Aurelio era hijo del comandante Luis B. Sánchez apodado **él tuerto**, despedazado por la justicia popular el 23 de noviembre de 1861, diez años atrás. Casi a la misma hora, el pueblo enfurecido había cobrado la deuda de sangre al coronel Yañez, el feroz carnicero, que poseído de furor sanguinario mandó asesinar a más de cincuenta prisioneros indefensos, acusados de conspirar en favor del general Manuel Isidoro Belzu. Y como **el tuerto** se mostrara activo en la matanza atroz, cayó inexorable sobre su cabeza el hacha justiciera de la vindicta pública.

Envuelto por un hado misterioso en la roja trayectoria de la sangre y como si toda su casta estuviera empujada a la pendiente del crimen, disparó el arma traidora contra el hombre al que debía señaladas distinciones y preferencias. Consiguió favores e influencia decisiva durante el gobierno de Melgarejo únicamente por su condición de hermano de doña Juana, la favorita, porque ningún rasgo dignificador realzaba su persona, producto genuino del cuartel. Todos los atropellos cometidos por este hombre vulgar, los homenajes y ascensos los había alcanzado por cognación. Y tuvo que obedecer a su instinto al utilizar el arma homicida contra su bienhechor caído, en momentos en que éste vagaba miserablemente mendigando los favores de la engreída bacante.

Melgarejo, el temerario, cayó por la mano que él mismo armara. Sus pobres despojos tendidos en una humilde casa de la calla de la **Pescadería**, donde convivía con sus dos hijas – último refugio del proscrito- movían a dolorosa meditación. Ahí estaba, miserable envoltorio humano sangrante, quien tuvo, no hacía un año, a toda una nación rendida a sus pies, temido y admirado, reverenciado y maldecido. Estaba ahí con el esténtor de la agonía, el que jugó con la muerte en cien combates; aquel que a la cabeza de su invencible ejército sofocó sangrientas revoluciones; el que convirtió la derrota en victoria inverosímil en un alarde de valor inigualado cuando vio cundir la desertión en sus tropas y su afortunado rival –Belzu- celebraba la victoria rodeado de parciales y aprovechadores; el hombre que pudo alcanzar la frontera salvadora en los momentos dramáticos de su derrota rompiendo a balazos los cercos de indios rugientes que le perseguían con ferocidad para cobrar venganza por haberlos despojado de su parcela inmemorial. Ahí estaba el caudillo legendario, en el supremo instante de las cuentas definitivas dibujado “en su varonil y hermoso rostro algo de terrible, mezclado con cierto gesto suplicante que mueve a compasión”, cual lo viera un cronista limeño de esa época. Murió a las pocas horas sin articular palabra, aprisionado por la inconciencia que le impedía el último consuelo del arrepentimiento. Sólo una respiración penosa y la mirada perdida en un punto indefinible, último destello de esa vida tormentosa en este mundo.

Veláronle en pobre catafalco levantado con la ayuda del representante diplomático. Cuatro cirios parpadeantes alumbraban con luz opaca la miserable estancia, donde atraídos por la novedad (siempre es novedoso ver la muerte de un tirano) espectaban algunos curiosos y sollozaban, con dolor sincero, sus dos hijas abandonadas.

Don Juan de la Cruz Benavente, Ministro de Bolivia en el Perú, su servidor de ayer y a esas horas servidor de Morales –el héroe del 15 de enero y nuevo ídolo nacional por haber dado al traste con Melgarejo y sus coraceros- realizó con decoro el sepelio del famoso caudillo y luego informó al Gobierno de ese que se creyó su deber moral y oficial, en nota elegante y patética, subrayando que “el juicio de los contemporáneos termina donde comienza el de Dios y el de la Historia”. En los funerales le fueron tributados al extinto los honores correspondientes a su alto grado militar y a su condición de ex presidente de Bolivia. Con poco acompañamiento se fue el hombre singular, camino de la última morada, allá donde concluyen todas las vanidades de este mundo. Una placa de mármol con una leyenda sencilla era todo lo que quedaba del caudillo omnipotente de otros tiempos.

La noticia se recibió en Bolivia con sorpresa e indignación por la forma y circunstancias que rodearon al trágico suceso. La majestad de la muerte acalló las voces del rencor, se olvidaron los agravios y fue unánime la condenación contra el autor del hecho criminoso, aunque en las esferas gubernamentales no se disimulara secreta satisfacción por haberse eliminado a tan peligroso adversario.

* * *

Mariano Melgarejo fue realmente un hombre excepcional. Voluntarioso, irresponsable, valiente hasta la temeridad, escaló la cumbre más alta “pasando y pisando todo, para caer en la honda sima devorado por los cuervos que él mismo crió”. En su pecho, caverna ebullente de pasiones, anidaron odios ardientes, ambiciones desmesuradas, instintos primitivos. Todos los vicios y extravagantes podrían encontrarse –según la cabal expresión de Eduardo Subieta-, en esa vida tempestuosa, accidentada y contradictoria de resplandores y sombras, de luchas, errores y crímenes. Y este personaje siniestro fue el amo indiscutible de Bolivia durante seis años en los que su voluntad era ley y la pistola el cetro de su poder.

Su presencia en los desfiles militares y ceremonias oficiales concitaba la admiración popular. Pero esa admiración se trocaba en espanto cuando aparecía arrebujaado en su capa colorada, con amplio sombrero **jipijapa** “borracho a medias, en humor risueño y festivo, riendo a mandíbula batiente y mostrando aquel agujero negro y sombrío que había sustituido a dos dientes que le faltaban”, como lo viera Tamayo, siempre con las órdenes a flor de labios y el revólver listo para refrendarlas.

Gobernó perdido en un confuso tropel de contradicciones y anegado en el impuro piélagos de sus errores: héroe, tirano, ridículo, generoso, cruel, magnánimo. Unas veces bondadoso hasta la ternura otras violento hasta el crimen. ¿Qué complejos se sumaron en tan singular personaje? ¿Qué pasiones recónditas retorcieron su alma y sus instintos selváticos? Inmotivadamente “despachaba” al otro mundo a un leal servidor de su gobierno, asesinaba a su edecán u ordenaba que sus secuaces despedazaran a sablazos a un enajenado mental; tan pronto deseaba estrenar su rifle en el primer acumulado por el organismo judicial, para favorecer a una pobre viuda víctima de las maquinaciones de los picapleitos.

Es que vivía desconfiado y dolido porque le acosaban sin descanso las revueltas y las deslealtades. Fugaces fueron las horas compartidas con la guapa moza que prodigaba sus ternuras al caudillo en continuo recorrido por el vasto territorio, son encontrar sosiego, aguijoneado por el amor y la pasión de mandar. Y en el permanente empeño de sofocar revoluciones, las pampas inmensurables del Ande le vieron hacer recorridos, embriagado a veces, a veces reflexivo, siempre a la cabeza de sus soldados que fueron el principio y el fin de su dominio y del poderío que durante seis años se alzó inmisericorde sobre Bolivia.

Misterioso y magnético influjo ejerció sobre sus soldados y coraceros, subyugados por esa personalidad arrolladora y turbulenta y obsesionados por la recompensa del saque y la depredación a los que se entregaban después del triunfo, con la implícita autorización del gobernante que veía en el vandalismo de sus huestes una de las formas de su estabilidad y de su

poderío, unida al fanatismo que inspiraba su estampa varonil en el alma ingenua de sus servidores. Era una mezcla de admiración y temor lo que sentían esos hombres dominados por la mirada fulminante de Melgarejo, la precisión matemática de sus disparos y su fuerza física extraordinaria.

Era imponente su figura, jinete en su **Holofernes**, seguido de la escolta resplandeciente dispuesta a la defensa de su Capitán General. Con la espesa barba que enmarcaba su rostro enérgico y su gesto de pocos amigos, erguía el centauro cubierto el pecho de bordados y condecoraciones que le imprimían un sello de arrogancia y majestad. De frente estrecha, que huía de su base, ojillos vivos y penetrantes, pómulos salientes, nariz de anchas aletas, labios abultados y sensuales, cuello corto y macizo, todo formaba una complexión rotunda y un continente marcial. “Diríase que la Naturaleza –escribe don Jaime Mendoza- de propósito, había aplastado esa frente, sobre los lóbulos cerebrales delanteros para que, a sus expensas, se desarrollase en grado hipertrófico, el territorio del valor, de la acometividad, de la ferocidad”. Ágil, sus movimientos eran ondulantes como los de un tigre y sus reacciones violentas e impetuosas como si tuviera pólvora en la sangre. Consumado domador de potros briosos y hombres sumisos, manejaba la pistola y el látigo con precisión y seguridad.

Melgarejo desconoció el razonamiento para obedecer sólo a su impulso que se desataba como un huracán que barría adversarios tenaces o situaciones difíciles. En su temperamento alborotado, sus nervios tensos vibraban como cordaje templado. Esta crispación nerviosa empujábale a las emociones más fuertes: valor, temeridad, goce: ¡gozar! he ahí el norte de sus existencia, porque el placer ponía en conmoción todos sus sentidos. En los paréntesis de su vida agitada por las frecuentes revoluciones, apuró la copa de la voluptuosidad hasta las heces, sorbiendo con avidez sensual su deliquio embriagador, como si su instinto le advirtiera la brevedad de la fortuna.

Este hombre que gobernó Bolivia sin otra norma que su voluntad, deificado por sus servidores y maldecido por sus enemigos, reunía, además de su osadía y su valor probados, ciertas cualidades de atracción personal. Cuando su mente no estaba nublada ni su espíritu enajenado por su vicio dominante, era un conservador ameno, amable y atrayente, grato a sus interlocutores. Así lo testimonian quienes frecuentaron su trato, entre otros el escritor y diplomático chileno Carlos Walker Martínez; pero la borrachera, al romper los diques de la mesura y la circunscripción, trastornaba y transformaba al caudillo en un espécimen de intemperancia y brutalidad, porque el alcohol “que encendía una extraña fosforescencia excesos hasta convertirlo en una furia desatada y en un bárbaro iracundo y sanguinario.

Permanentemente embriagado de poder, de amor o de alcohol, sin miedo ni respeto para nadie, impuso su voluntad omnímoda respaldado en el fanatismo de sus tropas, en el incontrastable argumento de sus puños de hierro y en la ciega obediencia de la escolta pretoriana de sus rifleros, autómatas desalmados. Mareado por las manifestaciones admirativas de su áulicos, la adulación de los aprovechadores, las caricias de doña Juana –favorita desdeñada en silencio por las linajudas, pero acreedora a reverencias de hipocresía interesada-, Melgarejo gobernó perdido en la maraña tupida de sus impulsos primarios donde brillaron, de tarde en tarde, gestos de elevación. Suya no es toda la culpa. La tienen en mayor grado los seides que refrendaron todos sus actos; los miserables que le glorificaron por ambición o por miedo; los palaciegos abyectos que le repitieron mil veces que era el hombre necesario para Bolivia; los gacetilleros venales que le llamaron el hombre providencial, para que él, ingenuamente convencido de esa protección divina, se sintiera árbitro supremo de la nación, dueño de vidas y haciendas.

SUBITA MUERTE DEL PRESIDENTE MORALES

Un escritor eminente y honesto, don Joaquín Lemoine, decía lo siguiente al evidenciar la inversión de valores y la audacia de los ambiciosos, seguros de la amnesia colectiva: “Bolivia es el país de las anomalías y de las irregularidades, y por eso nada extraño es allí ver a menudo el mérito y el heroísmo bajo el polvo del olvido, y la nulidad y el envilecimiento con la cucarda oficial”.

El catálogo de traiciones y delitos de un hombre en la lucha por el poder se olvidaba fácilmente, perdido en el turbio torrente de las pasiones políticas. Un denso velo cubría todas las iniquidades, si el éxito coronaba los afanes de la revuelta, porque el triunfo borra toda culpa para la masa eternamente desmemoriada.

Esto ocurría con el general Agustín Morales. Condenado a muerte por un consejo de guerra, declarado fuera de la ley por el Congreso de 1850 por haber intentado asesinar al presidente Belzu, el pasado oprobioso se disipó envuelto en el humo del incienso de la gratitud nacional y la euforia del triunfo. Su nombre era bendecido por un pueblo anheloso de libertad, agobiado por un despotismo sanguinario, porque cúpole la gloria de acaudillar la revolución del 15 de enero de 1871, que derrocó al presidente Melgarejo, y la nación agradecida le aclamaba su libertador.

Era en verdad emocionante el homenaje de los pueblos. Estremecidos de júbilo le vitoareaban frenéticos, movidos por un entusiasmo elemental y sincero, sacudidos los espíritus por la profunda emoción de la esperanza, por el goce inefable de la libertad y la reivindicación plena de sus derechos hollados, seguros de que había llegado el término de sus desventuras.

En medio de séquitos brillantes recorría el militar engreído los pueblos de la República, después de la convocatoria a elecciones, recogiendo a cada paso el fervor cívico, traducido en apoteosis incomparable. El caudillo se erguía gallardo en la cúspide de su gloria que inundaba de esplendor todo su continente marcial. Alto y musculado con una enorme cabeza que descansaba sobre su fornido corpachón, pelo tupido gris y áspero, “sus ojos verdiones y rasgados, sombreados por unas cejas negras y revueltas”, las facciones rudas, la piel de un color aceitunado. “sus enormes bigotes oscuros, seguidos de una pera no menos enorme”, le daban un aspecto de fiereza y bravura que la admiración popular reconstruía como la imagen fiel de un capitán bizarro y legendario.

Sucre, la capital de la República, era el término de su viaje y el lugar señalado para la instalación del Congreso, donde debía cerrar con broche brillante de etapa de su gloria inmarcesible. Delirante, con las campanas echadas a vuelo, arcos triunfales y banderas flameantes, le recibió la docta ciudad que trocó en algarabía alborozada su discurrir tranquilo y circunspecto. De los balcones engalanados con ricas colgaduras, las damas más bellas y linajudas le echaban flores, misturas y aguas de olor. En sus diferentes clases sociales el pueblo se volcó a la calles para recibir al héroe y testimoniarle su admiración sincera. En la Catedral se ofició solemne **Te Deum**. Toda la pompa militar y sacerdotal esplendió ese día de júbilo en el sacro recinto. Y Morales recibía enorgullecido, satisfecho, el homenaje espontáneo y conmovido.

Muy lejos estaba de pensar en los designios ineluctables del destino y en las veleidades de la fortuna caprichos. A poco de este resplandor de gloria que le enceguecía uno de sus íntimos, su sobrino, el teniente coronel Federico Lafaye, le tendería a balazos en su propio palacio ante la estupefacción de los circunstantes. ¿Quién podría suponer entonces que sucumbiera el héroe tan oscura e inesperadamente y sin que nadie intentara detener el brazo homicida? “Llegó el momento –dirá después para justificarse- que la mano de la Providencia, más que la mía, debía poner término a la existencia de un mandatario que había olvidado los respetos que todos los hombres se deben entre sí”.

El 18 de junio de ese año, pasado seis meses de la revolución, se instaló con gran solemnidad la Asamblea Constituyente, presidida por don Tomás Frías, el estadista más prestigioso y respetable. En un documento patético, Morales renunció a su elevado cargo, con el argumento de ser el menos llamado a gobernar el país, motivo por el que pedía buscar otro ciudadano más idóneo que él. Luego, despojándose con gran espectacularidad de las insignias del poder, se retiró vitoreado y aclamado por ese gesto que todos imaginaban de ejemplar desprendimiento.

Muy en serio había tomado el título de Libertador. Quiso imitar a Bolívar, cuando a poco de su entrada triunfal a Caracas, el año 1813, luego de haber roto las cadenas de la esclavitud, expresó ante la Asamblea:

“He venido con la intención de preservar vuestros sagrados intereses. Un soldado victorioso no gana el derecho de mandar en su país natal. No es el juez de sus leyes o del Gobierno. Es el defensor de su libertad... Su orgullo debe satisfacerse con haber trabajado por la felicidad de su país. Os ruego que me relevéis de una carga demasiado pesada para mis fuerzas”.

Y Morales decía ante otra Asamblea reunida:

“No es fijéis en mi persona, ni en lo poco que hubiera hecho por la libertad de mi patria... He dicho ya que soy el menos a propósito para gobernar el país... Nombrad otro ciudadano que sea más idóneo que yo... Al retirarme al hogar doméstico, os aseguro que debéis contar siempre con este soldado del pueblo que ha consagrado su espada a la libertad de su patria”.

A la distancia de sesenta y un años se reproducía el episodio histórico, en parecidas circunstancias, casi con idéntico lenguaje. Sólo que el uno era de veras grande, desinteresado y genial, mientras el otro obraba impulsado por oscuras ambiciones.

La Asamblea creyó en la sinceridad de los propósitos del presidente y propuso la aceptación de la renuncia por intermedio de la Comisión respectiva.

Morales era un hombre de estructura espiritual complicada y quizás un patriota a su modo. Obsesionado por la idea del tiranicidio, proclamada la eliminación del tirano sojuzgador de hombres y de pueblos, como si pretendiera justificar el atentado contra la vida del presidente Belzu, el año 1850, hazaña que calificó de “la más brillante gloria de su vida pública”. Audaz, ambicioso, valiente, ardía en su pecho una hoguera de pasiones inextinguibles y era capaz de tomarse venganza o justicia por sus manos cuando se creía defraudado. Si de tal modo reaccionaba desde planos secundarios fácil es suponer cómo sentía la ofensa en esos momentos en que le aclamaba toda la nación agradecida. Y la posibilidad de la aceptación de su renuncia, le exasperó hasta el paroxismo.

Durante dos días el furor le quemó las entrañas. Sus emisarios le informaban de los candentes debates parlamentarios desarrollados en sesiones secretas, frente a la actitud de turbas aleccionadas que recorrían amenazantes las calles de la ciudad, con vivas a Morales y muertas a los diputados.

No pudo contenerse más tiempo. Con el semblante inmutado, convulso, iracundo, salió de palacio, acompañado de una treintena de jefes y oficiales, para dirigirse al Congreso que sesionaba a puerta cerrada. Violentada con estrépito la puerta principal, Morales arrojó de un empujón al centinela e ingresó al salón de sesiones. “Vengo a Congreso, vengo a Congreso”, dijo al tomar asiento al lado del presidente Frías. Y luego: “Nada de secretos, señores, cuando se trata de la salvación de la patria”. Gran estupor entre los diputados. Afuera rugía la multitud, crujió la puerta y una marejada irrumpió al salón de sesiones atronando el aire con sus gritos: “¡Viva Morales! ¡Viva nuestro padre! ¡Abajo el Congreso!”. El caudillo, de pie, impuso silencio con ademán enérgico.

“Las dimensiones de su atlética estatura –cuenta el historiados Jenaro Sanjinés, testigo presencial-, parecen acrecentadas por la furia. Su enorme bigote erizado, su voz temblorosa y bronca, sus ojos inyectados de sangre y amenazando saltar de sus órbitas, le dan un aspecto feroz, sólo comparable al de aquel Melgarejo, terror de Bolivia cuando ebrio de licor y de sangre, se presentaba a los balcones de su palacio de La Paz a apostrofar al pueblo”.

¡Padres conscriptos! –expresa entre otras frases incoherentes, señalando a la multitud que llena las galerías- **¿qué es eso de Morales y Morales para todo, en vez de dar pan a este pueblo hambriento? Es que no sabéis ser padre de familia y queréis ser padres de la patria... Para hacer feliz a Bolivia no necesito de nadie, mucho menos de doctores y anarquistas... Me basto yo, yo,** (y los furiosos golpes que se da en el pecho resuenan en todo el ámbito del salón) **yo solo soy patriota para hacer la república grande y venturosa.**

Habla ahogándose en la cólera que le rebasa espumeante por la boca. El poder, la pasión de su vida, está a punto de escapársele de las manos, arrebatao por esos demagogos, y eso, ¡jamás podrá consentirlo!

-Para evitar dificultades –brama- y para bien de la patria, retiro mi renuncia; si, sí, la retiro.

Seguido por la irritada multitud abandona arrogante la sala en la que reina un estupor indescriptible. El ultraje anula las voluntades y acrecienta el desconcierto. Y declarando disuelta la Asamblea, los diputados se retiran con el dolor de la desilusión y la desesperanza...

* * *

Ha pasado más de un año de esos dolorosos acontecimientos. Explicaciones del gobernante, organización de un gabinete parlamentario y buena voluntad de hombres patriotas, habían conjurado la crisis política.

Electo presidente constitucional, dispuso que en la ciudad de La Paz funcionara el Congreso Nacional, lo que dio lugar a la protesta de algunos diputados que viajaron a la capital de la República “a tocar las puertas cerradas del templo de las leyes”. El 15 de agosto se instaló solemnemente la Asamblea ante la cual el magistrado leyó su mensaje en el que reiteraba sus propósitos de servir sacrificadamente al país y a sus instituciones. Aunque aparente las buenas relaciones entre Ejecutivo y Legislativo, en el fondo se agudizaban las divergencias, sumadas a la impopularidad que el gobernante sentía ya crecer en torno suyo y que marcaba la evidencia del indisimulado descontento de los pueblos que, no hacía mucho, le habían mostrado su admiración delirante.

Se retrajo despechado, asilándose en una sombría soledad, como muda protesta a la ingratitud nefanda. Sumóse a la merma de sus prestigios el ataque de la prensa que censuraba su conducta: “El encastillamiento del Presidente en su palacio –decía **El Eco de Sucre** en su número 24- es una muerte civil o es un egoísmo que no se acepta”.

Otros acontecimientos aumentaron su desazón. En el Parlamento se le acusó de infringir preceptos constitucionales y usurpar atribuciones legislativas; una solicitud de la “Sociedad Minera Arteche” que denunciaba la ilegalidad del embargo de sus productos en el mineral Aullagas practicado por comisiones designadas por el gobierno, mereció pronunciamiento favorable; más aún: se propuso la reducción de la suma de cien mil pesos propuesta por el Ejecutivo para gastos extraordinarios, a diez mil, medida que motivó la acusación del Ministro Corral de estar en la propia Cámara el principal foco revolucionario.

Este afán de supervigilar los actos del gobierno exasperaba al presidente, sinceramente convencido de su intangibilidad. Y su desasosiego aumentaba al evidenciar que la opinión pública, con su sentido infalible, le señalaba como dilapidador de los dineros del erario en su provecho

personal, aplaudiendo la fiscalización legislativa que golpeaba como un barreno en el deleznable pedestal del héroe, desmoronándolo...

Pareja a su encono se irguió su soberbia. La iracundia le nubló la razón y se desató en improperios contra los demagogos perleros empeñados en socavar su reputación. Mostrábase amenazadora la arrogancia del gobernante, que suponía, acaso con ingenua convicción, que el destino le reservaba los altos designios que guarda a los predestinados. Y la confianza en su estrella inundábale de ilusión embriagadora al recuerdo de su proeza libertadora, hazaña que no pudieron realizar en tantos años, todos los esfuerzos combinados de los pueblos de la República.

Cada momento más irritado, abandonó el palacio a las siete de la noche y se fue a la Cámara con el gesto duro y un bastón que blandía amenazador. Pero el consejo prudente de algunos personajes logró restituirlo a la morada presidencial.

Entre tanto, con el pretexto de festejar el segundo aniversario de la revolución (24 de noviembre), fanfarrias militares, descargas de fusilería, repique de campanas, tronar de fuegos artificiales y algazara destemplada, impedían el desarrollo normal de las labores parlamentarias. Tal desacato, lejos de amedrentar a los representantes, los indujo a mayor persistencia en el trabajo, pues continuaron en sesión nocturna y a puerta cerrada sus deliberaciones. Una banda de música se colocó en la entrada y comenzó a ejecutar sonatas ya alegres, ya fúnebres, "haciendo mofa de la representación nacional, en medio de la multitud que crecía en torno", sin que nada amedrentara a esos varones heridos en su amor propio.

De repente se abrió la puerta con violencia. Otra banda militar irrumpió la sala y avanzó hasta el barandado que separaba la barra del hemiciclo, con groseras injurias y terribles amenazas, atropellando la "guardia de la compuerta", en la que el oficial Manuel Lavadenz opuso breve y honrosa resistencia. Producido el pánico huyeron despavoridos los concurrentes a las galerías y casi todos los representantes nacionales en la creencia de que la falange sacrílega "había entrado a sacrificar a los diputados".

Aterrorizados huían en desordenada confusión. Alguno se evadió por una ventana fracturándose las piernas. Únicamente permanecieron en sus puestos, severos y dignos, el prelado Juan de Dios Bosque, don Tomás Frías y don Napoleón Dalence. Minutos después llegaba con Mariano Baptista, desafiante en sus imprecaciones, sollozando de cólera impotente. A poco abandonaron todos el recinto escarnecido, resueltos a no volver allá donde quedaban sólo las huellas del bárbaro atentado...

Al día siguiente, temprano, informado el general Morales de la desafiante actitud de Baptista, se propuso castigar su arrogancia. Llamó a uno de sus edecanes y se encaminó a la casa del joven y brioso diputado; pero sólo encontró al sirviente:

-¿**Dónde está ese doctorcito?** –preguntó amenazante.

-**Salió, señor...**

¡Oh! –repuso contrariado. Y agregó con gesto duro: -**¡Pero me la de pagar!**

Como parecía inminente la quiebra institucional se renovaron los esfuerzos patrióticos para buscar la reconciliación. Los diputados reunidos en una casa particular exigieron solemne desagravio, fijando condiciones escritas. Al conocerlas, el presidente las tomó como un desacato y mandó colocar guardias en el abandonado recinto parlamentario. Por la tarde llamó a sus ministros y edecanes:

-**Voy a clausurar la Asamblea** –les dijo con voz autoritaria-. **Quien quiera, sígame; y el que no, nó.**

En la plaza estaba formado el Ejército erizado de bayonetas. Cuando el gobernante apareció con su séquito, la banda esparció por los ámbitos de la ciudad amedrentada los sones de la canción nacional a cuyos acordes penetró en el salón legislativo, silencioso y vacío. Ocupó el asiento de la presidencia con ademanes y tono que denunciaban su exasperación, se dirigió a los curiosos que ocupaban las galerías y habló de este modo, remedando la actitud de Oliverio Cromwell:

“Pueblo: Como primer magistrado de Bolivia vengo a clausurar esta Asamblea cuyos bancos desiertos, han sido ocupados por una partija de traidores, de infames, de hombres vendidos... Sabéis que se me ha acusado de ladrón ¡a mí!, ¡a mí!, por esos desnudos que han querido usurpar vuestros derechos... Yo, señores, no he robado, no he dado jamás a mis amigos lo que no tenía, no he querido dar la única camisa que cubre mi honrada persona y que pertenece al pueblo. El primer magistrado es pobre como el pueblo y no ha sido un Baltasar, tiene apenas con qué vivir miserablemente... Al librarme de estos traidores infames, si conciencia ni dignidad, he de hacer reinar la justicia y la libertad...; esa libertad y esa justicia que estos hombres desconocen... Señores, clausuro esta Asamblea y declaro ante el país que los convencionales del 72, han sido unos traidores y unos vendidos...”.

Volvió a su palacio seguido de la morralla infaltable. El pueblo congregado le vió pasar con asombro entristecido. Era un nuevo ídolo que se derrumbaba. El reproche fue casi instantáneo. Sus ministros anunciaron la dimisión y así dejó dicho Corral al abandonar el despacho del presidente.

Pasó la noche afiebrado por la cólera y la incertidumbre. La actitud de Corral, que interpretaba como un seguro síntoma subversivo, pues conocía su popularidad, colmó su ira mezclándola de atroz desasosiego. Al día siguiente le mandó llamar con urgencia, pero como conocía la violencia de su jefe y presentía el ultraje, eludió la entrevista. Insistió otras veces más, con rugidos amenazantes y al ministro no le quedó otro camino que afrontar la situación.

A las tres y media de la tarde del 26, se hizo presente en palacio. Estaban reunidos en el salón el hijo del presidente, su sobrino Federico Lafaye, el general Sanjinés, el coronel Hilarión Daza y el Dr. Fernando Valverde. En tono colérico Morales le interrogó sobre su actitud. Por toda respuesta, Corral extendió el pliego de su renuncia.

La leyó sobresaltado. Al comprobar sus temores arrugó el papel entre sus puños crispados y emprendió a trompadas con el pobre e indefenso letrado. Algunos de los presentes se interpusieron, en tanto que el maltrecho ministro, pálido y desencajado, se erguía digno y sereno para increparle, arrancando valor de la injuria:

-¿Es para vejarme de este modo y para ultrajar mi dignidad que me ha llamado usted?...

El reproche escupido a la faz del iracundo, aumentó su cólera. Levantó el puño para aplastar al menguado, cuando dos brazos fuertes lo aprisionaron, conteniéndolo. Era el coronel Daza. Pudo desasirse el gigantón energúmeno apelando a la fuerza, duplicada por la furia, y blandió un rifle descargado, pero se lo arrebataron; luego cogió una silla que también se la quitaron. Fue en ese momento que el general Sanjinés, su viejo colaborador y amigo, se le plantó delante señalando su pecho:

-¡Pega aquí...! –le dijo con arrogancia, como desafiándolo.

“Por fin –cuenta un anónimo escritor de la época-, Sanjinés y Valverde lograron librar al ministro de las garras de la fiera, conduciéndolo hasta las oficinas de su despacho”.

Al día siguiente, 27, vientos de tormenta soplaban por la ciudad. Circulaban rumores contradictorios y el temor de la revolución acaudillada por Corral, que había buscado asilo en la legación norteamericana, se acrecentaba por momentos.

A la una de la tarde, un bando, el único medio de difusión oficial, hizo saber a la ciudadanía que el general Morales se proclamaba Dictador.

No era este el remedio que apaciguara su espíritu. Hubiérase dicho que se enmarañaba más y más en la madeja de sus desaciertos y de sus atropellos. Una angustia infinita le inundaba como lava hirviente. Perdido en el laberinto de su remordimiento, sentía bullir dentro de su atormentado ideas confusas y presagios funestos. Salió a vagar las calles, porque se asfixiaba dentro del palacio. Volvió a la plaza y siempre seguido de sus acompañantes, se sentó en un banco. Hablaba como monologando incoherentemente y la revolución, el fantasma temido, le turbaba amenazador...

De regreso a sus habitaciones privadas le rodearon su hija Mercedes, sus sobrinos Julio y Federico Lafaye, don Saturnino Medeiros, el plumario Gonzáles y otras personas que formaban el círculo íntimo y afectivo. Federico Lafaye, principal actor de la tragedia que la mano del destino tejía con hilos invisibles, era uno de los más influyentes del séquito presidencial, nieto del coronel Francisco López de Quiroga, el famoso **tuerto**, valiente y temerario, que en funciones de prefecto de Potosí sofocó la sublevación de los Granaderos de Colombia contra el Mariscal de Ayacucho. Se dice que el bravo militar sentía especial predilección por sus oficiales Agustín Morales y Juan Lafaye, ambos casados con dos hijas suyas. Ignacia, la mayor, era la madre de Federico que, niño aún, tuvo infinito dolor de ver a su padre linchado bárbaramente por las turbas belcistas desbordadas el año 1849.

De ascendencia francesa, Federico Lafaye era un mozo apuesto, alto, delgado, de ojos azules y cutis blanco. Nacido en Sucre el año 1840, alcanzó el grado de teniente coronel en el Ejército. Entre sus antecedentes se contaba el de haber sostenido la honrada dictadura de Linares, el gran gobernante civil. El presidente Morales le tenía en gran estima por su simpatía y caballerosidad y porque había combatido junto a él en las horas dramáticas de la insurrección contra Melgarejo, oportunidad en la que impidió el suicidio del jefe revolucionario. Incorporado al cuerpo de edecanes, vivía en palacio en una misma habitación con José, hijo del mandatario.

A las nueve y media de la noche se hizo presente en palacio el coronel Ezequiel Peña, que expresó la urgencia de hablar con el presidente. Este es el punto de partida de la tragedia. ¿Qué le dijo Peña? En su declaración sólo asegura haber llevado el parte de una comisión cumplida en casa del comandante José Laviña; que tal comisión se redujo "únicamente a asegurarle que no habían encontrado persona alguna en aquella casa fuera del Sr. Laviña". Pero algo muy grave ha debido decirle Peña, porque el presidente sale loco de furor, abre con estrépito la puerta y aparece en el salón donde juegan partidas de rocambor los jefes de regimientos, algunos edecanes y pocos civiles.

Son las nueve y tres cuartos de la noche. Su aspecto fiero y demudado denota la tempestad de su alma. Fuera de sí, congestionado, colérico a su edecán Laviña, que se presenta al punto. Y Morales, ciego de furor, lo dobla a puñetazos.

-Dicen que usted me va a asesinar... ¡Asesíneme si es hombre! Y no cesa de golpear al infeliz que tiembla anonadado de terror. Lo toma del cuello arrastrándolo como a un pingajo hacia la ventana que ha ordenado abrir.

-Por aquí... por aquí ha de ir usted...!, ruge colérico y es su propósito arrojarlo por el balcón.

Medeiros y Lafaye se interponen y "a duras penas" logran hacerle soltar la pobre presa; sólo entonces Laviña puede huir lleno de espanto.

Inmóviles, magnetizados por el terror, presencian los concurrentes la terrible escena. Y como si la inercia fuera estímulo para su violencia desatada, busca en el grupo a alguien que la fiebre le impide descubrir.

-¿Y Silva? –barbota.

Silva está allí entre el grupo temblante y espantado; sabe lo que le espera, se agacha y desaparece...

Un soplo de tragedia flota en el concurrido salón. El odio brilla en las pupilas febricitantes del enajenado y el silencio angustioso, sólo turbado por sus resoplidos jadeantes y las imprecaciones furiosas, envuelve la estancia en sombras la gran hoz entre los dedos descarnados de la encapuchada implacable.

Torvo el semblante, la faz desencajada, el rictus fiero, como poseído de iras infernales, prosigue el ultraje, enseñándose con quien encuentra a su paso. Vendaval desatado, barre como hojas a esos pobres hombres absortos de estupor y pálidos de miedo.

Ahora se ensaña con el Coronel Nicanor Lavadenz, comandante del Regimiento "Spencer":

-Coronelito, -le increpa remarcando el diminutivo y zarandeándolo brutalmente –**dicen que usted me ha de hacer revolución... ¡Vaya usted y hágamela...!**

-¡Mi general! ¿Cómo cree usted tal cosa de mí?... –responde sorprendido el militar.

Lafaye vuelve a interponerse, y, abrazándolo, impide la nueva vejación:

-¡Tío, por Dios! Cálmese usted...!

Pero nada puede desarmar su cólera. Con un brusco empujón aparta al mediador, le asesta dos fuertes puñetazos que le hacen tambalear y se da la vuelta para dirigirse a su escritorio.

-**¡A mí** –exclama- **nadie me ultraja!** Con rapidez inesperada extrae su pequeño revolver y descarga, uno a uno, todos los proyectiles sobre el pecho del presidente que a cada disparo se lleva la mano a la herida, espantado de ver florecer en su chaleco blanco las rosas rojas de la muerte...

La tragedia cambia instantáneamente a los actores; hay en los ojos de Lafaye un fuego de odio y parece que estuvieran a punto de salirse de las órbitas. Morales mansamente, casi con serenidad, avanza sobre el agresor, el gesto y el tono suplicantes:

-**¿Me matas, Federico?** –implora.

-**¡Sí, le mato!**

Y parece que la frase cobrara toda la fuerza de la justicia que arma el brazo vengador...

Es tan terrible la escena que a todos paraliza el estupor. Lafaye abandona el salón con el arma todavía humeante, llama a su esposa y sale tranquilamente de palacio.

“¿Fue la subitaneidad del acto –se interroga el historiador Arguedas- o su violencia que paralizaron hasta ese extremo a las numerosas personas que fueron testigos de la tragedia? ¿Fue miedo o sentimiento de alivio que puso mordaza a las bocas y traba a los pies? ¿Por qué esa mudez, esa asombrosa impasibilidad frente a un hombre tendido y en brazos de su hija que se lamenta con gritos de espanto y de dolor?”

-“¡Has herido malamente a Morales!” –le dice tomándole del brazo con tono amistoso el comandante Pulán López, edecán de guardia, que ha salido tras él hasta la plaza.

-“Anda y guarda el orden en palacio, que yo voy al cuartel a hacer otro tanto”- le responde Lafaye.

Y así, empujado por sus excesos, muere el vencedor de Melgarejo.

Tres días después, el 30 de noviembre, celébranse los funerales con pompa y solemnidad. Don Casimiro Corral –ultrajado la víspera- lleva la palabra de elogio, dolorida y sincera. Las campanas tañen lúgubres mientras la carrosa adornada de negros crespones y cubierta de ofrendas florales, rueda lentamente al son de las notas marciales de los bronces quejumbrosos.

Trágica e inesperadamente emprende el viaje sin retorno el hombre de la hazaña extraordinaria. Hace dos años, el pueblo embriagado de júbilo y de esperanza, aclamándole su libertador, le vió recorrer ese camino, nimbado de gloria, en el esplendor de su apogeo, victorioso y engreído, entre lluvia de flores, arrebatos delirantes y el estruendo clamoroso de los vítores. Ahora especta, mudo de tristeza y asombro, pasar por el mismo trayecto el fúnebre cortejo que transporta el cuerpo de su héroe acribillado por las balas homicidas.

Vida efímera, gloria vana, pobre barro humano juguete del destino...

DANZA EN LA ENCRUCIJADA

Una de las personalidades más discutidas de la historia de Bolivia es, sin duda, la del general Hilarión Daza, el hombre que fue arrastrado por la impetuosa corriente del destino. Elevado por la veleidades de la fortuna a las cumbres del éxito, gustó las fruiciones del poder, y empujado por las fuerzas adversas a los más profundos abismos, paladeó la amargura del infortunio, perseguido por la maldición de un pueblo que le señaló con el infamante calificativo de traidor.

Humilde cuna le había mecido. Era hijo de una mujer del pueblo y de un advenedizo apellidado Grosolin, que la deformación filológica trocó por el de **Chocholín**, apodo con el que se le conoció desde niño. El padre, mozo hercúleo y fanfarrón, ganaba algunas monedas como los payasos de feria: “tragaba sapos y devoraba carne cruda en público” ante el asombro de los mayores y la admiración infantil.

Nacido en Sucre el 14 de enero de 1840, Hilarión Daza arrastró una niñez miserable hasta que llegó al cuartel, sumidero de vicios y refugio de abandonados. En ese ambiente se hizo hombre, marcado por las huellas indelebles del vicio y sin que le urgiera ninguna inquietud dignificadora, ofuscado por el cotidiano espectáculo de la depravación e impregnado del vaho nauseabundo que flotaba en las cuadras, donde soldados y rabonas yogaban sin recato separados por una simple tela burda. Reflejo cabal de esa atmósfera es el cuadro que pinta el historiador Alcibiades Guzmán: “La pestilencia de las ollas, licores y tabaco –escribe- mezclada a la de los caballos y perros, sólo comparable a la de la inmoralidad soldadesca, la podían soportar únicamente los que en esas zahúrdas se habían formado, para de ahí surtir héroes y estadistas. Durante el día, mientras unos jugaban, tendidos sobre sus capotes, a los dados o a la baraja, y otros tocaban guitarra o flauta, cantando versos impúdicos, no faltaban quienes estuvieran riñendo a brazo tendido, o que estuvieran haciendo coro a una pelea de gallos. Solamente la guardia se mantenía en pie con alguna severidad; y la banda de música que preludiaba algunas sonatas para la retreta, único servicio que prestaba la milicia a la sociedad”.

La formación de Daza en ese medio corrompido debía traducirse en producto maleado. Obtuvo grados y ascensos a fuerza de tesón, de puños fuertes y de sometimientos a los despotismos. Ya con jerarquía sirvió a las dictaduras de Melgarejo y Morales, traicionando al primero movido por el estipendio vil (la paga de diez mil pesos), y desde entonces adquirió preponderancia en las esferas políticas, porque el presidente Morales le tuvo como su firme sostén.

Sirvió después a don Tomás Frías, el mandatario legalista, que le nombró su Ministro de Guerra. Para entonces ya el mosquito de la ambición le zumbaba al oído. Había visto a los otros, sus compañeros de pendencia y de crápula, escalar la primera magistratura sólo por golpes de audacia, encaramados en ese puesto con el argumento decisivo de los fusiles y las bayonetas que sofrenaban cualquier intento de protesta, no frecuente, porque el pueblo, sempiterno creador del éxito, seguía sumiso a los audaces.

Llamábanle el **brazo fuerte** por sus trazas de bravucón hercúleo y su fama de gladiador que alzabase amenazador frente a la debilidad del ilustre mandatario. El soldado paseaba su arrogancia envuelto en el humo del incienso y el aplauso de los gacetilleros. Y fue entonces que creyó llegado su momento.

El 14 febrero de 1876 presentó su candidatura “como una necesidad social”, frente a la del Dr. José María Santivañez. El coro de aduladores le colmó de alabanzas con elogio para su reciedumbre física. Especial cuidado se puso en marcar el contraste con la senectud del letrado

que pretendía disputarle el puesto en lid democrática, pobre anciano achacoso, sin energía ni condiciones para tan grande responsabilidad...

Poseedor de la fuerza (era comandante del aguerrido batallón **Colorados**), no quiso someterse a la decisión electoral, y aconsejado por un político sinuoso, Jorge Oblitas, desconoció la autoridad legal del Presidente Frías el 4 de mayo de 1876. Hizo apresar al inerte magistrado proclamándose presidente de la República con olvido de su juramento de fidelidad y de sus reiteradas protestas de sumisión a la ley.

No faltaron voces patriotas que condenaron el asalto, pero se perdieron en el coro ensordecedor de los serviles que adulan al que se encumbra y manda, con y sin méritos.

Contaba el soldado 36 años y era un mocetón fornido, alegre, amante de la buena mesa, el buen vino y las mujeres. “Temperamento ardiente, de movimientos nerviosos, rápidos y ágiles como los de una pantera; alto de talla, grueso pero esbelto, de puño de boxeador y ancho y rudo pecho, hombros abiertos y cuello taurino mostrando en todos sus detalles una organización a prueba de fragua y de martillo, voz apagada y turbia pero imperativa”. Así lo describe Dámaso E. Uriburo, uno de sus más enconados detractores.

Siguió la costumbre estabilidad por sus predecesores al emprender una jira por algunos departamentos de la República. A su paso recibió el homenaje de los pueblos que acrecentaron su convicción de ser un salvador y el hombre necesario para la felicidad de la patria.

Pero muy pronto hizo sentir el peso de su arbitrariedad. Creía, como todo mandón mestizo, que su autoridad era indiscutible y que debía imponer su voluntad sin trabas, exasperándole el mecanismo regulador de las instituciones. Por eso cuando el Municipio se opuso a una medida ilegal, sufrió el desacato del militar ensoberbecido que “ultrajó a algunos concejales y mandó al destierro a otros”.

Este menosprecio a las instituciones y a los hombres era en él muy característico. “Los hombres sobre todo –comenta el historiador Arguedas-, le merecían el más soberbio desdén y contados eran los que escapaban a sus reproches o sus castigos. Porque, cual Melgarejo, había tomado la costumbre de tratar a palos a los hombres; militares de jerarquía y aun ministros hubo que conocieron la fortaleza de sus puños ejercitados en el pugilato con soldados de baja categoría, borrachines y pendencieros”.

Renunciaron sus ministros y el presidente se apresuró a sustituirlos. El 7 de febrero de ese desventurado año de 1879 tomó posesión el nuevo gabinete, mientras cerníase sobre la patria la tragedia más terrible de su historia, aquella que la llevaría a la desmembración y al enclaustramiento.

El Congreso había aprobado la ley de 14 de febrero de 1878 que imponía un gravamen de diez centavos sobre quintal de salitre que exportara la “Compañía de Salitres Ferrocarril de Antofagasta”, sucesora de “Milburne, Klark y Co.”, establecidas ambas en el litoral boliviano de Atacama. Este fue el pretexto para la invasión. Los esfuerzos para zanjar ese incidente netamente privado entre el gobierno boliviano y una sociedad anónima chilena, tropezaron con la actitud irreductible del diplomático araucano que solicitó sus pasaportes y declaró, a nombre de su país, rotas las relaciones con Bolivia.

Cuidadosamente madurado, calculado y ejecutado el plan de conquista, dos días después de la insólita actitud del altanero agente diplomático, el 14 de febrero de 1879, tropas chilenas ocupaban militarmente el puerto de Antofagasta en momentos en que Bolivia se debatía para aumentar su tragedia, en un caos desesperante.

La confirmación del plan de conquista habrá de darla, veinte años después, el Ministro de Chile en Bolivia, Abraham Koenig, en nota del 13 de agosto de 1900 dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores:

“Chile –decía entre otros altisonantes conceptos- ha ocupado el Litoral y se ha apoderado de él con el mismo título con que Alemania anexó al imperio la Alsacia y la Lorena, con el mismo título con que los Estados Unidos de la América del Norte han tomado a Puerto Rico. Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones. Que el litoral es rico y vale muchos millones, eso ya lo sabíamos. Lo guardamos porque vale; que si nada valiera no habría interés en su conservación. Terminaba la guerra, la nación vencedora impone sus condiciones y exige el pago de gastos ocasionados. Bolivia fue vencida, no tenía con que pagar y entregó el Litoral”.

Algunos días tardó en llegar la infausta noticia de la ocupación chilena, debido a la falta de medio de comunicación. El gobierno la recibió en los días de carnestolendas, cuyos festejos no quiso interrumpir el presidente Daza, “por lo que se propuso ocultarla hasta de sus mismos favoritos y confidentes”, según lo afirma el escritor diplomático argentino Dámaso E. Eriburo. Y otro testimonio expresa que “para no interrumpir su parranda de carnaval, se guardó arrugado en el bolsillo el aviso de ocupación del litoral del Pacífico”.

Esta acusación, que se ha extendido a través del tiempo, mueve a ciertas reflexiones. Parece inconcebible que un hombre que ocupa el primer puesto público, así sea él un ignorante y desaprensivo, cometa el delito de supeditar la suerte del gran solar invadido a los placeres de una fiesta carnalera. Debe considerarse que los hombres que compartían con el presidente Daza las responsabilidades –personajes de gran prestigio algunos-, no podían complicarse con ese crimen nefando, que ha podido circular debido a las pasiones de la época y a la herida abierta por la derrota.

Conocida al fin la terrible verdad Bolivia debió afrontar, mal de su agrado, su destino aciago. El pueblo, simplista siempre, estalló en explosión patrioter. Desaparecieron las luchas sañudas y todo el pueblo de pie, vibrante en su patriotismo herido, se apresuró a alistarse para la defensa, “forma elocuente y lógica –escribe Lemoine- de un pueblo digno que trata de vindicar su honra insultada y abatida y de reconquistar su territorio cortado con el filo de espadas enemigas, espadas de la codicia y de la conquista, levantadas sobre el cráneo de un pueblo hermano, quebrantado y maltrecho, que gemía bajo el flagelo del hambre, del azote de la epidemia y el yugo de un déspota inmortal”.

En la censurable inconsciencia de los gobiernos anteriores, una sola previsión se había tomado: el pacto de alianza secreto con el Perú, suscrito en 1873. Y los dos pueblos cumplieron lealmente sus dolorosa misión, no obstante las reiteradas asechanzas para desunirlos. Ambos creyeron ingenuamente en la victoria, confiados en el valor de sus hijos heroicos. Con ese optimismo marchó el primer ejército al campo de batalla, encabezado por el Capitán General, en una explosión de júbilo patriótico, traducido en lágrimas, flores, clarines, tambores y campanas echadas a vuelo...

Pero la suerte de las armas resultó adversa por las fallas de la conducción militar y los desastres se sucedían con regularidad aterradora. Daza fue destituido por la desastrosa retirada de Camarones y el grito dolorido y estridente de toda la nación le señaló, desde ese momento, como al traidor y único culpable...

“Pruebas fehacientes –afirma el escritor Miguel Mercado Moreira- que acrediten la traición no se han exhibido, porque no hubo traidores en el sentido propio del vocablo. Se explica que ha honda indignación popular causada en las dos repúblicas por la funesta retirada, se hubiera traducido entonces en el grito de ¡Traición! Esa fue la explosión violenta del sentimiento nacional herido, llamado a perdurar por mucho tiempo, pero que al fin debía dar paso a una serena investigación histórica”.

Huyó Daza perseguido por el anatema de un pueblo que le hacía responsable de su dolor, de su humillación y de su derrota. Llegó a Europa y se radicó en la Ciudad Luz para buscar en la distancia lenitivo a su desconsuelo, con la ilusión de volver un día, serenado por el tiempo, supremo regulador de las pasiones humanas.

Desde París dirigió un extenso manifiesto, fechado el 13 de julio de 1881, exculpándose y analizando las causas del desastre de Camarones. En ese documento desconsolado y acaso sincero, pone a Dios por testigo para decir su verdad. Al finalizar, dolido por “la injusticia” y “la calumnia”, no puede menos que exclamar: “...han envenenado mi vida, han angustiado mis horas y me han creado un verdadero suplicio, aceptado por mí con resignación, como tributo debido a mi patria”.

Y más adelante, irguiéndose en su desamparo, afirma que en su gobierno y durante la campaña misma, ha podido sentar a más de uno en el patíbulo con la ley en la mano, pero no ha querido mancharse con sangre: “Puedo decirlo con orgullo y plena satisfacción –añade- que en Bolivia no hay una sola viuda que derrame lágrimas por mi culpa, no hay un solo huérfano que me eche en cara su orfandad...”

Acaso esta patética afirmación sea la más digna de tomarse en cuenta. Producto genuino de la escuela cuartelera, formado en un ambiente caótico y de violencias, de cuyo fondo sangriento emergían los caudillos, tuvo, dentro de sus limitaciones un instintivo respeto a la vida humana en épocas en que no era muy clara esa noción jurídica.

Pasaba el tiempo. Los años se deslizaban con lenta monotonía, curándole de sus desengaños y dándole cierta resignación para sus infortunios. Separado por barreras de distancia y de odio, columbraba la imagen de la patria que gobernaba engreído y despótico, donde un coro ensordecedor de acusaciones levantaba la polvareda del escándalo.

¡Ah, la patria! ¡Imagen sagrada y distante, perdida en la bruma del pasado, amurallada por la pasión política, cerrada para él por el muro infranqueable de la incomprensión y de la injusticia! La nostalgia le taladraba el alma y acaso la alucinación del poder, los brillantes séquitos militares, la pompa palatina y el aplauso ingenuo o interesado, mezclado a las fanfarrias jubilosas que anunciaban el camino del éxito, le golpeaba los sentidos.

¡Cómo se sumergía en las reminiscencias! ¡Cómo evocaba la ingratitud, la fugacidad del poder, la mentida popularidad, en momentos en que sólo le quedaba el recuerdo y la trágica realidad de la derrota, quemante como una brasa, y la adversidad, larga como una condena!

A veces en sus ojillos vivaces asomaba la llama del orgullo al recuerdo de sus triunfos, cuando seguido de sus veintiún edecanes de uniformes bordados y flamines al viento, exhibía por las calles de las ciudades su egregia y marcial apostura.

Recuerdos, ilusiones, desengaños, remordimientos...

Volver a la patria se le hizo obsesión. Catorce años vivía ausente después de su deposición en el mismo teatro de la guerra, y aunque el grito de maldición no estaba extinguido, el tiempo había acallado la protesta colectiva y retirado el dedo que le señaló como al responsable de la derrota. Los años, por parte, realizaron su lenta labor de apaciguamiento.

Escribió al presidente de la República anunciándole su propósito de volver a la patria para someterse al fallo de la justicia, que el de la Historia esperaba tranquilo. Debía ir, golpear las cerradas puertas para recobrar su honra lavarse de todo el cieno que el encono y la pasión política espacieron sobre su nombre.

Durante su forzado destierro vivía instalado en un lujoso departamento del Boulevard Haussmann y llevaba allí una existencia que podría llamarse fastuosa “dadas las condiciones de

nuestra modesta vida boliviana”. Poseía, según el historiador Alberto Gutiérrez, una cuantiosa fortuna depositada en la casa bancaria de Eduardo Richter en Hamburgo.

Pero no obstante esa vida opulenta y placentera, una soledad cruel le hería el alma. Sumido en un desasosiego melancólico, se abstraía largas horas en dolorosas cavilaciones, cargadas su mente de adustos presentimientos. La nostalgia de la patria ensombrecía sus días y sentía que la vejez golpeaba las puertas de su existencia. Aquietados los ímpetus, su vida, antaño tempestuosa, transcurría inocua, mientras inexorable, el fino buril del tiempo marcaba hondas huellas en su rostro taciturno. Hilos de plata surcaban sus cabellos y la serenidad le inundaba como en un hálito bienhechor que apagaba la vehemencia de tiempos fenecidos.

Una circunstancia inesperada le sacudió de su molicie urgiéndole en su afán de retorno a la patria. Había quebrado la casa bancaria de los Richter “y los depósitos cuantiosos que en ella tenía el general Daza fueron devorados por el desastre”. Se encontró pues, de la noche la mañana, sin recursos en la gran urbe latina y su salvación creía ver en su regreso a Bolivia donde podía rehacerse su fortuna.

Son interesantes los pormenores de sus últimos días en París. Los refiere don Alberto Gutiérrez en la biografía de Luis Navarro, Fisca del Distrito de Potosí, trasladado a Uyuni para sustanciar el proceso de la victimación de Daza:

“Un buen día los diarios mercantiles registraron un aviso ofreciendo en venta el menaje del general Daza. Un curioso que por allí transitaba, al ver un aviso fijado en la puerta de la casa, penetró en ella, movido por la curiosidad y por la falta de dirección fija para sus paseos matutinos. Se encontró en el vestíbulo con el general Daza en persona. El visitante era de nacionalidad chilena, pero había vivido gran parte de su existencia en el extranjero. Conocía, sin embargo, la nombradía de ese caudillo y la fama de su influencia en las soluciones de la guerra del Pacífico. Le interesaba la persona de ese hombre alto y vigoroso, que vestía como un gentleman y que tenía maneras desenvueltas, a pesar del deplorable acento español de provincia boliviana. Deseando explicar su visita intempestiva, le manifestó que quería ver el mobiliario ofrecido en los avisos públicos y aún en la entrada del departamento. Entonces el general le expresó que su deseo y su necesidad le decidían a vender todo el menaje, en **bloc**, por un precio muy inferior a su costo en París mismo. Buscó en su gabinete papeles y facturas y le hizo ver que esos muebles confortables y de buen gusto, usados apenas unos catorce años, costaron la suma de 150.000 francos netos. El señor Antonio Agacio (así se llamaba el supuesto comprador) quedó desconcertado, porque, no sólo no necesitaba ni deseaba un mobiliario de ese precio, sino que sus recursos le permitían tan sólo hacer una adquisición de poca monta, unos pocos miles de francos. Pero debía salir del paso y acertó a ofrecer, ya que había penetrado a la casa para hacer una oferta, 25 mil francos en **bloc**”.

Era una suma irrisoria que representaba una mínima parte del valor real de ese mobiliario lujoso. No obstante el general Daza aceptó la oferta urgido por las circunstancias, con la única condición del pago al contado. El fortuito comprador chileno, con certera visión de los negocios, cerró el trato, y se puso inmediatamente a la tarea de revender esos enseres por precio muy superior. A los pocos días “las carretas de mudanza que se estilaban en esa época en París, dejaron vacía la mansión lujosa donde el general Daza había adormecido catorce años de ocio y de placeres en la gran capital”.

* * *

Llegó al fin el día de embarcarse rumbo a Bolivia, después de haber formulado a las autoridades muchas solicitudes de ingreso. Y emprendió el viaje, acariciando acaso proyectos de resurgimiento económico y político, confiando en que los que le ayudaron a encumbrarse en 1876, le recibirían ahora que volvía pulido y refinado por la cultura europea, “en medio de aclamaciones y arco triunfales”.

El 1º de septiembre de 1893, el Ministro de Gobierno comunicó al Congreso Nacional “que en pocos días más debía presentarse en esa ciudad el general Hilarión Daza”.

La noticia reavivó los rencores y las pasiones adormecidas por el tiempo y la distancia. Grandes manifestaciones de protesta atronaron los ámbitos de la ciudad y otra vez el grito formidable repercutió contra el “traidor”, que volvía, según sus enemigos, a retomar el gobierno con los dineros recibidos de Chile en pago a su traición...

Con el propósito de oponer una valla a su regreso, la Cámara de Diputados, luego de declararle “indigno del nombre boliviano”, le abrió juicio de responsabilidad por traición a la patria,

violación de garantías constitucionales, malversación de fondos públicos “y otros graves delitos...” Pero serenados los ánimos el Senado Nacional puso al acusado a disposición de la Corte Suprema de Justicia, declarando en su veredicto haber lugar la acusación “por el delito de malversación de fondos públicos” y absolviéndolo de los de traición a la patria y violación de garantías constitucionales.

Daza fijó su residencia en Arequipa y desde allí mantuvo profusa correspondencia con el presidente Baptista. Le pedía autorizar su regreso a la patria “para hacer su defensa y con la protesta de guardar completa prescindencia política”.

Entre tanto la Corte Suprema de Justicia expidió mandamiento de prisión contra el ex presidente emplazándolo a comparecer ante sus estrados. Era lo que esperaba para emprender el viaje.

El 25 de febrero llegó a Antofagasta. El mismo día dirigió un “Manifiesto” en el que expresaba que, después de catorce años volvía a la patria obediente “a los llamados de la ley, sin odio para nadie”. El breve documento, sin altisonancias ni humillaciones, invocaba la justicia a cuyo amparo recurría para su vindicación. “El que fue Presidente de la República Boliviana –decía en su parte principal-, calumniado de mil modos, se presenta en la frontera de su Patria, no como conspirador ambicioso, sino como el Magistrado Nacional que quiere vindicarse de los cargos que se le han formulado”. No faltó la hostilidad de un grupo de jóvenes bolivianos exaltados en el recorrido del muelle al hotel, que el ex –gobernante afrontó con serenidad.

Un redactor de “El Republicano” le visitó en su alojamiento del Hotel Sud Americano para solicitarle algunas declaraciones. Al absolver las preguntas, expresó que en cumplimiento de su palabra empeñada al presidente Baptista no se mezclará absolutamente en política; que su viaje obedecía al llamado de la Corte Suprema de Justicia, completamente seguro de que los documentos que oportunamente presentará “vendrán a dar la verdadera luz sobre los acontecimientos de la guerra del Pacífico y determinarán a los verdaderos traidores de la patria”.

Dos días después, el 27, a las 8 y 30 de la noche, arribó a Uyuni. Vestía correcto traje azul claro, sombrero de alta copa con ala flexible y guantes de preville. Su aspecto era vigoroso aún y su rostro regordete no ostentaba ya la barba que constituía en sus épocas de gloria el complemento de su fisonomía varonil.

Uyuni era entonces un pobre caserío extendido perezosamente en la yerma y gélida altiplanicie amortajada de nieve y de silencio. Pobres y chatas construcciones se alineaban a lo largo de su calles, anchas y polvorientas, donde el tiempo parecía dibujar un enorme bostezo de hastío contagiando a sus moradores la tristeza y hurañez del medio físico. Una vez por semana llegaba el tren internacional que se detenía algunos minutos en la estación, galpón extenso y desmantelado, que constituía obligado punto de reunión para esa minúscula sociedad, entumecida por un frío glacial, capaz de congelar la médula de los huesos.

Centro comercial por su proximidad a los minerales, una colonia extranjera, numerosa en proporción a los nativos, realizaba en Uyuni sus operaciones de trueque y rescate, ávida de dinero e insensible a las inclemencias del paraje, permanentemente azotado por el viento de los salares que gemía quejumbroso y cortaba como mil cuchillos invisibles ocultos en la noche.

Inusitado movimiento notábase esa tarde desde tempranas horas. Ávido gentío afluía a la estación al conocer el anuncio de la llegada de tan discutido personajes, actor de la terrible tragedia del Pacífico, que la imaginación pueblerina magnificada en el delito.

En la misma estación el subprefecto de la provincia, señor Enrique Ballivián, hizo entrega del ex presidente Daza, reo de la justicia, al teniente coronel Andrés Guzmán Achá, intendente de Oruro, comisionado por el gobierno de La Paz para recibir y conducir al encausado a presencia del Supremo Tribunal. Un piquete de veinticinco soldados de línea mandados por el capitán José

María Mangudo y el teniente Manuel H. Castillo, formaron la fuerza regular destinada a cooperar a las autoridades en los trámites judiciales pertinentes.

“Consta en el proceso –asegura Mercado Moreira- que el capitán Mangudo había sido degradado a soldado raso por Daza durante la campaña de 1879”. Y luego, respaldado en el testimonio del escritor Roberto Wiener afirma que una noche, en Tacna, Daza azotó a Mangudo “por haberlo encontrado en casa de una mujerzuela suya y nada raro sería que a ese incidente callejero se debiera su degradación, conocido como era el espíritu vengativo del Capitán General”. “Mangudo –añade Wiener- juró que mataría a Daza en la primera ocasión propicia”.

Señalado este antecedente, se explica la profunda aversión que Mangudo sentía por el ex presidente. Al verlo se le acercó en actitud hostil y agresiva para requisarlo, pero general lo detuvo con un ademán severo:

-No llevo armas, señor...

Contúvose el capitán, le miró fijamente en los ojos con odio y luego le inundó el rostro con la lujuria:

-Con la cara que viene todavía a presentarse este banido...

Un gentío fiero y compacto irrumpió la estación en ese momento al grito de ¡muera el traidor!, ¡abajo el héroe de Camarones! Y la turbamulta llevaba en su actitud siniestra amenaza contra el ex mandatario. Asegúrase que en ese momento, Castillo, el compañero de Mangudo, se adelantó a los exaltados para decirles:

-Cállense, no hagan bulla; pero si pueden mamárselo, mámenselo...

Y el historiador Luis S. Crespo consigna este detalle significativo, sin indicar la procedencia: “Luego se aproximó a hablar al oído al cabecilla Ross, retirándose este muy contento y satisfecho con el grupo que capitaneaba”. ¿Qué le dijo Castillo a Ross? ¿Qué estaba decretada la muerte del “traidor”? Nunca pudo saberse...

Proseguía, entretanto, la exacerbación popular, turbión enardecido que aullaba amenazador. El peligro creciente indujo al jefe de estación y vicedónsul de Chile, don Juan Turriaga, a proponer al ex presidente su permanencia en la oficina, hasta la que llegaban, nítidamente, los gritos cada vez más amenazantes.

-Esta agitación puede ocasionar incidentes desagradables señor General –insinuó-. Convendría que pasara usted la noche aquí...

Daza creía lo mismo que Turriaga y tal vez su deseo era sustraerse a esa jauría pernoctando en la oficina, pero su condición de preso le impidió aceptar la invitación. Y respondió a Turriaga como si presintiera la tragedia:

-No temo al pueblo: más desconfío de los pantalones colorados...

Y en su mirada llameó inquieta la sospecha con su trágico aleteo: Esos “pantalones colorados” eran hombres que el gobierno designó para custodiarlo, soldados que formaron un día, ya lejano, el famoso batallón “Colorados” del que Daza fue jefe invencible e irremplazable.

A las diez y media de la noche, dispersada ya la multitud, uno de los guardianes de “pantalón colorado” tan temidos por Daza, se le acerca para instalarle al abandono del refugio:

-Ya todo está en calma. Su alojamiento está preparado.

Es la hora de la cita con el destino. Sale Daza entre Ballivián y Guzmán Achá: “en segunda fila los oficiales Manuel María Zamorano y Manuel Valda; en tercera fila el teniente Castillo y los sargentos Manuel Ortíz y Estéban Ibañez. A retaguardia, a 15 o 20 pasos de distancia, el capitán Mangudo a la cabeza de la columna que mandaba de dos en fondo”.

Cien, doscientos metros, avanza silenciosa la numerosa comitiva. Corta distancia separa del alojamiento destinado, contiguo a la subprefectura. El viento ulula lúgubre en la oscura callejuela sin empiedre. Meditativos, como sombras, se deslizan los hombres en esa noche en la que un hálito sombrío vaga como presagio de tragedia. Un escalofrío recorre la espalda del ex presidente; es el instinto que le advierte el peligro. Un movimiento sospechoso y la voz se le ahoga en la garganta:

-¡Me traiciona, Coronel...! –alcanza a decir.

Tres disparos que retumban en el silencio de la noche cortan la frase angustiada cuando las balas homicidas atraviesan la espalda del desventurado general. Al sentir las heridas se desprende del brazo de Guzmán Achá, y entre ayes lastimeros grita desesperado:

-¡Me matan..., me matan...!

Y no dice más. Parte a correr despavorido como si quisiera defenderse de la emboscada, más sólo es el instinto de conservación que le impulsa en ese momento supremo. Regresa, da dos o tres vueltas y cae a los pies de Guzmán Achá. La muerte, agazapada, le rondaba traicionera. Así concluye el “traidor” Daza, sellados sus labios al mandato fatal. El secreto de su vida se los llevó esa sañuda implacable que contempla impasible las luchas de los hombres...

* * *

La noticia de la victimación del ex presidente produjo fuerte impresión en el país. Pronto se dejó oír la voz acusador contra el gobierno del presidente Baptista, señalado como instigador del crimen. La especie se difundió rápidamente y la prensa de oposición atacó con violencia a los sindicatos como autores. Caracteres de escándalo asumía la grave inculpación y así lo comprendió el gobierno que se empeñó en apresurar el esclarecimiento de los sucesos de Uyuni.

“En el estado sumario –apunta don Luis Paz, Ministro de Gobierno en esa época- quedó comprobado el delito por confesión de sus autores. El capitán José María Mangudo y el teniente Manuel H. Castillo, que comandaban la fuerza encargada de custodiar al general Daza, dieron la orden a los sargentos Manuel Ortíz y Esteban Ibañez para que lo victimaran; y estos al doblar una esquina avanzaron de la columna militar en marcha y descargaron sus armas en las espaldas del infortunado general”.

A pesar de todo, la denuncia se esparcía como una mancha de aceite estimulada por la política, más intensa en sus violentas acometidas cuanto mayor era el empeño del gobierno en su defensa. La sindicación arrancó un grito angustiado al Ministro de Guerra, don Severo Fernández Alonso, en su “Memoria” al Congreso de 1894:

“Los que pretendían infamarnos olvidaron que ellos, casi todos, -decía para probar su repugnancia por el crimen político-, estuvieron en nuestras manos, un día u otro, después de sangrientas revueltas cuyos promotores fueron y que para todos no tuvimos sino solícito cuidado por sus personas durante la prisión. Y siempre una palabra inmediata de amnistía”.

Terminó el proceso, sustanciado hasta su última instancia, con el reconocimiento del delito por sus autores. El capitán Mangudo, siempre altanero, declaró corresponderle “el honor de la ejecución”; Castillo negó haber intervenido en el luctuoso suceso y falleció abatido en su celda, antes de concluir el juicio. Sentenciado Mangudo a la pena capital, le fue conmutada por la de diez años de presidio, pero expiró en la cárcel de Potosí antes de cumplir su condena.

Y con esa muerte concluyó el capítulo de ese crimen alevé...

LA MUERTE MISTERIOSA DEL EX PRESIDENTE PANDO

Pudiera ponerse como un símbolo sobre su mausoleo glorioso la cimera del casco y la espada legendaria de Rolando.

ALBERTO GUTIERREZ

Al promediar el mes de junio de 1917, el país fue sacudido por una trágica noticia que causó una verdadera conmoción: el asesinato del mayor general José Manuel Pando. En circunstancias no aclaradas definitivamente, el glorioso y viejo militar traspuso las fronteras de la vida, y lo único que hubo entonces fue nada más que la fría realidad de esa muerte misteriosa y conmovedora. Un mes antes, don José Gutiérrez Guerra, sobre el que se ensañará después la pasión política, había triunfado en las elecciones presidenciales frente al Dr. José María Escalier, candidato del Partido Republicano.

Por muchos títulos, por su vida y por su obra, fue el general Pando un varón conspicuo. Nacido el 27 de diciembre de 1848 en una hacienda de sus abuelos del cantón Luribay, departamento de La Paz, quedó huérfano de padre a los nueve años de edad. Estudió medicina, carrera que abandonó por la de las armas iniciada a los diez y seis años para combatir el despotismo de Melgarejo. Ganó grados y posiciones sobresalientes, exploró territorios desconocidos, defendió la soberanía nacional, encabezó revoluciones, saboreó triunfos, sufrió derrotas, y llegado a la presidencia de la República evidenció sus dotes de estadista.

Personaje representativo de una época convulsionada, le cupo actuar, llegado al pináculo de su carrera pública, en un ambiente de estabilidad democrática e institucional. Al finalizar el siglo XIX, la Revolución Federal, de la que Pando fue el caudillo vencedor, le llevó a la primera magistratura. Inició el ciclo liberal con un programa alucinante y renovador que habría de conducir al país por derroteros de prosperidad y de progreso, de vinculación vial y de cultura, con métodos nuevos y clarividencia gubernativa. Al término de su período descendió del poder rodeado del respeto y la consideración de sus conciudadanos.

Cumplida su misión política vivía apaciblemente en el retiro austero y modesto de su casita campestre del valle pintoresco, eternamente verde, perfumado y florido, donde la viña se esparce por los campos húmedos y olorosos con el milagro de sus racimos ópimos, fruto maravilloso de la vida que, desde el lejano coloniaje, “cubre de pámpanos las cabezas de los pobladores, y rellena, año tras año, en la penumbra de la bodega, los fecundos vientres de las cubas”, como dijera Prudencio Bustillo.

En ese paisaje idílico, a la sombra de árboles de amplio follaje mecidos por la brisa cálida impregnada de las fragancias de los huertos pródigos, discurría la vida del patricio, decepcionado por la fugacidad de las vanidades terrenas. Como el viejo castellano, él también podía decir con melancolía resignación: “Yo encuentro suaves las inclemencias del tiempo y admirables las horas silenciosas del crepúsculo en que una columna de humo se levanta en el horizonte”. La vejez no había abatido su vigor físico, que emergía recio y robusto de sus setenta años, cargado más de decepciones que de achaques. Vivía en la confianza de que no tenía enemigos que le acecharan ni en lo personal ni en lo político. Dedicado a las faenas agrícolas solía ir, de continuo, solitario por el camino de sus propiedades, jinete en su noble cabalgadura, protegido por la seguridad de no haber sembrado daños en el transcurso de su vida bondadosa y limpia, sin sospechar en la brutalidad de los hombres y empujados por sus odios y sus pasiones.

Era de talla mediana y atlética contextura. Una mezcla de energía y de bondad trascendía de su persona, de su actitud y de su palabra serena que tuvo la autoridad del mando y el acento afectuoso de la cordialidad. La frente amplia, combada, se dilataba por la calvicie que había iniciado su inexorable tala capilar. En la noble fisonomía tostada por soles ardientes y vientos helados en sus andanzas de peregrino incansable, sus ojos claros, pequeños, cargados de melancolía, nublaban ese rostro enmarcado en una barba puntiaguda y encanecida que le cubría el mentón discreto. Todo su conjunto corpóreo, vigoroso y armónico, trasuntaba la sencillez de costumbres y la simplicidad de su vida.

Nadie como él tenía tan completo conocimiento del territorio nacional por haberlo atravesado en todas sus direcciones, desde las estepas heladas hasta sus tórridos y dilatados confines. Sabía de los misterios de sus pampas enigmáticas y de los peligros de sus selvas traicioneras. Palmo a palmo recorrió los campos de la patria seguido de sus soldados, una vez en acción guerrera, otras en cumplimiento de su deber de afirmación de la soberanía. ¿En cuántas oportunidades no venció, machete en mano, la maraña intrincada para abrir las sendas que le condujeron a su destino?

Guerrero o explorador, dejó impresa la huella de su valor, de su eficacia, de la autoridad que su presencia infundía. Era impávido en el combate y minucioso en sus labores de exploración. En ambos extremos el heroísmo y el ardor patriótico precedían sus acciones. El peligro, aliado de la muerte, que acechaba traicionero en todas las empresas atrevidas, parecía huir de este hombre audaz, tranquilo, cauteloso y previsor, que sentía un secreto orgullo al dominarlo.

Un día, mediante orden general, fue separado del Ejército en el que ostentaba el más alto grado del escalafón. Había presentado su candidatura presidencial frente a la de don Fernando Eloy Guachalla que propiciaba el Partido Liberal. El enérgico Montes le privó de sus prerrogativas militares por faltar “a lo prescrito por el artículo 129 de la Constitución Política del Estado y a la terminante prohibición del artículo 575 de las Ordenanzas Militares”.

Frente a esa conducta que la reputaba injusta, Pando se irguió dolido y severo; “Por fortuna –dijo en el Memorial dirigido al Ministro de Guerra el 31 de diciembre de 1907- mi separación del Ejército no ha sido motivada por indignidad. A una actitud política ha respondido un acto político y en ese choque irreflexivo ha quedado rota una espada y herida de muerte una reputación militar formada en largos años de abnegación...”

Otras amarguras ensombrecieron su espíritu: incomprensiones, injusticias, muchas veces la calumnia; pero él sentíase fortalecido por la filosofía adquirida en el largo batallar de la existencia.

La honestidad de su vida de gobernante se patentizaba en las estrecheces de su peculio. Al filo de los setenta años debía trabajar rudamente para afrontar la carga pesada de sus obligaciones. Por eso dice con razón don Alberto Gutiérrez, que “Pando pertenecía a esa raza de los antiguos paladines que se ha extinguido ya de la faz de la tierra”. Viví atingido por privaciones económicas a esa altura de su existencia, después de haber desempeñado los más altos puestos de los que en las épocas presentes se obtiene la riqueza insultante, las medallas y condecoraciones que podrían pesarse por quintales, los regalos que llenarían bazares.

Apartado de las agitaciones de la política, el expresidente se ocupaba personalmente de trasegar y vender el vino y licores de su pequeña. Para cubrir un vencimiento bancario y apadrinar una boda en La Paz, salió de su hacienda **Catavi** el 14 de junio de ese años de 1917 Un día antes había encomendado a unos arrieros los productos que debía negociar en la ciudad. Curtido en las intemperies viajaba en su manso caballo blanco, experto en el conocimiento del largo camino que tantas veces recorriera confiado, agradecido por el cariñoso hospedaje que le brindaban las gentes del trayecto, desde el valle estival con el alegre colorido de sus huertos, hasta la meseta hostil azotada por los vientos helados de la cordillera. Pasó la noche del 14 en la hacienda Machacabú y al día siguiente, al anochecer, llegó al **Kenko**.

El **Kenko** era el lugar de paso obligado para viajeros y postillones, situado a trece kilómetros de la ciudad de La Paz, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Paraje desolado y triste, batido por el cierzo de la puna, formaba el cruce de los caminos al villorrio de **Achocalla**, a Viacha y a diversas haciendas del Altiplano. Dos hileras de casuchas miserables, hoy desaparecidas, rompían la monotonía del paisaje árido, escueto, pardo, infinito, donde el viento entona su eterna melopea. Un frío glacial envuelve los campos pelados y punza como agujas invisibles. En los días de invierno el sol brilla intenso en un cielo purísimo y el tiempo dijérase estancando allí junto a las horas congeladas en esa inmensa llanura hosca, saturada de angustia, tristeza y soledad. Pero en contraste a esta desolación aparece al fondo, como una visión de ensueño y un milagro de la Naturaleza, el majestuoso e imponente espectáculo de la cadena de los Andes, colosos de granito con sus albos penachos que desafían impasibles el desfile de los siglos.

Historia lúgubre la de ese lugar inclemente y hostil, teatro de sangrientos sucesos. Como un manto tétrico se extendía el misterio sobre aquellos campos desamparados propicios a la delincuencia, sin autoridad ni policía. Robos, despojos y crímenes se habían cometido al amparo de la impunidad o por la violencia de las guerras civiles que hicieron más de un campo de batalla de ese lugar o sus inmediaciones. Tendida a los pies del **Kenko**, en una cuenca protegida de los vientos helados, está Achocalla, de clima menos frío, donde convivían, en la época de estos sucesos, propietarios de pequeños fundos mezclados a indígenas ocupados en la faena rural. Un corregidor y un juez parroquial eran los señores indiscutidos de la circunscripción que administraban la justicia a su modo, justicia singular, propia de sus "códigos" personales. De la meseta descendían al valle los delincuentes para perder la huella de sus delitos. "El **Kenko** es la encrucijada y **Achocalla** la guarida", decía el cronista con exactitud.

Entre el Kenko y Achocalla vivía la familia Jáuregui compuesta de cuatro miembros: Dolores, la madre, que tenía una tienda en el Kenko; Juan, el hijo mayor, que desempeñaba las funciones de juez parroquial, en Achocalla; Alfredo, el hijo menor, un adolescente crecido en ese ambiente maleado, y Desiderio, hijo de Juan, un niño cuya retina y mente captaban la visión de cuadros deshonestos, de tendencia delictiva. Otras personas, en su mayoría indígenas, moraban las otras chozas mezquinas, entre ellos Simón Choque, que desempeñaba los cargos de telefonista y guarda vías del Kenko, y Saturnino Calle, otro complicado en la muerte del general Pando.

"Casi al borde de una línea irregular de barrancos y sobre terreno llano –describe el escenario Alan y Jotaje- se asienta desde tiempos inmemoriales, un conjunto de casuchas, dispuestas en dos hileras a los costados de un camino principal, antes muy concurrido y ahora poco frecuentado por efecto de que las líneas férreas han desalojado las vías de herradura y de rodados. En la vereda izquierda, al ir de La Paz, está la habitación principal de los Jáuregui, compuesta de una tienda y un oscuro dormitorio; a un costado, hacia esta parte, un corralón, algo inmediato, y en frente, una cocina. Un kilómetro más acá y sobre la izquierda permanecen, derruidas hasta la mitad, los restos de los que sería otra casa, ventorrillo como las demás, donde puede acogerse, evitando ser vistos o para resguardarse de la intemperie, quienes habían menester. Desde el corralón de los Jáuregui se ve clara y distantemente ese solar, que en aimará llaman **lacay**, y de donde, empujándose un individuo, puede alcanzar con la vista a gran distancia, merced a la claridad de la atmósfera en la altitud y a lo plano de la extensa superficie que se dilata hasta perderse en el horizonte".

Eran aproximadamente las siete de la noche cuando el general, próximo al término de la segunda jornada de su viaje, se detuvo en la puerta de la vivienda de los Jáuregui en procura de algún alimento. Desde ese momento no se sabe más de él hasta que se encuentra su cadáver, cinco días después, en el atajo de una pendiente abrupta. Todo lo posterior se reduce a conjeturas, declaraciones, válidas o interesadas, testimonios contradictorios, testigos audaces y timoratos que enmarañan más la madeja del misterio.

* * *

Fue en las primeras horas del sábado 16 de junio de ese año de 1917 que el indígena Francisco Quispe entregó a la policía de seguridad un caballo blanco cuya montura llevaba grabadas las iniciales J.P. asegurando haberlo encontrado en las cercanías de su casa, próxima al

cementerio, al pie mismo de la llanura que se corta bruscamente desde el Alto de La Paz. Como hasta el día siguiente nadie reclamara por él, la policía inició las primeras investigaciones. Uno de los hijos del general Pando lo reconoció como de su propiedad; otras indagaciones hacían saber que el jueves 14 el ex presidente había emprendido viaje de su hacienda hacia La Paz.

Con estos informes una comisión numerosa encabezada por el intendente don Emilio Zalles, emprendió la tarea de exploración cuidadosa por los alrededores donde fuera encontrado el noble bruto. Por distintas direcciones se distribuyeron los agentes policiales que para cumplir su cometido escalaban riscos, descendían a profundos barrancos, recorrían ribazos, oteaban el horizonte, siempre sin resultado. Y cuando ya parecían agobiados por el desaliento que invade una tarea infructuosa, inesperadamente, uno de ellos encontró un indicio revelador: al fondo de un enorme precipicio, denominado **Huichincalla**, profundo y perpendicularmente cortado por los aluviones, se veía un zapato y una polaina. Vencidas con la cooperación de los vecinos de Achocalla las enormes dificultades que se oponían para llegar a esa sima inaccesible, encontraron el cadáver de un hombre “hundido, casi sepultado en polvoriento ángulo inferior del barranco, cabizbajo o clavado más bien de cabeza, con una mano sobre el rostro y la otra sobre el pecho, las piernas abiertas, vestido...”

¡El General! –exclamaron a una voz, angustiados-.

Ahí estaba horriblemente desfigurado el ex presidente Pando, el intrépido artillero del **Alto de la Alianza** el héroe de tantas jornadas inolvidables... Fue como si un golpe de maza los hubiera anonadado, petrificándolos por la emoción. De todos los ojos absortos en la contemplación del macabro hallazgo, manaban lágrimas silenciosas de dolor sincero, muda protesta contra el destino tejido de dramas oscuros y tragedias de horror.

Pasada la primera impresión dolorosa extrajeron el cuerpo destrozado para colocarlo en una plataforma del ferrocarril que cruzaba por las inmediaciones. Ese mismo día, siete médicos practicaron la primera autopsia de ley y sostuvieron, sin discrepancias, que la muerte se debía a conmoción cerebral producida por la violencia caída.

La noticia se esparció veloz: ¡El general Pando ha muerto embarrancado! Hubo congoja y manifestaciones de pesar en toda la nación conmovida. Era la hora de los homenajes. Desaparecido el patricio, ya no podía hacer sombra a nadie. Lucieron sus triunfos, resaltaron sus hazañas, elogiaron sus méritos; un himno apoteósico se entonó de confín a confín de la República y, majestuosa, se alzó esplendente la justicia póstuma, sol de los muertos.

Grandiosas fueron las exequias. Un gentío inmenso y sollozante lo llevó en hombros hasta el cementerio, y allí, en ciudadela del silencio eterno, se renovaron, con más intensidad, todas las formas de las emociones populares.

Pero un mosquito maligno zumbaba en torno a la opinión pública aun no despejada de su enervamiento doloroso producido por el viaje inesperado y trágico de su amado caudillo, y ese insecto peligroso –la pasión política- mostró de pronto su temible aguijón:

¡Crimen político!

Dos nuevas autopsias practicadas por los mismos médicos de la primera, con tres adscritos, certificaban que muchas contusiones “han sido ocasionadas por algún instrumento cortante”, algunas escoriaciones “producidas **post mortem**”, otros indicios “excluyen la idea de precipitación o caída de altura”, la causa de la muerte es debida a las contusiones que presenta la cabeza” y por último, que “la muerte del general Pando es el resultado de un crimen”. Para justificar estas conclusiones rectificatorias de la primera diligencia médica, los facultativos sostenían que “no se había practicado una verdadera necropsia del cadáver, sino un superficial reconocimiento”, “por la apuranza del juez del sumario, por la incomodidad del local”, “por el momento inoportuno que se practicó esa operación (horas 18), falta de luz y elementos necesarios”.

¡Pando ha sido asesinado! —escribían los diarios en grandes titulares.

Como una bomba estalló en el país la sindicación. El partido Republicano, opositor enérgico, jugaba su carta brava al lanzar la acusación terrible contra el partido Liberal, desgastado en diez y siete años de ejercicio del poder. Y ese fue el comienzo de uno de los procesos más sensacionales y más dramáticos de la historia boliviana.

Numeroso público asistía a los debates que se desarrollaban en la capilla de la Penitenciaría Nacional con el propósito de evitar que los reos, en su tránsito por las calles de la ciudad hacia los tribunales de justicia, fueran víctimas de la cólera popular. Durante las diferentes fases del proceso desfilaron todos los días, en el lapso de dos años, testigos de cargo y descargo, hasta el 4 de junio de 1919, fecha en la que fue pronunciada la sentencia absolutoria de los acusados por no existir crimen en concepto de la justicia. Bullía entre tanto la protesta airada en los sectores de oposición por esa sentencia, que aunque no había sido ejecutoriada, la consideraban producto de las influencias políticas.

Sobre los despojos de Pando se amontonaban los explosivos del escándalo. Un verdadero alaud de rencores perturbador del criterio social, se precipitó incontenible. Cómo danzaban nombre y honras en ese furioso oleaje de pasiones encontradas. Los unos se acusaban sañudos, los otros se defendían altivos.

“Y así —escribía un cronista inteligente— instigada, aguijoneada, impelida la opinión, que entre nosotros despierta perezosamente, pero, que una vez que comienza a gatear sigue y sigue con pertinacia y husmea, y hiere, y desgarrar el alma de sus víctimas, mugiendo, y sin lastimarse de las honras que sangran; y así echado el combustible de estopa sobre brasas, que la paz con el tiempo cubrieron de leve ceniza, esperan los agitadores si la operación alcanzare efecto”.

El juez Tamayo, por su parte, decía con acento convencido, en el segundo considerando de su sentencia: “Desde el primer momento del hallazgo de los restos del General, un sordo y maldiciente murmullo se dejaba oír alrededor de las masas del pueblo; el pueblo tiene un instinto perspicaz y sutil, es como el águila, que remontándose a una altura donde no llega nuestra vista, percibe de gran distancia la silueta de su presa, así el pueblo a través del velo de artificios que se ha querido poner ante sus ojos, bien pronto vislumbró la existencia de un crimen horroroso...”

Inoculado el virus maligno, la fiebre abrasadora no bajará hasta abatir un régimen señalado con el dedo estigmatizador de la inculpación vitanda. Parlamento y prensa, las dos poderosas palancas que mueven las muchedumbres, actuaban en candentes controversias. En las cámaras legislativas se sostenían enconados debates. Liberales y republicanos, tronzados en una pugna furiosa, se acusaban recíprocamente. Los diarios opositores coreaban a sus líderes con rudos ataques al gobierno, y la prensa oficialista devolvía el ataque con igual o mayor violencia. La opinión pública seguía este duelo espectacular que enconaba los ánimos, rectificaba criterios y ahondaba más la división de las fracciones ardorosas. Se clausuraron imprentas muchos parlamentarios fueron desterrados, se empasteló un diario opositor. Y mientras la pugna continuaba apasionada y febril, el lento barreno opositor horadaba los cimientos del edificio gubernamental, que pronto caería derribado por los que sostuvieron con tanta energía la bandera vengadora de la muerte de Pando.

Y cayó, el 12 de julio de 1920, a los tres años del viaje eterno del general...

Apenas triunfante la revolución se ordenó, el 9 de agosto, la reapertura de los debates y volvió a resonar, con acento más dolorido y vehemente, la acusación del crimen político.

Hileras interminables de testigos, algunos de elevada posición política, declaraban ante los estrados judiciales. Ahora eran sindicados altos personajes del régimen caído comenzando por el ex presidente de la República, don José Gutiérrez Guerra. Las investigaciones demostraban que la

culpabilidad material del hecho sangriento recaería en los humildes moradores de las casuchas del Kenko, pero faltaba descubrir el cerebro que lo había inspirado. Durante diez años, con el ritmo lento y pesado de los trámites judiciales, se agotaron todos los recursos para satisfacer a la opinión pública que exigía el castigo de los que con ferocidad habían victimado al anciano venerable y glorioso militar. Se acumularon rimeros de papel que formaban toda la historia de la célebre causa. Eran las pruebas, montañas de pruebas, como en el proceso contra Pyrot de que habla Antole France en la **Isla de los Pingüinos**. Encumbrados personajes de moral insospechada y vasta cultura, indígenas ignorantes y hasta un sordomudo, Pablo Fernández, declarado “hábil por derecho y jurídicamente responsable”, que con mímica peculiar interpretada a sabor, formaba la leyenda sombría de la tragedia. Así pasaron años de pasiones desbordadas, de terrible encono partidista. “Algún día –exclamaba veinte años después Luis Donato Moreira, uno de los envueltos en la red tenebrosa- quedarán espantados de las monstruosas injusticias cometidas bajo la sugestión terrible de la pasión política”. Entre tanto muchos sindicatos se pudrían en las cárceles, algunos estaban ya muertos, otros habían desaparecido. Pero era necesario desentrañar el misterio del Kenko y dar término al ruidoso proceso.

El 17 de febrero de 1925 el juez Benedicto Tamayo pronunció la solemne y severa sentencia. El extenso documento estudiaba con minuciosidad las incidencias de ese drama de horror en el cual perdió la vida uno de los bolivianos más preclaros. Era un documento exornado de giros retóricos, nutrido de sentencias y citas memorables que le daban una contextura impresionante. Resumía, en veintiocho considerandos, todo lo actuado en los treinta volúmenes del proceso, y por las pruebas y declaraciones que allí se consignaban, se conocía la forma horripilante en la que los asesinos habían dado muerte al egregio ciudadano:

Cansado del viaje, aterido de frío, habría detenido el general su cabalgadura, aproximadamente a las siete de la noche del viernes 15 de junio en una de las casuchas del **Kenko**, donde solicitó una taza de té que no se lo pudo servir por falta de azúcar. Repentinamente emergieron, como sombras fantasmales en la oscuridad, “Soto Polar, los Jáuregui, Villegas, Choque, Mamani, Calle y otros”, que con fingida cordialidad le invitaron a descansar. Sin barruntar el peligro, la guadaña que blandía la conspiración, habría ingresado a la tienda de los Jáuregui donde se le convidó algún alimento y cerveza. Pasada una hora de haber departido amigablemente, agradecido de esas atenciones, se dispuso a proseguir su camino para lo que hizo traer su caballo, y al tiempo que ponía el pie izquierdo en el estribo, un formidable golpe en la cabeza lo desplomó gravemente herido. Habría entonces desenfundado su revólver disparando contra uno de los agresores, hiriéndolo, cuando los atacantes, ya convenientemente dispuestos, lo tundieron con furor, golpeándolo con saña salvaje hasta dejarlos exánime. Desamado y maniatado lo volvieron al antro siniestro, donde fue cerrado con la vigilancia del sordomudo. Allí, tirado en un sucio camastro, lo abandonaron quemado por la fiebre y la sed que le abrasaba las entrañas, entre quejidos lastimeros que se perdían en el silencio de la noche. Y eran cada vez más intensos los ayes desgarradores en la tétrica estancia matizada por la idiota mirada del sordomundo, centinela de su cuerpo dolorido y sangrante. A momentos aparecía una mujer que espiaba a hurtadillas el sórdido cuartucho donde se consumaba el martirio y se consumía esa vida en lenta agonía dolorosa.

¡Qué infinitos sufrimientos habrán torturado a ese viejo glorioso, víctima de la emboscada traicionera! Destino injusto para el soldado heroico que paseó su intrepidez y valor por todos los recodos de la vida, respetado por las balas en los combates, las fiebres de la manigua, las flechas de los bárbaros, las rutas escarpadas donde un paso en falso conducía a la muerte irremediable. Y ahora debía morir oscura y cruelmente en manos de unos desalmados en la estepa desolada, con la sola presencia de un indígena, cuyos ojos fijos y estúpidos se le clavaban inconscientemente interrogadores al débil resplandor de un candil que parpadeaba mortecino.

Al amanecer, encubiertos por la impunidad y las sombras, los asesinos le trasladaron a la casa del tío de los Jáuregui, Néstor Villegas, en las proximidades de Achocalla: allí quedaría hasta desangrarse, con el propósito de simular un embarrancamiento. “Mientras tanto en casa de Villegas los malhechores bebían alcohol, e indolentes a los quejidos que lanzaba el moribundo,

hacían su fiesta macabra”. Y fue –según la sentencia- durante tres días de agonía interminable que permaneció la víctima en ese estado, presa de la crueldad refinada, pues sólo el martes 19, lo habrían ultimado con ferocidad de jiferos para arrojarlo al barranco de **Huichincalla**, donde lo halló la comisión policíara que salió en su búsqueda.

La sentencia concluye que hubo “verdadero asalto de malhechores en cuadrilla, quienes prepararon a traición la emboscada para sorprender indefensa a la víctima y caer en ella sobre seguro en lugar solitario, encubiertos por la noche”; que “son malhechores desalmados, sanguinarios y salvajes, como que han hecho padecer aquélla el tormento y la tortura sin límites para extinguirla a grados”, y que “insatisfechos aún de tamaña crueldad, **post mortem** han profanado los restos mortales casi triturándole el tórax con más saña delo que en vida le destruyeron, para enseguida arrojarlo a la intemperie en cerril y apartado sitio, expuesto a la voracidad de aves carnívoras” y que, en consecuencia, de acuerdo a la ley, se aplica a los autores del asesinato del general Pando: Juan Jáuregui, Alfredo Jáuregui, Néstor Villegas y Simón Choque, “la pena de muerte fija e irremisible”. Se condena a otros a las penas de cárcel y destierro y se absuelve a los demás sindicados, por no existir “fundamento ni pruebas suficientes para condenárseles a pena alguna”.

¿Cuál fue el móvil de este crimen horrendo? ¡Crimen político!, afirma la sentencia. ¿Crimen político?

“Durante siete años, de 1920 a 1927 –arguye el historiador Alcides Arguedas-, el partido republicano, ya en el gobierno, hizo todo lo posible y lo imposible por esclarecer el crimen y probar la culpabilidad de los personajes liberales. El primero que lanzara la idea del crimen político, Saavedra, era presidente de la República y, como tal, disponía de un poder inmenso para justificar su imputación. El abogado de la parte civil, Quintín Mendoza, que en los estrados de la justicia había sostenido esa tesis, llegó a ser primer vicepresidente de la República y ministro de Justicia, o sea jefe del poder Judicial, y tampoco pudo nada; los periodistas Alvéstegui e Iturralde, que llevaron una campaña obstinada y apasionada en ese sentido, llegaron también a las carteras y tampoco llegaron a establecer la participación de los dirigentes liberales en el crimen; Siles, otro convencido y fanático del crimen político, como casi todos los republicanos, llegó igualmente a la presidencia de la República... y quedaron estériles todos los ardides empleados para hallar testimonios concordantes y que agentes especiales y bien remunerados se afanaron en descubrir en todo el territorio de la república”.

En fecha 5 de mayo de ese año, la Corte Superior del Distrito de Oruro, que aprehendió conocimiento de la causa por excusa legal de la mayor parte de los vocales de la Corte de La Paz, confirmó la sentencia. Por auto supremo de 7 de junio, la Corte Suprema declaró improcedente el recurso de nulidad interpuesto, negando también la revisión del juicio por decreto de 21 de ese mismo mes. Y por auto de 19 de octubre, el juez Tamayo declaró inadmisibile la demanda de revisión de la causa. Sólo faltaba el terrible CUMPLASE.

Ha concluido uno de los más sensacionales procesos judiciales de la historia Bolivia. Contribuyeron a ello la alta jerarquía política y social de la víctima; la monstruosidad y alevosía del crimen; la sindicación a sobresalientes personajes políticos. Para dar cumplimiento a un parte de la sentencia, se procede al sorteo fatal de los cuatro condenados a la última pena, de acuerdo al artículo 55 del Código Penal. Aparatoso y emocionante resulta el acto. En un expectante silencio se depositan, dentro de un receptáculo, tres bolillas blancas y una negra, que representa la muerte.

En la tarde del 27 de octubre de 1927, la gran sala del Palacio de Justicia se halla repleta de autoridades, periodistas, concurrencia numerosa. Entre guardias armados están los reos: Juan y Alfredo Jáuregui, Néstor Villegas y Simón Choque. Son las 4 y 25. De acuerdo a un sorteo previo, Juan Jáuregui extrae, sin mayor emoción, la primera bolilla y la levanta mostrándola al público: blanca. Le sigue Néstor Villegas, vencido, tambaleante, ayudado por el fiscal Uría, saca la segunda: blanca. Luego le toca el turno a Choque, que avanza sin prisa, estregándose las manos. Es un momento de suprema angustia. La vida y la muerte están representadas en esas dos bolitas, de madera, pintadas con los colores del contraste. Introduce la mano en el receptáculo y extrae la tercera, la levanta en lato para mostrarla, sin mirarla siquiera: blanca. Un murmullo recorre la vasta sala y un hálito de muerte flota sobre la audiencia. Alfredo Jáuregui sonríe con tristeza. Avanza a llenar una formalidad innecesaria con su melancólica sonrisa estereotipada. Retira la bolilla trágica,

la negra, y la muestra esforzado en presentarse sereno ante esa jugada trágica del destino que importa llevarlo frente al pelotón de fusilamiento.

La fatalidad de Alfredo Jáuregui conmueve a los asistentes que lo saben el más joven y el menos culpable. Una dolorosa angustia se extiende en la sala del tribunal. La tensión del momento es rota por el hermano del condenado a muerte, Juan Jáuregui, con la lectura de un extenso memorial vehemente y enérgico, clamor de angustia que elevan los condenados para defenderse, dice, contra la actuación de la justicia boliviana, ciega para los poderosos y sin entrañas para los débiles; grito dolorido dirigido a los jueces que tienen el deber de oírles para no proceder “como los judío que crucificaron a Cristo sin escucharle nada”. El público reprueba la violencia del reo, pero éste impertérrito continúa la lectura. “El fiscal se demuda y el juez suda a chorros, no sabiendo qué hacer ante las injurias groseras que contiene el Memorial”, escribe un periodista.

Es que el hombre está ciego de indignación. Diríase la inocencia condenada que clama. Amenaza a medio mundo, y jura que recién se hará criminal para vengar al hermano inocente. “El acto del sorteo constituye una pantomima –dice-. Nulo es todo lo obrado, porque en el proceso se han violado todas las leyes para sacrificar a pobres inocentes como Cristo”. Y asegura ser tanta la similitud de ellos con el Crucificado, que hasta la hora es la misma en la que fue consumado el sacrificio del Nazareno.

Mientras Juan se desataba en improperios, Alfredo, el que morirá por imposición de la bolilla fatídica, mantiene aparente tranquilidad y proclama su inocencia: “En este momento no me emociono, no obstante haber sacado la ficha negra No temo a la muerte”, declara a los periodistas. “Los verdaderos autores del crimen –agrega- se pasean por las calles y asisten a banquetes”. Pero nada puede sustraerlo ya a la terrible sentencia. En el fondo de la conciencia colectiva se agitaba hondo clamor de vindicta y era necesario el escarmiento, aunque la justicia se ensañe esta vez con el menos culpable, quizás con un inocente. Alfredo Jáuregui pagará en el patíbulo un delito que tal vez no ha cometido...

A la distancia de una década de la trágica muerte del malogrado general Pando, ha desaparecido el deseo de venganza y son la conmiseración y la piedad las que sustituyen a la pasión extinguida. Se organizan comités femeninos que piden al presidente de la República hacer uso de la facultad constitucional que le faculta conmuta la pena de muerte. Se instalan puesto en las calles de la ciudad para exigir a todos los transeúntes la firma de un memorial pidiendo clemencia para el sentenciado. Hasta la Cámara de Diputados es influenciada por ese sentimiento piadoso que flota en el ambiente. Hablan con emoción Alberto Ostria Gutiérrez, Ricardo Soruco Ipiña, Gregorio Vincenti. Puede darse por segura la conmutación.

Pero inesperadamente un diario publica la carta clamorosa que una de las hijas del general dirige al primer magistrado, recordándole el martirologio del gran ciudadano y el deber de castigar el crimen horrendo. Y un diputado inflexible, tenaz, apasionado por la justicia, don Abel Iturralde, levanta su voz enérgica en la Cámara para ahuyentar la atmósfera de sentimentalismo que la domina, reclamando el castigo para los asesinos de Pando y oponiéndose demoníacamente al pedido de conmutación de la pena. La minuta es rechazada y con ello esfumada la última esperanza del condenado.

Alfredo Jáuregui está perdido. Ya nada puede sustraerlo a la muerte. El día anterior a la ejecución es puesto en capilla. Ha solicitado ver a su madre; antes se arrodilla a los pies de a Virgen y ahogado por los sollozos le dice:

-¡Mamita...! ¡Tú sabes que soy inocente! ¡Ayúdame, Mamita!

Su eco se pierde en el templo oscuro, en cuyo altar arden macilentos dos cirios. Luego abraza a su madre, renueva el juramento de su inocencia y con entonación solemne dice que perdona a los que lo han conducido hasta el patíbulo. Dos periodistas de “El Diario” lo esperan y ante ellos declara entre otras cosas: “Aquí en esta Capilla, delante de la Virgen que me está

oyendo, les juro por la salvación de mi alma que soy inocente. No sé nada del crimen y les juro que si hubiera visto a mi padre o a mi madre asesinar, en este momento les señalaría con el dedo; pero no sé nada... Podía librarme entonces de la cárcel (se refiere a la presión ejercida en su ánimo con amenazas de muerte por el gobernador del Panóptico, Gustavo Navarro, el año 1920) a costa de una calumnia y nada me costaba calumniar a los hombres derrotados del poder. ¿Pero cómo había de morir calumniado?...” Es la última entrevista. Ahora sólo le queda lo postrero: morir.

Y amaneció el día fatal, 5 de octubre de 1927. El alba se insinúa velada por la niebla que se prende a los cerros y acantilados; pero pronto el Dios Febo descorre las cortinas y las mañana estalla luminosa. Desde tempranas horas una abigarrada muchedumbre desperdiga por todas las vías de acceso que conducen hacia el Alto, senderos abruptos que ascienden desde la cuenca profunda hasta la terraza de la inmensa llanura extendida en la soledad huraña. Ancianos, mujeres, jóvenes, niños, trepan apresurados y ansiosos, empujados por la eterna curiosidad humana. Por otra vía más ancha y polvorienta, la caravana de automóviles, camiones y autobuses, conduce otras gentes de diversa condición hacia **El Tejar**, una propiedad cercana al **Kenko**, donde se consumará el escarmiento.

Rústico patíbulo se levanta en la desnuda planicie. Un tablón de madera profundamente enterrado detrás de un asiento de adobes y dos cuerdas que penden a los lados, completan la simplicidad de esta siniestra puerta de la muerte. Tropas de línea forman un gran cuadro que enmarca el patíbulo. Se calcula en unas seis mil personas los espectadores del drama terrorífico. Presiden la ceremonia el juez Benedicto Tamayo y los fiscales Luis A. Uría y Felipe Ayala Gamboa. Al costado izquierdo, a unos veinte metros, están los reos que deben presenciar la ejecución. Un piquete de ocho hombres, al mando de un subteniente, espera el momento de cumplir su misión dolorosa. Cuatro fusiles de los que portan esos ocho hombres tienen carga mortífera, los otros cartuchos son de fogeo. Ninguno debe saber quién dispara a matar.

De pronto la multitud se agolpa desordenadamente. Son las ocho y treinta de la mañana. Aparece Alfredo Jáuregui acompañado de cuatro religiosos: un canónigo, un jesuita y dos franciscanos. Viste traje y sombrero negros, zapatos de charol con **gaiters** y abrigo café. A pocos metros del cadalso se detiene. Dirige una mirada indecisa a la multitud y enciende un cigarrillo. Entre bocanadas de humo, como un preámbulo al discurso escrito que leerá después, dice: “El espíritu del general Pando está aquí presente, y si pudiera hablar diría: ¡Retírenlo del patíbulo, este no es mi asesino!”.

Diez minutos después, siempre acompañado de los sacerdotes, llega hasta el ordinario asiento en el que recibirá la muerte. Con entrecortada voz lee un extenso y violento alegato de protesta y de injuria. Injuria contra el presidente de la República y las autoridades, protesta contra la injusticia, agradecimiento a las generosas damas de La Paz. Como la lectura se prolonga, la interrumpe el fiscal Uría:

“Sentenciado Alfredo Jáuregui –le dice con acento severo-. En estos solemnes momentos os pregunto se tenéis que hacer alguna declaración”.

Jáuregui le mide con una mirada de odio y desprecio:

“No soy infame como el fiscal Uría –contesta-. No tengo nada que revelar. Soy inocente. Soy mártir... Que mi sangre caiga sobre las familias de los caínes. Voy a descubrir mi pecho para las balas”.

Ni un solo momento ha decaído su altanería. Ni siquiera al pie del cadalso se recoge piadosamente. Su pálido semblante se ilumina a veces y su aguda voz no cesa de recriminar a sus “verdugos”. Sin Prisa se quita el abrigo que entrega al canónigo Sáenz junto con otros efectos personales.

“Me voy riendo de este mundo”, dice como últimas palabras, y se sienta en el banquillo. Cruza la pierna izquierda sobre la derecha.

En el silencio impresionante de a multitud en suspenso, subyugada y atónita, la postrera imprecación del condenado sacude las fibras más íntimas y el nudo de la emoción empaña las pupilas.

Ha llegado el minuto fatal. Son las nueve exactamente. Dos hombres le amarran al madero con los ojos vendados, abierto el chaleco como un desafío. Cerca, los otros reos, arrodillados, rezan y lloran. Los religiosos musitan las oraciones de los moribundos. Jáuregui, maquinalmente, repite la plegaria confortadora. Frente a él los ocho autómatas, rígidos cumplidores de la ley, esperan la señal para acribillar su cuerpo. Un silencio pavoroso se extiende en el escenario colmado. El oficial baja la espada, truena la descarga, y de los puntos rojos que dibujan las balas en la blanca pechera, fluye la sangre del ajusticiado.

El sol, espléndido, ígnea deidad fecundadora de la vida, ilumina el escenario de muerte, la tierra gris salpicada de sangre y saturada de melancolía.

¿Fue culpable Alfredo Jáuregui? La Justicia ciega, ¿llevó al patíbulo a un inocente? Son preguntas que siguen flotando a través del tiempo, sin respuesta hasta hoy. Lo cierto es que con una vida joven se satisfizo a la opinión pública y se castigó el infando crimen cometido en la sombría encrucijada del **Kenko**.

LA MUERTE DE GERMAN BUSCH

La angustia es el encuentro la nada

HEIDEGUER

El 23 de agosto de 1939, en la madrugada, un disparo puso fin a la vida de Germán Busch, el heroico soldado que escaló la presidencia de la República a los 33 años de edad. Había nacido –extraño simbolismo del número 3- el 23 de marzo de 1903 en San Javier, provincia Ñuflo de Chávez del Departamento de Santa Cruz. Hijo de un médico alemán de férreo carácter, don Pablo Busch, heredó la firmeza de éste y la bondad de su madre, doña Raquel Becerra, suave y abnegada, con la dulzura propia de las mujeres orientales. La fusión de las dos sangres, teutona y boliviana sin mezcla, produjo un temperamento apasionado e impetuoso, decisión en las empresas y un coraje irrazonado que fue lo más saliente de su personalidad.

En temprana edad ingresó al Colegio Militar, seducido por la carrera castrense y apremiado por estrecheces y dificultades. Allí se distinguió por su espíritu disciplinado, su generosidad y su fortaleza física. De talla alta, atlético, cabellos castaños, ojos claros, redondos y vivaces, más bien pequeños, que “una vez tenían dulzuras de niño” y otras, “al influjo de la cólera, se encendían de rojo como los ojos del tigre”, según el retrato que hace de él don Alberto Ostría Gutiérrez.

Busch era un hombre llano y cordial. Los altos puestos que escaló meteóricamente, no alteraron su congénita sencillez. Tuteaba a todos los que se le acercaban, sean jóvenes o viejos, y le agradaba que se lo tratara con igual familiaridad. “Oírme lo que te digo –apuntaba para demostrar que no tenía miedo a nada ni a nadie-; yo no creo en aparecidos”. Pero lo decía con ingenuidad bondadosa, sin alardes presuntuosos. Hondamente arraigados en su ser el sentido de la justicia, allá donde se le mostrara un punto vulnerable, se apresuraba a corregirlo. Su instintiva inclinación a las clases desvalidas le hacía rectificar lo que podía perjudicarlas.

Brazo ejecutor de la deposición del presidente Salamanca –en pleno teatro de la guerra- lo fue también del presidente Tejada Sorzano, en 1936. Un año después derrocó al presidente David Toro, y en 1939 se proclamó Dictador.

Germán Busch encarnó las aspiraciones populares como representante del amor primario a la patria, a la que amaba con sencillez y simplicidad, con la pasión que le transmitía su fuego interior. Era un patriota con la ruda ingenuidad de los hombres que viven en íntimo contacto con la naturaleza.

El paso equivocado de la dictadura había provocado resistencias, pero en campaña subterránea, porque Busch era hombre **de pelo en pecho**. Impuso su autoridad con tanta energía que los cabellos aún se ponen de punta. El fusilamiento del coronel Juan de Dios Cárdenas, efectuado en Tarija por conspirador, y la ejecución del clérigo Severo Catorceno, acusado de grave delito contra la moral, constituyeron seria advertencia al país, que se sintió estremecido por el pavor que inspiraron las sangrientas e inesperadas medidas.

En medio de esos incidentes supo encarar la obra gubernativa con fervor nacionalista. Atacó los grandes consorcios, vulneró los intereses creados, enarboló la bandera de las reivindicaciones como la estatización del Banco Central, la nacionalización de las industrias y los ferrocarriles, el control de divisas y otros avanzados pasos en legislación social: Código del Trabajo, viviendas para obreros, jubilación para ferroviarios, gráficos y periodistas.

En su impulso reformador promulgó el decreto de 7 de junio de 1939, el famoso decreto que obedeciendo una doctrina de nacionalismo económico estableció el sistema defensivo de las riquezas nacionales. Su esencia se resumía en siete puntos: centralización y control absoluto de divisas; nueva distribución sobre utilidades mineras; radicatoria en el país de las reservas de oro

por agotamiento de las minas y por depredación de maquinarias y herramientas; limitación en el pago de intereses en moneda extranjera hasta el 5 % sobre el capital pagado; estatización del Banco Minero y rescate de minerales por cuenta del Estado.

Pero a poco de la trascendental medida las fuerzas económicas afectadas se movieron activas. Como consecuencia, el multimillonario Mauricio Hochschild fue acusado de “sabotaje”, de resistencia pasiva contra el decreto de 7 de junio, culpabilidad establecida en un proceso sustanciado por autoridad competente. La denuncia la fundamenta el Ministro de Gobierno, Vicente Leitón, en el Consejo de Gabinete llevado a efecto el 5 de julio de 1939 y cuyas incidencias y las partes transcritas corresponden a la publicación del acta en el diario “Los Tiempos” de Cochabamba, números 3 y 6 de octubre de 1943.

El Dictador está respaldado por el decreto-ley que en previsión de posibles reacciones ha expedido el 27 de abril, a los pocos días de asumir la dictadura. Ese decreto establece la pena de muerte para los que intenten “perturbar la tranquilidad social y provoquen pánico en el orden financiero”. Pero fusilar a Hochschild no parece cosa sencilla. Afortunado industrial tiene diseminada su riqueza en muchos países de la América y representa grandes empresas y capitales extranjeros. Cuenta, además, con poderosas influencias internacionales.

Busch sorprende a sus ministros cuando en esa sesión de gabinete de 5 de julio, extraordinariamente reunido para imponer sanciones a los saboteadores del decreto salvador, habla con emoción patriótica desbordante. Parece iluminado por la fe que como una antorcha rasgara las tinieblas que ensombrecieron su corta y azarosa existencia. Sentado al fondo del salón presidencial, su figura se recorta en la nebulosa del humo de los cigarrillos. Habla inflamado por ese patriotismo que le quema las entrañas y acibara su vida de gobernante.

Sus colaboradores le miran con temor. Le temen tanto, que nadie despegó los labios cuando Busch, en un raptó de indignación al conocer la espeluznante denuncia del jefe de policía de Potosí, Luis Gutiérrez Vea Murguía, le ha ordenado telegráficamente: **Cura Catorceno debe ser fusilado mañana...** Mas ahora que se trata de ajusticiar al potentado judío, hay menos indiferencia que en aquella oportunidad en la que se despachó al tonsurado, pero idéntico pavor. Están callados y sombríos, tímidos y medrosos, frente al centauro enérgico y jovial a la vez cuya vida se orienta por las alternativas de su compleja psicología.

Iniciada la sesión de gabinete, Busch toma la palabra: “Señores ministros –dice con solemnidad-. Mi aspiración máxima es libertar al país de su postración social, política y económica. Quiero que Bolivia se deje sentir como un país libre y soberano. Pido la pena de muerte para Mauricio Hochschild, autor principal de la resistencia pasiva... Nada de paños tibios. Dicto mis decretos para que se cumplan...”

El brillo felino que fulgura en sus pupilas al operarse el desdoblamiento de su personalidad, le hace adquirir esa expresión inconfundible que tanto conocen y temen los que viven cerca de él. Como el tigre en acecho clava fijamente la mirada en cada uno de los ministros que le rodean, a los que exige su opinión para el paso trascendental.

Con el vicepresidente Enrique Baldivieso, que tienen asiento en los consejos, está reunido el gabinete en pleno: Carlos Salinas Aramayo, Vicente Leitón, Bernardo Navajas Trigo, Alfredo Mollinedo, Roberto Jordán Cuellar, Luis Herrero, Dionisio Foianini, Fernando Pou Munt y lo generales Felipe M. Rivera y Wálter A. Méndez.

En las dos horas que dura el Consejo, los ministros fundamentales su voto ante la mirada magnética de Busch. Sus ojos, reverberantes por el fuego patriótico que lo domina, perforan la conciencia de sus coadjutores. Ahí están esos hombres, unos mostrándose esforzados en la dialéctica conciliadora, otros, contagiados de la violencia de quien “no cree en aparecidos”.

“Nos jugamos la vida minuto a minuto”, exclama patético Jordán Cuéllar.

“No puedo dar mi voto concreto por la pena de muerte... no sería de caballero.... Pedir esta sanción para mi capital enemigo”, aclara Leitón.

“La valentía no consiste en asumir actitudes de violencia”, expresa Baldivieso, y pide que su palabra “no sea tomada en cuenta como voto sino como simple sugerencia”.

“¿Qué beneficio obtendremos con el fusilamiento?”, interroga Salinas Aramayo, el inmolado cinco años después en **Chuspipata**, el gallardo mozo de **Rebeldías**, quien parece sentir instintivo horror por los fusilamientos.

El general Méndez afirma que “no obstante ser totalitarios son también sentimentales...”

“La fuerza y la firmeza pueden demostrarse también con un acto de perdón”, apunta Foianini, suave y atildado, con esa parsimonia que le es peculiar.

Y así uno a uno, los ministros exponen sus razones y fundamentan su voto.

Cinco ministros comparten con el Dictador la idea de castigar la desobediencia con la pena de muerte; los otros cinco proponen aplicar sanciones pecuniarias, de destierro o de cárcel.

Proclamado el empate, Busch toma la palabra:

“Entonces yo dirimo en definitiva con mi voto –dice con voz firme y enérgica-. El señor Hochschild debe ser fusilado el día de mañana a horas 6 a.m.”

Toca el timbre y ordena al ayudante general llamar al jefe de policía impartirle la orden de ejecución al día siguiente.

Un corto silencio angustioso guardan los ministros ante la terrible decisión. La firmeza del mandatario provoca gran sensación en los ministros “totalitarios pero sentimentales”, que le claman piedad e invocan su generosidad y nobleza. La voz de algunos adquiere inflexiones dolorosas, mezcla de miedo y de congoja. Y es Foianini el más empeñado en salvar a Hochschild.

Cuando el dictador ve que sus colaboradores flaquean, que sus imploraciones son enternecedoras, se reviste de mayor energía y con un poco de malicia con la que pretende empequeñecerlos, dice solemne:

“Yo solo firmaré la sentencia de muerte... Yo debo ser el sacrificado porque ustedes tienen familia e hijos... Importa mala táctica sacrificar al conjunto...”.

Ahora sí que los ministros ven a Hochschild irremisiblemente perdido y renuevan, más empeñosos, los pedidos de clemencia. Algunos, asustados de su primer impulso, ceden y modifican el voto que habían dado por el fusilamiento.

Una angustia enorme oprime a los miembros del memorable Consejo. Busch lo ve claramente, se contagia del sentimentalismo y cede al fin. Niño grande, ingenuo, su sugestión con facilidad. Toma nuevamente la palabra, pero ya desposeído de su fiero empuje; habla con serenidad, casi con dulzura:

“Voy a demostrarles una vez más el grande cariño y respeto que les profeso –dice-. Ante el insistente pedido de clemencia de mis ministros, voy a conceder el indulto, ya que los veo tan contritos. Al fin y al cabo somos humanos como el que está condenado a la pena capital”.

Y remarca la amistad que profesa a sus amigos y colaboradores, en cuyo homenaje concede el perdón absoluto a Hochschild, "sin multas ni gravámenes económicos, que serían indecorosos para el gobierno".

Los acólitos se sienten tocados en las fibras más sensibles por la generosidad del gobernante, nueva demostración de los elevados sentimientos que atesora. Emocionados hasta el enternecimiento, le abrazan y se abrazan, subrayando con palabras admirativas la pureza de alma de ese centauro sonriente, cuya vida es eclosión de violencias y ternuras, de ímpetus contradictorios...

* * *

Poco tiempo ha transcurrido hasta el 22 de agosto. Hace una semana que el presidente no asiste a su despacho porque sufre de hastío y de una aficción dental que lo tiene molesto. En el refugio hogareño se sustrae a ese mundo de serviles que, como una maldición, pesa sobre los gobernantes. Quiere apartarse de ese tráxico insoportable del mecanismo oficial, de esa cárcel sombría que resulta ser el palacio de gobierno. Su retraimiento no le impide atender asuntos urgentes y recibir algunas visitas. En la tarde le entrevistan cuatro ministros y el contralor general de la República. Con todos ha departido cordialmente aunque un tanto fatigado de no poder sustraerse a la engorrosa rutina oficial, al papeleo inacabable, a la firma de documentos urgentes, a la consulta inaplazable.

Algo denota cierto deja de amargura, de alguna sombra que empaña la limpidez de su alma. Y hay razón para su desencanto. Un familiar le ha enviado, desde Cochabamba, copias de anónimos que circulan profusamente. **Cadena Patriótica** se titula uno de ellos, escrito con premeditada perversidad y está dirigido a los militares. He aquí su texto:

"Militar joven: La Patria está en peligro de anarquizarse. El actual gobernante no sabe dónde está parado; lo rodean hombres de mala fe a quienes por su ignorancia y falta de carácter no puede controlar. El extremismo de izquierda avanza a pasos gigantescos; no olvide que su principal fin persigue al militar profesional para hacerlo desaparecer sumiéndolo antes en el fango de crueles humillaciones. Considere usted, pues, que a continuar este ritmo en el desenvolvimiento nacional lleno de calamidades, en breve se verá pisado por la pezuña de la canalla que como en Rusia, látigo en mano, lo obligarán a trabajos que dañen su decoro. ¿Es usted inteligente? Pues bien: esa inteligencia póngala al servicio de la Patria; piense que el régimen actual no entraña la aspiración de los buenos bolivianos y está usted obligado a colaborar máximamente a borrar del escenario tan grotesca pantomima. ¿Qué principios sustentan el gobierno de Busch...? ¿Es socialista? ¿Acaso comunista o anarquista? ¿Qué cosa es pues, señor militar? Toda una merienda de negros ridícula en desprestigio aciago de nuestra nacionalidad. Una danza de títeres en que el muñeco más inocente hace de presidente, manejado por muchas cuerdas al mismo tiempo y que siempre lo hacen brincar en falso.

"Bolivia, señor militar, es un conglomerado de salvajes, y dentro de cualquier lógica razonada necesita previamente civilizarse antes de pensar en doctrinas exóticas de emancipación de clases. Por fuerza de las circunstancias la clase culta mantiene sus privilegios sobre la neófita y es pues justo reconocerle superioridad a despecho de tendencias disolventes. De aquí arranca el eminente principio de nuestras obligaciones: 1.- El gobierno nacional debe emprender, sobre todas las cosas, la solución del problema de la civilización de la raza inferior: indios y cholos, dentro de una severa disciplina. 2.- Mientras que las clases inferiores no estén en condiciones intelectuales de pensar por cuenta propia, no tienen derecho a inmiscuirse en actividades políticas; así se evitará que la demagogia especule con la ignorancia. 3.- Las clases inferiores, después de su alfabetización, serán instruidas en el sentimiento de la Patria, haciéndoles comprender que cualquier esfuerzo personal será en beneficio de su grandeza. 4.- Las clases inferiores serán severamente instruidas en el cumplimiento del deber, ya que en su mayoría deberán ser preparadas en actividades gremiales de positivo rendimiento. Después de esto recién se podría discutir en Bolivia problemas sociales con intervención de proletariado. Pero para que esto sea una realidad, señor militar, dé usted de sí el máximo para llevar al gobierno a un hombre preparado, fuerte y patriota. Haga nuevas copias y haga circular mediante correo en toda la república; caso contrario será considerado como un traidor a la santa causa de la Nación".

Al leer el brulote un gesto de amargura contrae las facciones del Dictador. Su alma sencilla y apasionada sufre un estremecimiento. ¿Por qué se le acusa tan injustamente?

Ese día cumple años el coronel Eliodoro Carmona, hermano político del presidente y jefe de la casa militar, a quien Busch llama cariñosamente "la suegrita" por el cuidadoso control al que lo tiene sometido. Carmona siente por él verdadera veneración. Admira en el joven caudillo sus condiciones de nobleza, de generosidad, de desprendimiento y de patriotismo. Carmona cree en

Dios y adora la Germán. ¿Cómo no idolatrarlo si él y los suyos se lo deben todo? Soldado rudo, simple también, cree que debe corresponder a la confianza del presidente con esa sumisión y fidelidad de can que desvían su misión de militar por la de celoso guardián de su jefe.

No obstante la tempestad que bulle en el alma de Busch, desea que el natalicio sea celebrado, otra prueba de afecto por su lugarteniente. Sugiere él mismo los nombres de los invitados a una cena de intimidad.

El cumpleaños de Carmona se festeja con la concurrencia de pocos amigos y colaboradores. En el transcurso de la fiesta el presidente se muestra alegre, decididor, bromista y juguetón. Pero en un aparte se desahoga con un amigo: "Estoy cansado de tanta incompreensión", le dice. Y luego dirigiéndose al ministro Leitón, que no se aparta de su lado, le habla, desde lo profundo de su desengaño, en tono de queja y amargura, remarcando aquello de que no es más que un juguete de los que lo colaboran.

Le duele a ofensa, no puede remediarlo. Quiere ahuyentar la tragedia que germina en lo recóndito de su alma y pretende disfrazar: ríe, canta, baila, toca la guitarra. Se muestra alegre y efusivo, como un niño satisfecho. Todos los presentes le miran con arrobamiento. Es el amo de Bolivia, el hombre fuerte y valiente, generoso y cordial, sencillo y afable, de bondades infinitas y cóleras terribles. Y ahora, cuando el caudillo está de vena, siguen sus movimientos y destejan sus ocurrencias. Busch está aparentemente en uno de sus mejores momentos, eufórico, festivo, con el entusiasmo desbordante, con la fuerte y alegre vitalidad de su optimismo contagioso.

Sin embargo del aparente entusiasmo, la lucha es intensa entre el fantasma que ronda pertinaz y el que pugna por ahuyentarlo. Como un invisible cincel le golpea el cerebro el anónimo maldito: ¡Muñeco, inepto, payaso! Las palabras hirientes le repiquetean las circunvoluciones. Y una vez más aleja los sombríos pensamientos. Cariñoso se acerca al director de la orquesta, el pianista Luna, y de dice con ingenuidad conmovedora:

-Mira chapicito: Se me ocurre que a ti siempre te han llamado a las fiestas a tocar para que otros bailen y que tú nunca has bailado. Pues ahora vas a bailar con la Maty...

Y ejecuta un vals en su mandolina al que acompaña Carmona con la guitarra. El niño grande, el hombre generoso, se pinta de cuerpo entero en esta oportunidad en la que, acaso por primera vez, un componente de orquesta baila con la esposa del presidente de la República, al compás de una música tocada por el propio mandatario. Pero todo esto es sólo disfraz de su tristeza...

* * *

Pasada la fiesta los invitados abandonan la residencia de la calle Rosendo Villalobos, en el barrio de Miraflores, tranquilo por su aislamiento. Es una casa amplia, más bien modesta, sin guardias ni retenes donde conviven fraternalmente reunidas las tres familias: Busch, Carmona y Goitia. Son las tres y media de la madrugada. Por las calles apartadas, la soledad quieta y apacible contribuye al descanso y sólo de tarde en tarde cruza veloz algún automóvil por la avenida Saavedra, la arteria principal.

En la sala de la casa del presidente, decorada con profusión de flores, han quedado, reunidos en la intimidad, los miembros de las tres familias. Pero como es hora de buscar el descanso reparador, Busch se dirige a las damas y les dice entre afectuoso y bromista:

-Las mujeres a la cama; déjennos a los hombres...

Y graciosamente las persigue hasta la escalera, dándoles palmadas a las que muestran poca agilidad en la carrera. Después quedan solos Busch, Carmona y Goitia. Comentan los pormenores de la reunión y luego proyectan el programa para celebrar, en la próxima semana, el

aniversario del regimiento "Castrillo", que en el puerto cercano de Guaqui comanda el mayor Ricardo Goitia como hombre de confianza del primer mandatario.

Inesperadamente la conversación cambia de tema. Busch se queja de la incompreensión, de la perversidad de las gentes, de la solapada campaña de los opositores, que actúan en la sombra y no luchan de frente, que es donde querría medir a sus adversarios. Los solícitos familiares se esfuerzan por ahuyentar esos malos pensamientos afirmándole que están en marcha las reivindicaciones. Le aseguran que todos los hombres de mérito han sido incomprendidos y a pesar de ello la obra subsiste a través de los tiempos, bendecida por las generaciones y consagrada por el fallo inapelable de la Historia. Busch concluye por ceder. Acaricia sus oídos y estimula su vanidad ingenua, la cháchara cariñosa de los íntimos. ¿Por qué no creerles? Y levantándose, exclama optimista:

-¡A trabajar!

Pide el despacho para firmar, y cuando se le advierte lo avanzado de la hora, insiste:

-¡Quiero tener el despacho al día...

La ciudad duerme tranquila. El viento que silba, batiendo la copa de añosos eucaliptos, interrumpe la calma en el barrio solitario y triste.

Busch llega a su escritorio y se sienta en su mesa de trabajo. Toma la carpeta, lista la estilográfica para comenzar la tarea. Inesperadamente se le nubla la vista y un manto rojo cubre tolos los objetos que le circundan. ¿Es el anónimo maldito que estimula su neurosis? ¿Explosiona toda la amargura contenida por la presencia del papel infame? Mide con ojos desorbitados a los dos únicos testigos de la escena y cuando sus pupilas se dilatan como los de la fiera que va a dar el salto mortal, empuña su pistola, y confuso, envuelto en el delirio trágico del poseído, dice:

-Mi trayectoria toca a su fin, ¡debe acabar mi vida...!

Entonces Carmona y Goitia se le abalanza desesperadamente. Le hablan de su Bolivia, de sus hijos, de su familia, de las obras que urge terminar, del destino de esta patria que él quiere engrandecer. Y lo abrazan, lo besan, le riegan el rostro con sus lágrimas, se arrodillan para implorarle angustiosamente. Pero mirada continúa extraviada. El hombre está fuera de sí, en el paroxismo del desequilibrio, herido mortalmente en el sistema nervioso, afectado por la dura campaña del Chaco, por el trabajo agotador de doce horas diarias, por la confabulación de los intereses creados. Ahí está como un enajenado, con la mirada perdida. Crispados los puños, los ojos saliéndosele de las órbitas, los dientes castañeteándole con siniestro ruido, Busch representa en aquel momento la imagen fiel del alucinado trágico. En un impulso incontrolado pretende llevar el cañón de su arma a la sien, momento en el que Carmona, mediante un sobrehumano esfuerzo, logra desviar el disparo y el proyectil se incrusta en el marco de la ventana.

Carmona y Goitia están pálidos y despavoridos, especialmente Carmona, cuyo terror y desesperación se evidencia por el temblor y escalofrío que denota su frente sudorosa. Sabe que desaparecido Busch morirá la gallina de los huevos de oro y que el sol se pondrá definitivamente para él y los suyos. Eliminado el caudillo, Carmona y los familiares que viven a su sombra protectora, volverán a la brega anónima del montón. Ellos lo saben y por eso claman con sincera congoja.

Hay algo inexplicable en este trágico episodio. Busch es un hombre de reacciones violentas; su propensión al suicidio, frustrado en dos oportunidades, la conoce, mejor que nadie la esposa; vapores de alcohol han nublado las mentes después de una prolongada fiesta y el tono de las voces elevadas, confundibles con un altercado, debieron percibirse claramente en esa hora de completo silencio. Un disparo retumba en la casa, y lo que conmoviera al más flemático, no altera a

ninguna de las damas que están cerca al teatro del suceso. ¿Qué hizo la esposa y por qué no acudió al lugar cuando oyó la detonación?

Ella misma da la respuesta en su declaración de 29 de agosto de 1939, ante el juez de la causa:

“Salté de la cama y bajé hasta la primera grada, en el momento que salía el mozo del escritorio y me dijo: ¡El Coronel ha disparado un tiro en la pared! Le pregunté cómo estaba y él me dijo: ¡Está bien, pero el Coronel está hablando de tiros! Mi intención fue entrar al escritorio, pero temí que se disgustara de verme así...” (se refiere a sus ligeras ropas de dormir).

El esfuerzo que importa la lucha con los dos hombres que intentan arrebatarle el arma, parece haber agotado por unos momentos al hombre fuerte; parece también pasada la crisis nervioso. Busch ingresa a un aparente período de calma, de normalidad: en sus ojos claros vuelve a brillar la luz de la conciencia, los músculos faciales han recobrado su expresión normal y hasta una sonrisa se dibuja en su rostro congestionado. Asegura a sus hermanos políticos que ya se siente bien. Ellos, engañados, aflojan la presión de sus dedos que como garras se asían a la fuerte musculatura del caudillo enajenado. La crisis no ha pasado sin embargo. Busch ensaya una estratagema, nada más, porque el fantasma de la muerte le persigue con obstinación. Violentamente, con un empujón de hércules, arroja a los dos intrusos y se dispara, rápido como el rayo, el tiro mortal en la sien derecha, protagonizando un drama que explotarán los interesados en obtener ventajas de la memoria del gran muerto.

Según los informes médicos y técnicos, la bala ha penetrado por la región temporal derecha para salir por la región parietal media izquierda. El proyectil ha herido los centros cerebrales más importantes de ambos hemisferios determinando un caso insalvable. La sien presenta el orificio de entrada con el característico tatuaje del disparo hecho a uno o dos centímetros de distancia, es decir el clásico disparo de los suicidas.

A las 5 y 30 de la madrugada Busch se disparó el tiro fatal con su inseparable pistola, una Colt calibre 32.

* * *

La ciudad despierta sobrecogida por el vago rumor de la tragedia. En las primeras horas de la mañana existe desorientación: no se sabe con certeza lo ocurrido con el presidente, porque la fantasía popular se desborda urdiendo historias inverosímiles y disparatadas. Los teléfonos han dejado de funcionar por la orden terminantemente impartida de no permitir comunicación alguna. A pesar de todo, la noticia ha corrido veloz. En los semblantes se dibuja un gesto de dolor y desesperanza. ¿Qué nuevas desventuras esperan a este pueblo marcado con el signo de la fatalidad?

En el palacio de gobierno entran y salen políticos, militares, autoridades, en desordenada confusión, buscando el sustituto del Dictador. En ese medio de civiles aplanados por el miedo, donde la rebeldía parece haber muerto para siempre, un golpe de audacia bastaría para encaramar a cualquiera en la primera magistratura. En el Estado Mayor General el ajeteo es también febril. Se trata de un caso trascendental, inmediato: decidir sobre la suerte del país. Hay que evitar la anarquía y resguardar el orden. El guardián de las instituciones –el Ejército- quiere cumplir su deber...

El Hospital General se ha convertido en un jubileo. En una cama del pensionado de la pieza número 8, Busch opone la recia contextura física, la admirable vitalidad de su cuerpo atlético, a las garras de la muerte que le aprisionan tenaces. Médicos y cirujanos trabajan silenciosos. Saben que no hay esperanzas, que el caso es de aterradora fatalidad; pero ensayan un esfuerzo desesperado, quizá para complacer a los enloquecidos familiares. El cincel de los cirujanos ha trepanado el cráneo y los bisturíes han hurgado la maraña nerviosa de la masa encefálica. La

respiración se hace cada vez más penosa, con un ritmo trabajosamente acompasado; minuto a minuto se escapa la vida del heroico Capitán. El ronquido jadeante, el estertor que aprieta la garganta del suicida, denotan su agonía desde el mismo momento en que se descerrajó el disparo fatal. La ciencia ha recurrido a todos los medios a su alcance, pero se ve impotente porque Busch se muere sin remedio.

Un sacerdote le da la extremaunción. El estado de inconsciencia le impide cumplir con los últimos deberes religiosos, para depurar su alma y entrar con limpia credencial al reino de los justos. Busch, humano al fin, tuvo muchos errores que en parte son imputables a sus malos consejeros. Instintivamente inclinado al bien, amó a los desheredados, a los niños, a los miserables, distribuyendo los tesoros de su bondad y de su corazón. Una multitud acongojada asiste a la agonía del protector de los humildes, de los desposeídos.

Ahí está el vicepresidente de la República, su consejero y amigo, empañados los ojos por el dolor de la inesperada desgracia. Acaso su dolor sea uno de los más intensos por la sinceridad de vínculos afectuosos que le ligaron al presidente. Visiblemente emocionado, Enrique Baldivieso no atina a ordenar sus ideas y parece no medir la magnitud del tremendo drama. Confuso, aturdido, ni siquiera atiende a la advertencia de un político que le comunica la actitud del comandante en jefe del Ejército, a esa hora dueño del palacio de gobierno.

Y ya está Germán Busch en los umbrales de la eternidad. Son las 14 y 30 del 23 de agosto de 1939. Cuando su inmenso corazón deja de latir, se quiebra, súbitamente, una gran esperanza para Bolivia. En los ojos de todos los presentes las lágrimas corren silenciosas. Busch **el Camba**, el amigo cordial, el Gran Capitán del Chaco, el redentor de las clases oprimidas, ha muerto...

Le mataron los corrosivos del desengaño, porque frustrado su ideal se sintió derrotado por la incomprensión y el desencanto. Solitario en su grandeza trágica, saldó su cuenta con el tributo de su vida. Patriota hasta la última gota de su sangre, pudo decir como Bolívar: "Mi único amor ha sido la patria; mi única ambición su libertad. Los que me atribuye otra cosa, no me conocen ni me han conocido nunca".

Entre tanto en el corro, en calles y plazas, el comentario continúa diverso y contradictorio:

-El Camba se ha pegado un tiro...

-El presidente está en agonía...

-Han asesinado al Dictador...

Desde ese mismo momento la duda comienza a horadas las conciencias y se extiende poco a poco, lentamente. Cada vez más sutil la fantasía popular, ávida e impaciente, se sumerge en las conjeturas más aventuradas y audaces. Lo que al principio fue un rumor, pronto se transforma en una convicción, afirmándose, desembozadamente, que el coronel Carmona asesinó al Dictador, pagado por empresarios poderosos, según unos, por disputas familiares, según otros. Y pasado el tiempo, en dos oportunidades, se levanta temeraria en el Parlamento la pública estigmatización.

Pero lo que el vulgo desconoce es que todas las declaraciones de allegados, amigos y familiares, producidas ante juzgado, concuerdan en afirmar la obsesión del suicidio en Busch; las características del disparo señaladas por los médicos y los peritos en balística; la comprobación inmediata de no presentar el cuerpo de la víctima ningún indicio exterior de violencia.

¿Qué importa todo esto? La duda continuará flotando, esparciéndose como vaho maligno y nunca terminará el dolor de la injusticia que hiere y desgarrar el alma.

* * *

Los restos del héroe son velados durante tres días en la Basílica Mayor. Miles de personas, de diferentes clase sociales, desfilan ante el túmulo funerario en cuya capilla ardiente la multiplicación de ofrendas florales pone un matiz de fragancia y de belleza. El ataúd está cubierto por la tricolor boliviana y delante del féretro el retrato del presidente, su kepis de gala, su espada y todos los estandartes de los regimientos a los que perteneció.

Es impresionante, por su espontaneidad y su dolor sincero, este homenaje popular en los tres días en que el cuerpo yacente permanece en la Catedral. En los hogares modestos, en los sórdidos cuartuchos, en las moradas oscuras, una pequeña bandera con un trapo negro traduce el desconsuelo de los desamparados. Muchos hogares humildes cerraron los interruptores de las bombillas eléctricas sustituyéndolas, en las tres noches del duelo, por una vela que ardía macilenta, como si de este modo sencillo quisieran traducir su dolor por la desaparición de su ídolo.

Llega al fin la hora de la partida. Camino de la última morada, Germán, el bueno, se va para siempre. Los miembros de su gabinete le llevan en hombros. Detrás sus caballos, enlutados también, gachas las cabezas, como conscientes de la tragedia.

La gigantesca masa humana que rinde el homenaje postrero, entona consternada la canción nacional. Están las viudas de guerra inconsolables por la muerte de su protector; los huérfanos de guerra sin el padre que les había nacido inesperadamente; los mutilados rengueando su dolor y su desgracia; los pobres y los humildes que perdieron para siempre a su **papacito...** Y allá va la caravana interminable, en una manifestación de dolor no igualada, coreando las estrofas del himno sagrado.

Pero nada tan impresionante como la presencia de los tres hijos de Busch –Germán, Orlando y Waldo- que vestidos de riguroso luto y de idéntica manera, siguen a la carroza fúnebre. La presencia de estos tres niños crea un estado emocional intenso, traducido en el impulso de esa multitud gimiente que los levanta en sus brazos, bañándolos con sus lágrimas, como un tributo al gran patriota desaparecido y a los herederos de su nobleza y de su generosidad...

Tres horas dura la peregrinación doliente. Al fin el cortejo llega al cementerio después de angustias, accidentes y desmayos. Mujeres que sufren síncope, hombres que lloran como niños inválidos que arrancan fuerzas de su propio dolor concluir la penosa jornada. El oleaje humano se apretuja jadeante, en agitación conmovida, llevándose a aquel tempestuoso y romántico capitán valiente y generoso, muerto en la flor de la vida, trágica e inesperadamente.

La multitud que se compacta en torno al ataúd llorando, gime, grita con desesperación violenta, desbaratando todo orden, porque es un dolor intenso que brota a borbotones desde la profundidad de todo un pueblo. Y como si arrancase optimismo de la tragedia, resuena el grito formidable y unísono: ¡Viva Busch!

El sol se escondió súbitamente. Cayeron gotas del cielo como lágrimas que quisieran confundirse con las de ese pueblo que lloraba inconsolable. La congoja de las almas fue rota por la estridencia del clarín que horadó el silencio de la tarde. Y mientras el largo lamento del bronce rendía el último tributo, Germán Busch ingresaba a la inmortalidad.

LA TRAGEDIA DE NOVIEMBRE

Se puede asesinar impunemente a los más grandes ciudadanos de la República.

FRANZ TAMAYO

Fue un día de noviembre de 1944. Sobre la ciudad atónita se esparcían, con melodía jocunda, los sones de la cueca, el bailecito, el huayño, como fondo de la tragedia, una más en este mundo inhumano y despiadado. Amargo recuerdo dejó esa música porque a su ritmo se difundió la noticia terrible:

Hasta el momento han sido fusilados...

La lista macabra de que daba cuenta el Director General de Policía, estremecía de espanto a la urbe aterrorizada. En cadena, las radioemisoras difundían los nombres de los inmolados, intercalando, regocijadas, los sones vernáculos con fatídica persistencia.

Hasta el momento han sido fusilados...- repetía la notificación funesta. Y otra vez, mezclándose a la tragedia, la música alegre.

En la parda planicie el suplicio cruento se había consumado. Cuatro hombres, dos militares y dos civiles, atrapados en la red del espionaje tejido por la delación, cayeron en las proximidades de Oruro, acribillados por las balas homicidas. La sangre manchó la tierra miserable y entristeció más la soledad del yermo. En la lobreguez de la noche, amortajada de silencio, el viento, lúgubre como un quejido, semejaba un epitafio. En el cielo las estrellas rielaban con sus últimos resplandores.

Uncidos al yugo de la desesperación, perdida la fugitiva llamarada de la esperanza, serenos y tristes, afrontaron su destino, con la íntima plegaria elevada a Dios en postrera apelación. Los corceles del espanto galopaban en tropel, crispándoles el alma en esos instantes supremos. A sus pies se abría el inmenso agujero de la eternidad. Con ansiedad desesperada miraban las negras bocas siniestras que apuntaban los soldados, obedientes a la orden, aunque quisieran mostrarse remisos a la faena ominosa.

Desordenadamente se les agolpaban los recuerdos. Su contribución de sangre cuando la patria les llamó para enfrentar al enemigo con armas iguales. Ahora era distinto. Estaban inermes, vencidos por el poder invisible del destino, sacrificados al odio nefando.

Un vasto reposo adormecía el campo desolado, preñado de misterio. De pronto, órdenes breves ahuyentaron la callada angustia. Chirriaron las manivelas como goznes de una cerradura que abriera las puertas de la muerte. Una llamarada de espanto en las pupilas, hórrido tronar de fusiles y el holocausto de esas víctimas de la crueldad del hombre, la fiera más feroz.

Cumplida la jornada sangrienta volvieron los matadores, cuando los fulgores de la aurora que anunciaba el esplendor del nuevo día, teñían de rojo el horizonte.

*

Casi a la misma hora otra comitiva descendía al valle, hacia los Yungas de La Paz, para continuar la espantosa carnicería. Un carruaje abreviaba raudo las distancias. El ruido del motor roturaba el silencio de la noche y los chorros de luz de los faroles perforaban la oscuridad. Del vehículo protegido por soldados armados de ametralladoras, descendieron cinco hombres, cuatro civiles y un militar, trémulos y sobrecogidos, trincadas las manos a la espalda, oprimidos por una

angustia jamás presentida. Era la presencia de la Parca, barquera incansable del éxodo postrero, que en el silencio fúnebre asomaba su faz descarnada, sus cuencas vacías, su guadaña afilada.

Un despeñadero espeluznante fue elegido para el sacrificio. Insondable y pavoroso, el abismo se hundía en lo profundo del camino. Densa niebla envolvía la tibia noche estival. Los árboles, enlutados por las tinieblas, tendían sus sombras inmóviles. Al borde de precipicio fue alineado el grupo desventurado. Una ráfaga crepitó trizando la quietud del paraje solitario y los cinco hombres cayeron a la sima, como marionetas movidas por hilos invisibles. Prendido a un árbol, como espantajo macabro, quedó uno de ellos en medio del barranco.

Abajo, en las honduras del valle, un río corría turbulento con su raudal sonoro, como un salmo tétrico y distante.

Las sombras cercaron con negro muro la hazaña diabólica. El monstruo de fauces pavorosas engulló a las víctimas en su entraña insaciable. Ni consuelo religioso, ni tributo de lágrimas, ni flores, ni cruces. Sólo crueldad y sangre. Un relámpago iluminó fugaz el escenario de muerte y un búho agorero graznó lúgubrememente. Después la tiniebla cómplice y el silencio, pertinaz y obstinado, extendidos sobre la tragedia inmensa y el cañadón maldito.

Por mucho tiempo nadie sabría del drama horrendo. Cuando esplendiera la mañana con el hálito jubiloso y radiante de la creación, volvería el milagro de la vida, al conjuro de los dorados pinceles del sol. Los gallinazos se amontonarían sobre los cuerpos inertes, sacándoles los ojos, devorándoles las entrañas. Y después sólo quedarían huesos blancos calcinados por el mismo sol que dora la Belleza y la Muerte.

* * *

El 19 de noviembre de 1944, a los once meses de instaurado el gobierno del mayor Gualberto Villarroel, estalló y parcialmente en Oruro una revolución incruenta. Durante los festejos del aniversario del Regimiento Ingavi, comandado por el mayor Armando Pinto Tellería, en Challapata, fueron apresados los jefes y oficiales del Regimiento Camacho y las autoridades políticas del departamento invitadas a la celebración. Fácil resultó la tarea posterior de tomar el cuartel de guarnición en Oruro y los otros reductos del gobierno en la ciudad. Encabezaban la revolución los coroneles Ovidio Quiroga y Melitón Brito, el teniente coronel Luis A. Olmos, el mayor Armando Pinto y los civiles Armando Rengel y Héctor Diez de Medina, que procedieron a reemplazar a las autoridades después de las consabidas proclamas que explicaban los móviles del movimiento subversivo.

Sin embargo del éxito inicial, la rebelión había fracasado a las pocas horas. Ninguna de las ciudades del interior, con excepción de Trinidad, pudo secundar el brote de Oruro debido a las oportunas medidas adoptadas por los organismos de seguridad del gobierno.

Por la tarde de ese día aviones leales intimaban a los revoltosos la rendición incondicional, mediante volantes que ordenaban a los clases y soldados de la guarnición sublevadas “apresar y fusilar a los oficiales traidores”. A las 18 horas, todo había concluido para los revolucionarios. Así lo hizo saber el jefe de policía y Prefecto accidental, mayor Inocencio Valencia Valle, en telegrama urgente dirigido al Ministro de Gobierno, informándole que a horas 20 retomó la plaza “sin novedad alguna”.

Seguidamente se inició la persecución y el apresamiento de los conspiradores. Las celdas policíacas se llenaron de presos políticos y de adversarios del régimen imperante constituido por las siguientes autoridades: Ministro de Relaciones Exteriores, don Gustavo Chacón; de Gobierno, mayor Alfonso Quinteros; de Hacienda, don Jorge Zarco Kramer; de Educación, mayor Jorge Calero; de Obras Públicas, mayor Antonio Ponce Montán; de Defensa, mayor José C. Pinto; de Agricultura, mayor Edmundo Nogales Ortiz; de Trabajo, don Remberto Capriles Rico (que renunció

ese mismo día). Desempeñaba la Dirección General de Policías el mayor Jorge Eguino y la jefatura de Policía de La Paz, el mayor José Escóbar.

En el palacio presidencial la agitación era intensa esa noche. Civiles armados entraban y salían desordenadamente. En la sala de comunicaciones se hallaban reunidos numerosos personajes y autoridades, entre ellos el Ministro de Gobierno y el Director General de Policías, que dictaban, a través de la línea telegráfica al mayor Inocencio Valencia Valle, las sentencias de muerte para los coroneles Fernando Garrón y Eduardo Pacieri y los ingenieros Humberto Loayza Beltrán y Miguel Brito, capturados en Oruro al fracasar el intento revolucionario.

Sorprendido con esta decisión monstruosa e injustificable, el Prefecto Valencia Valle no puso mayor diligencia en cumplirla. Pero constreñido por la insistencia de las autoridades superiores, suscribió un lacónico memorándum dirigido al sub jefe de policía, Zenón Murillo Bejarano, impartándole la orden de las ejecuciones que decía: "Por orden del señor Ministro de Gobierno, hasta horas 2 y 30 a.m. del día de hoy, procederá al fusilamiento de los siguientes: coronel Pacieri, coronel Garrón, ingeniero Brito, ingeniero Loayza Beltrán. De los que se servirá elevar parte a esta prefectura, inmediatamente de haber hecho efectiva la presente orden, la misma que se verificará en presencia de los demás presos".

Durante seis horas, a través de los hilos del telégrafo, conferenciaron las autoridades de La Paz con la de Oruro. La lenidad de ésta impacientaba al mayor Eguino. A momentos, las órdenes de tornaban amenazadoras, por "tanta ceremonia, vacilación y máxima demora, discordante con las medidas y criterio del gobierno". "Lamento exteriorizar mi franca censura por espera de toda la noche de oficiales aquí presentes", le decía a las 5:45 de la mañana.

Por fin a las 6:15 el Prefecto accidental comunicó el cumplimiento de las ejecuciones.

Del texto de esas conferencias se comprueba el propósito dilatorio del mayor Valencia Valle, empeñado en salvar la vida de los condenados. En un documento exculpatorio que escribió con el título "La verdad sobre los sucesos de Oruro", publicado en "El Diario" de 9 de enero de 1947, afirma textualmente: "Con la esperanza de que se serenaron los hombres del Gobierno y a la espera de una contraorden retrasé deliberadamente la ejecución que debía cumplirse de inmediato a horas 9 del domingo 19 de noviembre, hasta horas 6:15 del día lunes 20, y se cumplió cuando toda esperanza se había desvanecido y cuando como determinante amenaza se me anunciaba que partían máquinas de guerra para constatar las ejecuciones..."

A las tres de la mañana, ajemos a la maquinación tenebrosa, los coroneles Garrón y Pacieri y los ingenieros Loayza y Brito, recibieron la orden de abandonar sus celdas. Libertados los dos primeros por los revolucionarios de Oruro al llegar a Cochabamba, los ingenieros habían sido comisionados para volar el puente de Eucaliptos, con el fin de evitar el paso de las tropas de La Paz, misión no cumplida, como se comprobó a poco con la llegada de esa tropa a Oruro sin inconveniente alguno y por el tráfico normal de los trenes.

En el automóvil de la policía fueron embarcados los cuatro presos acompañados del subjefe de policía Zenón Murillo y el jefe de investigaciones, teniente Oscar Suárez Mancilla. Un camión fue ocupado por un piquete de carabineros al mando del teniente Jorge Peñaloza Cajías. Por las desiertas calles de Oruro cruzaron veloces los vehículos dirigiéndose hacia el sur, camino a Challacollo, aldea distante veinte kilómetros de la ciudad. El silencio y la oscuridad eran impresionantes. Durante la travesía ninguno de los prisioneros pronunció una sola palabra. Sumidos en sombrío silencio meditaban en los azares políticos y sus luchas enconadas, los cambios inesperados que encumbraban y derrocaban hombres, perseguidos hoy, persecutores mañana. El destierro era casi siempre el término de estas aventuras. Y por eso a ninguno se le pasó por la imaginación que en pocos momentos más serían asesinados vilmente.

Al llegar a Challacollo desviaron por la izquierda y recorrieron algunos kilómetros más. A una orden detuvieron la marcha. Desierto era el lugar. Una oscuridad completa circundaba la

planicie. El viento ululaba su canción lúgubre. Sobre el silencio cayeron las palabras de Murillo como martillazos. Sin rodeos, secamente, les dijo que había recibido orden de fusilarlos. Ya la luz potente de los faroles de los vehículos, comenzaron los preparativos de la ejecución.

Mustios y pálidos, con los ojos fijos en el cielo estrellado, los condenados parecían elevar su última plegaria. Sus corazones palpitaban aceleradamente, estremecidos de espanto. Y como si los ejecutores quisieran ganar los minutos, se les hizo avanzar de uno en uno, apuntándoles con sus armas. Veamos cómo refiere el teniente Jorge Peñaloza Cajías los detalles de los fusilamientos:

"Hice formar el pelotón: tres soldados arrodillados y tres parados –dice en su declaración ante la Comisión de Policía Judicial del Congreso-. De uno en uno se ejecutó el fusilamiento, comenzando por uno de los presos que dijo: "Si tienen que fusilarnos comiencen conmigo". Se paró frente al pelotón y mirándome dijo: "¡Comience, teniente!" Yo dí las siguientes voces de mando: ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego! Y cayó el primero que resultó ser el coronel Garrón. En seguida avanzó el segundo y me dijo: "Teniente, ¿puedo fumar un cigarrillo? Yo, con un ademán, asentí. El dijo luego estas palabras: "Yo, el coronel Pacieri, que he defendido con valor a mi patria en el Chaco, muero así. Esta es la recompensa que me dan. Usted, teniente, no es el culpable". Botó el cigarrillo y continuó diciendo: "¡Ejecute!". Cayó acribillado. Después avanzó el ingeniero Miguel Brito y sin decir una palabra fue muerto. El ingeniero Loayza Beltrán, avanzando y mirando a todos gritó: "¿Por lo menos a mí me van perdonar"? Yo, nervioso, proseguí: ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego! Y cayó al suelo con los tiros en el codo izquierdo. "¡Mátenme! –gritaba-. ¡No me hagan sufrir!" Yo corrí y le dí el tiro de gracia..."

Otro testimonio importante es el de Luis Gayán Contador, ciudadano chileno incorporado a la policía boliviana. La declaración firmada en Santiago fue entregada al juez instructor Dr. Aurelio Vásquez y publicada en "La Razón" de La Paz, el 30 de octubre de 1946.

"Cuando llegamos a ese lugar –escribe- los coroneles Garrón y Pacieri y los señores Brito y Loayza caminaban paso a paso hacia el lugar de la ejecución. A una voz de alto dada por Peñaloza se detuvieron todos... Yo avancé, ya que esto constituía para mí, dentro del dolor, una curiosidad. Fue así como atestigüé todo. El coronel Garrón dijo: "No quiero ni deseo vivir más, mátenme luego". Se despojó de su abrigo color beige y alcanzándose a Zenón Murillo, le dijo: "Entréguelo a mi hijo, es la única herencia que le dejo". Contó los pasos, se cuadró y gritó: ¡Disparen! Cayó haciendo el signo de la V de la victoria con sus dedos. Acto continuo avanzó el coronel Pacieri. Se acercó ante el cadáver del coronel Garrón, se sacó el sombrero frente al pelotón, sacó un cigarrillo y poniéndose a fumar, dijo: "Estoy listo, muero inocente y este es el pago que me da Bolivia después de haber defendido el prestigio del Ejército en los campos del Chaco. Pinto, Quinteros y Eguino, me hacen asesinar". Cayó destrozado por la descarga. Avanzó después el señor Miguel Brito. Entregó el dinero y su reloj al sub jefe Zenón Murillo y le rogó entregarlos a su esposa. No dijo nada más. El ingeniero Loayza Beltrán, dirigiéndose al subjefe Murillo, le dijo: "¿No me puede perdonar?". ¡Nó!, respondieron. "Entonces lo único que les pido es que no me hagan sufrir". Se colocó y recibió la descarga, pero no murió instantáneamente por los impactos mal hechos. Gritaba y pedía por favor que lo mataran luego. El subteniente Peñaloza, con dos balazos, terminó la existencia del señor Loayza".

A su vez, el carabinero Desiderio Choque Philco, aclaró ante las autoridades policíarias de Oruro, el 22 de agosto de 1946: "Creo que el haber herido solamente a este último fusilado se debió a la mala puntería que teníamos por la emoción, el dolor y el susto, del cuadro que se presentaba a nuestra vista, pues llorábamos casi todos los tiradores".

Así se apaga la última voz del agonizante. Cuatro veces muere el último. Eso importaba el indecible tormento de esperar la muerte de cada uno de los tres compañeros. Ya lo dijo Collot d'Herbois, con su lógica siniestra, para justificar la matanza colectiva de Lyon durante la Revolución Francesa: "Si se arrastra al patíbulo diez condenados, puede decirse que el último muere diez veces".

Ya se anunciaban los primeros rayos de la luz matinal. Era necesario concluir la jornada protegida por las sombras. Se cavaron apresuradamente las fosas poco profundas y allí se echaron los cuerpos aún palpitantes de los cuatro inmolados.

* * *

Esa misma noche un camión, ocupado por los jefes de la revolución fracasada, rodaba por la pampa, rumbo a la frontera con Chile. Eran los coroneles Ovidio Quiroga y Melitón Brito, el teniente coronel Luis A. Olmos, el mayor Armando Pinto y los señores Héctor Diez de Medina y Alberto Brito Miranda, hermano del coronel. Después de treinta horas de viaje penoso, los prófugos

llegaron a Sajama a la una de la tarde del día 20. Desde allí el camino se hacía intransitable para vehículos motorizados, razón por la que debieron alquilar dos mulos para cargar el equipaje y proseguir la penosa marcha, agobiados por el desaliento y las penalidades. Al fin, después de infinitas penurias, a medio día del 21 llegaron a Caquena, pequeño caserío chileno, a diez kilómetros de la frontera.

Y nada podían temer. Habían pasado el límite arcifinio y sentíanse libres de la tenaz persecución iniciada contra ellos. En esa confianza decidieron quedarse para descansar hasta el día siguiente y mientras unos preparaban su alimento, otros dormían. Pero cuando menos lo esperaban apareció, acompañado de tres hombres, el coronel Francisco Barrero comisionado para la captura de los prófugos. Su celo persecutorio le indujo a infringir las normas del derecho internacional. Con enérgica actitud les intimó rendición, desarmó a Quiroga, Olmos, Pinto, Diez de Medina y Alberto Brito y seguidamente ordenó a sus colaboradores conducirles hacia un jeep que esperaba en las proximidades. Luego se dirigió a una habitación donde el coronel Melitón Brito dormía profundamente. Violentó la puerta, retumbó un disparo en el interior del cuartucho y el hombre perseguido cayó con la cabeza perforada por una bala que él mismo se había disparado. En la confusión logró huir el coronel Quiroga y Alberto Brito permaneció al cuidado del hermano difunto.

De los seis que formaban la huyente caravana, tres volvían con el captor; uno estaba muerto, otro había huído y un tercero quedaba para cumplir la misión dolorosa de conducir el cadáver. Desde Charaña, Barrero informó al Ministro de Gobierno los resultados de la misión que se le había encomendado. Y en su informe al Estado Mayor General, puntualizó:

“Después de meditar y atentas las consideraciones de los carabineros de resguardo de Sepulturas que informaron que siempre había reciprocidad en estos casos, pues los chilenos ingresaban a nuestro territorio con misiones semejantes, resolví vestirme de civil y llegar a Caquena. Dejando el jeep en el portezuelo de Achuta, pues, hacia adelante no hay camino carretero, acompañado por los ya citados me dirigí al caserío. En efecto, estando cerca del caserío, el hijo del comisario nos alcanzó y dijo que esperaríamos a su padre en una hondonada (pues en ese momento el comisario estaba concurriendo al entierro de un niño de la población). Después de alguna espera vino el comisario de Caquena acompañado de tres pobladores, diciéndonos: “Vamos, están en la casita aquella”. Precedidos de ellos llegamos a un cuartucho donde estaban reunidos: el coronel Ovidio Quiroga, teniente coronel Luis Olmos, Mayor Armando Pinto, señores Héctor Diez de Medina y Alberto Brito. A nuestra presencia desenfundaron los revólveres y si no es mi intervención enérgica, es posible que abriera producido una grave reacción; pero logré someterlos y desarmarlos conduciéndolos inmediatamente por mi delante. Ellos reclamaron sus maletas y abrigo; rogué al comisario de Caquena que nos ayudara a trasladarlos, así lo hizo mientras yo me alejaba unos 60 metros de retorno. En ese momento el comisario gritó: “¡aquí está otro!”. Entonces yo ordené al sereno Garnica y al carabinero Gonzales continuar conduciendo a los cinco mencionados y regresé con el chófer Claros. Al ingresar a la habitación una voz de mujer dijo: “se ha matado”. Entonces yo retorné hacia los que conducían y el comisario entró a la chujlla donde había sonado el disparo. Luego de unos minutos el comisario empezó a gritar: “¡se ha suicidado!, ¡se ha suicidado!” Entonces el señor Alberto Brito gritó: “Mi hermano, por favor, déjeme auxiliarlo”. “Vaya usted y puede quedarse para atenderlo”, fue mi respuesta. Este momento de confusión fue aprovechado por el coronel Quiroga, para darse a la fuga; no obstante que habría sido relativamente fácil recapturarlo, preferí retornar con los tres que quedaban”.

La violación de territorio extranjero originó la consiguiente reclamación diplomática del gobierno de la Moneda. Para zanjarlo, el Ministro de Relaciones de Bolivia, expresaba en la parte final de su nota de 26 de noviembre de 1944:

“Cúmplase, asimismo, pedir a Vuestra Excelencia que exprese a su Gobierno que le Gobierno de Bolivia deplora muy sinceramente este hecho, aún en el caso de tratarse, como se trata, de una impremeditada invasión de esos cuatro hombres en territorio chileno; y que ha iniciado inmediatamente el proceso correspondiente para aplicar convenientes sanciones a los que resultaren responsables, tomando, al mismo tiempo, las medidas más eficaces para evitar su repetición. Tocante a los daños que pudieran haberse causado en la propiedad del ciudadano chileno Maldonado, ellos serán indemnizados previa justa evaluación”.

Recordaba este incidente otro análogo ocurrido en enero de 1870, durante el gobierno del presidente Melgarejo. El general Leonardo Antezana, primo hermano del gobernante y famoso por su carácter violento y arbitrario, había incursionado territorio peruano en una persecución a adversarios políticos cometiendo toda clase de abusos y depredaciones. Enérgica fue la reclamación e inmediatas las reparaciones con saludo a la bandera ofendida...

* * *

Mientras tales sucesos acaecían en Oruro y Caquena, en La Paz desarrollábanse otros hechos sangrientos. Durante los días 18 y 19 se había iniciado la batida de opositores. En el Cuartel del Regimiento Calama, temido centro de represión, comandado por el mayor Ángel Valencia Oblitas, fueron concentrados los senadores Luis Calvo, Mamerto Urriolagoitia y Félix Capriles; el diputado Humberto Duchén; los ex-ministros Gabriel Gosálvez, Rubén Terrazas, Carlos Salinas, Aramayo, Juan Manuel Balcázar, Edmundo Vásquez, generales Demetrio Ramos, Antenor Ichazo, coroneles Víctor Acosta y Marcial Menacho; los periodistas Nicolás Ortiz Pacheco, Jorge Canedo Reyes, Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, Mario Cornejo; algunos obreros y muchos otros ciudadanos, hacinados todos en celdas improvisadas.

Lo ocurrido allí y en el teatro mismo de los fusilamientos, se conoce por deposiciones de testigos y actores del drama y por informaciones de prensa.

“Aproximadamente a la una de las madrugada –refiere el periodista Jorge Canedo Reyes- fueron despertados por el ruidoso y rechinante abrir de la puerta. Ingresó el mayor Julián Guzmán Gamboa, acompañado por dos suboficiales de carabineros. Encendió la luz y dijo: “Señores Calvo, Capriles, Salinas y Terrazas, vístanse, pues deben acompañarme. El director y el jefe de Policías los llama para prestar una declaración”. Y luego: “No necesitan llevar nada. Dejen sus camas como están. Volverán en una media hora”. Pero algo en su actitud, en su voz, en la forma intensa e insistente con que miraba a los cuatro nombrados, puso inquietud en todos. ¡Qué extraño que fueran llamados a declarar a esa hora, cuando encontraban ya durmiendo! Calvo y Salinas protestaron, expresando que los **jefes de Policía podían tener mayor consideración, que no eran delincuentes y les asistía el derecho de dormir en paz**. Podía llamárseles a declarar al día siguiente. El mayor Guzmán replicó con estas palabras, a las que sólo después atribuimos un significado siniestro, ignorando si fueron casuales o intencionadas: “Deben obedecer, señores. **Luego dormirán en paz**. Ahora tengo orden de llevarlos. Es sólo para una corta declaración”. Se vistieron en un silencio tenso que nadie se atrevió a romper. Hubo despedidas cruzadas de presagios. Al salir dijo Calvo, dirigiéndose a nosotros pero mirando fijamente al mayor Guzmán, como un reto: “¡Espérennos, volveremos!”- ¡Pero no volvieron!”

De otra celda, también repleta de presos, extrajeron al senador Félix Capriles y al general Demetrio Ramos que se reunieron a poco con los tres primeros. Una camioneta amarilla esperaba en la puerta. Antes de embarcarlos se les amarró fuertemente las manos a la espalda.

Partió veloz el vehículo por el noreste de la ciudad, camino a Yungas. La trágica caravana estaba compuesta por el mayor de carabineros Julián Guzmán Bamboa, el suboficial Lucio Banegas, los senadores Luis Calvo y Félix Capriles, los profesores de la Universidad Carlos Salinas Aramayo y Rubén Terrazas y el general Demetrio Ramos. Conducía el chófer Humberto Baldivieso Salinas.

En la silenciosa oscuridad, el coche devoraba las distancias por el desnudo camino que corta la cordillera con el relieve de sus crestas borrosas, alargadas por las sombras. Los cinco hombres maniatados rumiaban su desesperanza. Cruzaban por sus mentes atormentadas los presagios funestos, sin pronunciar palabra. Veían marcado su sino a través de este silencio torturante que les envolvía como una invisible amenaza, esbozándose como un fantasma próximo al término de esta rauda travesía misteriosa. Y rozándoles, pasó como un aleteo, la certidumbre de la muerte.

Cerca de cien kilómetros había recorrido la comitiva, hasta el lugar denominado “Chuspipata”, donde se ordenó hacer alto. El paisaje se vestía con la verde fronda tropical cubierta por el manto negro de la noche. El camino comenzaba desde aquí a descender por entre rocas y encañadas. Cerca estaba “El Balconcillo”, una pequeña plataforma tendida sobre un abismo terrorífico de más de trescientos metros de profundidad. Al fondo, con el alboroto de saltos y caídas, corría el Tamampaya. La angustia de la soledad recóndita se esparcía mezclada a la densa neblina que flotaba envolviendo el paisaje velado. Y de los cinco hombres alineados a la vera de la sima, podía casi percibirse el fuerte palpitar de sus corazones.

Los detalles de la ejecución los relató el chófer de la camioneta, Humberto Baldivieso, en declaraciones ante el Juzgado de Instrucción, en fecha 27 de septiembre de 1946:

“En columna de uno los hizo caminar por el borde camino –afirma- hasta una distancia de 25 a 30 metros”. “A la distancia indicada los hicieron parar y ambos (Guzmán y Banegas) les requisaron los bolsillos y todo lo que encontraban lo arrojaban al camino, no pudiendo precisar concretamente todos los objetos; pero sí ví que algunos de ellos eran pañuelos, carteras, llaveros; en ese estado, el suboficial Banegas se adelantó sólo por el borde del camino y después de esta inspección regresó nuevamente, momento en el que les ordenaron que anduvieran por el borde del camino y, a una distancia de unos veinte pasos, les dieron la orden de alto, siempre al borde del camino y con la vista al precipicio, todos juntos muy pegados el uno al otro. Se acercaron Guzmán a la izquierda detrás del grupo, y Banegas a la derecha del mismo... siguiendo acto seguido una ráfaga de ametralladora “Pistam” y los cuerpos de las víctimas que caían. Unos, después de dar un traspies se arrojaron al precipicio y a los que quedaron los arrojaron ambos oficiales”.

El principal actor de esta tragedia, mayor Julián Guzmán Gamboa, dirigió, desde Tucumán, una carta publicada en “La Razón” de 21 de enero de 1947. Su relación coincide con las declaraciones del chófer Baldivieso.

“Hago notar a la opinión pública –explica Guzmán- que yo no he tocado ni hablado con ninguno de los ejecutados, pues ellos se hallaban a cargo directo del Sof. Banegas, que cumplió la misión delicada que le habían encomendado los mayores Eguino y Escóbar”.

“Una vez colocados los presos, -prosigue- partimos en dirección a Yungas, a las 3 de la madrugada. Durante el trayecto reinaba absoluto silencio. Llegamos al lugar de la ejecución a las 5:30 de la madrugada. Banegas ordenó que bajaran los señores. Obedeciendo la orden bajaron. Todos avanzaron hacia adelante unos sesenta o setenta metros, mientras el carro seguía al cuidado de Baldivieso. Banegas ordenó alto, colocándolos en la fila de a uno al costado del camino. Les sacó toda la documentación que tenían todos ellos, sin tocar otras prensas que tal vez poseían. Luego los puso con la vista hacia el barranco, ametrallándolos con la pistola ametralladora que llevó para este fin. Cayeron todos instantáneamente a la profundidad del barranco, sin dar tiempo para desatar las ligaduras que tenían en las manos...”

Después borraron apresuradamente las manchas de sangre, amparados por la oscuridad, pues ya comenzaba a rayar el alba.

Con una sola ráfaga se despacha ahora a las cinco víctimas para ahorrarles el tormento de ver morir uno a uno a sus compañeros de martirio. Era el método aconsejado por Collot d’Herbois, socio de Fouché, el **mitrailleur de Lyon**: “Tumbar vario condenados de una sola descarga –sostenía- es en realidad un sistema humanitario, un acto de moderación”.

* * *

Un persistente rumor, primero, hojas anónimas después y posteriores publicaciones de prensa, esparcieron la especie de que un conciliábulo de prominentes personajes del M.N.R. habría influido en el ánimo de los militantes y principalmente en el del mayor Eguino, la noche del 19 de noviembre, para proceder a los fusilamientos.

Encauzados por el Parlamento y los tribunales de justicia, los sindicatos reaccionaron violentamente contra el desarrollo del proceso y las pruebas testificales, “narraciones truculentas – escribía el señor Armando Arce-, llenas de trucos fotográficos donde se hacía campear la imaginación en sus más groseras deformaciones, mientras la maquinaria policial acumulaba requerimientos fiscales, autos cabeza de proceso, declaraciones, etc., etc., con miras a sepultar entre roja literatura y montañas de papel sellado la honra de las personas y el crédito de la más imaculada bandera política, al mismo tiempo que se procuraba hacer más densa la cortina de humo con que se intentaba esconder el panorama de sangre y dolor abierto el 21 de julio de 1946...”

De “espeluznantes novelas cortas” calificaba el señor Aurelio Saucedo Jiménez a las actuaciones del Congreso Nacional en el juicio de responsabilidades “como prueba de cargo, - decía en carta de 27 de noviembre de 1950 a don Demetrio Canelas- sin hacerlo con una sola de descarga; en todas ellas se notaba el propósito deliberado de comprometer a sus dirigentes, en una forma tan infantil y desafortunada, que chocaban las contradicciones y más bien hacían patente que el M.N.R., ni ninguno de sus hombres, tuvo algo que ver con esos desgraciados sucesos”.

Por su parte los señores Víctor Paz Estenssoro, Germán Monroy Block, Julio Zuazo Cuenca, Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, Hugo Patiño del Valle y Armando Arce, desterrados políticos incluidos en el decreto de acusación dictado por el juez de la causa, Dr. Aurelio Vásquez, dirigieron desde Buenos Aires la siguiente comunicación telegráfica a ese funcionario:

“Rechazamos calumniosa acusación decretada contra nosotros y denunciarnos ante pueblo boliviano y opinión continental que proceso cursado en plena orgía de rencores, recoge temeraria invención del odio político a objeto de inhabilitarnos en próximas elecciones. Negamos toda validez al juicio en que usurpa usted jurisdicción como servil instrumento de las fuerzas económicas que avasallan a Bolivia. Podemos probar que somos en absoluto ajenos a los fusilamientos de noviembre de 1944 ante tribunales legalmente constituidos que no se presten como usted a obedecer consignas del régimen que ha declarado oficialmente que gobierna sin Constitución, que ha suplantado el ramo judicial con sumisos ejecutores del plan de exterminio de toda fuerza contraria a la Rosca, y permite abrir las cárceles para entregar presos políticos en manos de cuadrillas de asesinos, a quienes nadie procesa”.

Estas protestas airadas contra la inculpación, explayadas después vigorosamente en libros y publicaciones diversas, no aluden a la crueldad de los fusilamientos entre sombras y misterio, ejecuciones sin proceso, sin derecho a la defensa, sin una sola prueba de culpabilidad contra algunos de los inmolados. De ahí podría deducirse que el único crimen fue imputar la inspiración o la participación a ciertos políticos, mientras que la propia matanza de ciudadanos preclaros e inocentes no representaban otra cosa que sucesos sin importancia.

Frente a toda esa enérgica recusa de pruebas y declaraciones, resonó, un poco tardía, la palabra categórica de Franz Tamayo: “Ha sido necesario “afirmó en su “Rendición de Cuentas”- que la revolución de Julio se consumase plenamente y que los archivos de la tiranía se abrieran como un Sésamo dantesco, para que los actos y palabras apenas esbozados se iluminasen de nueva luz y se confirmasen de nueva verdad”.

El propósito de la represión cruenta no fue otro que el de sentar un escarmiento fundado en el terror que no se explicaba ni siquiera como una exigencia política que salvara a la revolución. Por el contrario, esas matanzas constituyeron una mácula indeleble para un movimiento que había sido recibido en sus albores con justificada esperanza. Naufragó el gobierno en ese lago de sangre, porque la sangre fecunda siempre los caminos del heroísmo y de la libertad. Fácil es aplastar a los enemigos desde el poder, lo que no se sabe es si resurgirán con mayor vigor después.

El Regimiento Calama de La Paz y la policía de Oruro adquirieron, debido a estos sucesos, una triste celebridad. Por extraña coincidencia, dos militares del mismo apellido los mayores Ángel Valencia Oblitas e Inocencio Valencia Valle- habían llevado sobre sí la responsabilidad de las ejecuciones, creándoles, acaso injustamente, una leyenda sombría. Un agudo y conocido rimador, escribió para ellos este epigrama intencionado:

Una cosa que evidencio,
es la rara coincidencia
que los temibles Valencia,
sean **Ángel e Inocencio**.

* * *

Estaba en funciones la Convención Nacional presidida por don Franz Tamayo. El día de los fusilamientos, es decir el 20, los ministros de Relaciones Exteriores y de Gobierno dieron cuenta a la Asamblea del complot delatado. En la misma sesión el jefe de Policía de La Paz, capitán José Escóbar, informó también ampliamente sobre los pormenores del tenebroso plan conspirativo que contaba, dijo, con apoyo internacional, intento de envenenamiento al presidente de la República estallido de bomba de tiempo TNT en palacio, etc. etc. “Las represalias que proyectaban son tan crueles –afirmó- que toda crueldad es poca. Se trata nada menos que de eliminar a todos los que desempeñan, colaboran o ayudan al Gobierno, sometiéndolos a las torturas más infames”.

Al día siguiente, 21, al considerarse el estado de sitio decretado en la República, hablaron varios diputados con palabra encendida y condenatoria.

“Yo no quiero aconsejar extremos –expresó el diputado Alfonso Finot-, pero ha llegado la hora de descabezar completamente a la “Rosca”, para realizar este anhelo de reconstrucción nacional. Yo sé la gravedad que entrañan mis palabras y de los que ellas significan para mí en el futuro. Yo no he venido a esta Asamblea a congraciarme con nadie, no he venido a esta Asamblea a hacer nuevas componendas con la “Rosca” ni espero que en lo futuro se vuelva a encumbrar más, porque el día que la “Rosca” llegue nuevamente al poder, a mí me encontrarán muerto en las calles, porque yo defenderé siempre la causa del pueblo”.

Pero ningún diputado ni ministro dijo una sola palabra sobre los fusilamientos.

En la mañana del 22, los diarios y radioemisoras de La Paz difundían, desde tempranas horas, el terrible comunicado que heló de espanto a los habitantes:

“Hasta el momento fueron fusilados, por haber sido los principales en el movimiento sedicioso, los siguientes: Teniente General Demetrio Ramos, coronel Fernando Garrón, coronel Eduardo Pacieri, señor Humberto Loayza Beltrán, señor Rubén Terrazas, señor Carlos Salinas Aramayo. Ingeniero Miguel Brito. El coronel Melitón Brito se suicidó en la población Caquena, habiendo conseguido fugar el coronel Ovidio Quiroga. Se encuentran detenidos en Charaña, para ser trasladados a esta ciudad, los señores teniente coronel Luis A. Olmos, mayor Armando Pinto, señor Héctor Diez de Medina. La Paz, 21 de noviembre de 1944. – El Director General de Policías, Mayor Jorge Eguino”.

Ninguna alusión a los senadores Calvo y Capriles, ni al mayor Edmundo Soto, muerto en el camino a Tipuani. El carabinero Lucio Robles, comisionado con el suboficial Lucio Banegas para eliminar al mayor Soto, reveló a la Comisión de Policía Judicial del Congreso, los detalles de esa nueva ejecución.

“Le obligamos a quitarse la ropa de militar que llevaba puesta y arrodillarse para la ejecución –declara-. Quedó únicamente con su pantalón de pijama puesto. Antes de morir le obsequió su reloj pulsera al suboficial Lucio Banegas y le encargó a sus guagüitas. A una distancia aproximada de seis pasos y cuando el mayor Soto se hallaba arrodillado, como pidiendo perdón, Banegas, de pie, le disparó un tiro de Pistam en el pecho, por efecto del cual el mayor Soto cayó adelante, instante en que el nombrado suboficial le dio un tiro en la cabeza. Después me ordenó que lo arrastrara hasta un barranco próximo y como el cuerpo era pesado, me ayudó a botarlo hacia abajo”.

Tampoco la circular telegráfica de la Cancillería, dirigida a las representaciones diplomáticas de Bolivia en el exterior, comunicando las ejecuciones, mencionaba los nombres de Calvo, Capriles ni Soto. Pero dejaba “expresa constancia que fallecimiento señores Carlos Salinas Aramayo, Rubén Terrazas y Teniente General Demetrio Ramos prodújose circunstancias eran conducidos población Irupana intentaron agredir oficial custodiábales y fugar habiendo disparado éste ante desacato y usando derecho legítima defensa”.

Al inaugurar la sesión del 23 de noviembre, tres días después de los trágicos sucesos, el presidente Tamayo pronunció un discurso calificado por él mismo como grande y cristiano. Expresó que la victoria de la democracia, en la guerra mundial, se fundaba más que en las armas en “el espíritu cristiano que tiene dos mil años de existencia”, contrariamente “al espíritu pagano” que animaba a las potencias del Eje. Y refiriéndose concretamente a la revolución de Oruro, dijo: “Es uno de los mayores crímenes que se ha intentado contra Bolivia. ¿Os imagináis que después de pasados 45 años de tragedias, se hubiese repetido una guerra como aquella de la revolución federal? ¿Os imagináis los miles y miles de conscriptos, cholos, indios y no indios, lo mejor de Bolivia, cayendo segados por la metralla en los campos de batalla? Era la guerra civil. Y a este horror los malos ciudadanos y compañeros nuestros han abierto las puertas de la República que representamos”.

Y agregaba seguidamente:

“Es necesario que los gobernantes de este país, legisladores, los miembros del poder ejecutivo, no olviden nunca que en las más grandes crisis nacionales, el espíritu cristiano que está dando la victoria a las naciones de Europa, debe aparecer porque significa piedad, verdad y recuerdo eterno, jamás olvido de la solidaridad de la especie humana”.

Este es, en sus partes esenciales, el “gran discurso cristiano del presidente Tamayo” que habría detenido –según él- la ejecución de más de medio centenar de ciudadanos. “La diabólica cadena con sesenta condenados a muerte con Tavera a la cabeza –afirmó-, había sido rota para siempre por el discurso cristiano del presidente Tamayo”. “En trance supremo de tragedia boliviana –agregaba- sólo alcancé a romper el brazo fusilador de 60 ciudadanos bolivianos”.

Pero, en verdad, de los labios del hombre que investía en esos momentos la más alta autoridad moral del país, no salió una sola palabra de condenación, ni una referencia siquiera, a los fusilamientos de noviembre.

* * *

Fue impresionante la odisea de los ciudadanos Hilarión Pope, Francisco Urdininea, Alberto del Carpio y Mateo Martinic, al pretender rescatar los restos de don Luis Calvo de las profundidades del trágico despeñadero, después de las informaciones recogidas de los trabajadores del aserradero de “San Rafael”. Habían llegado a la sima en que estaban dispersados los cadáveres, transcurridos dos meses de los fusilamientos, con un perro por guía y por el indicio del incesante revolotear de los cuerpos. Todas las peripecias de la tentativa audaz que estuvo a punto de costarles la vida, revelaron en sus declaraciones ante los jueces.

Descubrieron el secreto, la Policía de La Paz se apresuró en disponer el retiro de esos despojos, enviándolos encajonados al Lago Titicaca para ser incinerados. Pocos de esos restos a medio calcinar, fueron recuperados después de la revolución de julio para rendirles un justiciero homenaje póstumo. Entre muchos que llevaron la palabra, habló Florencio Candia, nublados los ojos por la emoción.

“Desde el conciliábulo ruín donde la Envidia Bajuna sentó sus reales –dijo entre otros conceptos- se empujó la mano brutal del asesino. Y la sombría majestad del barranco selvático y la franciscana desnudez del arenal inocente, se mancillaron con la profanación del Crimen”.

De todos los inmolados, personajes de alta significación política, intelectual y militar, Luis Calvo era la figura más representativa, romántica y señera. Había nacido en Sucre en 1879 e intervenido, desde muy joven, en la vida política del país. Con Pando, Salamanca, Saavedra, Escalier, fundó el Partido Republicano el año 1914. Fue diputado, ministro, senador. Su palabra serena y sus advertencias patrióticas fueron siempre escuchadas con respecto porque nacían de la conducta de un patriota inmaculado y ejemplar. Era de pequeña estatura, enjuto, de ojos penetrantes y ademanes nerviosos. Por la firmeza de sus convicciones conoció destierros y cárceles, sin doblegarse jamás. “Simboliza en su vida pública y privada –afirma don Alberto Ostria Gutiérrez- la bondad, la rectitud, la tolerancia. Cuando daba la mano la daba de verdad, con un apretón fuerte, franco, que le atrajo popularidad sobre todo entre los obreros”. Como Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, jugaba a la pelota en los frontones populares hasta poco antes de su muerte, compartiendo democráticamente ese deporte con gentes humildes y jóvenes artesanos rollizos con los que alternaba alegremente. Se ha dicho, que justicia, que con Luis Calvo desapareció el último romántico del escenario político boliviano.

* * *

Aún no se ha llegado a una completa evidencia sobre quién o quienes ordenaron las ejecuciones del 20 de noviembre de 1944. Algunos, después de la inmolación del presidente, pretendieron descargar en él toda la responsabilidad. Las declaraciones del mayor Jorge Eguino y las del capitán José Escóbar, posteriores a la Revolución de julio de 1946, coinciden en esa afirmación. Podría argüirse que es fácil cargar las culpas a un muerto que no puede defenderse. Otros testimonios sostienen que a Villarroel se le dio cuenta con lo obrado. Don Eduardo Arze Quiroga, que conoció de cerca “sus conflictos interiores”, afirma “la violencia y la contrariedad que le produjeron los hechos consumados”. Y el general Gualberto Olmos, biógrafo de Villarroel,

sostiene categóricamente: “Los trágicos sucesos del 20 de noviembre fueron completamente ajenos a la intervención del presidente”.

Mas, cualesquiera sean las pruebas de descargo, la responsabilidad recae sobre el primer magistrado. Al conocer la tragedia debió sancionar a aquellos que obraron a sus espaldas con exceso de poder, pues no hay –para emplear la sentencia de Castellón- ningún mandato divino, aunque se invoque el nombre de Dios, capaz de justificar la muerte de un hombre.

VILLARROEL EL INMOLADO

En el hombre existe mala levadura.

RUBEN DARIO

El 20 de diciembre de 1943 una revolución fulminante, tipo **blitz**, encabezada por el mayor Gualberto Villarroel, derrocó al gobierno del general Peñaranda, primer presidente elegido en comicios populares después de los regímenes militares surgidos tras la guerra con el Paraguay.

Poco conocida era entonces la personalidad de Villarroel. ¿Quién es ese militar que ocupa la presidencia de la República, después de un golpe de precisión casi matemática? –se interrogaba la opinión boliviana-. “La Calle”, un diario fogoso y combativo, tenaz en sus anatemas y en su lucha política, satisfizo, en dos ediciones sucesivas, la curiosidad pública.

Nacido el 15 de diciembre de 1908 en Villa Rivero Provincia Tarata del departamento de Cochabamba, había ingresado al Colegio Militar a los diez y siete años de edad. En diciembre de 1928 obtuvo el grado de subteniente después de haber sobresalido en sus estudios. En la campaña del Chaco cumplió sus deberes como buen militar, altivo, austero, disciplinado. “Cuando el presidente Salamanca –decía “La Calle” en su edición de 24 de diciembre de ese año de la revolución- fue derrotado en el Chaco, el entonces teniente Villarroel dirigió al Comando una carta, redactada en la trinchera, que contenía su más enérgica protesta contra los componentes del Comando, que traicionando a la patria, se revolucionaron contra el Capitán General del Ejército en Campaña”.

Treinta y cinco años contaba Gualberto Villarroel cuando llegó a la primera magistratura. Era de talla mediana, contextura robusta, cutis blanco, cara redonda, frente amplia, ojos claros, nariz de anchas aletas y labios delgados. Su mirada, serena y melancólica, reflejaba la prudencia unida a la energía. Eduardo Arze le juzga “modesto como pocos”. “Desde su infancia” –dice- huye de la figuración barata”. “Bondadoso como nadie –añade- ciñe sus actos y su conducta a la presión de sus propios sentimientos. No goza con el dolor de sus enemigos, ni aspira a hacer daño ciegamente. Quienes conocieron de cerca los conflictos interiores de Villarroel –agrega- saben la violencia y la contrariedad que le produjeron los hechos consumados”.

Por primera vez en la historia de Bolivia, una pléyade de militares y civiles (la Logia Radepa y el Movimiento Nacionalista Revolucionario) que proclamaban la encarnación de los más puros sentimientos y elevados ideales de resurgimiento nacional, asumía las funciones de gobierno ante el fervor del pueblo esperanzado que recibió ese advenimiento como un augurio de redención. Desgraciadamente el gobierno no pudo desenvolverse dentro del marco de los propósitos del mandatario porque muchos elementos que le colaboraban, imbuídos de extrañas teorías y dispuestos a “borrar con sangre los males”, condujéronle por un camino de violencias que tuvo su culminación en los crueles fusilamientos del 20 de noviembre de 1944.

Estos trágicos sucesos, según su biógrafo coronel Gualberto Olmos, “fueron completamente ajenos a la intervención del presidente Villarroel”. “Muchas fuerzas subterráneas – asegura- tomaron parte en esos luctuosos hechos: y quizás por la magnitud de los que se hacía en Bolivia, o por la excesiva juventud y pureza de Villarroel, no fue posible sobrepujar el destino”.

Ese episodio sombrío e injustificable fue la bandera que se agitó para avatar ese gobierno calificado de tiránico y sanguinario, que había reabierto la era de los cadalsos políticos. Transcurrido poco tiempo, las fuerzas opositoras volvieron a moverse activas al amparo de la

irrestrita libertad de prensa que había otorgado el presidente, después de un llamado patético al desarme de los espíritus.

El gobierno Villarroel se singularizó por su tendencia al mejoramiento de las mayorías nacionales, traducida en la ratificación de las conquistas sociales iniciadas en el gobierno de Bautista Saavedra y acentuada en el de Germán Busch. Cercado por una oposición enérgica y tenaz, acrecentada por el horror que producían las medidas represivas a las que se veía empujado por un grupo de exaltados, Villarroel condujo su nave por las agitadas olas de un océano embravecido. Porque el nuevo régimen había instituido un sistema de represión brutal con una agresividad torva y una violencia ilimitada. El terror paralizó a las esferas plutocráticas, a la burguesía dinerada, y la “Logia” y el “Movimiento” eran palabras que tenían el nimbo terrorífico del nazismo, con toda su secuela de dolor y de sangre.

Junio y julio de 1946 fueron los meses de franca rebelión. Sofocada rápidamente la revolución del 13 de junio, en la que una juventud romántica jugó su vida en una aventura heroica y descabellada, fue el anuncio del desmoronamiento del régimen que, para detener la marea subversiva, decretó la incautación de los diarios “La Razón” y “Ultima Hora”, baluartes de la ofensiva contra el gobierno.

A partir de aquel día enrojecido por la sangre vertida por esos idealistas, la antorcha revolucionarias alumbraba la ciudad. El 8 de julio se declaró una huelga de maestros en procura de mejores sueldos. Como los huelguistas fueron destituidos de sus cargos, recibieron la adhesión de los universitarios de La Paz que realizaron otra manifestación más enérgica y numerosa en la tarde del día 10 con el resultado fatal de la muerte del estudiante Bengel Camberos de la Escuela Pedro Domingo Murillo, caído en el tiroteo producido en la Plaza Murillo, “suficiente para el plan de la Rosca”, escribe Carlos Montenegro.

“Ese era el plan –sostiene también- elaborado en los bufetes de las grandes empresas de los cuales salió la fórmula: “necesitamos que se mate estudiantes...”. “De ese modo –agrega- la Rosca no tuvo escrúpulo en lanzar a los niños y a las mujeres como vanguardia de la subversión...”.

Pero tal afirmación está contradicha por los hechos y por testimonios irrefutables, pues la verdad irrefutable es que el levantamiento del 21 de julio de 1946 fue una jornada eminentemente popular. Lo prueba la falta de dirección, el desconcierto absoluto mientras las acciones se desarrollaban inesperadamente. También lo prueba la dificultad de encontrar al jefe del nuevo gobierno en el momento del triunfo de la revolución. Precipitados los acontecimientos tuvo que llamarse al Decano de la Corte Superior de La Paz, a la sazón postrado en su lecho de enfermo, personaje ajeno a las contiendas políticas, magistrado de probidad ejemplar y de una austeridad y pobreza por todos reconocidas. ¿Cómo suponer que el momento de la victoria no apareciera el caudillo o jefe de un movimiento dirigido por la Rosca, la Logia Masónica o los bufetes de las grandes empresas?

“Todos nosotros en la Embajada –consignaba en su Diario el señor Joseph Flack, Embajador de los Estados Unidos de Norte América- estamos convencidos de que ésta ha sido una revolución popular en el más estricto sentido de la palabra”.

* * *

La muerte del estudiante Camberos, inmolado en los albores de su vida generosa, enardeció los ánimos. Aunque un cronista de la revolución asegura que el cadáver fue rápidamente secuestrado por la policía, otros testigos aseveran que sus compañeros universitarios consiguieron arrebatarse la chaqueta empapada en sangre con la que se efectuó después un impresionante entierro simbólico. Desde ese momento fueron desarrollándose los acontecimientos en un ambiente de efervescencia y franca rebelión. Para evitar mayores disturbios se había dispuesto suspender los festejos del 16 de julio, la fecha cívica paceña. Esa noche, miembros exaltados del

partido oficial apedrearon la Universidad aumentando la tensión y la cólera popular por ese hecho reprochable.

Los días siguientes continuaron entre zozobras, amenazas y nieve. Toda la noche del 17 nevó copiosamente. La nieve caía lenta, calladamente, como una mortaja sobre la ciudad sojuzgada. A la mañana siguiente el blanco decorado contrastaba con el rojo de la sangre vertida en las calles agitadas, escenario de nuevas manifestaciones disueltas con saldos de muertos y heridos. Y como un caldero hirviendo gorgoteaba la muchedumbre afiebrada.

El día 20 –último del gobierno Villarroel- se intentó un recurso desesperado. Fueron excluidos los personeros del Movimiento Nacionalista Revolucionario para organizar un gabinete netamente militar constituido así: Coronel Max España, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto; coronel Francisco Barrero, de Gobierno, Justicia e Inmigración; Tcnl. Wilfredo Carrasco, de Hacienda y Estadística; Tgral. Ángel Rodríguez, de Defensa Nacional; Tcnl. Humberto Costas, de Obras Públicas y Comunicaciones; Tcnl. Miguel Julio Prado, de Trabajo, Previsión Social y Salubridad; Mayor Clemente Inofuentes, de Economía Nacional; Coronel Jorge Chávez, de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas. Pero el viraje político no satisfizo a la opinión pública enardecida, que exigía gobierno civil.

A sugerencia del flamante ministro de Defensa se habían retirado las tropas de calles y plazas, acuartelándolas, con el propósito de evitar choques con el pueblo; mas todo fue inútil. Continuó la protesta traducida en nuevas manifestaciones que portaban, como símbolos de barbarie, los cadáveres caídos en las refriegas que encendían la ira popular. Las escenas de violencias, de heroísmo, se multiplicaban en todos los puntos de la ciudad con saldos trágicos. Y la sangre de muertos y heridos teñía de rojo las calles paceñas.

La noche del 20 de julio había aumentado la gravedad de la situación. Frente a la ciudad convulsionada el gobierno permanecía inerte por el acuartelamiento de las tropas. A las 22 y 15 de esa noche, una comisión representada por personeros de casi todas las reparticiones militares, encabezadas por el Comandante en Jefe del Ejército, General Dámaso Arenas, uno cuarenta en total, incluidos ministros, ex –ministros y edecanes, entrevistó al presidente Villarroel en el salón rojo del Palacio de Gobierno. Los datos y transcripciones aquí consignados, fueron obtenidos del documento suscrito por el general Arenas, los tenientes coroneles Roberto Ramallo, Ceferino Rioja, José Mercado y el mayor Marcelino Montero, publicado en “El País” de Cochabamba con el título “La última noche del Gobierno de Villarroel”.

Dramáticos contornos adquirió esta reunión. El amplio salón estaba repleto de militares de diversa graduación, exaltados los más, en medio de los cuales el presidente Villarroel escuchaba las contradictorias opiniones. La mayoría se inclinaba por la renuncia del mandatario “para evitar inútil derramamiento de sangre”. Pero había algunos que la combatían. Uno de ellos, el capitán Ronant Monje, comandante del Batallón Motorizado, manifestó categóricamente su criterio opuesto: “Todos –dijo- desde el último motorizado hasta su comandante, somos contrarios a la dimisión y lucharemos para defender al Presidente y al Gobierno”.

Hasta ese momento Villarroel se había limitado a escuchar. No parecía contagiado de la exaltación que dominaba el ambiente. Tomó la palabra y explicó: “Yo no estoy agarrado al cargo, pues para mí sería una tranquilidad renunciar si es por el bien del Ejército y la suerte del país; pero, ¿ante quién voy a renunciar? Debería hacerlo en manos del vicepresidente señor Montellano, pero con eso no se soluciona nada. ¿Quién pide ahora la dimisión, concretamente?”

Un breve silencio sigue a la pregunta del mandatario. Es misión embarazosa pedir la renuncia a un presidente. Se miran uno a otros como instándose a hablar, a ponerle el cascabel al gato. Es el ministro de Defensa, general Rodríguez, que formaliza el pedido “a nombre del Ejército”.

Villarroel no replica. Si es así no le queda otro camino. Pide papel para redactar su renuncia y concluir con esa carga pesada que le abrumba. En verdad, no lucha por nada personal ni por el poder siquiera. Le son insoportables las incomprendiones de este combate desigual, las salpicaduras del odio infecundo. Está cansado de tantas amarguras, cansado de ser presidente. Ahí está de pie, con la pluma en la mano, listo a estampar su firma en el documento que le libere de ese suplicio que importa las responsabilidades del gobernante. Pero inesperadamente ingresan al salón rojo el mayor Alberto Alarcón y los capitanes Juan Moreira y José Vargas Soto, para mostrar su disconformidad con esa presión ejercitada en el ánimo del presidente. Alarcón expresa categóricamente: “En mi calidad de comandante de los Transportes Aéreo del Ejército, vengo a manifestar al señor Presidente que no permitiremos su renuncia y que estamos dispuestos a todo, si es posible a bombardear esta ciudad...”. Seguidamente el capitán Moreira, a nombre de las bases aéreas Nos. 1,2 y 3, agrega que “todos los pilotos, oficiales y alumnos no permitirán la renuncia de su Presidente, que lo acompañarán y mantendrán a toda costa”.

Sorprendido Villarroel por este inesperado repunte de su posición, extraña que no haya “unidad de pensamiento”. “¿Cómo es esto? –interroga-. Por un lado me piden la dimisión y por el otro recibo una tonificante adhesión”.

No ve que estas actitudes carecen de sinceridad y son fruto de la exaltación de unos pocos, precisamente los causantes de la situación. Fieros y aguerridos se muestran ese momento, pero sus actitudes posteriores demostrarán una conducta opuesta como el caso del primero de los tres nombrados, que fue quien, a las pocas horas, proclamaba en Santa Cruz, entusiastamente, el triunfo de la revolución.

Otros militares expresan sus opiniones, pero son pocos los que guardan serenidad. Cuando hablaba con mesura el general Arenas, le interrumpe el mayor Clemente Inofuentes poseído de extrema vehemencia y dice entre otros conceptos: “Si es necesario matar quinientos o más para mantener los postulados de la revolución, hay que hacerlo sin miedo... Todos los que piden la dimisión son ajenos a la revolución patriótica del 43... En caso hipotético la dimisión debería recaer en otros revolucionario...”

La reunión se torna cada vez más agresiva: amenazas, gritos, increpaciones. Al fondo del salón Villarroel sereno, observa las reacciones de los energúmenos. En momentos en que intervenía el teniente coronel Jorge Calero para oponerse a la renuncia, irrumpe indignado el capitán Waldo Ballivián “sosteniendo del cuello al capitán López, Ayudante del Comandante en Jefe del Ejército, y dice: “Aquí hay traición; he sorprendió a este capitán telefoneando al Estado Mayor General dando aviso de que la tesis de la dimisión estaba a punto de fracasar y que envíen refuerzos”. Añade que es un trabajo preparado para obligar al Presidente a dimitir en favor del general Arenas. Y dirigiéndose a un clase del Batallón Motorizado, le ordena: “Sáquelo a este traidor y tírelo inmediatamente”.

En ese ambiente de confusión y de vehemencia, vuelve a intervenir el presidente Villarroel para pedir cordura y tranquilidad. Todos se han puesto de pie, agitados y convulsos. Accionan iracundos, gritando amenazadores.

El coronel Max España interviene en medio del vocerío: “La violencia, señores, empeorará esta situación...”

Mas la violencia ha ganados espíritus. “El teniente coronel Nogales, -continúa la relación- ausente hasta ese momento, irrumpe colérico en la sala y con una falta de respeto propia en él, ordena el apresamiento de todos los que habían pedido la dimisión del Presidente: Arenas, Rodríguez, Rioja, Ramallo, Armijo, López, para ser fusilados. La orden se hace extensiva al mayor Montero del Regimiento Lanza”. Seguidamente dispone que el personal del Batallón Motorizado y del Ministerio de Gobierno, salga a tomar presos a una veintena de militares, cuyos nombres denuncia. “Esos –dice- deben venir vivos o muertos a juntarse con estos otros”.

En esa atmósfera caldeada interviene una vez más el general Ángel Rodríguez para reclamar calma y cordura. Remarca su adhesión al presidente y expresa que aceptó el cargo de ministro creyendo que su actitud patriótica serviría para conjurar la gravedad de los acontecimientos; pero que en vista de la situación caótica no le queda otro camino que el de la renuncia de su cargo. Y se dispone a abandonar el salón, pero es detenido por la actitud enérgica del capitán Ballivián que dice: "Nadie de estos sale".

El ambiente del salón rojo es cada vez más agresivo, pues menudean las órdenes de fusilamiento. Ingresan otros militares que han sido llevados a la fuerza y sufren las viarazas de los más exaltados. La confusión es inaudita. El Tcnl. Ayllón denuncia la connivencia de los militares dimisionistas, "influenciados por políticos, estudiantes y la Solari... pero ahora la pagarán todos – amenaza-. Si han querido evitar sangre, ahora correrá mucha sangre en el patio interior del Palacio".

A poco ingresa el Tcnl. José Mercado y se le enfrenta Ayllón, indignado:

"¡Traidor! –le dice- Desde el Ministerio has estado de acuerdo con Arenas. ¡Ahora la pagarás juntamente con todos éstos!".

"¿Se han vuelto ciegos? –le responde Mercado. Mañana verán cómo reacciona el populacho y ustedes serán los primeros en huir...".

Mientras se espera a los que deben llegar presos, salen comisiones para verificar la situación. En tanto son las cuatro de la mañana.

No tardan mucho en regresar los comisionados. Por sus informes se comprueba la gravedad de la situación. La evidencia serena los ánimos y con la cordura que vuelve, quedan suspendidas las órdenes de fusilamiento.

Villarroel observa y calla. Acaso en lo profundo de su alma se siente un engañado. La serenidad no le abandona un momento. Mientras sus allegados vociferan, su pensamiento está lejos del grupo aullante y amenazador. Con la idea de evitar males a la patria acepta la responsabilidad. Está solo, ahora lo comprende, y solo irá al sacrificio, a la muerte infamante que será el tabor de su transfiguración.

Son las 5 y 45. El alba comienza a insinuar el nuevo día después de la noche tormentosa cagada de fúnebres presagios. Amenazadores y amenazados abandonan el palacio de gobierno. Y las macizas puertas se cierran en esa madrugada, guardando en su interior a un Presidente ante el que ronda la Muerte.

* * *

Al mismo tiempo, otros acontecimientos se desarrollaban esa noche. Habían enviado su renuncia los ministros del Movimiento Nacionalista Revolucionario, señores Víctor Paz Estenssoro, Julio Zuazo Cuenca y Germán Monroy Block. Los informes recibidos sobre la posible renuncia del presidente Villarroel había llevado a sus espíritus un gran desasosiego. Después de algunas gestiones destinadas a evitar esa dimisión, los tres, acompañados de los señores Juan Luis Gutiérrez Granier, Alfonso Finot e Israel Camacho, se constituyeron, pasada la media noche, en el despacho del Alcalde Municipal, en espera de otras informaciones. Ahí recibieron un llamado telefónico del Director General de Tránsito, Mayor Max Toledo.

Lo ocurrido después refirió con lujo de detalles don Alfonso Finot, en una dramática narración que con el título "Así cayó Villarroel", fue publicada en diarios y folletos. Finot sindicaba a Paz Estenssoro de haber ordenado el corte de las comunicaciones telefónicas del Palacio con las principales reparticiones militares.

“Del bolsillo interior de su saco –escribe- extrajo una libreta donde tenía anotados los números más importantes de la red de gobierno.

“Tenemos que cortar los teléfonos del Palacio con el Estado Mayor General, el Ministerio de Defensa, la Región Militar, el Regimiento “Calama”, el Arsenal de Guerra y la Policía –diciendo esto dictaba los números a Monroy Block que los anotaba en un papel, controlando los números con los que también él tenía anotados en su libreta”.

Seguidamente afirma que los comisionados para ese corte fueron Germán Monroy Block e Israel Camacho que a poco volvieron de la central telefónica y “comunicaron a Víctor Paz Estenssoro que habían cumplido la orden recibida”.

Otras referencias coincidentes se publicaron también. Los tenientes coroneles José C. Pinto desde Antofagasta (1º de marzo de 1951) y Antonio Ponce Montán, desde Buenos Aires (8 de abril de 1951) expresaron, en extensos documentos, que el corte de las comunicaciones se había producido.

La impresionante sindicación fue rebatida por el señor Paz Estenssoro en documento fechado en Buenos Aires en marzo de 1951, calificándola de “versión falsa, urdida más de un años después de los sucesos de julio del 46”. Para destruirla, se refiere al relato publicado por el capitán Milton López en “El Diario” de 11 de agosto de 1946 por la que se evidencia que esa noche éste se comunicó con el Estado Mayor; que el edecán Waldo Ballivián había interceptado otra conversación de López con el Estado Mayor; que a las 5 y 30 de la mañana López acudió a un nuevo llamado telefónico. “Aun más –afirma- cuando (López) regresó al Estado Mayor mucho después de las 5 y 30, hubo una interrupción al teléfono de Palacio, lo que quiere decir que había comunicación telefónica con y desde Palacio, pues no se interceptan comunicaciones que no existen”.

Por su parte, el señor Finot, en un nuevo artículo publicado por “El Diario”, el 22 de abril de 1951, reafirma que “Germán Monroy Block e Israel Camacho, fueron los ejecutores de aquella inenarrable hazaña de felonía”. Cita, además, la afirmación del general Dámaso Arenas, en ese mismo sentido. Se refiere luego a los empleados de turno en la Central Telefónica, “quienes vieron la desconexión de las líneas”. “Ojalá esos hombres estén vivos”, agrega, “Y algún día puedan declarar o escribir sin miedo a las venganzas, lo que vieron, para que se cumpla la justicia de Dios”.

* * *

Clareó el día. En las primeras horas de la mañana una tranquilidad apacible, gran calma precursora del estallido, caía sobre la ciudad. Pronto atronó el furor popular. De la Municipalidad abandonada con las puertas abiertas y una pizarra que invitaba al pueblo a comprobar que en sus interiores no existía ningún muerto, como se había denunciado, los revolucionarios extrajeron muchas armas de la intendencia municipal con las que iniciaron el ataque a otros reductos. Sucesivamente fueron capturados el cuartel de Tránsito, el Panóptico, la Policía de Seguridad, el Cuartel Calama, la Prefectura...

-Más o menos a las diez de la mañana –expresa el coronel Francisco Barrero en referencias al autor- el presidente recibió una comisión presidida por el señor Eduardo Montes, invitado para exponer el pensamiento de los partidos políticos. Montes mostró la gravedad de la situación, la inutilidad de modificar las medidas gubernativas y la urgencia de la renuncia que reclamaba el país. Villarroel expresó su disconformidad con esta generalización de la exigencia, puesto que lo más que podía invocar el comisionado era el nombre de la ciudad de La Paz. Refirmó el presidente que estaba siempre dispuesto a oír el clamor del pueblo boliviano.

Más o menos a las 10 y 30, llegó una delegación de la Escuela de Aviación presidida por el capitán Juan Moreira, quien expuso la conveniencia de trasladar al presidente al Alto de La Paz

con el propósito de proteger su persona, que corría peligro en el foco mismo de la hoguera revolucionaria.

-Tomé la palabra –continúa el coronel Barrero- para aprobar la medida sugiriendo que el Gabinete quedara en Palacio para afrontar y conjurar la situación. Acepto este temperamento, el presidente se disponía a abandonar su despacho; mas en el momento en que su asistente Soria le entregaba el sobretodo, ingresó el teniente coronel Edmundo Nogales que llegaba después de verificar la situación en diferentes puntos de la ciudad. Sorprendido con la medida adoptada, interrogó:

-¿Qué pasa aquí...? –como si en esa actitud viera un propósito de huida.

El presidente Villarroel explicó las razones que reforzó el coronel Barrero. Nogales interrumpiéndoles, mostró la gravedad del momento con la captura de la Municipalidad, y de los cuarteles del Tránsito. Fue entonces que Villarroel tomó su decisión:

-Si la situación es grave, mi puesto está aquí...

Como una vibración eléctrica el grito de rebelión se extendía por toda la ciudad convulsionada. Manifestación de apretadas y heterogeneas muchedumbres recorrían las calles con ímpetu arrollador. Provistas de armas, continuaban arrebatándolas a los soldados. Hombres, mujeres y niños, universitarios, obreros y estudiantes, rivalizaban en denuedo. Cada uno de ellos escribía una página heroica en la historia de la revolución.

Poco antes del medio día el presidente había decidido firmar su dimisión, en una breve ceremonia presenciada por sus ministros y algunos funcionarios. Decía el documento:

“Al pueblo de Bolivia: Con deseo de contribuir a la tranquilidad del país, hago dejación del cargo de Presidente Constitucional de la República, en la persona del señor Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación.- La Paz, 21 de julio de 1946”.

Demasiado tarde. Afuera tabletean las ametralladoras. Las tropas leales se han pasado a las filas revolucionarias: con la visera atrás, oficiales y soldados testimonian que cambió el rumbo de la veleta. Y los guerrilleros civiles se quitan las corbatas “para amarrarse los pantalones”.

El río humano se había desbordado. Con bramido atronador y tempestuoso se precipitaba hacia la plaza Murillo en monstruosas proporciones, en ataque incontenible al Palacio, último reducto del gobierno. La fusilería tronaba y crepitaba sin descanso las ametralladoras, batiendo el objetivo frontalmente y por los flancos. Por las calles adyacentes los atacantes avanzaban avanzaban siempre, los ojos centelleantes de coraje, las bocas fieramente contraídas y espumosas. El palacio no ofrecía lugar seguro porque el embate era incontenible. En su interior, como una sombra ambulaba Villarroel por los corredores, la mente cargada de presentimientos, el gesto amargo ante la terrible evidencia de su abandono, reflejada en sus ojos lánguidos una honda expresión de desaliento, el desplome absoluto de su voluntad. Como las balas cruzaban por todas direcciones, el jefe de la casa militar, coronel Pacheco, le condujo a una oficina interior, la de eficiencia administrativa, la única que ofrecía alguna protección. Ya para él todo había terminado. Le acosaba una muchedumbre ciega de furor vengativo que enarbolaba el látigo del odio. A su lado permanecían su ayudante militar Waldo Ballivián y su secretario civil, Luis A. Uría, ejemplos de lealtad heroica. Porque fueron pocos los que compartieron su trágico destino. Los que le aconsejaron la violencia, los desorbitados, aquellos que juraban morir por él, le abandonaron en la hora del peligro, huyeron casi todos para quedar sólo los verdaderamente fieles.

En la mente de Villarroel había madurado la idea de las reivindicaciones sociales. Detrás de los tumultos callejeros unas veces y de la callada protesta que se reflejaba en las miradas duras de los oprimidos y los desamparados, comprendió la meta espiritual y se erigió en un redentor, estimulado por la prédica de sus colaboradores. “No somos enemigos de los ricos, pero somos

más amigos de los pobres”, había dicho, y creyó vencer en el gran combate. Pero en la lucha se vertió sangre de hermanos, y la sangre fecundó la reacción de esas mismas muchedumbres sentimentales e irrazonadas que él había querido redimir y que a esas horas terribles se levantaban frenéticas y ciegas de venganza.

Villarroel lo sabe y no puede hacerse ilusiones sobre la suerte que le espera. Lenta y febril agonía del hombre abandonado. Ya la muerte proyecta sobre él su trágica sombra. No hay posible salvación. Está cerrado y acosado como una fiera, sin escape frente a la multitud rugiente y vengadora. Propios y extraños le asestaron el golpe. Pudo salvarse, huir como los otros frente a la resistencia inútil. Pero como esos viejos capitanes que ven naufragar su barco devorado por las olas rugientes de un mar embravecido, prefirió morir en el puesto del deber, legar una herencia, aportar a la posteridad el sacrificio de su vida.

¿Dónde están los exaltados? Han desaparecido. Sólo permanecen los pocos hombres de la fidelidad y del sacrificio en esa hora negra de la tragedia que Villarroel columbra desengañado, con la vista vagando por la ventanas perforadas, pendiente de su cabeza la cuchilla inexorable presta al tajo feroz y despiadado.

* * *

Mientras el hombre acosado medita en su abandono doloroso y el odio colectivo explosiona incontenible, al otro extremo de la ciudad, en la plaza de San Pedro, otra muchedumbre enfurecida persigue al mayor Max Toledo, Director General de Tránsito. Estando y en el Alto, es decir libre de toda posible captura, un impulso fatal lo había lanzado al encuentro de su destino. Eran pasadas las once de la mañana. Acosado por una multitud corría por la calle Colombia. Se detuvo en el Instituto Geográfico Militar, cuyas puertas golpeó con desesperación, gritando su nombre y su grado; pero las puertas permanecieron obstinadamente cerradas, mientras de ambas esquinas avanzaba, cercándolo, la masa proteica. Los segundos fatales se acercan inexorables. En esa mortal angustia ve al frente a una puerta de calle abierta a la que penetra cerrándola tras sí. Sube las escaleras derruídas, llama a la primera puerta, pero le es cerrada sin compasión. Luego se dirige al otro departamento habitado por la señora María Uzquiano v.de Andrade, su hija Ana y dos pequeñuelos, sus nietos. El hombre desesperado implora protección, mientras la muchedumbre enfurecida violenta la puerta que cede a su empuje. Aterrorizadas las dos mujeres le muestran la situación. “¡Váyase, por Dios, le dicen. ¿No ve que aquí nos pueden matar a todos?”. Toledo las mira con tristeza, comprende su angustia y con resignación estoica abandona el pequeño departamento. Pero ya la turba ha inundado escaleras y patios, enloquecida por la excitación. El hombre acosado logra ingresar a una pequeña cocina y ahí se ensaña la multitud golpeándolo con furia salvaje. Luego lo arrastran, gradas abajo, por donde había subido en su desesperado intento de salvación, lo llevan revolcado en su sangre hacia la plaza de San Pedro, linchándolo sin piedad, deparándole una muerte atroz. Y es el primer colgado de la revolución.

Cerca de la plaza Murillo, teatro principal de la insurrección, el populacho enfurecido arrastra otro cadáver, el del periodista Roberto Hinojosa, director del vespertino “Cumbre”, señalando como instigador de las crueldades del régimen. Había permanecido en una de las habitaciones del Hotel París, según unos, en el Círculo Militar, según otros, presenciando el desarrollo de los sucesos. Cuando vio todo perdido emprendió la fuga por los tejados y alcanzó la calle Indaburo, paralela a la plaza. Ingresó en una casa, pero fue obligado a desalojarla. Cuando corría desesperado buscando inútilmente otra puerta de salvación, fue descubierto por un revolucionario que rondaba por ahí quien le disparó un tiro a quema ropa. Después, el cuerpo destrozado pendía de un farol...

A medio día el ataque al Palacio aumentó en intensidad. Ya nada era capaz de oponerse a la turbulencia arrolladora que en repetidos intentos logra al fin, con la ayuda de un tanque, fracturar la puerta de entrada y se precipita a su interior, ebria de sangre y de venganza. Aquellos millares de hombres –como en la definición de Gabriel Tarde- “no forman más que una bestia, un fiero innominada y monstruosa que marcha hacia su fin con una finalidad irresistible. La mayoría había

venido por pura curiosidad, pero la fiebre de algunos pocos se ha apoderado rápidamente del corazón de todo, y en todos se eleva igualmente hasta el delirio...”

Hormigueante, la plebe irrumpe todos los compartimientos del viejo palacio buscando con siniestra actitud a Villarreal y sus colaboradores. Y otra vez en el sombrío palacio la tragedia vuelve a trenzar la danza macabra y la sangre salpica paredes y pavimento.

Algunos pueden huir por un boquete abierto en el servicio higiénico del segundo piso, construido de ladrillo. A culatazos, el teniente coronel Edmundo Nogales hacer abrir un agujero, y cuando la multitud está ya por atraparlos, van saltando, uno a uno, en desesperado esfuerzo, hacia una casa vieja que da a la calle Ayacucho. Siete, ocho, diez metros tal vez, representa la altura que deben salvar en un salto increíble. Pero ahí, en el fondo de esa casa colindante hay una esperanza; detrás la muerte...

No obstante las publicaciones de la época y las referencias de quienes dijeron ser testigos de la evasión, el coronel Francisco Barrero, ya citado anteriormente, asegura que fueron solamente tres los que salvaron sus vidas por esa abertura providencial: el mayor Clemente Inofuentes, que saltó primero; después el teniente coronel Edmundo Nogales, y el último término, él, Barrero, cuando ya la ola humana inundaba los corredores del palacio.

Maltrechos y ansiosos buscaron un refugio donde esconderse y burlar la furia de los implacables persecutores. La vida de esos tres hombres pendía de un hilo, pues esa muchedumbre, con saña salvaje, los buscaba para ajustarles cuentas...

Por ahí, en unas habitaciones estaba un hombre con su familia. Era un extranjero, con un negocio de sastrería, sobrecogido de espanto por el desarrollo de los acontecimientos. Vio ingresar a su departamento a tres individuos, uno de ellos con uniforme militar, la pistola en la mano, la actitud resuelta:

-Usted tiene que escondernos –le ordenó el coronel Barrero apuntándole con el arma-. Y no intente delatarnos, porque al menor ademán le descargo todos los tiros de esta cacerina...

El aturdido dueño de casa imploró gimoteando, pero una advertencia enérgica le hizo ver que los momentos eran supremos. Temblando de miedo los llevó a su taller y envolviéndolos en géneros los cerró en una estrecha alacena, disimulando con otras piezas que colocó encima.

Entre tanto la búsqueda se hacía más intensa. Una patrulla invadió las habitaciones del extranjero que, ya sea por miedo, humanidad o piedad, mantuvo gran presencia de ánimo y dijo a los exaltados que nadie había llegado a su departamento y serenamente mostró una a una todas las habitaciones hasta concluir en el taller, donde los tres hombres estaban ahí apiñados, anhelantes, con la guadaña que ya parecía caerles inexorable.

Tantas emociones juntas habían producido, hacía poco, una crisis nerviosa en el teniente coronel Nogales que en esos supremos instante se manifestó con un hipo violento. Hipaba el hombre con estruendo, denunciando el escondite y eso equivalía al linchamiento atroz. Ahora sí que se sintieron perdidos. ¿Qué hacer? Con la rapidez que aconsejaban las circunstancias, Inofuentes con un tremendo golpe al estómago de su compañero de infortunio, desmayó al nervioso acallando la denuncia, refiere el coronel citado. Y los persecutores, luego de ligera búsqueda en el taller, salían afiebrados para continuar la persecución...

Pasaron horas de zozobra, largas horas de expectación torturante. La muerte implacable, seguía rondando alrededor de esos hombres desesperados a los que punzaba el aguijón de la angustia. Por fin el manto protector de la noche envolvió la ciudad por los sucesos trágicos del día. A su amparo abandonaron, como sombras, el refugio salvador, luego de preparar un plan de fuga. Barrero cambió su uniforme por traje civil proporcionado por el pobre dueño de casa, ansioso de verse libre de esa bomba peligrosa que podía estallar en cualquier momento. El primero en salir

fue Nogales, a los pocos minutos Inofuentes y por último Barrero, después de una despedida silenciosa, que bien pudo ser la última. ¡Qué momentos, Dios Santo! Cualquiera estaba en trance de ser descubierto y entonces sí que estarían perdidos. Y así parece que lo disponía el destino. Al trasponer la puerta de calle de la casa milagrosa, el coronel Barrero enfrentó a otro grupo que llegaba para practicar una nueva requisa. Se sintió perdido. Pero el peligro ilumina o anonada y a veces se patentiza la audacia de la desesperación. Jugando su última carta se sumó a la patrulla, después de haberse apegado a la pared simulando una necesidad corporal, y se encaró para decirles con ademán resuelto:

-¡Hay que encontrarlos! Deben estar aquí...

Poco a poco fue relegándose hasta quedar con otro grupo que pasaba por la calle Potosí. Y sorteada la situación terrible logró desprenderse del núcleo vociferante hasta alcanzar el lugar convenido con Nogales e Inofuentes.

* * *

Son indescriptibles las escenas que se desarrollan en el interior del Palacio tomado por los revolucionarios después de la lucha sangrienta. Alaridos, imprecaciones, lamentos, puños crispados, rostros ceñudos, bocas contraídas, tronar de fusiles y ametralladoras, y la tromba humana que se desata como un terremoto, envolviéndolo todo en su furia destructora.

Por fin encuentran a Villarroel. Sus fieles compañeros Luis A. Uría y Waldo Ballivián ensayan un esfuerzo inútil frente a esa masa arrolladora que se precipita como un alud y mata sin piedad a los dos hombres para luego ensañarse con Villarroel al que ultiman con cuatro balazos, según testimonio posterior de los médicos forenses.

El cuerpo aun palpitante es conducido por la turba frenética hasta una de las ventanas que da a la calle Ayacucho y lo arroja a la calzada. El populacho que permanece en la plaza se precipita al lugar donde acaba de caer el inanimado y ensangrentado cuerpo del presidente, y en su delirio se encarniza con el cadáver ultrajando la majestad de la muerte. Después lo arrastra hacia la plaza en loca y desbordante algarabía. Aumentan las heridas al cuerpo y le despojan de sus vestimentas.

De la multitud ebria de triunfo y de sangre, sale una voz que instantáneamente corea la multitud febricitante: ¡al farol!, ¡al farol!, ¡al farol! Y en ceremonia trágica cuelgan de los postes de alumbrado los cuerpos destrozados casi desnudos para mayor vilipendio: aquí Villarroel, allá Uría, cerca Ballivián, más allá Hinojosa...

"Horrible es, en verdad, - decía Carlyle- el momento en que el alma humana alcanza su paroxismo y traspone todos los límites y todas las reglas, dejando ver los abismos que en ella se esconden". Este cuadro de horror con la multitud enfurecida, sobre cuyas cabezas penden de los postes de luz los cadáveres que oscilan como péndulos gigantescos, testimonian la ferocidad de las luchas de los hombres, ciegos forjadores de las cadenas de la esclavitud en procura de la libertad jamás alcanzada. Y pocas veces, como en esos momentos angustiosos, cobraba tanto vigor la desoladora imprecación de Madame Roland: "¡Oh Libertad, cuántas cosas se cometen en tu nombre!".

Mar bravío en borrasca, la plaza Murillo resulta estrecho recinto para el tumulto bramador. Sobre ese oleaje humano fiero y ondulante, elévase al entro de la plaza que los revolucionarios han convertido en tablado de vindicta, la estatua del protomártir Pedro Domingo Murillo que hace 153 años, casi en el mismo sitio, fuerza levantado por la cuerda del verdugo para ahogar su voz profética. Erguida la cabeza, extendido el brazo en cuya mano sostiene la proclama revolucionaria que iluminara un continente, el glorioso mestizo **ve**, con sus ojos apagados, reproducirse el cruento suplicio que a él y a sus compañeros de infortunio les depararon las autoridades españolas la mañana del sábado 29 de enero de 1809. Ahora el teatro del drama es más amplio y más

concurrido. No están los magistrados y soldados de la ley que cumplan la sentencia de los tribunales y los códigos. Los que allí hormigean, inflamados por el odio implacable, aplican otra ley, terrorífica y brutal: la explosión de la ira popular, el desborde incontenible de las pasiones humanas...

El hombre que así terminó su vida de gobernante, escarnecido como nunca lo fuera otro en el transcurso de la historia boliviana, habrá de constituir una bandera y un símbolo. La posteridad se encargará de glorificar su martirio, y el farol donde fuera inmolado será motivo de reverencia pública frecuente. Un epitafio digno de su sacrificio se ha inscrito al pie: "El Capitán no abandona su barco en la tormenta".

"Pero las ratas huyen cuando el barco se hunde..."

LA FERIA EN LA PLAZA

Homo homini lupus.

PLAUTO

Viernes 27 de septiembre de 1946. Son las 14 y 30 de una tarde clara, risueña y primaveral. Una muchedumbre enardecida en cuyos ojos extraña fulguración ilumina rostros fieros, facciones contraídas, puños crispados y amenazantes, se desborda por las cuatro esquinas de la plaza Murillo de La Paz. Gentío proteico y siniestro que se arremolina frente al palacio de gobierno, sangriento como el castillo de Macbeth, teatro de tantas hazañas heroicas y dramas espeluznantes. Su frontis agujereado, como la faz de un varioloso, testimonia la lucha encarnizada del 21 de julio –hace exactamente sesenta y seis días- cuando fue derrocado el presidente Villarreal y colgado su cadáver de un farol en sangrienta represalia popular. Son diez mil, según un periódico del día siguiente, gran multitud ejercitada en sus venganzas. La turba ulula cerca al poste de alumbrado en la esquina misma que forma el histórico edificio, del que pende un hombre semidesnudo. Es el teniente Luis Oblitas Bustamante, joven militar, al que un acto de ofuscación le ha llevado a ese cadalso culminante. Un estremecimiento de pavor recorre a aquellas personas que llegan a la plaza, de paso a sus ocupaciones habituales, sin sospechar la tragedia.

De ese hervidero agitado por las convulsiones de la histeria colectiva, propágase, como un reguero de pólvora, una idea diabólica que inmediatamente se apodera de todas las mentes afebradas:

-¡Al Panóptico! ¡Todos al Panóptico! –ruge la muchedumbre desbordada.

En el Panóptico, la penitenciaría nacional, guardan detención unos cincuenta presos políticos caídos en la última revolución, acusados de haber sido ejecutores de torturas, crímenes e innumerables atrocidades. Sometidos a la acción de la justicia, esperan la decisión de los tribunales ordinarios; pero hay quienes creen que la justicia, siempre laxa, tarda demasiado en sus pronunciamientos y decisiones. Y por eso la turbamulta se precipita hacia el local de la penitenciaría, en la parte oeste de la ciudad, encabezada por uno cuantos exaltados, inoculadores de la violencia.

¿Por qué esta exacerbación popular, este alarido pavoroso que atruena en la plaza mayor y por qué ese hombre joven, hasta hace unos momentos libre y vigoroso, pende colgado de un farol?

Hacia una hora había ingresado al palacio de gobierno en procura de una audiencia para exponer su asunto personal al presidente de la Junta, doctor Tomás Monje Gutiérrez. Paseaba nervioso por el estrecho pasadizo próximo a la Secretaría Privada, a esa hora ya desocupada por los empleados de esa dependencia. De improviso, fatigado por la larga espera, violentó la puerta, ingresó con una pistola en la mano y puso en fuga a los pocos funcionarios que permanecían aún, mientras el Presidente concedía audiencia al Ministro de Obras Públicas, ingeniero Carlos Muñoz Roldán. Es a él a quien debemos la minuciosa relación de esos sucesos, publicada en “El Diario” de 8 de octubre de 1946 y en “La Razón” de 27 de septiembre de 1947:

“Bruscamente –cuenta- oímos un gran estruendo de vidrios rotos que se venían al suelo; poco después un tiro de pistola; y, en seguida, gritos destemplados de alguna persona, pero sin que pudiéramos distinguir qué era lo que decía. Todo ello proveniente de la Secretaría Privada.

“Inmediatamente el Presidente se levantó de su asiento y me dijo:

“-Vamos a ver lo que pasa.

“Salimos ambos por el extremo norte de la mesa, y al llegar a la altura de la puerta que da a la Ayudantía, el Presidente con toda atención me dijo:

“-Pase usted a esa habitación, señor Ministro.

“Ello seguramente con la intención de que yo me protegiera contra lo que pasaba o pudiera pasar en la Secretaría Privada. Como yo no podía siquiera pensar en abandonar al Presidente en esas circunstancias, no contesté a su invitación y seguí con él en dirección a la puerta que da a la Secretaría”.

Se abrió en ese momento la puerta de la Ayudantía Militar, también contigua al despacho presidencial, por la que ingresó el Subsecretario Roberto Calzadilla que ignoraba los sucesos. Seguido de ambos, el subsecretario y el ministro, el Presidente abrió resueltamente la puerta de la Secretaría Privada.

“Allí nos encontramos –prosigue Muñoz Roldán- con la habitación completamente vacía del personal que ordinariamente trabaja en ella y en la que sólo se hallaba un joven, muy nervioso, vestido de civil, abrigo largo, que, con una pistola calibre 38 en la mano derecha, gritaba y gesticulaba. Este en cuanto nos vio gritó:

“-Salgan todos he dicho. ¡Todos afuera!

“Y dirigiéndose al Presidente expresó:

“-Usted también, señor Monje. Y usted y usted, dirigiéndose a Calzadilla y a mí.

“En seguida, tal persona –que resultó ser el ex –oficial de Ejército Luis Oblitas Bustamante- continuó gritando:

“-¡Yo soy ahora el Presidente de Bolivia!

“A lo que el Presidente, con toda tranquilidad, cuadrándose por delante y abriéndose con las manos las dos solapas de su vestón le dijo:

“-Bien, si es así, aquí me tiene usted, dispare...!

“-No a usted, señor Monje –contestó el agresor, que perdió completamente la moral en vista de la entereza y actitud desafiante del Presidente.

“Durante esta escena, Calzadilla y yo nos hallábamos uno y otro a cada lado del Presidente.

“Poco después, sin embargo, reaccionó Oblitas y volvió a gritar blandiendo siempre su pistola en todas direcciones.

“-¡Yo seré el Presidente de Bolivia, porque tengo condiciones para ello! ¡Yo soy el único boliviano!

“A lo que el doctor Monje le contestó en forma irónica:

“-Pase entonces por esta puerta...

“Oblitas, tomando muy en serio su papel, siguió el consejo y penetró en el Despacho presidencial, seguido del Presidente, yo y Calzadilla, en el orden indicado.

“Al llegar al fondo de la habitación, o sea frente a la ventana que da hacia la Catedral, Oblitas comenzó una vez más a hablar desordenadamente, expresando:

“-Yo soy el único que puedo gobernar a Bolivia y darle la libertad que necesita.

“A lo que yo contesté más o menos:

“-Estamos de acuerdo en que Bolivia necesita libertad –cosa que dije con objeto de distraer la atención de Oblitas.

“Como los gritos y amenazas del agresor subieron de punto, el Presidente se le plantó por delante por segunda vez, y abriéndose nuevamente el vestón le volvía decir:

“-Ya le he dicho que dispare. ¿O desea usted que me descubra el pecho?

“Al oír esto Oblitas quedó nuevamente turbado y se dirigió andando para atrás, a la esquina norte de la habitación.”

La escena continuaba desarrollándose, con diálogo entrecortado y posturas risibles. Monje Gutiérrez caminó hacia su asiento de la gran mesa del Consejo de Ministros y “cambiando el tono irónico que usó poco antes”, dijo a Oblitas en “forma rotunda y cortante”:

“-Sepa usted que este es mi puesto; el que no cederé ni a “usted ni a nadie, y si usted quiere sacarme de él, ya le he dicho que dispare!”

“Al oír Oblitas ese desafío, por tercera vez, quedó sin palabra y sin saber qué hacer.

“En ese momento entraron en la habitación el Ayudante de S.E. Mario Pinedo Muñoz y el Jefe de la Guardia Civil. Al verlos Oblitas se subió a un sillón que quedaba en la esquina norte de la habitación, al pie de un estandarte boliviano, desde cuya altura seguía dominando la situación por medio de la pistola que continuaba blandiendo con el brazo derecho.

“Pinedo y el Jefe de la Guardia Civil se le acercaron, y el primero le dijo:

“-Usted está ya dominado, entregue su arma! Cosa que Oblitas se negó a hacer.

“Se abrieron nuevamente las dos puertas de la habitación, aparecieron soldados con fusiles, el personal de la Secretaría Privada que fue a traer a aquellos, más otras personas.

“El Presidente dirigiéndose a Calzadilla dijo:

“-Que lo saquen, pero que no lo maten.

“Viéndose Oblitas perdido bajó del sillón y comenzó a andar resueltamente en dirección a la puerta por la que había entrado con intención de salir. Cuando se hallaba en medio camino, llevando siempre su arma en la mano, alguien que no distinguí quien fuera, le dio un golpe con lo que le hizo perder el equilibrio.

“Siguió un pugilato entre Oblitas y Pinedo en el cual aquél hirió a éste en la cabeza con un golpe de la pistola; otros que se hallaban cerca tomaron parte en la lucha con objeto de desarmar a Oblitas, cosa que sólo se consiguió cuando un soldado le dio un culatazo en la cabeza, seguido de otro que le propinó el Subsecretario Calzadilla, que lo derribó sobre un sofá.

“Oblitas fue desarmado y como resultado de esta lucha quedaron sangrantes él y Pinedo: ambos en la cabeza.

“En este momento dirigí la vista al Presidente, que seguía de pie en su puesto, y ví que su hijo Federico, lo abrazaba como cubriendo con su cuerpo el suyo, en la dirección donde se hallaba el agresor.

“Poco después fue sacado Oblitas de la habitación y llevado fuera del Palacio...”

De la relación trascrita se colige que el teniente Oblitas no tuvo intención de victimar al Presidente. Si tal habría sido su propósito estuvo en sus manos hacerlo en esa escena que duró aproximadamente veinte minutos, tiempo que dominó, completamente solo, a más o menos diez personas. Todos los antecedentes hacen presumir que el agresor sufrió un ataque nervioso, un impulso extraño, una ofuscación que le condujo a la muerte.

Cuando blandía la pistola con ademán resuelto, los funcionarios pusilánimes que se encontraban en la Secretaría Privada huyeron precipitadamente al retén de la guardia, compuesta de pocos hombres con fusiles sin cargar, lo que resulta inexplicable. Se buscó afanosamente en los cajones que habían por allí, tiempo que aprovechó Oblitas para prolongar esa escena un poco pintoresca y otro poco grotesca que ha pintado, con vivos colores, el ingeniero Muñoz Roldán.

Desarmado y herido, Oblitas fue conducido a la Policía de Seguridad, muy cerca al Palacio de Gobierno. Allí las autoridades se preocupaban de tomarle declaraciones, en la creencia de que era el ejecutor de un plan contrarevolucionario. Entre tanto, la noticia del atentado se había difundido rápidamente por la ciudad. Las radioemisoras se encargaron de transmitir la noticia sensacional. Y entonces comenzó a afluir a la plaza el populacho siniestro, que después rodeaba amenazante el edificio de la Policía, en una de cuyas celdas se encontraba el preso, en los momentos en que se le tomaba una declaración. Pronto se convirtió en una masa compacta,

embravecida. Se desbordó por patios y compartimientos, entre clamores de indignación, fracturando puertas y ventanas en su incontenible acción vengadora.

Inútiles fueron todos los esfuerzos y las exhortaciones para contener a la iracunda multitud. Crujieron las puertas ante el empuje avasallador y la muchedumbre se precipitó en busca del autor del atentado al que encontró después de breves momentos. Fue agredido cruelmente, golpeado con furia y extraído de la celda.

“Al verse en la calle –refiere “El Diario” de 28 de septiembre- Luis Oblitas logró desprenderse de las personas que lo sujetaban y empezó a correr hacia el Palacio de Gobierno, cuyas puertas estaban cerradas. La gente impidió seguir por ese mismo camino. Sorteando en lo posible la ira popular, dio media vuelta, llegó a la esquina y bajó por la calle Ayacucho.

“La gente corría a detenerlo, mientras el tumulto seguía creciendo en esa zona. Cuando el prófugo buscaba resguardarse detrás de algunos automóviles que subían, Carlos Meyer Aragón extrajo una pistola y le hizo un disparo que dio en blanco y luego disparó cuatro tiros más de su arma. El señor Mario Guzmán también disparó un tiro. Así cayó Luis Oblitas Bustamante”.

Fue arrastrado después hasta la plaza entre la algarabía de la muchedumbre y colgado de un farol, casi desnudo, en la acera del Palacio de Gobierno próximo a la esquina.

* * *

Poseía de terrible sobreexcitación la marea devastadora se precipitó por la calle Ayacucho, hacia la Penitenciaría, en busca del mayor Jorge Eguino y del capitán José Escóbar, sindicados ambos de las más grandes atrocidades.

Rugiente avanzaba la multitud encolerizada. A veces –se ha dicho- un gesto, una voz, un grito, lanzado por un individuo en determinadas circunstancias, puede arrastrar inconscientemente a una ciudad o a todo un pueblo a los más graves excesos o a las más grandes heroicidades.

-¡Al Panóptico! ¡al Panóptico! –coreaba la masa en el paroxismo del furor.

Junto a los otros presos políticos permanecían los dos personajes sobre quienes recaían tremendas acusaciones. Eguino había suscrito el terrible comunicado de los fusilamientos de noviembre de 1944; Escóbar, como jefe de Policía, fue el actor principal de las represalias. Eran dos militares apasionados, valientes, con heroica actuación en la guerra del Chaco. Fanatizados por su idea, no trepidaron ante nada con tal de servir la causa de sus convicciones, instrumentos acaso de maquinaciones ocultas. Y quizás no fueron sino ejecutores de órdenes, como sostuvo el primero frente al patíbulo, y el segundo en su declaración del 21 de julio en la noche, cuando fue capturado en el Palacio de Gobierno por un grupo de revolucionarios.

Eguino había nacido en La Paz en 1909 y Escóbar en Cochabamba en 1913.

Envuelto en una frazada, herido y exánime por los golpes de la turbamulta, había sido llevado el capitán Escóbar desde el Palacio a la Central de Policías, el 21 de julio de 1946, con objeto de tomarle declaraciones que esclarecieran los sucesos en los que le cupo intervenir. Para salvarlo del linchamiento de la afiebrada multitud que se anotició de su presencia en el recinto policionario, fue embarcado precipitadamente en un jeep y conducido por sus captores al domicilio del Sr. Jorge del Solar, en la calle Capitán Ravelo 849. Pasadas las seis de la tarde, el Notario de Fe Pública, don Federico Monje, levantó un acta de sus declaraciones en presencia de los señores Alberto del Carpio, Néstor V. Galindo, Alberto Torrico, Mario Gutiérrez P., Luis Rubén Terrazas, Jorge del Solar y la señora Hortensia R. de Carpio. Escóbar respondió a todas las preguntas de los reunidos en ese tribunal **ad-hoc**, con amplitud y sin vacilaciones, sin aportar nada nuevo a lo ya conocido sobre los fusilamientos de noviembre, el secuestro del industrial Mauricio Hochschild, el atentado contra la vida del jefe del PIR, los últimos acontecimientos políticos que culminaron con el

derrocamiento del presidente Villarroel. Al terminar, aproximadamente tres horas después del interrogatorio, renovó “su profunda fe en los destinos del país dentro de una causa común que puedan realizar los bolivianos”, inspirado, dijo, “en conseguir la grandeza de nuestro país, convicción abrigada desde la guerra del Chaco, donde he sido herido tres veces”. Después de esa diligencia, los mismos que lo habían conducido a esa casa particular, lo entregaron a las autoridades del Panóptico, pues era inminente el peligro de su vida.

En la población de Calamarca, provincia Aroma del departamento de La Paz, había sido apresado el mayor Eguino. Cuando grupos de exaltados se aproximaban a su casa, situada en el pasaje Harrison de Miraflores, la tarde del 21 de julio, logró saltar por una pared hacia la casa vecina. Ganó el río Choqueyapu escondiéndose entre sus vericuetos y oquedades, siguió a Río Abajo y finalmente a Calamarca, después de cinco días de penurias infinitas. Su propósito era ingresar a Chile para sustraerse al odio colectivo. Disfrazado de indígena se acercó a un figón, hambriento y meditabundo. Sus ropas astrosas que contrastaban con un valioso reloj pulsera, atrajeron la atención de la autoridad del cantón que se le enfrentó con una patrulla para interrogar al omnipotente militar que en esos momentos mostraba humildad franciscana. Negó al principio su identidad, pero presionado y amenazado confesó al fin, fue conducido a La Paz e internado en el Panóptico donde lo encontró ese día funesto la muchedumbre desbordada.

Vanos resultaron los esfuerzos del Ministro interino de Gobierno, del Comandante en Jefe del Ejército, del Gobernador del Penal, de algunos legionarios. Amenazante la muchedumbre exigía la entrega de Escóbar y Eguino. La avalancha forzó la puerta de hierro con disparos a las cerraduras inundando todos los compartimientos. Celda por celda los buscó hasta encontrarlos en el Guanay, donde los dos presos habían sido llevados por el Gobernador del penal, en un esfuerzo por salvarles la vida.

Algunas acciones de violencia se registraron por la confusión. Varios presos fueron golpeados rudamente por error. Víctor Santa Cruz sufrió las agresiones de la turba, confundido con el mayor Eguino.

Frente al Panóptico esperaba otra densa multitud. A ella fueron entregados los dos infelices, nuevamente golpeados sin piedad. Entre alaridos e imprecaciones comenzó la marcha hacia la plaza Murillo, con Eguino y Escóbar a la cabeza, fuertemente custodiados por hombres armados. Detrás la turba traqueante engrosaba durante el trayecto con vengadores y curiosos. Algunos, desde las aceras, espectaban esta procesión siniestra en la que un pueblo desenfrenado llevaba para ajusticiar por sus propias manos a dos militares sobre los que pesaban las acusaciones más infandas.

Era un día sereno, con el cielo límpido y azul. La fiera innominada y monstruosa daba rienda suelta a sus instintos. Desde que el mundo es mundo y se ha fundado la primera sociedad, una mitad de la humanidad ha gozado con el dolor y el tormento de la otra mitad. Algunos espectaban ese torrente bravío, encrespado como un maremoto, con la sincera compasión que infunden los martirizados, no importa cuáles sean sus culpas. Estremecidos miraban a esos dos hombres que entre denuestos y golpes, entre befa y escarnio, iban a la muerte, sudorosos, estigmatizados, extenuados por el rigor del castigo tumultuario, por la sangre que les fluía de las heridas. Acerbo tormento este de recorrer una verdadera calle de la amargura, vejados, escarnecidos, golpeados por la multitud iracunda: Eguino con una enorme herida en la frente, los pies descalzos tumefactos por los pisotones; Escóbar tambaleante, inconsciente, llevado a rastras por entre las furias desatadas. De la plaza Sucre, en San Pedro, siguió la caravana por las calles Chapare, México, Colombia, Loayza, Mercado, Ayacucho, hasta la plaza Murillo donde se apiñaba una multitud semejante a un piélago humano.

El primero en ingresar a la plaza fue el capitán Escóbar, privado de conocimiento por los golpes recibidos. Rápidamente le colgaron en el farol del extremo del Palacio, cerca a la Catedral.

A poco apareció el mayor Eguino sujeto por hombres armados en medio de la muchedumbre enloquecida. La plaza rebosaba de un gentío heterogéneo, compacto y ululante. Frente al Palacio, sobre la plataforma de piedra, el otrora omnipotente y enérgico militar, inerme, herido, se enfrentó a la turba frenética e implacable trenzada en zarabanda diabólica. Con ambos brazos levantados reclamó silencio para hablar, explicarse, utilizar alguna estratagema que le permitiera zafarse del nudo corredizo que para su cuello ya le tenían preparado. Así ocurrió algunas veces. Cuentan que uno de los afiebrados días de la Revolución Francesa, el ministro norteamericano Morris, hombre valiente y de recursos, el único diplomático que no había abandonado París en los sangrientos días de Terror, una turba hostil, tomándolo por espía inglés, se aprestaba a colgarlo del primer farol público que hallara a mano. En ese trance supremo, Morris desligó las ataduras con que sujetaba su pierna ortopédica, y a balanceándose por encima de la muchedumbre, le gritó que él era ciudadano americano, que perdió una pierna luchando por la libertad. El efecto psicológico fue instantáneo. “La hostilidad de los revoltosos –refiere Duff Cooper– se trocó ipso facto en entusiasmo delirante; y los mismos que iban a ejecutarlo, lo aplaudieron como a un héroe, a pesar de que Morris, en realidad, nunca combatió por libertades de ninguna clase y había perdido la pierna en un accidente de tráfico”.

La magra estructura corpórea del mayor Eguino se destaca en medio de ese verbeneo agitado. Está atrapado por las tenazas del odio y de la venganza y condenado a la muerte infamante e inmediata por ese bullente tribunal popular. De su amplia herida fluye la sangre que le corre por los ojos, cegándolo. Con la punta de su delgado sobretodo, que un compañero de prisión le dio en el momento crucial de su salida del Panóptico, se limpia el cárdeno y pegajoso líquido que le inunda la faz pálida. Sus labios resecos, atormentados por la sed, le impiden expresarse con claridad. Alguien le da una botella de refresco cuyo contenido apura con avidez. Seguidamente inicia su alocución que dos improvisados taquígrafos anotan nerviosamente. Solicita dos días de vida para revelar secretos sensacionales; pero voces furibundas, gritos y silbidos, ahogan su voz implorante. Le formulan preguntas que él responde con aplomo en un breve diálogo con el populacho impaciente.

-¡Miente! ¡Miente! –le gritan.

Y él responde con una frase rotunda:

-Frente al patíbulo un hombre no puede mentir...

A pocos metros, tormento inenarrable, la visión macabra de los dos colgados que se balancean al leve impulso de la brisa, le anuncian cual es el destino que le tiene marcado ese conglomerado heterogéneo embriagado de furor.

Larga es la agonía. Hombre frío, valiente, de muchos recursos en el peligro, dirige una última mirada a su alrededor, oscura marea que se agita embravecida por la sangrienta embriaguez del furor, y dice como una vindicación:

“-Yo, como otros, he sido cumplidor y nada más. Esto les digo a fe de hombre. No pido misericordia”.

No puede prolongar más su coartada. Media hora, para él una eternidad, dura esta lucha para conservar su vida frente a ese poder inmenso, multiforme, enfurecido e implacable, que ha pronunciado, en su delirio colectivo, la sentencia sin apelación. La turbamulta, urgida, reclama el escarmiento. Entonces el condenado se postra ante el sacerdote franciscano Danz, que al iniciarse la terrible escena ha pedido clemencia para él.

“-Padre, -le dice- voy a morir; perdono a todos mis enemigos y que ellos me perdonen. Se me acusa injustamente sobre los sucesos del 20 de noviembre. Le pido que me absuelva”.

Conmovido el religioso traza sobre el hombre atormentado la señal de la Cruz, el símbolo imperecedero del perdón y la misericordia, que en esos momentos todos parecen haber olvidado.

“Su palabras no convenció al pueblo –refiere “El Diario”. Se le llevó al cuello, para ser suspendido en un farol. El alcanzó a decir: “Pégume un tiro, o denme una pistola para matarme. Después me cuelgan”.

“Fue suspendido así vivo en el poste, pero cuerda se rompió y su cuerpo se precipitó al suelo.

“Un joven con su “Colt” le disparó dos tiros de gracia. Luego fue suspendido nuevamente al farol...”. Eran las 16 y 55.

Mientras s producían estas escenas de horror, las ventanas de Palacio permanecían herméticamente cerradas. Parecía que nadie existiera en sus interiores. Pero estaban ahí reunidas las autoridades del gobierno entre el gentío que desde tempranas horas acudió para expresar su apoyo al primer magistrado.

Estaba ahí el Presidente, el único hombre que no podía detener el desborde irracional de la masa inorgánica y desorbitada.

“Si algo podía reprochársele – escribía después don Alberto Ostria Gutiérrez- era sus debilidad y aun su falta de coraje para enfrentarse a la multitud desbordada, en aquel 27 de septiembre, día de los trágicos colgamientos, que debió evitar aun a riesgo de perder su propia vida”.

En verdad era así. Monje Gutiérrez representaba una fuerza moral incontrastable porque el país, en su totalidad, estaba pendiente de su palabra. Su probidad de magistrado, su modestia, su rectitud, le habían creado una aureola de fervor y acatamiento. Y con sólo salir a la ventana de su despacho para reprobado con energía ese acto vandálico que se consumaba en las puertas mismas del Palacio, habría evitado a la revolución popular esa mancha indeleble.

Tal vez creyó que era suficiente su exhortación de dos horas antes, a los pocos minutos de la muerte del teniente Oblitas, cuando habló desde los balcones de Palacio a la compacta multitud que le vitoreaba delirante y que, sin embargo, mostraba su propósito de asaltar las representaciones diplomáticas que asilaban a muchos políticos:

“El pueblo de los heroísmos increíbles –dijo- no puede descender a ejercer venganzas que enloden la grandiosa obra revolucionaria que debe mantenerse con dignidad... Quiero –agregó- que este pueblo que ahora está en contacto directo con su mandatario, haga la promesa formal de no cometer ninguna violencia contra las Embajadas..., golpe que nos presentaría como un país al margen de la civilización”.

* * *

Consumada la tragedia, la muchedumbre, saciada de horrores, abandonó el teatro de su hazaña, entre cánticos y vítores, por las cuatro arterias confluyentes. Pero pronto volvió a colmarse con renovadas aglomeraciones que cundían empujadas por la nunca satisfecha curiosidad humana, a contemplar, con ojos de asombro y de angustia, el cuadro dantesco enmarcado en la plaza Murillo.

A las nueve de la noche fueron raleando los espectadores. De pronto, las tinieblas cubrieron el ámbito de la plaza y toda la ciudad amedrentada comenzó a envolverse de negros nubarrones, no obstante la serenidad de la atmósfera. Un relámpago precursor iluminó, como gigantesco fogonazo, el escenario de la vindicta. La llamarada súbita proyectó, nítidamente, la macabra visión de los tres pálidos cueros colgantes y el trueno retumbó hórrido, como si de los cielos brotara la reprobación divina.

Huyó la gente pavorizada, santiguándose supersticiosa, y la plaza quedó, en pocos momentos, completamente desierta.

LA MUERTE DE OSCAR UNZAGA

Siempre será precisamente el hombre puro, religioso, extático, quien, con la intención más noble, dará motivo a asesinatos y desgracias que él mismo detesta.

STEFAN ZWEIG

Desde que Oscar Unzaga de la Vega, jefe de Falange Socialista Boliviana, decidió enfrentarse al poder surgido el 9 de abril de 1962, supo que su suerte estaba echada. A las dos de la mañana negó su concurso y el de su partido a la insurrección encabezada por el general Antonio Seleme, Ministro de Gobierno de la Junta Militar que gobernaba el país, hacía un año, después del desconocimiento de las elecciones populares de 1951.

Unzaga prefirió formar en la barricada del sacrificio. No le interesaba el momentáneo usufructo de las ventajas del poder, emanado del triunfo obtenido después de tres días de combates sangrientos y heroicos en las calles de La Paz en esa Semana Santa imperecedera. Después de alternativas angustiosas, el segundo día, jueves, fue el de la desesperanza. El jefe de la revuelta, creyéndola dominada, se había asilado en la Embajada de Chile, aunque a poco, cambiado el curso de los sucesos, abandonaba su seguro refugio, pero ya no para continuar a la cabeza del movimiento que había pasado al comando de Hernán Siles Zuazo, el caudillo civil.

Muy pronto, a los cuatro meses del triunfo de la revolución, Oscar Unzaga daba la voz de alarma “contra el comunismo incrustado en el gobierno”, y a principios de 1953 dirigía desde la clandestinidad un enérgico “Manifiesto a la Nación”, severo enjuiciamiento del nuevo régimen instaurado en la República al que denunciaba de haber puesto precio a su cabeza. “Desde mi puesto de combate –decía en ese documento- aquí, en la ciudad de La Paz, cuna de mis mayores y de mis padres, me dirijo al pueblo boliviano, en nombre de mi Partido, que siempre fue la avanzada y el campeón de la lucha anticomunista en Bolivia... Nadie debe quedar indiferente y presumir de apolítico. En la hora del sacrificio, la desertión puede favorecer al enemigo”.

Ha comenzado la terrible lucha entre Oscar Unzaga de la Vega y el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

* * *

Oscar Unzaga de la Vega nació en Cochabamba el 19 de abril de 1916. Hijo del coronel Camilo Unzaga y de doña Rebeca de la Vega, quedó huérfano de padre a muy tierna edad. El 15 de agosto de 1937 fundó en Santiago de Chile Falange Socialista Boliviana de la cual fuera Secretario General hasta 1943, año en el que una Convención lo eligió jefe del partido, desde cuyo puesto inició enérgica acción opositora. Fue diputado por Cochabamba en 1946 y candidato a la Presidencia de la República en 1956.

Era cenceño, de mediana estatura. Sus ojos impasibles circundados por los gruesos aros de las gafas, relampagueaban bajo el arco de sus cejas espesas. Sus cabellos abundantes y ondulados, ligeramente encanecidos, se arremolinaban sobre su frente amplia surcada de arrugas prematuras. Debajo la nariz recta, un grueso bigote orlaba su boca grande de labios delgados que esbozaban una sonrisa fugitiva que suavizaba la expresión melancólica de su noble rostro. El mentón era fuerte y la tez mate. La cabeza metida entre los hombros acentuaban su endeble constitución física. No obstante su pobreza corporal, todo su ser esmirriado irradiaba un nimbo subyugantes. Su voz clara, sus ademanes circunspectos, su cordialidad, su natural sencillez, sin poses ni altanerías, le configuraban como a un hombre bondadoso. En su mirada se reflejaba la

mansedumbre, aunque en su pecho ardiera la llama viva de a exaltación patriótica y la tensión de una gran fuerza moral.

Ninguna manifestación externa denunciaba al luchador y sin embargo toda su vida fue un perpetuo combate. Ni un solo momento del día ni de la noche, en los siete últimos años de su existencia, pudo entregarse al descanso completo, porque le acechó la persecución tenaz de sus enemigos que le habían declarado guerra sin cuartel. Negada le fue la tranquilidad, en esos siete años transcurridos como una pesadilla, seguridad que otros políticos menos infortunados que él alcanzaron en épocas en que la política boliviana no se había deshumanizado hasta el extremo de parecer esta contienda partidista una lucha de lobos.

Desde su adolescencia se impuso una tarea superior, con olvido de todas las satisfacciones que brinda la vida. Ni el amor, suprema finalidad terrena, elixir maravilloso que anhela todo ser humano, tuvo cabida en su corazón. Su mente estuvo absorbida por otras preocupaciones que le alejaban de toda posibilidad venturosa, porque no fue a la política como otros que persiguen el fausto, el esplendor, el torbellino rutilante.

Detrás de su aparente serenidad se escondía la inquietud por el peligro que le rondaba continuo y amenazador. Como necesitaba inspirar confianza en sus prosélitos y seguidores, debía realizar un esfuerzo extraordinario en ese choque continuo de luchas espirituales y sentimientos encontrados. Todas las borrascas de su espíritu, lo que hay de tácito en el dolor, se reflejaba en el tono pálido de su rostro, en la mirada melancólica, "llena de un llanto si lágrimas y húmeda de un dolor estéril", que habría dicho Valdelomar.

La firmeza de su carácter nunca dejó traslucir el desencanto por su obra frustrada o incomprendida. El poderoso espíritu que aprisionaba su frágil organismo nunca paso al desfallecimiento. Ese fue el combate más heroico y más admirable de este hombre de mísera envoltura corporal pero que con su energía anímica logró vencer contratiempos, afrontar acechanzas y adversidades, hasta el día que su vida se extinguió como una cauda luminosa.

¡Qué suplicio el de este político perseguido por sus enemigos sañudos que husmean sus pisadas como perros de presa! ¡Qué insomnios en sus noches atormentadas frente a la amenaza que pende como una espada sobre su cabeza, o la trampa de los delatores que le fingen lealtad! ¡Qué dudas y fiebres golpeando su cerebro ante el mañana incierto, la incertidumbre, la desesperanza y el dolor! Y como si todo este infierno fuera poco, la obligación de mostrarse sereno, confiado, dueño de una voluntad inquebrantable, para esconder el más leve asomo de desaliento. Es difícil imaginar las torturas físicas y morales de este hombre delgado, pálido, con la barba crecida y las orejas profundas que acentúan su demacrado semblante. Y si los cien ojos de Argos le vigilan incesantemente, la tijeras de Atropos están listas para cortar el hilo de su vida.

Perseguido, acosado día y noche, debe cambiar de refugio, de zona, de casa, escondido en sótanos húmedos, en lecho prestado, muchas veces miserable. Esta reclusión a que se ve obligado para eludir la saña de sus perseguidores, representa la prisión más sombría imaginable. Por lo menos los delincuentes tienen derecho al sol, a la colectividad, al contacto humano, al don de la palabra, esa maravillosa facultad de expresión que ha creado Dios. A él le está vedado este recurso natural que impulsa al hombre a constituir sociedades. En su obligado aislamiento, solo con sus meditaciones y su íntima desolación, la esperanza pasa encendida con ígneos caracteres por su alma atormentada. Un peregrinar incesante dentro y fuera del país es la vida Oscar Unzaga. Así pasan los días, los meses, los años. Por todas partes está la amenaza, la animosidad, la ferocidad, toda la gama de ardidés, tretas y argucias que el ingenio inagotable de la policía política ha ideado para desbaratar las conspiraciones.

Cuántas veces habrá pensado con Amiel: "Una brizna me separa de la muerte. Una brecha ligera que se abre basta para comprometer todo este andamio ingenioso y frágil que se llama mi sr mi vida". Pero su fortaleza espiritual no decae. Con los ojos hundidos por el insomnio, el disfraz siempre listo para la huida, debe emplear todo su tiempo en la sutil trama de la conspiración con

paciencia y laboriosidad excepcionales. Planos, mensajes, manifiestos, símbolos, claves, todo debe manejarlos como director supremo de esa vasta organización que ha emprendido con obstinación silenciosa y heroica.

Dos décadas abarca su lucha política. Veinte años en los que con la pasión de un aluciando se dedica integralmente a esa labor peligrosa. Adolescente aún, funda un partido en cuyo lema inscribe los más grandes postulados; Dios y Patria. Desde ese momento renuncia a todo lo que hace grata la vida: riquezas, tranquilidad, hogar. Se refugia como en un ara santa en el amor de su madre, mujer admirable, esforzada y valerosa que le señala el camino del deber y del sacrificio en el recio combate de su vida.

Esa vida puritana y su apariencia de pastos manso de mirar tranquilo, creó en torno de la personalidad de Oscar Unzaga de la Vega un nimbo apostólico que hizo que sus prosélitos le miraran como a un santo, iluminado por una aureola que para esos seguidores resumía la encarnación de las más altas virtudes cívicas, del valor y la generosidad. En todos inspiró alegría y confianza. Por eso le siguieron ejemplares en el desinterés heroico, con excepción exigua del os que desertaron de sus filas. Tales condiciones consiguieron sembrar en una juventud fervorosa la semilla del idealismo, a tal punto que ninguno regatearía ni el tributo de su vida misma en procura de aquello que operaba en sus almas un verdadero deslumbramiento.

Pero una noche misteriosa, el sagrado frenesí de Oscar Unzaga se hundió en la nada. El hacha del destino abatió ese árbol joven nutrido de savia generosa...

* * *

Católico fervoroso, la fe iluminaba y fortalecía la energía de Oscar Unzaga. Como escudo estaba en Dios, su plegaria, elevada con unción férvida, reempló la vocación de su vida azotada por ráfagas de tempestad. Llevaba prendidas en su pecho imágenes sagrada como si pretendiera cubrir con es coraza simbólica su cuerpo debilitado y enfermizo. Rigurosamente, mientras se los permitía su precaria libertad, cumplía con los Mandamientos de la Ley de Dios y los preceptos de la Iglesia. Esta su formación espiritual le planteaba un silogismo: **el Comunismo es ateo; el gobierno es comunista, luego va contra Dios**. Fue el origen de su oposición intransigente, tenaz, irreductible, contra el Movimiento Nacionalista Revolucionario, "partido marxista –escribía en un Manifiesto- cuyos jefes, por honda convicción personal, preparan en Bolivia una Estado bolchevique" con "un programa subversivo de destrucción y de violencia". Y de sus labios brotaba encendida la palabra acusadora.

Convencido de la imposibilidad de un cambio de sistema político por el libre juego democrático ("el Gobierno aplica la democracia del cero", denunciaba) enarbó la bandera de la rebelión. Estallaron varios conatos subversivos que fracasaron en sus comienzos con saldos trágicos. Unas veces la delación frustraba sus empeños, otras su menosprecio por las fuerzas opositoras cuyo concurso habría podido utilizar. Las sucesivas derrotas no parecían mellarle, pues a poco volvía a su tarea obsesionante con más ardor.

A cada fracaso la persecución se desataba violenta. Se organizaron campos de concentración donde los conspiradores y los opositores sufrían los rigores de un sistema brutal. Como la subversión era pertinaz, el Gobierno, para defenderse, recurría a los extremos de un aherrojamiento no igualado en los últimos tiempos; pero cuanto más dura e inclemente se mostraba la represión, más enérgica alzábase la voz del jefe falangista, siempre activo y animoso en la tarea conspirativa. Parecía que cada contraste le diera renovados bríos y fuerzas renovadas.

Gran parte del año 1958, Unzaga y su Estado Mayor se dedicaron a preparar cuidadosamente una nueva conspiración, la última que anudará este infatigable luchador. Iluso y confiado, estuvo seguro del éxito porque creyó haber atraído a su causa fuerzas del Ejército y de Carabineros. Sin embargo de su optimismo se debatía entre inconvenientes y delaciones que le

obligaron a postergar la fecha del estallido. Con el aporte de Julián Guzmán Gamboa, Director General de Policías, creyó haber asegurado toda contingencia.

Al analizar los trágicos sucesos del 19 de abril, el Dr. Wálter Guevara Arze, Ministro de Gobierno en esa época, interroga en la extensa relación publicada en "El Diario" de 8 de julio de 1962: "¿Hubo efectivamente un compromiso del Cnl. Julián Guzmán Gamboa, Director General de Policías en aquel entonces, con el señor Unzaga de la Vega para intervenir con las tropas bajo su mando en la subversión? ¿Autorizó ese compromiso o tuvo conocimiento del mismo el Presidente Siles Zuazo?". Y seguidamente, después de afirmar que para él "la revolución del 19 de abril fue una sorpresa total", dice: "Esas dos incógnitas trascendentales sólo pueden ser despejadas definitivamente por el Dr. Siles, el Cnl. Guzmán Gamboa y los dirigentes de Falange".

El 19 de abril, cumpleaños de Oscar Unzaga, fue el día señalado. Sus partidarios y amigos deseaban brindarle el regalo de cumpleaños: la banda presidencial. La Presidencia de la República era la meta soñada por este idealista generoso, desprendido, casi un apóstol del renunciamento, pero que por una inclinación misteriosa sentíase atraído por el poder supremo, peligrosa y traidora atracción que lo aniquilaría.

La noche anterior, sábado, poco antes de las 22 horas, llegó el jefe falangista a la casa de la calle Larecaja Nº 188, vestido de sacerdote, acompañado de su ayudante, el ex cadete René Gallardo, inseparable amigo del malogrado político, joven valeroso de una lealtad conmovedora y ejemplar. Dos días antes, es decir el jueves, había mandado solicitar este nuevo refugio a sus parientes los esposos Serrano-Jiménez, que moraban uno de los departamentos de la planta superior del vetusto edificio deteriorado por la acción del tiempo y ubicado en la intersección de las calles Oquendo y Larecaja, al norte de la ciudad. En las habitaciones de la planta baja que rodean el pequeño patio, vivían varias familias. En el segundo piso existen dos departamentos ocupados, en la época de estos acontecimientos, por el odontólogo Luis Serrano Echeagaray, su esposa doña Cristina Jiménez de Serrano y sus tres hijos menores: María Eugenia, María René y Marcos. El siguiente departamento pertenecía al coronel José Luis Serrano, padre de Luis, su esposa Gaby de Serrano y una sirvienta, Isabel Sanjinés.

A las once de la mañana de ese claro domingo otoñal, la ciudad fue sorprendida por nutridas descargas de fusilera y ametralladoras. La revolución estalló en momentos en que los cines estaban repletos de niños, los paseos concurridos por gentes de diversa edad y condición, las iglesias llenas de feligreses. Una enorme desorientación se apoderó de todos los habitantes de la ciudad. Los automóviles corrían veloces sin cuidar de las vías señaladas para su circulación. La angustia oprimía los espíritus y mientras la esperanza inundaba a los opositores, la duda y el desconcierto se apoderaban de los miembros del gobierno y sus adherentes. Porque si las bases agueridas se empeñaban en lucha heroica, algunos jefes, temerosos de que los dados de la fortuna cayeran del lado adverso, buscaron amparo en seguros refugios para hacer su aparición victoriosa sólo pasado el peligro.

Los primeros objetivos habían sido tomados con relativa facilidad debido a la sorpresa. Radio "Illimani" interrumpió sus programas para difundir el triunfo de la revolución falangista. Una treintena de civiles se apoderó del Regimiento "Waldo Ballivián", ubicado en la calle Sucre, contiguo a la Dirección General de Tránsito. En San Francisco y sus inmediaciones grupos revolucionarios actuaban sincronizadamente recogiendo armas y municiones distribuidas desde dos automóviles estacionados en el callejón Tiquina. Simultáneamente otros grupo atacó la Dirección Departamental de Tránsito en la Avenida Santa Cruz, desde donde, según informaciones oficiales, se ametralló el automóvil presidencial blindado del presidente Siles Zuazo quien apresuradamente y desafiando el peligro llegó al lugar de los sucesos.

Puede atribuirse a dos fallas fundamentales el fracaso del plan: el corte de la transmisión de Radio "Illimani" producido por un disparo al cable principal, factor psicológico importante, desconocido por los encargados de esta misión que continuaron la lectura del extenso guión radial durante más de tres cuartos de hora mientras la estación estaban silenciada; y a la inexplicable

actitud del grupo encargado de ocupar la central telefónica que abandonó su objetivo en el momento decisivo. Debe agregarse que la ausencia de las unidades militares y de carabineros comprometidas, sumada a la indiferencia popular, contribuyeron al completo fiasco de la revolución.

Sin embargo los combates continuaron intensos hasta promediar la tarde. Las milicias y los comandos zonales del M.N.R.se movilizaron rápidamente para atacar decididamente los focos insurrectos. A las seis de la tarde todo estaba concluido, pues la acción de las fuerzas leales se redujo a las operaciones de limpieza. Muchas eran las bajas de ambos bandos. El episodio más doloroso por la categoría de los caídos se desarrolló en el cuartel del Regimiento “Waldo Ballivián”. Ahí murió toda la plana mayor de FSB comandada por Wálter Alpire Durán, uno de los más valerosos e incansables luchadores. El general Gustavo Larrea Bedregal, jefe de la Casa Militar de S.E., hizo una relación impresionante en una conferencia de prensa que publicó “El Diario” de 20 de abril:

“Cuando el suboficial Plácido Sejas –había dicho- que se encontraba de comandante de guardia posesionaba a sus soldados en posición de apronte contra el dormitorio de los que aún estaban dominados por los civiles, llegó el jeep del comandante. El chófer del vehículo obedeciendo a una orden del suboficial, aceleró a fondo y estrelló el jeep contra la puerta del dormitorio controlado por los revoltosos. El hecho fue aprovechado por los soldados que se lanzaron tras el carro hasta conseguir introducirse en el dormitorio donde ya los falangistas estaban acorralados contra la pared por la acción de los disparos que se hacían desde una ventana de la Dirección de Tránsito. Catorce falangistas que levantaban las manos fueron ultimados por la tropa atacante. Un civil cayó muerto al intentar la fuga, otros tres consiguieron huir y un número igual fue detenido”.

Al día siguiente de esta publicación, el general Larrea desconoció tales declaraciones calificándolas de “falsas, insidiosas y tendenciosas” y negándolas categóricamente, con anuncio de acción judicial iniciada contra el órgano de prensa que las había publicado.

El ex ministro de gobierno, señor Guevara, asegura haber recogido informes en sus investigaciones personales, de lo ocurrido en el cuartel de la calle Sucre, sin carácter oficial, razón por la que “no puedo –escribe- resultar fiador absoluto de que hubiesen dicho la verdad, en todos sus detalles, porque actores como habían sido de una tragedia, es natural que procurasen resguardarse de las consecuencias que ella pudiera acarrearles”.

Varias versiones asegura haber recogido, todas coincidentes de que los atacantes del cuartel murieron en acción y no con las manos en alto. Refiriéndose a la principal de esas versiones, dice: “Al ingresar los falangistas se trabó un breve combate en ese patio y durante su desarrollo llegó el Cap. Mattos, Cmdte. de esa Compañía del “Waldo Ballivián”, el cual entró manejando su jeep, directamente hasta la cuadra asaltada. Su presencia desconcertó a los falangistas que murieron combatiendo ya sea dentro de la cuadra o en el mencionado segundo patio. Por lo menos uno de ellos, Víctor Sierra Mérida, sólo quedó herido, fue apresado e internado en una Clínica de la que huyó para asilarse en una Embajada con la ayuda del Dr. Julio Manuel Aramayo”.

Pero es precisamente el señor Sierra, que sobrevivió milagrosamente a esa tragedia, quien refuta la versión anterior en un relato que sobre esos sangrientos sucesos publicó en “El Diario” de 15 de julio de 1962. Cuenta que el 19 de abril, a las 11 y 20 de la mañana, unos veinticinco falangistas armados llegaron en un camión que se detuvo en la puerta que da a la calle Bolívar y que rápidamente tomaron el cuartel donde encontraron abundante armamento “no así munición”.

A poco se había iniciado un fuerte hostigamiento de la Dirección General de Tránsito. Atacadas desde diversos ángulos los falangistas disparaban “al exterior de la cuadra sin ningún blanco a la vista”. Pasada una hora de este tiroteo y agotada la poca munición que llevaron los atacantes capitularon con una camisa blanca amarrada a un fusil. “Acto seguido –escribe-, una vez que fuimos ubicados recibimos golpes de puño y puntapiés y culatazos de los soldados que ingresaron a la cuadra”.

“Poco a poco –continúa- fueron calmándose los ánimos, hasta que resolvieron hacernos formar en semicírculo, uno al lado del otro; posteriormente, así formados, nos obligaron a levantar las manos, cosa que obedecimos todos

automáticamente; luego ví claramente cómo un individuo uniformado irrumpió en el interior de la cuadra, portando una pistola ametralladora; en ese instante pregunté levantando la voz con lógico temor: “¿Qué nos van a hacer?”, la respuesta inmediata fue una ráfaga de ametralladora, que alcanzó a la mayoría de mi camaradas. Una bala me rozó la mejilla derecha, advirtiéndolo, por una sensación tibia que bajaba por mi pómulo. No perdí el equilibrio, permaneciendo de pie aun con las manos en alto. Mario Munguía parado a mi izquierda, también permanecía con las manos en alto, no había sido alcanzado por ningún proyectil. En cuanto a los que se encontraban a mi derecha, todos caían al suelo sin pronunciar un solo ¡ay! Se encontraba a mi lado, a la derecha, el falangista Carlos Kelleberger Palma, a quien ví nítidamente caer al suelo, cubriéndose la cara con las manos. Los otros falangistas que se encontraban en la cuadra en ese trágico momento fueron: Hugo Álvarez Daza, Carlos Prudencio, Fidel Andrade, Cosme Coca Jiménez, Mario Salas, Luis Saravia, Fabián Colac, y otros más cuyos nombre no conozco. Todos estos repito, cayeron a consecuencia de los impactos recibidos”.

Luego el testigo refiere la muerte de su compañero Munguía “violentamente empujado por uno de los soldados en dirección al patio”. Otro uniformado le disparó un tiro; herido dio dos o tres pasos; “ahí recibió otro proyectil, esta vez en la frente”. “Inmediatamente de lo relatado –afirma Sierra- yo sentí un fuerte empellón, que me proyectó hacia la puerta en dirección al patio. En la puerta, el mismo uniformado que disparó contra Munguía me asestó un culatazo que me impulsó a un costado del patio donde caí, muy próximo al cuerpo de Munguía quien todavía se quejaba, por lo que recibí dos nuevos impactos que terminaron con su vida”.

“En vista de aquello me cuidé mucho de no dar señal de vida –prosigue- procurando contener aun la respiración hasta donde me era posible. ¿Cuánto tiempo estuve en esta situación? No podría precisar; lo evidente es que por la incomodidad de la posición en que me encontraba, mi brazo derecho sufrió de calambre y un movimiento del mismo, delató que aun me encontraba con vida; fue en ese instante que recibí una descarga de pistam, que produjo en mi costado izquierdo el impacto de siete proyectiles; aun hoy conservo las cicatrices y todavía dos de aquellos proyectiles en mi cuerpo. Ante este nuevo intento de asesinato a mansalva, torné a permanecer inmóvil, precisamente porque me daba perfecta cuenta de lo que sucedía a mi alrededor y podía ocurrirme. Así permanecí otro largo tiempo, rogando a Dios guardara mi vida...”.

* * *

Entre tanto en la casa marcada con el número 188 de la calle Larecaja se desarrollaba la tragedia mayor, insospechada para los moradores del viejo caserón. Reunidos en el dormitorio del pequeño departamento de los esposos Serrano-Jiménez estaban Unzaga, René Gallardo, el mayor Julio Álvarez Lafaye y Enrique Álvarez Achá, el penúltimo llamado urgentemente por mensaje escrito el día anterior, y último jefe de operaciones del comando revolucionario. Con la ansiedad consiguiente seguían el curso de los sucesos que les informaba un pequeño receptor de radio o por noticias del universitario Fausto Medrano que había presenciado la rápida rendición del cuartel de la calle Sucre, lo que demuestra la inexplicable falta de un grupo organizado de estafetas.

Honda inquietud turbaba el espíritu del jefe revolucionario. La tormenta arreciaba afuera. En toda la ciudad convulsionada, el entrecortado lenguaje de las ametralladoras esparcía su notificación trágica, unida a la voz, también entrecortada, de los locutores improvisados de las radioemisoras que lo insultaban responsabilizándolo de la sangre vertida.

Con torturante lentitud pasan las horas para esos hombres aprisionados en la estrecha habitación. La desesperanza destila sus gotas heladas que caen invisibles sobre sus almas acongojadas y algo impalpable, como un sudario, envuelve la pequeña estancia, inundados sus nobles corazones por el apesadumbrado remordimiento. Unzaga, convencido de no poder dominar las agitadas olas que esa tempestad ha levantado, tendido en la cama, medita en el fracaso y sus consecuencias. ¿Qué suerte ha cabido a sus valerosos amigos, arrastrados por la impetuosa corriente de la fatalidad? ¿Conoce la tragedia del Regimiento “Waldo Ballivián” en cuyo interior sólo queda un montón de cuerpos sangrantes, perforados por la metralla, de todo lo que horas antes era vida de juventud rebosante y generosa? Quizás no barrunta aún la magnitud de la tragedia y un rayo de esperanza alumbra su alma ensombrecida. De todos modos, el fracaso de la subversión ha debido estrujarlo dolorosamente.

Sostiene el mayor Álvarez Lafaye que desde el momento que había silenciado Radio “Illi mani” vio a Unzaga “muy preocupado”, en contradicción a lo afirmado por Achá Álvarez de verlo muy sereno y de “emprenderla con otra” si fracasaban en ese nuevo intento. Achá sostiene también que el jefe desconocía la muerte de sus principales lugartenientes, en tanto que Álvarez

Lafaye expresa en su primera declaración, la misma noche de los sucesos: “Encontré al señor Unzaga muy abatido quien dijo que lamentaba que el día de su cumpleaños hubiese muerto tanta gente”. Más verosímil es la versión del mayor Álvarez Lafaye, pues no puede suponerse que un hombre de la sensibilidad de Unzaga, el jefe de la revolución aplastada, se mantuviera indiferente y tranquilo ante la enorme responsabilidad derivada de ese hecho fatal.

* * *

La noche había comenzado a envolver de sombras la ciudad y una gran calma caía pesadamente sobre la calle Larecaja. En todos los semblantes se reflejaba la incertidumbre, el desasosiego, el abatimiento, aniquiladores de la voluntad. Una angustia sobrecogedora, como un velo tupido les envolvió y sólo pocas palabras cambiaban los cuatro amigos conturbados por la fatalidad. Algo inesperado trizó de pronto el silencio de los cuatro hombres sumidos en sus meditaciones dolorosas. Ingresaron a la habitación la dueña de casa con sus dos hijas y una voz lastimera cortó como un navajazo la quietud aparente:

¡Los milicianos...!

María Eugenia, la mayor de las hijas de los Serranos, anunciaba el peligro, la presencia de esos hombres sañudos, fieros, implacables en sus devastaciones y su energía represiva. Más o menos cincuenta hombres descendieron de vehículos estacionados en las proximidades de la casa, armados de fusiles y ametralladoras. Algunos portaban un papel con el número señalado para el allanamiento y allí penetraron en medio de alaridos y detonaciones.

Sostiene el señor Wálter Guevara, el ex – Ministro de Gobierno, que debido a un llamado telefónico se cambió el curso de la Historia. En efecto, “al anochecer de esa jornada violenta – escribe-, el Cnl. Arce Amaya, jefe o miembro de la Casa Militar del Presidente de la República, había recibido un telefonazo para comunicarle que en la calle Larecaja 138 (o 188 como se estableció después), había armamento escondido por los falangistas. El Cnl. Arce, fatigado sin duda, como todos, se limitó a transmitir la información al Comando Zonal del MNR en la Estación Central, con la instrucción de allanar esa casa y retirar las armas”.

La vieja casona se conmovió con el estrépito y la violencia de esa falange ejercitada en los métodos del terror, que se precipitó como un huracán. Por unos instantes, los actores de la escena quedaron mirándose como petrificados. Por patio y escaleras irrumpía el escuadrón depredatorio como turbión incontenible, guiado por el impulso de su cólera y su sed venganza.

Se apoderó un escalofrío de todos los personajes de la escena, paralizados por la sorpresa. Era el fin. ¿Cómo sustraerse a la revancha de esos hombres en cuyos ojos desorbitados brillaba un maligno fulgor? “Estamos vendidos”, susurró apenas Álvarez Lafaye.

En patio y corredores tronaban fusiles y ametralladoras sembrando la confusión más espantosa. Había que salvar a los cuatro hombres aprisionados en el pequeño departamento. A la dueña de casa no se le ocurrió otra idea que recurrir a las habitaciones de su suegro. Doña Cristina de Serrano no mantenía relaciones cordiales con la esposa de su padre político, doña Gaby, según lo afirma en su declaración, ni se dirigían la palabra hacía seis años; nunca ingresa a su departamento por ningún motivo. Pero en esas circunstancias tuvo que sobreponerse a las disensiones para pedirle, “por amor a Dios”, esconder a sus huéspedes amenazados. Seguidamente, angustiada y llorosa, implora a éstos a esconderse en el cuarto de baño de la morada contigua. Precipitadamente abandonan el dormitorio Álvarez Lafaye, Achá, Gallardo y Medrano, éste último desaparecido poco después. Entre tanto Unzaga, sin mayor prisa, quemaba un papel comprometedor, hasta el momento en que doña Cristina y sus dos hijas le tomaron de los brazos para procurarle la salvación de sus terribles persecutores.

“Mi tío Osquitar estaba parado junto a la ventana que da a la calle Oquendo, ventana que estaba cerrada –declaró el 1º de mayo María Eugenia, la hija mayor de los Serrano-. Yo me acerqué a mi tío y le dije tomándole de la mano derecha:

"Tío Osquitar, te van a agarrar esos indios". Mientras lo conducía me dijo: "Todo con calma, todo con calma". Lo llevé hasta el baño de mi abuelo dejando que él ingresara solo. Creo recordar que lo conducíamos yo y mi mamá".

Doña Cristina complementa los detalles de la escena: "Después que mis albergados se fueron a ocultar al departamento de mi suegro –declara-, los milicianos ya habían llegado con un terrible tiroteo tanto en las calles como en el patio... En ese momento nosotros gritamos, lloramos, me arrodillé en el corredor pidiéndoles perdón y que no nos maten...". Pero nada detuvo a los allanadores que ingresaron violentamente.

El último refugio destinado a los cuatro perseguidores era el cuarto de baño del coronel Serrano, pequeño retrete sumido a esa hora en completa oscuridad. La habitación, de forma trapezoidal, tiene cuatro metros de alto, seis metros de largo por tres de ancho en la parte que da hacia la calle Larecaja donde existe una ventana de 2.40 por 1.50 y otra pequeña ventana al fondo de 1.80 por 0.60. Unzaga y Gallardo ocuparon la parte posterior, es decir la angosta, casi al pie del ventanuco, en tanto que Achá y Álvarez Lafaye en la parte anterior o sea la de mayor amplitud.

"Sólo atiné a ponerme en cuclillas –explica el mayor Álvarez Lafaye en su declaración de 22 de abril- y tratar de meterme en un pequeño mueble y taparme con una pequeña cortina de tela que había en el mueble. Más o menos este momento oí dos disparos y ví dos fogonazos; estos dos disparos se produjeron casi simultáneamente sin que me sea posible precisar con exactitud la distancia, el espacio de tiempo entre uno y otro disparo... No percibí claramente la caída de los señores Unzaga y Gallardo, posiblemente porque éstos se encontraban en la posición de cuclillas o sentados en el momento que se suicidaron, o por el alboroto que había en la casa que ya he manifestado o por mi lógico estado nervioso, sólo escuché un estoror o lago como que le ahogaba, esperé un momento más sin que me sea posible precisar el tiempo, hasta que me dí cuenta que habían abandonado el departamento los milicianos".

En los dos departamentos de la planta alta perteneciente al coronel José Luis Serrano y a su hijo Luis Serrano Echeagaray, minuciosa es la requisa por los milicianos, hombres rudos, implacables nuevos **sans culotte** de la "Revolución Nacional". No hay habitación ni mueble que no sea objeto del más cuidadoso examen, de la más detenida observación. Violentas cerraduras, registran cajones y armarios, revuelven cobertores, despanzuran colchones. Su fiera presencia paraliza a hombres, mujeres y niños que tiemblan como hojas sacudidas por el vendaval, mientras los disparos retumban amenazadores en el ruinoso edificio. Pero inesperadamente, cuando la violencia cobra mayor intensidad y todos contienen el aliento a la aproximación de esos desaforados al cuarto de baño del coronel, donde permanecen escondidos los cuatro jefes de la revuelta, se detienen en la puerta misma, asegurada por dentro con un pequeño pestillo, el preciso momento de los traquidos y fogonazos advertidos por el mayor Álvarez Lafaye, mueven suavemente la perilla y dicen tranquilamente: "Aquí no hay nada, vámonos". Y abandonan el inmueble dando por terminada su primera invasión, sin ingresar, ni intentarlo siquiera, al escenario de la tragedia.

La salida de los terribles milicianos tranquiliza un tanto a esa gente aterrorizada. De rodillas, en el living, dan gracias al Cielo con un suspiro de alivio. "¡Dios mío, cómo se han salvado!", exclama doña Cristina, apretándose las manos convulsivamente. Pero la realidad es distinta, porque un nuevo dolor, el mas grande anegará pronto sus almas acongojadas. Golpea suavemente la puerta misteriosa y con voz angustiada dice: "Apúrense, ya se han ido". Atropelladamente salen Álvarez Lafaye y Achá con estas palabras espeluznantes: "¡Oscar y Gallardo están muertos!".

Es tan sorpresiva y abrumadora esta afirmación que ninguno de los presentes le da crédito. No pueden creerlo, no. Alejada la violencia, el sosiego inundaba de esperanza sus espíritus. Y para convencerse de la espantosa verdad sobrecogidas y llorosas al triste recinto de la muerte que en ese instante ha iluminado con un foco eléctrico el coronel Serrano. Ahí está Oscar Unzaga de la Vega, "el hombre de mayor vigor espiritual en la escena contemporánea de Bolivia" cual lo calificara Wálter Guevara, con el cráneo agujereado por dos balas, de cuyos orificios gotea, aún caliente, la sangre que mancha las baldosas del pequeño retrete. El último suspiro se escapa de sus labios delgados, truncada su vida que fue toda acción, lucha denodada e infatigable. La violenta e inesperada sucesión de los acontecimientos no le dio tiempo para elevar su plegaria ni musitar la invocación del creyente que anidó en su lama de católico. A su lado, su fiel amigo,

también con el cráneo perforado, junta su sangre a la de su admirado jefe como tributo postrero y sello de solidaridad eterna.

El cuadro es aterrador. Debajo de la pequeña ventana están los dos cuerpos, tibios aún, con la mirada vidriosa elevada al Cielo y las bocas abiertas como si la muerte súbita hubiera congelado el clamor de la protesta. En la turbación, los espectadores de la dolorosa escena sólo atinan a pedir un sacerdote en busca del cual va María René, la hija menor de los Serrano, sollozante y aturdida. Achá aprovecha de ese momento para salir de la casa tomado de la mano de la niña que se dirige a la próxima capilla a cargo de los sacerdotes Oblatos, en la manzana próxima. Uno de ellos, el padre Luis Mellón, accede al llamado angustioso y atraviesa, por entre centinelas que resguardan el teatro de la tragedia, la pequeña distancia que lo separa de la iglesia. Entre tanto Achá se ha escabullido burlando la vigilancia, para aparecer asilado, dos días después, en la Nunciatura Apostólica. El religioso llega hasta el cuarto de baño, contempla conmovido desde la puerta el cuadro macabro y convencido de que nada queda por hacer, se limita a dar la bendición a los muertos y regresa a su parroquia.

Al salir horrorizado del cuarto de baño, Álvarez Lafaye huye en busca de protección. Menos sereno que Achá, no intenta abandonar la casa y se dirige al departamento de uno de los inquilinos de la planta baja, invocando patéticamente la salvación de su vida; pero convencido de que ese lugar no ofrece seguridad o tal vez porque le negaron asilo, se introduce en un cuarto pequeño contiguo, la Secretaria del Club juvenil "Los Invencibles", y ahí permanece expectante y abatido, asegurado por fuera con un candado.

La desorientación y el dolor son indescriptibles entre los habitantes del departamento teatro del drama. No obstante, extrayendo fuerzas de su propio infortunio, doña Cristina y doña Gaby, amorosamente, cierran los ojos y las bocas de Unzaga y Gallardo, como el primer acto misericordioso, mientras el rocío de sus lágrimas moja los yertos despojos. Es enternecedora la presencia de ánimo de las dos mujeres que toman para sí esa tarea heroica y dolorosa, y parece que quisieran, con su ternura, volver a la vida los cuerpos inanimados que rápidamente adquieren la rigidez cadavérica. Con lienzos obtenidos de una camisa les circundan la cara para juntar los maxilares y evitar así la mueca dolorosa que imprime la muerte. Luego los envuelve en dos frazadas y no se hace esperar la ambulancia solicitada minutos antes, que conduce a la Asistencia Pública los restos de las víctimas truncadas en plena juventud por el destino aciago.

Entre tanto, en las esferas oficiales la agitación era febril. La muerte Oscar Unzaga, el tenaz e incansable revolucionario, que había turbado tantas noches el sueño de los hombres de gobierno, creaba un problema: el de probar a la opinión pública que el jefe opositor no había sucumbido en manos de las milicias armadas obedeciendo a un plan premeditado. Por eso, desde el mismo momento de haberse llevado el cadáver a la Asistencia Pública, se dio a la tarea de recoger todos los elementos de juicio que esclarecieran los hechos.

Pasada la media noche, el Ministro de Higiene y Salubridad, en cumplimiento de instrucciones del Presidente de la República, convocó apresuradamente a varios médicos residentes en la ciudad para que practicara la autopsia de ambas víctimas. Aproximadamente seis horas, de 1 y 30 a 6 y 30 de la mañana, trabajaron los facultativos Arturo Rojas Alaiza, Juan Mancilla Narváez, Francisco de Urioste, Edmundo Ariñez Zapata, Jorge Ergueta Collao, Enrique Galindo, Manuel García Capriles, Guillermo Jáuregui, Humberto Rossetti, Ángel Barrenechea, Hernán Mesutti y otros, todos bajo la égida del ministro y el asesoramiento del Fiscal del Distrito, Carlos Tovar Gutzlaf.

Las conclusiones del extenso informe de los médicos establecen que Oscar Unzaga "recibió dos heridas de bala en el cráneo, cuyos orificios de entrada son de distinto diámetro. El trayecto de uno de ellas va de derecha a izquierda del cráneo y la otra de izquierda hacia pequeña distancia a la derecha de la línea media occipital. Los proyectiles en su trayectoria produjeron la destrucción de la masa cerebral. La causa de la muerte fue la lesión de dicha sustancia".

En cuanto a Gallardo, los galenos deducen del estudio de los orificios de entrada y de salida, “que el de entrada fue el del lado derecho, donde se halla un neto anillo de contusión. En su trayectoria el proyectil produjo la destrucción de la base de ambos hemisferios cerebrales con hemorragia depositada en las base del cráneo. La causa de la muerte fue la lesión grave del cráneo con fallecimiento instantáneo”.

En la misma noche de su apresamiento, el mayor Álvarez Lafaye había sido conducido al palacio de gobierno, a presencia del Ministro Guevara Arze, que acompañado de otros funcionarios le sometieron a un extenso y agobiante interrogatorio. En esa primera oportunidad expresó que suponía que los señores Unzaga y Gallardo se habían suicidado “por el fracaso de la revolución”.

Al día siguiente, con el resultado de la autopsia y la primera declaración del mayor Álvarez Lafaye, se difundió la noticia de la muerte de Unzaga de la Vega. Una inmensa congoja sacudió el espíritu de la ciudadanía al conocer el trágico fin del jefe de Falange, sin que faltaran quienes respiraran aliviados.

* * *

Según los comunicados oficiales, setenta y dos eran los adherentes del MNR caídos en la lucha. El sepelio dio lugar a una imponente manifestación de duelo, solemnizada con la presencia del Presidente de la República, su gabinete y altas autoridades. Una enorme muchedumbre acompañó a las víctimas cuyos ataúdes fueron conducidos en hombros por trabajadores y partidarios. Muchos discursos de dura condenación se pronunciaron por la sangre vertida. “Saldos de muerte y dolor inmensos –decía “La Nación” de La Paz de 22 de abril-, en la que perdieron la vida no sólo combatientes armados sino niños inocentes, mujeres aterrorizadas y hombres ajenos en absoluto a la contienda”.

No hubo para los F.S.B. ningún homenaje. Pasada media noche se inhumaron los muertos sin una plegaria ni una lágrima vertida en las tumbas anónimas. Así ingresaron en la morada eterna Unzaga y Gallardo con los cráneos perforados por las balas y retaceados sus cuerpos por los bisturíes de los médicos. Dos veces se alzaron doloridas y condenatorias:

“Se ha querido silenciar para siempre su voz redentora –decía Mario Gutiérrez, el nuevo jefe de Falange, en un Manifiesto- que arrebatava multitudes y hacía temblar a los verdugos de la Patria... Imagen de Cristo, se nos ha ido idealmente envuelto en la tricolor boliviana hecha jirones por el Movimiento Nacionalista Revolucionario y con la Cruz del Gólgota a cuestras. Escarnecido por la tiranía cayó tremolando en alto los pendones imbatibles de la democracia cristiana, clamando Justicia, Pan, Libertad y Derecho. Haciendo la guerra justa a la violencia, para devolver a su pueblo paz y concordia”.

Y Jorge Siles Salinas, alto dirigente de ese partido, hermano del Presidente de la República, en carta que le dirigió desde Valparaíso el 4 de mayo:

“A cuantos conocimos íntimamente a Unzaga –y tú te cuentas entre ellos- no puede pasarnos por la imaginación ni la menor sospecha siquiera de que él hubiera atentado contra su vida. Era Oscar Unzaga un alma sinceramente creyendo, un católico fervoroso, un hombre a quien, por otra parte, le asistía la certidumbre del triunfo reservado a su causa, un día más próximo o más lejano, cuando por fin sonase para Bolivia la hora de la justicia y la paz. ¿Cómo hubiera sido capaz de pensar en el suicidio un hombre dotado de tanta entereza moral?”. “Nadie podrá olvidar en Bolivia –proseguía- que los crímenes del 19 de abril fueron seguido de una farsa ignominiosa que no se contentó con exculpar cínicamente a los asesinos, pues aun hubo de añadir al crimen el ultraje cobarde a los muertos. En efecto, ¿cómo cabría imaginar mayor cinismo que el de aquella escena del entierro de los caídos de Falange, llevados en hombros de los partidarios del Gobierno, en una comitiva que tú presidías, y que se anunció como el sepelio de los milicianos gobiernistas muertos en la refriega?”.

El ex Presidente de la República y Jefe de la Unión Socialista Republicana, Dr. Enrique Hertzog, declaró el 20 de abril a “La Prensa” de Buenos Aires:

“Yo conocí a Unzaga de la Vega y puedo afirmar, con profunda convicción, que sus creencias religiosas y su fe católica, tan hondamente arraigadas, hacen imposible la tesis de su autoeliminación”.

Uno de los actores del drama sangriento, el señor Enrique Achá Álvarez, declaró en Arica, un mes después de los sucesos:

“Nos encontrábamos escondidos en el cuarto de baño, Unzaga, René Gallardo, Julio Álvarez Lafaye y yo, cuando sorpresivamente los milicianos abrieron una ventana del interior de la casa e hicieron tres disparos desde menos de un metro de distancia, los cuales dieron en las cabezas de Unzaga y Gallardo”.

Después, en “Unzaga, Mártir de América”, libro publicado en colaboración con Mario H. Ramos, en febrero de 1960, insistió:

“...se escuchó un traquido proveniente del cuarto de baño. Instintivamente Achá dirigió la mirada y vio que la única hoja de esa ventana se abrió violentamente y llegó a distinguir un brazo que daba la sensación de ser quien efectuó la apertura e inclusive haber producido un ligero desequilibrio en la persona que lo hizo, seguramente como consecuencia del impulso que dio a su cuerpo para imprimir más fuerza al brazo. Apenas se abrió la ventana, en ese mismo instante se oyeron tres disparos, separados entre sí sólo por el tiempo indispensable para no confundir sus detonaciones...”.

Wálter Guevara refutó en su artículo tantas veces citado:

“El informe de los delegados de la OEA, particularmente de los peritos balísticos, pulveriza esas afirmaciones con argumentos elementales. Así por ejemplo, si el señor Unzaga estaba sentado o acucillado presentando la sien izquierda hacia la mencionada ventanilla, resultaría aceptable que le hubiese alcanzado efectivamente un proyectil de ese lado, ignorando para el caso los otros factores comprobados como el tatuaje que sólo se produce cuando el arma está muy próxima al cuerpo. Pero y la otra herida, la de la sien derecha, que tiene trayectoria estrictamente contraria ¿cómo pudo haber sido producida desde la misma ventanilla que estaba a su izquierda? ¿Es que el señor Unzaga, mortalmente herido, se dio la vuelta para presentar su otra sien? ¿Y si por la ventanilla sólo entró una mano, cómo es que las dos heridas del señor Unzaga fueron producidas por armas de calibre diferente?”.

* * *

Dos días después de la tragedia, el ministro Guevara encomendó en nota de 21 de abril, al Fiscal de Partido en lo Penal, Dr. Carlos Tovar Gutzlaf, el completo esclarecimiento de los sucesos “con el mayor vigor, objetividad e imparcialidad, sin detenerse en ninguna consideración personal o política que pudiera desviar las conclusiones respectivas, que adquirirán por sí misma –decía la nota- no sólo categoría política sino también histórica, fuera naturalmente de su importancia judicial”.

Era explicable que el Gobierno se empeñara en demostrar que la muerte del jefe falangista carecía de sugestión oficial, esparcidas como se hallaban las conjeturas diversas y algunas sindicaciones provenientes del exterior, razón por la que desplegó un celo singular en el esclarecimiento del trágico suceso.

Se recibieron innumerables declaraciones, especialmente de las personas que estaban presentes la noche del 19 de abril en la calle Larecaja. Se había realizado la reconstrucción del hecho con la presencia de periodistas y las pruebas del esclarecimiento se acumulaban al proceso. Una, dos y tres veces declaraban los testigos.

El 25 de abril, por espacio de varias horas, la señora Cristina J. de Serrano, por ejemplo, prestó su primera declaración ante los fiscales. La declarante presencié todos los pormenores del suceso hasta el momento de encontrar los cadáveres en el cuarto de baño de su suegro.

“Nosotros, Gaby y yo, -dice la señora Serrano- entramos al baño. Gaby sacó dos frazadas de la cama del coronel para envolverlos, los arrastramos de la posición en que estaban para ponerlos en esas frazadas. En ese momento Gaby me advirtió que a lo mejor tendrían algunos papeles o listas y que había que revisar los bolsillos para no comprometer a más gente. Yo revisé el bolsillo interior izquierdo del saco de Oscar y encontré un arma de fuego, de tamaño regular y plana. Gaby y María René vieron también que saqué unas estampitas y algo con imagen”.

Esta es la primera declaración de la señora Serrano y en su espíritu deben persistir aún las fuertes emociones que la sacudieron durante la noche trágica. La afirmación del encuentro de la pistola en el bolsillo izquierdo del vestón, es absolutamente espontánea como se ha visto por el

párrafo transcrito y no corresponde a respuesta de ninguna pregunta. Luego a una expresa interrogación del fiscal Tovar, que invoca su sinceridad para que diga “qué juicio o qué idea tiene sobre la causa de la muerte de los señores Unzaga y Gallardo”, responde:

“Yo no puedo creer que se hubieran matado; yo pienso que los han podido matar de la ventana que da a la casa ya que estaba abierta”.

Pero el coronel Serrano, sostiene que esa ventana estaba cerrada y que siempre se la mantenía así.

Diez días después, el 5 de mayo, la señora Serrano solicita, motu-proprio, ampliar su declaración anterior, y el momento que los fiscales están ante ella, dice que desea hacer una rectificación:

“Cuando dije que yo revisé el bolsillo interior izquierdo del saco de Oscar y encontré un arma de fuego, que ustedes me enseñaron, en sentido afirmativo dije que era esa. Debo manifestar ahora que esa arma la encontré en otros lugar que no recuerdo, pero que estaba en el suelo totalmente ensangrentada”.

Seguidamente la presentan un revolver y le preguntan si lo conoce. Sin titubear responde:

“Esa arma que me muestran y acabo de tener mis manos debo manifestar que la he visto sobre la mesa de noche que tenía René Gallardo cuando durmió en mi casa el día sábado en la noche. La misma que posteriormente la encontré en las manos de Oscar, lado derecho, con los dedos en el disparador, cuando yo lo encontré muerto en el cuarto de baño, después que el sacerdote que llamamos le echó la bendición”.

Y es ese mismo sacerdote, el padre Mellon, quien declaró en la Nunciatura Apostólica el 29 de abril, en presencia de los fiscales, que ha podido notar que uno de los cadáveres “tenía en su mano un cigarrillo” y que “lo tenía en la mano derecha”, que “ya se había consumido pero no estaba encendido”.

¿Qué determinó a la señora de Serrano solicitar expresa ampliación de sus declaraciones anteriores y decir lo contrario de lo que había afirmado con respecto al arma extraída del bolsillo izquierdo?

Cablegráficamente solicitó la Cancillería Boliviana a la Organización de Estados Americanos, en fecha 27 de abril, la investigación de las circunstancias que rodearon la muerte del jefe de Falange y su ayudante. El 16 de junio llegó a La Paz la Comisión de la OEA. Tres eran los miembros: el abogado chileno Daniel Schweitzerk, que la presidía, el médico peruano Jorge Avendaño y el penalista mejicano Rodolfo Chávez Calvillo, asesorados por técnicos profesionales chilenos y bolivianos.

El extenso informe de la Comisión de la OEA, ampliamente difundido, señala tres hipótesis: “primera, que Gallardo pudo haberse suicidado simultáneamente con su jefe, utilizando el revólver Smith Wesson N° 406, calibre 38 largo que tenía consigo; segunda, el tiro de gracia al señor Unzaga, disparado esta vez en sentido contrario, o sea de la sien izquierda hacia la derecha, tuvo que ser obra de uno de los sobrevivientes en el cuarto de baño, señores Achá o Álvarez Lafaye; tercera, que el ex cadete Gallardo al observar al igual que los demás, por los estertores, que su jefe no había muerto, resolviera darle el tiro de gracia con su revólver y suicidarse después”. Dice también el informe: “Hay evidencias de que los señores Unzaga y Gallardo dispararon sus respectivas armas contra ellos mismos, ocasionándose sendas lesiones necesariamente mortales”.

Dos peritos criminalísticos extranjeros, Oswaldo Esquivel y René Vergara, llegaron a esta conclusión:

“El sitio de los sucesos, así como los exámenes de corroboración practicados, permiten concluir que el 19 de abril en la calle Larecaja N° 188, en el cuarto de baño del coronel Serrano, se

produjo un doble suicidio y existen fuertes y fundadas presunciones para estimar que René Gallardo disparó el tiro de gracia sobre Unzaga de la Vega”.

* * *

La trágica muerte de Oscar Unzaga y la de su infortunado ayudante, están envueltas en un velo de misterio que es difícil descender en las presentes circunstancias, debido a la gravitación de tendencias contradictorias que emanan de las pasiones explicables y que sólo al tiempo le será dado clarificar con absoluta imparcialidad. La abundancia de testimonios encontrados y contradictorios en pro y en contra de las tesis opuestas, imposibilitan una definición categórica sobre la muerte del gran luchador. Frente a la declaración de los técnicos especializados que sostienen el suicidio, se alza la voz acusadora y vehemente del hermano del presidente de la República que señala con energía el crimen político. Los dos únicos personajes que sobrevivieron a la tragedia del cuarto de baño de la calle Larecaja –Enrique Achá Álvarez y Julio Álvarez Lafaye– sostienen puntos de vista diferentes. Jefe de partidos opositores denuncian el crimen. El gobierno, por su parte, con diligencia y cuidado, con superabundancia de testimonios judiciales y respaldado en organismos técnicos, obtiene la conclusión del suicidio.

En el proceso de la muerte del jefe de Falange Socialista Boliviana se entrecruzan los polos opuestos. No es fácil, por eso mismo, llegar a un resultado definitivo, a un esclarecimiento total de los sucesos. **Non liquet**. Contra una prueba o un documento de cargo se encuentra una excusa y un testimonio de descargo. La confusión de las declaraciones, la parcialidad de las fuentes oficiales o la intransigencia partidista, conducen a una confusión mayor. No es posible admitir como fidedignas las numerosas declaraciones que pudieran haber sido obtenidas por la violencia o la coacción, como tampoco deben exhibirse como testimonios irrecusables las atestaciones de quienes pueden sentirse influenciados por la pasión políticas. Tales los casos de los declarantes sometidos a prisión o de los que como en el caso de Achá, dijo desde el exterior haber visto una mano armada extendida sobre una ventana.

¿Hubo un pacto previo entre el jefe y su ayudante en caso de fracasar la revuelta? ¿Le indujo a esa extrema decisión el temor a las represalias y vejaciones? Así lo afirman los expertos contratados. Pero ¿no estuvo Unzaga en igual trance, pocos meses antes, cuando sitiado en un casa de Sopocachi, resistió el fuego graneado de una centena de milicianos hasta caer prisionero él y sus ocho camaradas?

¿Se explica en un católico fervoroso como Oscar Unzaga, familiarizado con los más grandes peligros, tomar la suprema decisión que echaba por tierra todo su mundo espiritual?

¿Y cómo explicar que los allanadores, avezados en las requisas minuciosas, con técnica insuperable, llegaron al cuarto de baño donde yacían dos hombres muertos ese momento, son intentar penetrar en el trágico recinto?

Un día –los molinos de Dios muelen despacio– se conocerá la verdad y se aclarará el misterio de la calle Larecaja, cuando se hayan serenado las pasiones. Porque los contemporáneos son –como ya se ha dicho– los que menos saben de su tiempo.

Pero asesinado o suicida, Oscar Unzaga de la Vega deja a la posteridad el legado de su amor intenso a Bolivia; un mensaje imperecedero que habrán de recoger aquellas legiones que le siguieron en su lucha incansable, esa lucha que evocaba a la del gladiador debatiéndose envuelto en la red. Abanderado de una causa que vislumbró desde adolescencia, su nombre merece el respeto que inspiran los grandes idealistas. Porque Oscar Unzaga fue, sobre todo, un oficiante fervoroso en los altares de la Patria por la que vivió y murió, dedicándole hasta el último aliento de su existencia.